

Equipo editorial

Director: Abdón Mateos (UNED/CIHDE)

Secretario de redacción: Felipe Nieto (UNED/CIHDE)

Consejo de Redacción: Juan Avilés (UNED); Montserrat Duch (U. Rovira i Virgili); Ángeles González (U. Sevilla); Abdón Mateos (UNED/CIHDE); Enrique Moradiellos (U. Extremadura); Javier Muñoz Soro (U. Complutense/CIHDE); Felipe Nieto (UNED/CIHDE); Xosé M. Núñez Seixas (U. Santiago); Rosa Pardo (UNED); Rafael Quirosa (U. Almería); Javier Rodrigo (U. Autónoma de Barcelona); Álvaro Soto (U. Autónoma de Madrid/CIHDE); Rubén Vega (U. Oviedo)

Comité asesor (2009-2010): Celso Almuiña (U. Valladolid); Julio Aróstegui (U. Complutense); Ángel Bahamonde (U. Carlos III); Martin Baumeister (U. Ludwig-Maximilian, Múnich); Alfonso Botti (U. Urbino); Diego Caro (U. Cádiz); Julián Casanova (U. Zaragoza); Ángel Castro (UNED, Melilla); Francisco J. Caspistegui (U. Navarra); Ángeles Egido (UNED/CIHDE); José Luis de la Granja (U. País Vasco); Jesús de Juana (U. Vigo); Encarna Lemus (U. Huelva/CIHDE); José María Marín (UNED/CIHDE); Carme Molinero (U. Autónoma de Barcelona); Conxita Mir (U. Lleida); Feliciano Montero (U. Alcalá); Mary Nash (U. Barcelona); Carlos Navajas (U. Rioja); Encarna Nicolás (U. Murcia); Manuel Ortiz Heras (U. Castilla-La Mancha); Paul Preston (London School of Economics); Manuel Redero (U. Salamanca); Raanan Rein (U. Tel Aviv); Glicerio Sánchez Recio (U. Alicante); Ismael Saz (U. Valencia); César Tcach (U. Nacional de Córdoba)

Responsable de Reseñas: Javier Rodrigo (UAB)

Asistente Secretaría: Luis Hernando (UNED/CIHDE)

Editan: Asociación de historiadores del presente y Editorial Eneida

www.historiadelpresente.blogspot.com/

www.editorialeneida.com

Colabora: Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (UNED)

La redacción no comparte necesariamente las opiniones de los autores

Depósito Legal: M-29600-2002

ISSN: 1579-8135

Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2010.



Dossier: Xavier Domènech (ed.) *Neighborhood Movement and Political Change*

Laura Cabrero Blanco, *Gender, antifrancoism and citizenship. Women and neighborhood movement in the Asturias of Developmentalism and Late Francoism*

Xavier Domènech, *Origins. In the protohistory of the neighborhood movement during the francoism*

Iván Bordetas Jiménez, *The neighborhood movement in the transition from the resistance to the construction of alternatives*

THE PAST OF THE PRESENT

Raquel Varela, *Conflict or social cohesion? Notes about the history and the memory of the Carnation Revolution (1974-1975)*

EGOHISTORY

Montserrat Duch, *Women of the world. Conversation with Mary Nash*

MISCELLANEOUS

Emanuele Treglia, *The choice of the national way. The Prague Spring and the PCE's political evolution*

Roberto Ceamanos Llorens, *The french historiography about the PCF. Scientific controversies and polemics*

Carlos Sola Ayape, *The search of the formula and the political oportunism of President José López-Portillo in the resumption of the spanish-mexicans relationships (March 1977)*

José Antonio Rubio Caballero, *The split memory. The past of the breton nationalism: between the rehabilitation and the repudiation*

DEBATE

Manuel Ortiz Heras, *The Church broke with the francoism?*

Feliciano Montero, *The "takeoff" of the Church*

READING

AUTHORS

ABSTRACTS



EL MOVIMIENTO VECINAL Y LA HISTORIA SOCIAL DE LA TRANSICIÓN

Xavier Domènech Sampere (Universitat Autònoma de Barcelona, UAB, CEFID)

A pesar de que la historia del movimiento obrero ha seguido constituyendo una fuente inacabable en el campo de las afinidades electivas de los jóvenes investigadores, produciendo recientemente trabajos admirables en cuanto a sus tramados interpretativos y desarrollos,¹ comparativamente con la producción en este campo a finales de los años noventa y principios del cambio de milenio parece haberse agotado un ciclo para el mismo.² Contrariamente, el movimiento estudiantil ha presentado una espectacular revitalización durante estos últimos años con la presentación de monografías e importantes tesis doctorales que deben producir un salto interpretativo en un movimiento que quedó prácticamente olvidado durante la década de los ochenta y los noventa del siglo pasado.³ Un camino similar parece tomar el caso del movimiento vecinal que, a pesar de contar con importantes trabajos ya en su momento de eclosión en los años setenta,⁴ e investigaciones de activistas cercanos al mismo movimiento posteriormente, con algunas importantes aportaciones desde el campo académico,⁵ parece tomar en los últimos años una fuerza inusitada en el desarrollo de tesis doctorales y nuevas investigaciones.

Decir, en este caso, que sencillamente se está produciendo un desplazamiento de temáticas más o menos agotadas en el campo de estudios de los movimientos sociales hacia tierras más vírgenes, sería un camino demasiado fácil. Lo

cierto es que el estudio del movimiento vecinal durante el tardofranquismo y la Transición nos sitúa en varios márgenes de la historia social de este período que difícilmente podían ser explorados desde la perspectiva de los movimientos sociales que han recibido una mayor atención en las agendas investigadoras hasta ahora. Márgenes que afectan, como mínimo, a tres campos de análisis: el de la relevancia, profundidad y extensión del antifranquismo; el de la creación, extensión y readecuación de un nuevo tejido social en el paso del tardofranquismo a la democracia; y el de la transmutación de las realidades sociales entre la segunda mitad de los años setenta y la década de los ochenta.

En el primer sentido, el de intentar construir los materiales que nos permitan comprender el antifranquismo en su globalidad, ciertamente el estudio del movimiento obrero y el estudiantil ha permitido dar el paso de un antifranquismo explicado en términos de historia política a una aprehensión de su dimensión social. Dimensión que nos da las claves para entender su capacidad de enraizamiento y desafío en los principales centros urbanos durante el final de la dictadura franquista. Pero si esta dimensión es especialmente fuerte en estos dos movimientos, lo cierto es que los dos están marcados por los límites de su misma base social, los obreros y los estudiantes. Límites que en el caso del movimiento vecinal, mucho más heterogéneo y verdadero crisol de activistas de diferentes procedencias

sociales y políticas, se muestran mucho más difusos. El mismo nos puede dar cuenta en este sentido de la extensión de un antifranquismo social heterogéneo y popular capaz de protagonizar un verdadero desafío urbano a la dictadura e impulsar la construcción de la nueva ciudad democrática. Fue precisamente en este camino donde su desarrollo fue central en la estrategia del antifranquismo político, al poderse dar el salto en su seno de una extensión de la conflictividad obrera a la conflictividad social generalizada, para reforzar, finalmente, la oposición política a la dictadura. Y, ciertamente, en los finales de la dictadura y los principios de la nueva democracia el movimiento vecinal, como se explica en el segundo artículo presentado aquí, consiguió cortocircuitar la hegemonía franquista en alguno de los centros urbanos del país. Pero, a su vez, el desarrollo de las investigaciones sobre el movimiento vecinal nos ha de permitir avanzar más allá de una historia social del antifranquismo hacia una historia social global del período que se ha convenido en llamar Transición.

Si se ha tendido a ver en el movimiento vecinal el movimiento menor del antifranquismo, en relación al movimiento estudiantil y al movimiento obrero, eso obedece, entre otras razones, a su misma morfología externa. Frente al movimiento estudiantil, en este caso sobre todo durante la década de los sesenta, y al obrero, el vecinal es un movimiento extremadamente fragmentado en múltiples realidades urbanas, y dentro de ellas en diferentes barrios, tanto en su capacidad y formas de actuación como en sus realidades organizativas. Es esta misma realidad lo que explica su debilidad, pero también su fuerza en su capacidad de extensión y penetración en diversos ámbitos sociales donde otros movimientos no llegaron, y sobre todo lo que lo convierte en un observatorio privilegiado de las tensiones sociales y políticas del tardofranquismo, la Transición y los primeros años de la democracia. Dadas sus formas organizativas más débiles y flexibles, en relación a, por ejemplo, la

capacidad de institucionalización del movimiento obrero, deviene en un movimiento extremadamente sensible al cambio político y social. En él, la crisis que sufrió parte del tejido social en el momento de bifurcación al final de la Transición entre una nueva sociedad política, que, al carecer de marcos institucionales bajo el franquismo, actuaba en parte en el seno de la sociedad civil, y una también nueva realidad social, se puede analizar ya en sus momentos iniciales. También en él y en su desarrollo, cosa que se hará más meridianamente clara cuando las investigaciones se adentren en los años ochenta,⁶ también se pueden encontrar los reflejos de una sociedad urbana que sufrirá una profunda transformación durante este período. Y es en este último sentido donde podemos encontrar también una de las razones del crecimiento de las investigaciones en este campo. Si actualmente en el campo de los activistas de los movimientos sociales, fuera de la academia, se puede observar un florecimiento de proyectos de recuperación de la experiencia histórica del cooperativismo en los barrios, es porque en ellas parecen encontrarse referentes válidos para nuevas experiencias en un presente de transmutaciones sociales de primer orden como el que estamos viviendo. En el mismo sentido, una parte de las agendas de la historia social buscan en el estudio de los movimientos urbanos, y entre ellos el movimiento vecinal, con estructuras de organización flexibles y adaptadas a situaciones cambiantes, experiencias históricas que puedan ser relevantes para nuevos presentes. Los artículos que siguen a estas palabras, intentan en este sentido ser tan sólo una muestra de investigaciones más amplias en relación al movimiento vecinal bajo el franquismo y la Transición. En ellos se afrontan tanto algunas de las claves sobre los orígenes del movimiento vecinal como el debate sobre su carácter interclasista, o su desarrollo en los años finales del franquismo y la crisis que devino en el mismo con la llegada de la democracia. Son en sí mismos materiales que esperamos que puedan resultar útiles en el desarrollo de

las agendas investigadoras de una historia social cada vez más necesaria.

NOTAS

- ¹ Entre ellos vale la pena destacar: CARNICERO HERREROS, Carlos, *La ciudad donde nunca pasa nada. Vitoria, 3 de marzo de 1976*, Vitoria, Servicio de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2007; MARTÍN GARCÍA, Óscar J., *A tientas con la democracia. Movilización y cambio político en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Ediciones la Catarata, 2008; SÁNCHEZ MOSQUERA, Marcial, *Del miedo genético a la protesta*, Sevilla, Fundación EE.SS.-Archivo Histórico CCOO, 2008.
- ² La relación de los trabajos en este caso convertiría esta cita en un catálogo, no siendo además la pretensión de este texto introductorio la de realizar ningún estado de la cuestión, sólo mencionamos algunas referencias: FOWERAKER, Joe, *La democracia española*, Madrid, Arias Montano Editores, 1990; BALFOUR, Sebastián, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, València, Alfons el Magnànim, 1994; VEGA GARCÍA, Rubén, *CCOO de Asturias en la Transición y la democracia*, Oviedo, Unión Regional de CCOO de Asturias, 1995; BABIANO, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI, 1995; MOLINERO, Carme & YSÁS, Pere, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998; PÉREZ PÉREZ, JOSÉ ANTONIO, *Los años del*
- acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977)*. Trabajadores, convenios y conflictos, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- ³ Entre otros: ÁLVAREZ COBELAS, José, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, ÁNGEL RUIZ CARNICER, Miguel; BALDÓ LACOMBA, Marc, *Estudiantes contra Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007; RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, 2 vol., Valencia, Universitat de València, 2009.
- ⁴ Entre los estudios clásicos: CASTELLS, Manuel, *Movimientos sociales urbanos*, Madrid, siglo XXI, 1977; BORJA, Jordi, *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires, Ediciones SIAO, 1975.
- ⁵ Entre otras: ALABART, Anna, *Els barris de Barcelona i el moviment associatiu*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, 1982; MARTÍNEZ, Ricard, *El moviment veïnal a l'àrea metropolitana de Barcelona durant el tardofranquisme i la Transició: el cas de Sabadell (1966-1977)*, tesina de doctorado, Universidad Pompeu Fabra, 1999; GAIL BIER, Alicie, *Crecimiento urbano y participación vecinal*, Madrid, CIS, 1980; URRUTIA, Víctor, *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Oñati, Instituto Vasco de Administración Pública, 1985.
- ⁶ Para un análisis concreto que va más allá de la Transición para adentrarse en los años ochenta: CUESTA, José Miguel, *El moviment veïnal a Lleidà (Badalona)*, Tesina de Doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona, 2010.





ORÍGENES. EN LA PROTOHISTORIA DEL MOVIMIENTO VECINAL BAJO EL FRANQUISMO

Xavier Domènech Sampere

En un dietario recientemente publicado de un activista de los años setenta, se encuentra una pequeña nota que mueve a la sonrisa. A ella y a alguna cosa más: «Un alumno de Lidia, durante la clase soplabla una bola de papel de plata a la que le había dado la forma de una especie de pájaro, que habían bautizado con el nombre de Pipo. Lidia se lo ha quitado, diciéndole que se lo devolvería al terminar la clase. Unos minutos después, el niño la recogía. Mientras tanto, había construido con un trozo de papel y dos bolígrafos una pancarta con la inscripción 'Amnistía para Pipo'. El niño tiene 12 años».² Podría parecer una anécdota sin más, pero no lo es, como nos muestra otra historia vivida en el barrio de Nou Barris de Barcelona a finales de 1975:

En el barrio, había un conflicto en un escuela donde los críos se quejaban mucho del director. [...] Un día le llenamos la calle de pancartas que hicieron los niños en la Asociación de Vecinos. Se ve que los maltrataba, les escupía, era un caso muy repelente... Como éramos así de lanzados dijimos [...] se para la escuela como protesta [...] nos detuvieron a tres en el patio [...] mi compañera se escapó porque, como es bajita, las crías la escondieron...³

Un niño que en una escuela reproduce los referentes de las principales movilizaciones sociales para protestar, unos niños y niñas de toda una escuela que se dirigen a la Asociación de Vecinos para conseguir, como finalmente consiguieron, la dimisión de un director y unas niñas

que acaban por esconder a una militante vecinal para protegerla de la acción policial. Todo esto nos habla de varios fenómenos, entre ellos de la extensión de la cultura de la protesta en los centros urbanos del país como mecanismo básico de transformación de las formas de vida, hasta llegar a afectar a las formas de representación y acción de los más pequeños, y la centralidad que adquiere el movimiento vecinal en la misma. Un movimiento vecinal que tanto podía ser clave en las movilizaciones por la amnistía política⁴ como en una acción concreta vivida en un solo barrio.

Pero a pesar de la importancia innegable de este movimiento en el desarrollo social, político y cultural del antifranquismo, ampliando su capacidad en la socialización de valores, impregnando realidades muy diversas y protagonizando verdaderos fenómenos de desafío urbano durante el proceso de lucha obrera tuvo su fuerza, y su principal limitación, en su carácter de clase, el movimiento vecinal tenía un mayor carácter interclasista, siendo básico su papel de movimiento puente en la proyección social de las problemáticas obreras. Si el movimiento estudiantil tenía una capacidad de desafío e innovación constante marcado por su carácter generacional, cuando sus activistas fueron madurando fue en el mismo movimiento vecinal donde, en parte, encontraron la forma de vincular sus profesiones a los movimientos sociales. Fue, en este sentido, un movimiento ligado a los barrios, y con ellos a las ciudades, pero también

fue un crisol donde se proyectaba, convivía y se ampliaba el antifranquismo en su globalidad.

Pero si es difícil atrapar este fenómeno en su generalidad —el movimiento vecinal no tiene grandes luchas globales unitarias, ni sus dirigentes adquirieron un relieve que fuera más allá de los propios barrios, ni sus modelos organizativos son homogéneos— mayor problemática genera la interpretación de sus orígenes. Problemática que se puede observar en su misma datación. Si usualmente el movimiento obrero y estudiantil bajo el franquismo sitúan su origen cronológico en el inicio de un nuevo ciclo de conflictividad, 1956, en el caso del estudiantil, o 1962, en el del obrero,⁵ en el caso del movimiento vecinal esta datación poco tiene que ver con su mismo desarrollo como movimiento en el espacio público. La fecha escogida es 1964, fecha de aprobación de una nueva Ley de Asociaciones franquista. Ciertamente, en el campo interpretativo este elemento no es el único que explica el surgimiento del movimiento vecinal, pero adquiere una enorme centralidad en la tendencia a ver su aparición a partir de la interacción de una realidad urbana cargada de enormes deficiencias estructurales con una nueva estructura de oportunidades políticas, en una utilización muy reducida de este mismo concepto, que posibilitaría el surgimiento del nuevo movimiento vecinal.⁶ Sería, así, el único movimiento social que no debe su origen a su misma acción, sino a la de su principal adversario: el propio franquismo. En este sentido, en el presente artículo intentaremos situar algunas claves interpretativas, que vayan más allá de la aprobación de una ley o de las causas estructurales, para centrar el protagonismo en los sujetos sociales que protagonizaron el movimiento.

Dos ciudades, un barrio

El proceso de instauración del franquismo produjo un proceso de pérdida de la población en dos ámbitos tan intangibles, y a su vez reales, como su percepción del tiempo y el espacio. En

el primer sentido, entre las clases populares se introdujo una expresión que haría mella en las generaciones que habían vivido el período anterior a la guerra: «la gente hablaba de los ‘tiempos normales’ que no eran ni los de la dictadura de Primo de Rivera, ni los de la Guerra Civil. Eran aquellos dos años, 1931 y 1932, que habían sido para mucha gente ‘los tiempos normales’».⁷ Una percepción de extrañamiento del tiempo que impregnaba los barrios populares más allá de unas generaciones determinadas. En el mismo sentido se expresaba un futuro activa del movimiento vecinal, al recordar su infancia en la Barcelona de postguerra donde los tiempos parecían no ser suyos, perdidos los «tiempos normales eran los tiempos de antes de la guerra».⁸ Un extrañamiento del tiempo que fue también, de una forma mucho más clara, un extrañamiento del espacio. En las grandes urbes españolas la existencia de dos ciudades, la popular y obrera, contrapuesta a la burguesa, hundía sus raíces en los mismos albores de la segmentación de la sociedad en clases sociales con intereses, expectativas y formas de vida diferenciadas, cuando no confrontadas. Pero si en algún período esta realidad se intensificó fue durante el franquismo, cuando:

Se vivía... era gracioso. Hasta hace poco nos ha costado, hay que admitir que a todos nos ha costado, éramos una barriada totalmente al margen y marginada, si bien es cierto que también en Sabadell estaban marginados (...) hasta el punto de que aquí, cuando íbamos al centro, en vez de decir «¿A dónde vas? Voy al centro de Sabadell», no se decía «Voy al centro», sino que decíamos «Voy a Sabadell», como si fuera una cosa al margen. Eso da una idea dijéramos del disparate que había, no te sentías integrado.⁹

Una pérdida de sentido de pertenencia de los pobladores de las ciudades en las que vivían, pero que no sentían como propias, que tenía una doble base en su proceso de conformación bajo el franquismo y las formas de vida que se impusieron en los nuevos suburbios. Una doble

base que tenía su punto de partida en unas condiciones políticas determinadas. Podían existir las ciudades, pero no existía en ningún sentido la ciudadanía, la conformación de un núcleo básico de derechos que permitieran a sus pobladores participar en la construcción de su destino en un espacio determinado.

La conformación de las ciudades bajo el franquismo quedó claramente marcada por una realidad en este sentido. En poco más de treinta años, unos seis millones¹⁰ de personas, básicamente campesinas, dejaron sus pueblos de origen para integrarse en las realidades urbanas. De estos seis, más de cuatro millones protagonizaron una migración interregional que se concentró en las regiones de desarrollo industrial tradicional y los de nueva creación (Cataluña, País Vasco, Madrid, País Valenciano y las Islas Baleares), produciendo la duplicación de la población de ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao y consolidando sus áreas metropolitanas.¹¹ Realidad numérica que dio como resultado, en primera instancia, el hacinamiento de centenares de miles de personas en barracas, cuando no en cuevas, la autoconstrucción de los barrios por las manos de sus propios pobladores, y más tardíamente la construcción de barrios de nueva planta. Un proceso donde el franquismo mostró ante los nuevos pobladores de las ciudades inicialmente sólo su faz represiva, impidiendo los procesos migratorios o bien obstaculizando la construcción de los primeros barrios, o su vertiente especulativa en la construcción de núcleos urbanos con fuertes déficits urbanísticos y de equipamientos. Realidades que estuvieron en la base de ese extrañamiento de los pobladores en relación a sus ciudades. La precariedad vital en los mismos fue la primera faz del *desarrollismo* que experimentaron las nuevas clases populares bajo el franquismo. No otra:

Los servicios brillaban por su ausencia, ni transporte, ni luz ni agua, las condiciones eran [...]. Aquí llamabas un taxi porque te ponías malo y es que ni venía [...] porque calles sin asfaltar, cuando llo-

vía calles llenas de barro, había un torrente [...] sin luz, sin nada, tenías que pasar el torrente con unas escaleras, para poder conectar con lo que era Terrassa [...] no había ni cloacas para sacar la porquería.¹²

Testimonio que se reproduce incesantemente en las fuentes y que prefigura unos suburbios discriminados en los servicios y separados de la ciudad, entendida ésta como el casco histórico de la misma. Así, si en el caso de Madrid la «red de transporte [...] se había quedado en la ciudad tradicional y sólo se extendía allá donde se implantaba una urbanización de lujo»,¹³ la visión desde Leganés era que «era un área de construcción muy desordenada y sin ningún apoyo de infraestructura de transporte. Sólo había unas camionetas que nos enlazaban con Madrid y se estropeaban cada dos por tres. No había ladrillos y casas puestas».¹⁴ La exclusión era, en este sentido, una herida en las ciudades que determinaba su autorrepresentación, pero era también una exclusión que tenía su origen en el orden político. De hecho, la exclusión cultural, social y urbanística era inseparable de la política que, al fin y al cabo, comportaba una falta de control de los pobladores de las ciudades sobre sus propias vidas. Esta falta de control afectaba también a los barrios tradicionales, conformados con anterioridad a la imposición del franquismo, en aquello que hacía referencia a su vida asociativa de ocio y servicios,¹⁵ pero iba mucho más allá en los nuevos barrios que se generaron bajo el franquismo. Fue a partir de esta base común de déficits, impuesta por un Régimen que era común tanto a los nuevos como a los antiguos barrios, que el movimiento vecinal rompió la exclusión entre unas realidades y otras. Pero en el origen del mismo estuvieron más las primeras que las segundas y en ese sentido el movimiento vecinal, a pesar de su vocación interclasista que se consumó en parte durante los años setenta, tuvo su origen en los barrios con un marcado carácter de clase. Una clase, la obrera, que estaba viviendo una de las transformaciones más potentes de su historia

a partir del mismo proceso migratorio. Es ahí donde debemos situar el origen de las nuevas redes en los suburbios a partir de las cuales se construirá el propio movimiento vecinal.

Ciertamente, la mayor parte de los nuevos suburbios creados bajo el franquismo, no conferían inicialmente señas de pertenencia a sus habitantes, sino que eran las propias de un estigma social. De todas formas, la inexistencia de una identidad propia de los nuevos núcleos residenciales no presupone la inexistencia de identidades de pertenencia de sus pobladores, reforzadas en un cierto sentido por el propio origen de algunos de los procesos migratorios. A pesar de su magnitud, las migraciones no se tejieron como una simple agregación de seres humanos huyendo de la pobreza y buscando un nuevo lugar donde vivir y subsistir sin más. En este sentido, las migraciones bajo el franquismo, sobre todo las primeras que se dieron sin ningún despegue económico que ejerciera de polo de atracción y que constituyen una porción no desdeñable del conjunto del fenómeno,¹⁶ no tenían un origen exclusivamente económico. La precariedad vital que condujo a las mismas durante la década de los cuarenta y los cincuenta era previa a la misma decisión de partir. Pero lo hicieron entonces, y no antes. Dos fueron los motivos profundamente relacionados que llevaron a la partida: el fin de la esperanza y el inicio de la represión. El fin de la esperanza de la República, primero y, con ella, el fin también de cualquier esperanza de que una reforma agraria permitiese el acceso a la tierra con el que labrarse el futuro. Esperanza que desapareció completamente con la instauración del franquismo. Momento en el que la represión exacerbó las jerarquías sociales en el campo español y estigmatizó a todos aquellos que se consideraba como potenciales desafectos.¹⁷ Se buscaba en este sentido una salida económica a una situación desesperada, pero también un lugar donde el anonimato permitiera rehacer las vidas propias y las de los hijos. Realidad que se encuentra en la base vivencial de muchos de los

primeros pobladores de las nuevas realidades urbanas, cuando no en el origen de los mismos barrios:

Es curioso que el primer catalán que empieza a habitar el barrio, es decir, la primera familia, son catalanes, son de Vilanova i la Geltrú, y es también una coincidencia el hecho de que eran inmigrantes dentro de lo que era Cataluña, pero era por problemas políticos, era represaliado y por ser conocido en su pueblo natal, en Vilanova i la Geltrú, se trasladaron aquí, y hacen ya el primer pozo y empiezan a facilitar agua a los vecinos.¹⁸

Es evidente que este fenómeno no afecta a toda la inmigración, como también lo es que afecta a una parte sustancial de la primera. Lo relevante, en todo caso, es que el mismo es central para comprender cómo se construyen inicialmente las cadenas migratorias que permitirán la llegada de los nuevos migrantes y el color del que se tiñeron las primeras redes relacionales en los nuevos barrios. En primer término, porque las migraciones no son como hemos dicho un fenómeno de agregación humana, se elige un destino porque el mismo ofrece oportunidades conocidas y en dicho destino aquéllos que han llegado primero se constituyen en centrales para los que llegaran después. En segundo término, porque el propio proceso de llegada se construye como un proceso de solidaridades que marca los valores y las formas de las nuevas redes:

En mi casa, que cuando mi padre la construyó en la calle Gironés, allí en Ca n'Oriac, en Sabadell, recuerdo haber tenido viviendo allí como 15 familias o más. Continuamente pasaba una familia con 4 ó 5 hijos y se instalaban en casa, nunca evidentemente se cobraba absolutamente nada, compraban un terreno y todos los paisanos trabajaban en la casa durante los fines de semana y cuando la levantaban entonces venían 2 familias. Una se venía aquí y la otra se iba a la nueva casa. Era una cosa fascinante, una cosa que ha sido de mucha, mucha solidaridad.(...) —esa gente— toda es de izquierdas en general (...). Además que es normal porque si hubiera sido un tío de derechas: «Oye tú, que me denunciaste, me metieron en la

cárcel». Es una cosa casi lógica, cuando empiezan a hablar entre todo ellos, o hablaban entre ellos, sobre el «gilipollas» o el «hijo de puta» van marcando a toda la gente que era, que era lo malo digamos del pueblo, los que después colaboraron con el Franquismo.¹⁹

En este sentido, los migrantes no se enfrentaban individualmente a una nueva forma de vida. El proceso de migración en cadena llevaba a reconstruir parte de las poblaciones de origen en los nuevos lugares de destino. En un proceso que conllevaba a su vez una relectura de esas mismas identidades de origen en un sentido fuertemente marcado por la clase, a la que pertenecían cuando marcharon y a la que pertenecieron cuando llegaron, en el paso de una cultura popular campesina a una nueva cultura popular obrera. De hecho, los nuevos suburbios contenían un crisol de redes relacionales ligadas por una fuerte solidaridad sin la cual no se hubiese podido producir las migraciones, en medio de las cuales se expresaban diversas identidades ligadas al origen de cada uno de sus pobladores. La conservación, marcada por una fuerte transformación a su vez, de estas identidades de origen no conformaba un sentimiento de pertenencia al barrio, pero posteriormente estuvieron en la base del mismo. Fue, de hecho, el mismo proceso de construcción de estos barrios lo que inició el tránsito de unas identidades fragmentadas a una común referida al nuevo espacio vivencial, ya que ciertamente éstos, hasta la extensión de creación de barrios de nueva planta, quedaron completamente al margen de la intervención del Estado, si no era meramente en términos de represión, dejándolos en las exclusivas manos de sus pobladores. Así en el barrio de Palomeras de Madrid:

Yo llegué a este barrio en el año cincuenta y tres, cuando aún no estaba formado, pues apenas había unas cuantas casas salpicadas aquí y allá. Surgió el barrio porque llegábamos emigrados de los pueblos en busca de trabajo y no teníamos dónde vivir. Entonces empezamos a hacer las casitas bajas, que no eran muy grandes, a veces tan sólo una

habitación y una cocina, y no teníamos servicios de ninguna clase, ni luz, ni agua, ni servicio, ni nada. Pasamos muchas fatigas para hacerlas, no sólo porque no teníamos dinero, sino también porque decían que era zona verde y no nos dejaban construir. Vivíamos en unas condiciones infrahumanas. En invierno mal por el barro, pero en verano era aún peor, porque nos comían las moscas y toda clase de bichos por los basureros que había. Cuando las hacíamos vivíamos perseguidos por los guardias, que si nos pillaban nos multaban. (...) Pero, en fin, a pesar de tantas fatigas, nosotros 'erre' que 'erre' y surgió el barrio.²⁰

Un proceso que inicialmente reforzaba las redes familiares y las creadas en el propio proceso migratorio, pero que ya en sus orígenes a veces iba más allá, en este paso de las redes migratorias a las del barrio, al tener que afrontar problemáticas comunes a todos los pobladores de un mismo espacio. Así, si en Palomeras estaban erre que erre, en el Carmel de Barcelona las barracas se hacían de noche, con fango y cartón de cuero, siendo blanqueadas rápidamente para que parecieran acabadas por la mañana ante las autoridades, ya que en caso contrario eran derrumbadas inmediatamente. Pronto, además, los habitantes de estas barracas, que tenían que pagar un alquiler a los propietarios de los terrenos, iniciaron «un poco de revolución dentro del movimiento de barracas y sobre todo el Ayuntamiento metió mano dentro del censo y los propietarios de los terrenos se retiraron y no siguieron cobrándonos alquileres ni nada».²¹

Unos inicios de protestas que, de todas formas, no emergerán con toda su fuerza hasta que el proceso de consolidación de las redes relacionales en el barrio no se despliegue con todo su intensidad. De hecho, si la problemática de la vivienda es la que marca su inicio, la provisión de servicios básicos para los barrios como eran el sistema de alcantarillas, la luz y el agua, les ayudarán en su desarrollo. Así, si en el caso del barrio de la Maurina de Terrassa el alcantarillado lo tuvieron que hacer los propios vecinos,²² o bien en el caso del de Cirera de Mataró: «Las calles estuvieron mucho, mucho, tiempo sin asfaltar, se

las asfaltaban muchas veces los mismos vecinos [...]»,²³ o en el de Ca n'Oriac de Sabadell, «la luz tenía que ser la de un carburo, las cloacas tenían que ser a través de pozos nuestros, hechos manualmente cada uno individualmente en su casa, y el agua la teníamos que traer, como ya he dicho antes, de los pozos tirando». ²⁴ Finalmente, esta realidad atravesó con desigual intensidad gran parte del desarrollo de los barrios durante el tardofranquismo afectando a un amplio espectro de servicios:

En la sede de la Asociación de Vecinos de Ca n'Oriac (...) hacemos un acuerdo con Mutua Sabadell, y entonces nos ponen una ATS que viene para que los trabajadores pudieran inyectarse por la tarde y cuando vinieran de trabajar y todo eso. Entonces, de cinco a siete, dijéramos pues venía un ATS a cada uno de estos locales e inyectaba a las personas que estaban enfermas en aquellos momentos a poner las inyecciones, porque en el barrio no había absolutamente nada. Incluso en aquel entonces ni privado, empezaba a haber alguno privado que empezaba a ir por las casas, pero como consultorio no había nada (...). Incluso en esa época, que era una época bastante complicada, de problemas laborales y todo, tuvimos algún abogado que venía también a hacer las distintas consultas a la sede de la Asociación de Vecinos, eran los primeros servicios que teníamos en el barrio y que venía a través de las entidades sociales. (...) Bueno, es más las entidades, dijéramos, las crean la misma Asociación de Vecinos. Es decir, la Asociación de Vecinos empieza a participar en la Asociación de Padres de Alumnos, en el momento en que van empezando a nacer colegios y van empezando, pues a esto que te he dicho, a lo de las inversiones, a lo del fútbol. A, en fin, todo lo que socialmente se ha ido moviendo pues ha ido a través de... Nada ha venido de afuera, se ha creado humanamente por las personas que aquí hemos vivido siempre.²⁵

Y en este camino, donde nada vino de fuera, según este testimonio, lo cierto es que si el Estado vivía de espaldas a esta realidad, reforzando la solidaridad material de sus pobladores, no tan sólo este hecho estaba en la base de la creación de las identidades de barrio como espacio

autorreferencial de sus pobladores. Tampoco había muchos más espacios de referencia. En este sentido, la sociedad de consumo de masas, a pesar de los espejismos proyectados por el *desarrollismo*, fue una realidad muy tardía en los nuevos barrios creados bajo el franquismo. Y si bien la integración en la misma, en su primer gran medio de comunicación como era la televisión, era una aspiración compartida, lo cierto es que su llegada no fue tan sólo tardía –hasta 1969 no se puede hablar de una implantación mayoritaria de la sociedad de consumo en España–,²⁶ sino que además implicaba, conjuntamente con otros electrodomésticos, un consumo colectivo:

Ellos compraron un televisor, un televisor en blanco y negro, pequeñito, y nosotros me parece que compramos una nevera, una pequeña nevera, y entonces veíamos la televisión en su casa, las películas. Iba yo y casi nos sentábamos en la cama, todos allí viendo la película aquella, ya ves tú la película que daban, me parece que la película la daban todos los martes nada más en la tele, y la nevera que teníamos nosotros, una nevera pequeña, pues entonces allí nos arreglábamos las dos familias, a meter allí. Como no había mucho que meter tampoco, tampoco era muy..., de eso sí que me acuerdo, me cago en la leche. Bueno, mira, unos teníamos la nevera y el otro el televisor. Sí.²⁷

Hecho que reforzaba, tal como se constata en el barrio de Vallecas, un espacio vivencial de una enorme intensidad comunicativa:

Es probable que los brotes de solidaridad que se producían con frecuencia en el barrio, ese no sentirse solo (para bien o para mal) nunca, esa obsesión por tener en cuenta la opinión de los demás [...] esa sensación de conocerse todos y formar como una familia se debiera precisamente a la comunicación constante, informal, sin programas ni actividades. Todos sabían en cada momento lo que estaba pasando en el barrio y a cada familia y a cada individuo en particular, y gracias a ello fue posible en un momento determinado movilizar a los vecinos para crear un barrio nuevo, unas cooperativas, unas escuelas, unas vías de comunicación.²⁸

Los barrios constituían en este sentido microsociedades, en las cuales muchos de los mensajes, interpretaciones de la realidad y representaciones de uno mismo en ella se generaban en la propia comunidad vivencial, reforzando el papel referente de la misma para sus miembros, y donde el ocio era algo que se generaba casi exclusivamente dentro del propio barrio:

Generábamos grupos, creábamos grupos, era fácil llegar al tema, había un buen caldo de cultivo, porque había una asociación que era fácil poder llevar un mensaje, no había la presión ideológica, por lo menos mediática de hoy día, con lo cual, no era tan difícil convencer a alguien. Eso es cierto, hoy día es más complicado convencer a alguien que haya visto la televisión, y que le han repetido 40.000 veces una cosa, al final acaba creyéndose la televisión, y es muy complicado que tú puedas dirigirte a la gente para... Hablábamos de cosas muy diferentes, hablábamos de sexualidad, hablábamos de la sociedad libre, empezamos a leer a gente que hablaba de amor libre, que hablaba de la lucha de clases, gente que te hablaba de las repercusiones del marxismo, con 17 años empecé a leer libros, a hacer seminarios, hacer cursos y todo eso fue creando una dinámica determinada.²⁹

En este sentido, no fue extraña la relevancia que adquirirán, para el barrio, y para el propio Régimen, revistas que teniendo como marco los barrios se convertirán en referencias comunicativas a veces mucho más allá de las mismas. Revistas que como *Recaldeberri*, en Bilbao, *Gamma*, en Santa Coloma de Gramanet, o *Can Oriach*, en Sabadell, acababan por convertirse a ojos del Régimen en «un instrumento al servicio de intereses bastardos y pregón de una ideología contraria a toda política constructiva».³⁰ De hecho, en este sentido, el proceso de transferencia de las redes relacionales de las identidades de origen a una nueva identidad de destino, impelida por las necesidades de solidaridad y la articulación de un mundo referencial autónomo en el barrio, produjo paralelamente, e interactuando con esta misma realidad, la articulación de una sociedad civil propia. Una sociedad civil que ha-

cía referencia a la articulación de cooperativas de construcción de viviendas, llevando a un nivel más organizado lo que había sido una práctica cooperativa ya desde sus inicios en los barrios de autoconstrucción, Centros Sociales o Juveniles y diversas formulas asociativas de ocio.³¹ Un tejido social que densifica y comunica la vida de barrio, densificación y comunicación que es la base de la construcción de su identidad, en una autoconcepción de sus pobladores marcados a su vez por el sentimiento de exclusión y de clase. Un sentimiento de exclusión que se hace evidente en relación a los cascos históricos de la ciudad y que será la base de parte del discurso inicial del propio movimiento vecinal,³² pero que también tendrá unas referencias vivenciales que por su sencillez adquieren una gran fuerza. Así, si en el caso de Madrid, «los vallecános dejaban inconfundibles huellas de barro que señalaban su procedencia cuando pisaban el asfalto madrileño»,³³ algo muy parecido acaecía en una ciudad catalana:

Teníamos bastante, bastante conciencia de que éramos de Ca n'Oriac, además fue un conjunto de condicionantes que poco a poco lo van marcando [...], pero es que, aparte, teníamos un barrio [...] tú cuando llegabas allí te llenabas de barro hasta las pantorrillas, sí que era brutal. Yo a los 13 años, cuando empecé a trabajar en Sabadell, claro la gente sabía que veníamos de Ca n'Oriac, o veníamos del Torrente o [...] No, que eso, que había muchísimo barro, y era un hecho diferencial importante, muy importante. Bastaba con que pasases por donde es ahora el paseo Manresa, y mirases a la gente a los pies, y según como llevases de barro los pies, pues así ibas. [...] Porque, claro, la gente que había en mi calle trabajaba en fábricas de cañoneros, de textil, y yo trabajaba en el despacho de textil, con lo cual salía a trabajar llevando una bolsa, con unas botas de agua, y me ponía las botas de agua, en Ca n'Oriac, y cuando llegaba al centro, cuando no había gente, me quitaba las botas, me ponía los zapatos y me guardaba, pues claro, porque daba un poco de vergüenza, daba un poco de apuro, porque tratabas con unas ciertas gentes. Y un poco, esa diferencia de venir de Ca n'Oriac, era en ese terreno. Por otra parte, creo

que después, y a veces lo he pensado, también fue uno de los motivos para ayudarme quizás a tomar conciencia de clase. Una cosa mucho más sencilla que general, como una zona de la ciudad pues tenía unas condiciones que otras zonas de la ciudad más pobres no tenían. Era Ca n'Oriac, Ca n'Oriac y todos los barrios, porque tenía amiguetes por todas las partes que coincidíamos por allí en el centro siempre con los zapatos llenos de barro que nos marcan, nos marcaban, y que éramos la gente de Ca n'Oriac, sencillamente, no éramos otra cosa, no éramos otra cosa.³⁴

Realmente, ésta no era la realidad de todos los barrios donde se desarrolló posteriormente el movimiento vecinal. Durante la década de los sesenta y setenta los barrios de autoconstrucción, dieron paso, a partir de un desarrollo urbanístico altamente especulativo concertado entre el Estado y la iniciativa privada, a un nuevo tipo de barrios en la ciudad. Eran barrios de nueva planta que tenían como principal diferencia con los anteriores el hecho de que las casas ya estaban construidas previamente y de que contaban con un mínimo de infraestructuras. Pero poco más, y en este poco más se encontraba la base del necesario desarrollo reivindicativo posterior y del mismo sentimiento de exclusión social. De hecho, tanto los barrios de autoconstrucción como los de nueva planta, compartían un origen común. A pesar de que la intensidad de los componentes sociopolíticos del proceso migratorio era menor en los segundos, al ser más tardíos, y por tanto más alejados de la realidad de la postguerra como factor de partida, la precariedad urbanística, la segmentación de la ciudad y, sobre todo, una homogeneidad de clase que llevaba a una relectura identitaria claramente obrera, eran elementos compartidos entre ellos, a la vez que diferenciadores del resto. No obstante, si bien estos aspectos son centrales para entender la activación, la cronología y la intensidad de las protestas populares en las ciudades, tampoco es menos cierto que tampoco los barrios tradicionales quedaron al margen de este movimiento. También ellos sufrieron las carencias de servicios desplegados

por la dictadura y su inadaptación al mismo paso del tiempo lo que, con la incorporación de una nueva generación de clases medias formada en la universidad de los años sesenta, conllevó la organización del movimiento vecinal en los mismos. Este proceso afectó por igual a todas las grandes ciudades del país, más cuando, en la misma capital del Estado, las políticas de conservación del patrimonio histórico y urbano de la ciudad tradicional brillaron por su ausencia.³⁵ Finalmente, con menor o mayor intensidad, las diferentes realidades urbanísticas y vivenciales se ensamblaron en una misma protesta, pero fue en estos primeros barrios de autoconstrucción y obreros donde se articuló más intensamente, en un primer momento, la protesta urbana. De ellos surgieron las primeras formas organizativas y repertorios de protesta, y es que originariamente el movimiento de barrios es inseparable de la emergencia de nuevos sujetos sociales que encontraron en estos barrios uno de sus principales espacios de actuación.

La vertebración de un nuevo movimiento

Cuando alrededor de 1966 se vivía en las principales áreas industriales del país la segunda oleada de formación de Comisiones Obreras locales, vinculadas a las elecciones sindicales de 1966, la Comisión de Vecinos del barrio de Las Arenas de Terrassa celebró una asamblea para discutir la importancia de estas elecciones para los trabajadores. Fueran invitados a participar en la misma representantes de la Juventud Obrera Católica y del Instituto Industrial de la ciudad. En un momento dado, cuando estaba hablando uno de los conferenciantes, «un obrero de la Comisión de Vecinos le interrumpió diciendo que no hemos venido aquí a discutir convenios colectivos, sino 'a ponernos de acuerdo para sacar los mejores compañeros de enlaces', que unidos éstos a las CO hundiéramos el actual sindicato que no nos sirve para nada, que este era el Orden del Día de las CO».³⁶ Parecía entonces que el debate tomaría un derrotero

claro hacia cómo articular organizativamente el movimiento obrero en la ciudad. De hecho, en el campo interpretativo sobre los movimientos sociales, el movimiento obrero va por delante de cualquier otro, con permiso del estudiantil de vez en cuando. Pero si nos aproximamos a la realidad de aquel instante este esquema deviene más complejo. Justo en el momento que parecía que esto iba a suceder así, en aquella sala empezó a correr un documento entre los asistentes. En dicho documento se denunciaba, según recogían las fuentes policiales, la propuesta de aumento de las tarifas de agua que afectaban en más del doble a los barrios periféricos respecto al centro de la ciudad, llevando a que «los habitantes de estas barriadas, caso de que estas protestas por escrito no obtengan la atención que esperan, están dispuestos a efectuar una manifestación masiva y pacífica para protestar ante el Ayuntamiento, no sólo por el aumento, que lo consideran injusto, sino por lo que para ellos encierra mayor importancia, esta diferencia en el aumento en perjuicio precisamente de los habitantes de esta ciudad con menos poder adquisitivo».³⁷ Una explicación policial, empática con la petición vecinal, que sólo es comprensible si conocemos cómo describía los mismos hechos otro observador:

En la sala había tres policías, dos de los cuales leyeron y firmaron el documento; el tercero, Aníbal Martínez, dijo al joven que le presentó el documento que le diera uno de éstos. El muchacho, ignorando que era policía, le dijo que si tenía en su barrio formada la comisión para recoger firmas se lo daba; si no, no. El policía dijo que él tenía que informar a sus superiores y pidió que se leyese el documento antes de exponerlo a la firma de los concurrentes. Se le dijo que ya lo habían leído y firmado todos. No obstante, un miembro de la comisión de Vecinos, el farmacéutico, expuso con todo detalle y basándose en documentos fidedignos, al parecer facilitados por el propio señor Barata, ex teniente de alcalde, lo injusto e ilegal del incremento de las tarifas del agua.³⁸

Un instante clásico en la historia de la forma-

ción del movimiento obrero bajo el franquismo que acabó siendo, sin duda, el inicio de la organización de una protesta también clásica de la historia del movimiento vecinal. ¿Son separables sus orígenes, a pesar de todas las explicaciones que intentan diluir en su origen el carácter de clase del movimiento vecinal? Difícilmente, ya que ambos surgieron del mismo espacio. En el fondo, a pesar del carácter interclasista que tomará posteriormente el movimiento vecinal, ambos provenían inicialmente de una misma problemática, la de clase, que si en un espacio luchaba por el salario productivo en el otro lo hacía por el salario social. Eran dos caras de una misma moneda en estos primeros compases. De hecho, en algunos espacios, uno transmutaba en el otro sin cambiar apenas de nombre. Así, por ejemplo, en el caso de los orígenes de las CCOO de Badalona, también en el año 1966, su dificultad para organizarse en las fábricas, la mayoría de ellas radicadas en Barcelona, y una composición política y social más variada que sus homólogas en otras poblaciones, las llevó a organizarse también como Comisiones de Vecinos en cada barrio. Éstas debían cumplir un objetivo básico para el movimiento obrero: ampliar la solidaridad con sus luchas. Pero, a su vez, en un tránsito que lleva hacia las temáticas propias del movimiento vecinal, también debían de luchar por la mejora de la vida en los barrios y por la democratización municipal.³⁹

De todas formas, a pesar de algunas experiencias de transmutación tan directas, el papel del movimiento obrero en el despliegue del movimiento vecinal tuvo otro carácter. Éste ofreció un marco organizativo desde donde se pudieron incubar nuevos sujetos que fueron claves para el desarrollo posterior del movimiento que aquí nos ocupa. Estos sectores eran demasiado débiles inicialmente para desarrollar un movimiento propio, aunque fueron básicos en momentos clave de la historia de la represión contra el movimiento obrero a finales de los sesenta, momento en el que ellos mismos se empezaron a emancipar de sus estructuras or-

ganizativas. Estamos hablando, en este caso, de los jóvenes y las mujeres.

Los jóvenes fueron un componente clave de un movimiento obrero, y, de hecho, de un movimiento antifranquista, extremadamente joven durante los años sesenta. Si el 40% de los componentes de las asambleas obreras en Badalona estaba conformado por menores de 20 años, a veces esta misma edad bajaba en las acciones colectivas. De hecho, durante este período, se estaban desarrollando en los barrios unas amplias redes juveniles vinculadas a las parroquias, a la Juventud Obrera Católica o, más directamente, a los Clubs Juveniles que proliferaron durante este período. Redes que se articularán en una militancia más claramente activista en el marco de las Comisiones Obreras Juveniles nacidas en 1967⁴⁰ (COJ). Organización que, nacida bajo el amparo de las CCOO, enmarcaba su acción y formas de articulación en el espacio vivencial más que en la fábrica. Camino en el que incorporaban reivindicaciones ya no referidas al ámbito productivo, sino a la mejora de la vida en los barrios, y en el que no era inusual que ellas mismas se convirtieran en Comisiones de Barrio.⁴¹ Andando el tiempo, este proceso, que acabó gestando un movimiento juvenil propio en los setenta, tuvo una importancia clave para el movimiento vecinal en la creación de espacios de producción y reproducción de una nueva cultura de la protesta, en la acumulación de recursos disponibles para la acción en los barrios y en la generación de una nueva militancia para las propias organizaciones vecinales. Pero si los jóvenes fueron claves en la emergencia del movimiento vecinal, lo cierto es que la emergencia de las mujeres como sujeto activo de protesta aún tuvo unas consecuencias mayores para el movimiento.

En este caso, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), básico al igual que las COJ para la supervivencia del movimiento obrero en el cruce represivo de 1969, se organizó también en los barrios en parte al amparo de las CCOO.⁴² La gestación de estos primeros núcleos de ac-

tivistas fue esencial para la organización de la solidaridad material, para las primeras acciones en favor de la amnistía de los presos políticos, para la introducción de la movilización por el salario social, para la lucha contra la carestía de la vida y para los equipamientos urbanos, ya que fueron ellas mismas las que protagonizaron en gran parte estas luchas, a la vez que fue en el movimiento vecinal donde se plantearon más ampliamente, no sin contradicciones, las temáticas de género entre los sectores populares.⁴³ Aunque éste fue un proceso que se dio más claramente en los setenta. Lo cierto, antes de llegar a ese momento, es que tanto las COJ, como en otro sentido el MDM, no sobrevivieron o se transformaron con el cambio de década. La maduración del antifranquismo llevó en este sentido a la eclosión de movimientos sociales que hasta entonces sólo se habían podido desarrollar en el barrio relacionándose con el propio movimiento obrero. Pero a pesar de este proceso de desgajamiento de los movimientos sociales, del que surgió el movimiento juvenil y los movimientos de género, lo que sí empezó a expandirse a partir de aquellos momentos fueron las vocalías de jóvenes, de carestía de la vida o de mujeres dentro del propio movimiento vecinal como componentes básicos del mismo. Y es que de forma relacionada con la emergencia de estos nuevos sujetos colectivos durante la década de los sesenta, las redes de organizaciones de barrios vieron cómo se transformaban viejas entidades y se creaban otras nuevas en el camino de la maduración del propio movimiento vecinal.

Usualmente, se ha visto la eclosión del primer movimiento vecinal a partir de la tríada de la situación urbana, la emergencia de movimientos sociales anteriores y un cambio fundamental, en un préstamo tomado de la sociología aplicado a veces desde una perspectiva un tanto unidireccional, en la estructura de oportunidades políticas: la aprobación de una nueva Ley de Asociaciones en 1964 que habría posibilitado una legislación más permisiva en el proceso de

creación de Asociaciones de Vecinos. Ya hemos visto que separar los orígenes organizativos del nuevo movimiento obrero de los del propio movimiento vecinal deviene una tarea compleja cuando la mirada se acerca a sus microespacios formativos. Lo mismo nos sucede si nos acercamos a la importancia real que tuvo la ley de 1964. Dicha ley permitió el despliegue de una estructura legal en el movimiento, con profundos efectos en zonas como Madrid o el País Vasco.⁴⁴ Pero si nos acercamos a otro caso concreto, el de Cataluña, podemos observar cómo la referida ley fue utilizada instrumentalmente en la formación de un tramado legal del movimiento vecinal, lo que no es exactamente lo mismo que estar en el origen del mismo.

Las Asociaciones de Vecinos, constituidas algunas de ellas con anterioridad a la ley de 1964, adoptaron múltiples formas durante la década de los sesenta y setenta. Así, la del barrio de Pardiniy de Lérida, nacida en 1962, no desarrolló ningún tipo de conflictividad hasta después de la muerte de Franco, mientras que, en la otra punta del espectro de casos, la del Torrent de la Marina de Terrassa, a pesar de crearse en 1968, no sería legalizada al negarse a aceptar los Principios Fundamentales del Movimiento.⁴⁵ En medio de estos dos extremos nos encontramos con Asociaciones de Vecinos reivindicativas legales, como la Asociación de Vecinos del barrio de Sant Antoni de Barcelona, creada en 1968⁴⁶ o la de Ca n'Oriac de Sabadell, constituida en 1964.⁴⁷ De hecho, la multiplicidad de tipologías nos lleva a tener que hablar de AAVV de calle, AAVV controladas por personal afin al franquismo, AAVV creadas como generadoras de servicios para el barrio que evolucionan hacia una práctica reivindicativa, o AAVV creadas para legalizar situaciones organizativas clandestinas anteriores. Partir de esta multiplicidad de situaciones, en las que en algunos casos la forma organizativa no significa automáticamente pertenencia al movimiento social, para intentar ver cómo nace el movimiento vecinal, se convierte en un callejón sin salida. La centralidad no se

encuentra en ella, sino en las redes establecidas entre los habitantes de los barrios para articular la solidaridad material, la provisión de unos servicios mínimos y los espacios de la vida colectiva, en la generación de nuevos núcleos de militantes antifranquistas en los inicios de la conflictividad obrera, estudiantil y de barrio, imposible en el período anterior precisamente por la inexistencia de estas redes, y en las posibilidades que ofrecía la evolución de una parte de la iglesia ligada a la vida de los barrios. La centralidad de estas redes sociales, y los nuevos actores que en parte surgen y en parte interactúan con ellas, explica que en algunos casos Asociaciones de Cabeza de Familia, fuertemente ligadas al Régimen en sus orígenes, se impregnen también de las nuevas realidades hasta llegar a protagonizar fuertes enfrentamientos con la policía, como se dio en el barrio de Torre Baró, de Barcelona, en relación con la problemática del agua.⁴⁸

De hecho más que las AAVV, en origen para el caso catalán, parece haber sido más importante la constitución de Centros Sociales de Barrio, ligados a las parroquias, en el desarrollo de una primera estructura articulada del movimiento vecinal. La constitución de estos centros permitía una mayor flexibilidad para conseguir el doble objetivo de mantener una acción legal y a la vez agrupar a amplios grupos de personas que iban desde el antifranquismo más militante hasta aquellas preocupadas por aspectos muy concretos de la vida en los barrios, ya que los mismos dependían tan sólo del permiso parroquial e incluso, cuando éste no se conseguía, se podían crear como extensión de otra parroquia de otro barrio.⁴⁹ En estos centros se establecieron, en muchos casos, los primeros servicios asistenciales de algunos barrios, con la creación de consultorios médicos, servicios de enfermería y asesoría legal, como se hizo en los casos de los Centros Sociales de Cerdanyola, de Mataró, o de Sant Roc de Badalona, o incluso guarderías como sucedió en el barrio de Sants, de Barcelona, pero iban mucho más allá de estas prestaciones. También se articularon en ellos las primeras

vocalías de enseñanza, juventud, vivienda, y se dinamizó la vida política y cultural de los barrios con la celebración de charlas, conferencias y cinefóruns.⁵⁰

A su vez los militantes más políticos de los barrios se articularon en estos compases iniciales del desarrollo del movimiento vecinal, a veces de forma intensamente relacionada con los Centros Sociales, a partir de las clandestinas Comisiones Obreras de Barrio, ligadas en su origen a las Comisiones Obreras de Zona,⁵¹ las más predominantes Comisiones de Barrio, influenciadas tanto por Bandera Roja como por el PSUC, o, también, las Comisiones de Barrio Anticapitalistas, con una influencia territorial, muy ligada a los partidos que las animaban (básicamente Organización de Izquierda Comunista y Acción Comunista), en Nou Barris y Zona Franca de Barcelona, Cerdanyola y Ripollet.⁵² Organizaciones clandestinas que reunían alrededor de 20-25 personas por comisión y que establecían una agitación constante tomando como base la problemática de los barrios desde una perspectiva antifranquista y anticapitalista que no se podía desarrollar directamente desde las entidades legales inicialmente.⁵³ De hecho, en este sentido, las organizaciones clandestinas de barrio, la militancia política y sus organizaciones, desempeñaron un papel clave para conseguir que la parte legal del movimiento adoptase un rumbo determinado.

Serán estos Centros Sociales y las diversas formas de organización clandestina en los barrios los que, a partir de la extensión de la protesta a inicios de la década de los setenta, irán conformando las AAVV reivindicativas, a pesar de que en algunos casos el Centro Social siguió siendo la organización legal de referencia.⁵⁴ Será en este sentido en el momento de la extensión de la protesta urbana, cuando el caudal de recursos organizativos y políticos acumulados hasta ese momento haga uso efectivo de la ley de 1964. En algunos casos, para articular la militancia del Centro Social, con un carácter más reivindicativo en un nuevo espacio más claro; en

otros, porque allí donde el activismo se había mantenido en formas no legalizadas, se hacía necesaria una articulación más amplia con la población de los barrios. En el primer sentido, se vivirán casos como los del Centro Social de Cirera, en Mataró, con una composición ideológica variada, a partir de la cual se fundó la Asociación de Vecinos del barrio. Similar es el caso del barrio de Cerdanyola de la misma ciudad,⁵⁵ y también otros donde el proceso revestirá una forma más conflictiva, como el que se dio en el Centro Social del barrio del Carmel, en Barcelona, donde los expulsados del centro por demandar un compromiso antifranquista público estarán en la base de la fundación de la Asociación de Vecinos en 1972.⁵⁶ En el segundo sentido, las comisiones de barrio o los núcleos de militantes antifranquistas que actuaban en los barrios revitalizarán o crearán Asociaciones de Vecinos, como acaeció en el Baix Llobregat, Sants, Prosperidad o Nou Barris, de Barcelona, o en Terrassa y Sabadell.⁵⁷

Pero este proceso, el de creación de asociaciones de vecinos dentro del movimiento vecinal, no se intensificó realmente hasta la década de los setenta cuando aquello que estaba realmente en el origen del movimiento ya había madurado suficientemente. De hecho, será entonces cuando las redes relacionales, que inicialmente se habían articulado en torno a la construcción del propio espacio vivencial, hayan adquirido una gran densidad que afectaba a un continuum de relaciones y entidades en los barrios y permitía una mayor movilización colectiva. Fue en ese momento cuando los instrumentos que estaban a disposición de estas mismas redes, y de la cultura de la protesta que estaba creciendo por sus canales de comunicación, fueron utilizados en un sentido determinado. Procesos que conformaron no sólo la mejora de las condiciones de vida de los pobladores de las ciudades, sino que conformaron también su propia identidad, primero en los barrios y, posteriormente, cuando la protesta se haga transversal y adquiera un componente ya claramente de demanda de la

democratización en el ámbito local, pusieron las bases para la articulación de un sentido de ciudad. Lo que el franquismo había roto y fragmentado fue reconstruido no gracias a él mismo, sino a aquellos que tejieron un nuevo marco de relaciones, primero del suburbio al barrio y, posteriormente, del barrio a la ciudad mediante una nueva cultura de la protesta que fue básica en la erosión y desaparición de la misma dictadura.

NOTAS

- ¹ Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación HAR2009-0782.
- ² PELLISSA, Octavi, *Apunts sobre la clandestinitat*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, p. 33. Traducido del catalán.
- ³ Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y Democrática (CEFID), Entrevista a Albert Recio Andreu.
- ⁴ Sobre la participación del movimiento vecinal en los movimientos por la amnistía ver: RISQUES, Manel y BALLESTER, David, *Temps d'amnistia*, Barcelona, Edicions 62, 2001.
- ⁵ Aunque en el caso del movimiento obrero a veces también adquiera fuerza como fecha de referencia 1958, momento de aprobación de la Ley de Convenios Colectivos, que al igual que en el caso de la Ley de Asociaciones de 1964 se sitúa en muchas explicaciones en la base del surgimiento de un nuevo movimiento obrero, sigue siendo mucho más dominante 1962 como su momento de inicio.
- ⁶ La interpretación del cambio en la estructura de oportunidades políticas como factor clave para comprender la emergencia de los movimientos sociales en el espacio público, que debe su origen a los trabajos de Charles Tilly con un fuerte desarrollo posterior, plantea la apertura al acceso a la participación como uno de los factores de su desarrollo. Aunque la misma incluye también que esas oportunidades pueden ser generadas por el propio movimiento y que, a su vez, en la mayoría de casos este movimiento es previo al cambio en la estructura de oportunidades. En este campo una sola ley, como la de 1964 (otra cosa es ver las interacciones más amplias dentro del propio franquismo en los sesenta como un posibilitador de creación de espacios que serán aprovechados por los movimientos), difícilmente podría explicar el origen del movimiento vecinal como uno de sus factores desencadenantes. Aunque se considere útil este herramienta interpretativa —no es mi caso—, su aplicación debería ser mucho más amplia para el caso que nos ocupa que la relación entre Estado y movimiento social a partir de un desarrollo legislativo, más cuando hablamos de un movimiento que se mueve en espacios locales y es fragmentado y diverso en su desarrollo. Para estos temas ver: TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 147-178.
- ⁷ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Què pensa Vázquez Montalbán*, Barcelona, Deria editors, 1995, pp. 14-15.

- ⁸ CEFID, Entrevista a Oriol Serrano Balsasch.
- ⁹ Archivo Histórico de la Comisión Obrera Nacional de Cataluña (ANC), Entrevista a Francisco Morales. Procesos ampliamente documentados para el caso de diversas ciudades catalanas en: DOMÈNECH, Xavier, «La reconstrucció de la raó democràtica. Del suburbi a la ciutat», en: MOLINERO, Carme y YSÀS, P. (coord.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria/Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 113-155.
- ¹⁰ Usualmente se ha establecido para los países del área del OCDE entre un 10% y un 20% de subestimación del fenómeno migratorio a causa de la inmigración ilegal que, probablemente, se daba con mayor intensidad en la España franquista. Ver: TORRE, J. de la, SANZ LAFUENTE, G., (ed.), *Migraciones y coyuntura económica del franquismo a la democracia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, p. 19.
- ¹¹ BABIANO MORA, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI y Fundación I.º de Mayo, 1995, pp. 15-16; PÉREZ PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área del Gran Bilbao [1958-1977]. Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 58-59 y MARRÍN CORBERA, Martí, «Fluxos, stocks, periodicitat i orígens», en M. Marín (dir.), *Memòries del viatge. 1940-1975*, Sant Adrià de Besòs, Museu d'Història de la Immigració de Catalunya, 2009, pp. 14-32.
- ¹² Descripción referida al Torrent de la Maurina de Terrassa. CEFID, Entrevista a Apolo Giménez García.
- ¹³ CASTELLS, Manuel, «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano en Madrid», p. 25, en: QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 21-32.
- ¹⁴ CAPRARELLA, Marcello y HERNÁNDEZ BROTONS, Fanny, «La lucha por la ciudad: vecinos-trabajadores en las periferias de Madrid. 1968-1982», p. 38, en: Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 33-53.
- ¹⁵ Así, por poner un ejemplo, en la comarca catalana del Baix Llobregat tan sólo un 18,3% de las entidades anteriores a la Guerra Civil sobrevivieron a la implantación del franquismo. Ver: SANTACANA, Carles, *El franquisme al Baix Llobregat*. Barcelona, Centre d'Estudis Comarcals del Baix Llobregat, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2001, pp. 14-15.
- ¹⁶ Sobre esta temática ver: PUIG, Angelina, *De Pedro Martínez a Sabadell: l'emigració una realitat no exclusivament econòmica, 1920-1975*, tesis doctoral inédita, UAB, 1990; MARÍN, Martí, «Franquismo e inmigración interior: el caso de Sabadell (1939-1960)», *Historia Social*, núm. 56, 2006.
- ¹⁷ Sobre la construcción de un discurso y una práctica racista contra aquéllos que habían perdido la guerra, que se quería perpetuar en sus hijos, ver: VINYES, Ricard, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Madrid, Temas de hoy, 2002. Para un análisis de la represión en las zonas rurales y la intensificación de les jerarquías sociales: MIR, Conxita, «El sino de los vencidos: la represión

- franquista en la Cataluña rural», en: CASANOVA, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002. Una magnífica reconstrucción de la brutal represión sufrida en las tierras de origen de gran parte de los futuros migrantes desde los inicios de la guerra en: ESPINOSA, Francisco, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003.
- ¹⁸ AHCONC, Entrevista a Francisco Morales.
- ¹⁹ AHCONC, Entrevista a Manuel Navas.
- ²⁰ Testimonio recogido en: GARCÍA-NIETO, Carmen, *La palabra de las mujeres (1931-1990)*, Madrid, Popular, 1991, p. 67.
- ²¹ Biblioteca El Carmel-Juan Marsé (BCJM), *Projecte converses amb memòria*, Entrevista a Custodia Moreno Ribero. Para este tema, ver también: Entrevista a María Gómez Ariás.
- ²² CEFID, Entrevista a Apolo Giménez García.
- ²³ CEFID, Entrevista a Valero Gracia Soriano.
- ²⁴ AHCONC, Entrevista Francisco Morales.
- ²⁵ AHCONC, Entrevista a Francisco Morales.
- ²⁶ MARÍN, José María, MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *Historia Política, 1939-2000*, Madrid, Istmo, 2001, p. 160.
- ²⁷ AHCONC, Entrevista a Juan González Merino.
- ²⁸ Testimonio citado en: LORENZI, Elisabeth, «Vallecas y la construcción de la identidad barrial», p. 83, dentro de: PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 79-98. Para una descripción similar en el caso de los barrios de Sevilla, ver: VELASCO MESA, «Los líderes del sindicalismo democrático durante los años sesenta: semblanza de una nueva generación de protesta», pp. 270-271, en: ÁLVAREZ REY, E., LEMUS LÓPEZ, *Sindicatos y trabajadores en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.
- ²⁹ AHCONC, Entrevista a Manuel Navas.
- ³⁰ Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (AHGCB), Ayuntamiento de Sabadell, 1974-1975, caja 153, Carta de J. Burrull a Martín Villa, 27 de setiembre de 1974.
- ³¹ Ver: HUERTAS, Josep M. y ANDREU, Marc, *Barcelona en lluita. El moviment urbà 1965-1996*, Barcelona, FAVB, 1996, p. 13; SUÁREZ, Emilio, *Can Clos. Historia de un barrio obrero*, Barcelona, CIMS, 1997, pp. 39-43; HUERTAS, Josep M. y FABRE, Jaume, *Tots els barris*. Vol VII, Barcelona, Edicions 62, 1976, p. 206; ORTIZ, Elies, *Relat d'una experiència. Barri de Can Tunis*, Barcelona, Claret, 1997; Paredes, Jesús Mari, «Otxarkoaga» en M. Toral (coord.), «Movimientos ciudadanos en Bilbao: Rekaldeberri, Otxarkoaga, S. Francisco», *Bidebarrieta*, X (2001), pp. 229-248 y *Llamarse barrio. El Pozo del Tío Raimundo*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1986, p. 62.
- ³² Para este tema, ver: Ricard Martínez i Muntada, «Construir futurs. La dimensió anticapitalista del moviment veïnal», en: MOLINERO, Carme y YSÀS, P. (coord.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria/Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 265-317.
- ³³ LORENZI, Elisabeth, «Vallecas y la construcción de la identidad barrial», p. 83, dentro de: PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 79-98.
- ³⁴ AHCONC, Entrevista a Manuel Navas.
- ³⁵ CASTELLS, Manuel, «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano en Madrid», p. 35, en: QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 21-32. Me he ocupado más ampliamente del proceso descrito para los barrios de autoconstrucción para el caso de los de nueva planta y los barrios tradicionales en: DOMÈNECH, Xavier, «La reconstrucción de la raó democràtica. Del suburbi a la ciutat», pp. 127-130, en: MOLINERO, Carme y YSÀS, P. (coord.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria/Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 113-155.
- ³⁶ Archivo Histórico del PCE (AHPCE), *Carta de Blas*, 19 de septiembre de 1966, caja 56.
- ³⁷ AHGCB, *Reunión en Tarrasa sobre las próximas elecciones sindicales*, JSPB, 5 de septiembre de 1966, caja 7.
- ³⁸ AHPCE, *Carta de Blas*, 19 de septiembre de 1966, caja 56.
- ³⁹ AHPCE, *Informe general (CAS) (Badalona)*, recibido en septiembre de 1966, Jacq. 1493-1494.
- ⁴⁰ Para la historia de les COJ y del despliegue del tejido juvenil ver: DOMÈNECH, Xavier, *Temps d'interseccions. Lo Jovenut Comunista de Catalunya (1970-1980)*, Barcelona, Fundació Ferrer i Guàrdia, 2008, pp. 58-74; Ivan Bordetas Jiménez, *Del suburbio al nario: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*, tesina de doctorado, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009, pp. 138-142.
- ⁴¹ AHPCE, Fondo Nacionalidades y Regiones, PSUC, *Informe el camarada Carlos de la reunión de jóvenes que se celebró el día 14 de enero del corriente mes*, 20 de gener de 1968, caixa 58.
- ⁴² Sobre esto, para el caso catalán, ver: AHGCB, NI, *De la reunión celebrada por elementos de las «Comisiones Obreras» El pasado sábado, día 26*, JSPB, Barcelona, 31 de agosto de 1967 caja 20; AHPCE, *Informe de la Comisión Coordinadora de las CO de Badalona y su comarca, celebrada en San Adrián del Besós el día 6 de junio de 1967 a las 8 de la tarde, con la presencia de 8 asistentes*, Jacq. 1638; AHPCE, *Informe d'una sèrie de reunions celebrades a Badalona, 17-19 de diciembre de 1967*, Jacq. 1736.
- ⁴³ BCJM, *Projecte Converses amb memòria*, Entrevista a Custodia Moreno Ribero. Ver sobre la participación de la mujer en el movimiento vecinal: RADCLIFF, Pamela, «Ciudadanas: las mujeres en las asociaciones de vecinos y la identidad de género en los años sesenta», en: QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 54-78; FERNÁNDEZ LAMELAS, Eva, *Vocalies de dones de Barcelona a la transició*, Bellaterra, Treball de Màster, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009.
- ⁴⁴ URRUTIA ABAIGAR, *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Otañi, Instituto Vasco de Administración Pública, 1985; LÓPEZ ROMO, Raúl, «Urribari entre dictadura y democracia: dinamismo y cambio social», en: PÉREZ PÉREZ, José Antonio (coord.), *Bilbao y su barrios*, vol 3, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008, pp. 101-137; CIDUR, *Madrid/Barrios*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1976; Castells, Manuel, *Crisis urbana y cambio social*, Madrid, Siglo

- XXII, 1981, 231-240.
- ⁴⁵ CEFID, Entrevista a Jacinto Pèrnia Val; Entrevista a Apolo Giménez García.
- ⁴⁶ CEFID, Entrevista a Oriol Serrano Balasch. Per la caracterització de les AAVV de Barcelona: Iván Bordetas Jiménez, *Del suburbio al barrio: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*, tesina de doctorat, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2009, pp. 169-201.
- ⁴⁷ Ricard Martínez Muntada, «El moviment veïnal a Sabadell durant el tardofranquisme, 1966-1976», *Arraona*, número 24, 2001, pp. 65-87.
- ⁴⁸ CEFID, Entrevista a Andres Naya Cabrero.
- ⁴⁹ Éste sería el caso, por ejemplo, del Centro Social del barrio de Cerdanyola, de Mataró, que se creó como extensión del existente en el barrio de Cirera de la misma ciudad. Ver: CEFID, Entrevista a Juan de Maya Jiménez.
- ⁵⁰ CEFID, Entrevista a Joan De Maya Jiménez; Entrevista a Juan Jesús Guerrero Robles; Entrevista a Carles Prieto Caballé. Para una panorámica de los Centros Sociales en dos ciudades como Barcelona y Sabadell: Iván Bordetas Jiménez, *Del suburbio al barrio: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*, tesina de doctorado, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009, pp. 106-116; Ricard Martínez Muntada, «El moviment veïnal a Sabadell durant el tardofranquisme, 1966-1976», *Arraona*, número 24, 2001, pp. 65-87.
- ⁵¹ CEFID, Entrevista a Carles Prieto Caballé. Para el origen de las CO de Zona: DÍAZ, José Antonio, *Luchas internas en Comisiones Obreras de Barcelona. 1964-1970*, Barcelona, Bruguera, 1977; VVAA, «Comissions obreres, 1968-69: Repressió y Crisis», *Quaderns*, núm. 1, CTD, 1981.
- ⁵² CEFID, Entrevista a Andres Naya Caballero, Entrevista a Albert Recio.
- ⁵³ Estas formas organizativas estuvieron presentes básicamente en Barcelona, el Baix Llobregat, y tuvieron un peso mucho menor en aquellas ciudades donde el predominio del PSUC a finales de los sesenta establecía una coordinación política estable y un activismo político directo de los militantes en los barrios. Ver: CEFID, Entrevista a Valero Gracia Soriano; Entrevista a Agustí Daura Melich.
- ⁵⁴ Como se dio en el caso del barrio de Sant Roc de Badalona. Ver: CEFID, Entrevista a Juan Jesús Guerrero Robles.
- ⁵⁵ Ver: CEFID, Entrevista a Valero Gracia Soriano; Entrevista a Juan de Maya Giménez.
- ⁵⁶ BCJM, *Projecte de converses amb memòria*. Entrevista a Fernando González.
- ⁵⁷ CEFID, Entrevista a Albert Recio; Entrevista a Carles Prieto Caballé; Entrevista a Frederic Prieto Caballé; Entrevista a Andres Naya Cabrero; Entrevista a Agustí Daura Melich.



EMPODERAMIENTO¹ POPULAR EN LA ESPAÑA FRANQUISTA: EL MOVIMIENTO VECINAL EN EL TRÁNSITO DE LA RESISTENCIA A LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS

Iván Bordetas Jiménez (CEFID-UAB)

Tiempo. De la supervivencia a la resistencia: inmigración, chabolismo, amazacotamiento

La configuración del movimiento vecinal en España hunde sus raíces en el modelo de desarrollo urbano que se implantó durante la dictadura franquista, en la forma que adoptó el crecimiento y densificación de aquellas áreas urbanas que acogieron grandes contingentes de población y, en última instancia, en la gestión que de todo este proceso hicieron las autoridades de la dictadura.² La magnitud del fenómeno migratorio supuso la constitución de mastodónticas y caóticas zonas urbanas y áreas metropolitanas, un *continuum* de suburbios chabolistas, grandes polígonos de viviendas y zonas industriales. Frente a la dimensión de este proceso, las autoridades franquistas no actuaron convenientemente sobre un problema, como el del acceso a la vivienda que, si bien venía heredado, se agravó hasta unos límites dramáticos durante el primer ventenio de la dictadura. La actuación en esta materia podría resumirse a partir de una combinación entre desidia, corrupción política, actividad especulativa desenfrenada y nula planificación racional, dejando en manos de los propios habitantes —tanto los *autóctonos* como los recién llegados— la autosatisfacción de sus necesidades.³ De la combinación de todos los factores aludidos surgió una nueva

realidad urbana en cuanto a sus vertientes cuantitativa y cualitativa: el fenómeno suburbial —el chabolismo, la autoconstrucción, la habitación de cuevas, el subarriendo o el realquilado— en una magnitud hasta el momento desconocida.⁴ En palabras del alcalde de Sabadell: «un cinturón de míseras y anárquicas construcciones, un temible cinturón de barracas y cuevas con aire de campamento medieval, donde malvivían a veces en condiciones infrahumanas compatriotas nuestros»⁵.

A partir de los años sesenta, con la intensificación del ritmo constructivo y el desplazamiento de parte de la población que no disponía de viviendas en las capitales a diferentes poblaciones de las respectivas áreas metropolitanas —a partir de la construcción de macropolígonos, tanto de promoción privada como pública— el déficit de viviendas se fue enjugando progresivamente en las grandes ciudades, y a un ritmo menor en las áreas metropolitanas, en paralelo a la lenta extinción del barraquismo.⁶ La política emprendida a partir de la constitución del Ministerio de la Vivienda en 1957 pivotó sobre dos ejes. Por un lado, la construcción, promoción y subvención del mayor número de viviendas posible, aunque ello implicara, como así fue, una nula vigilancia y control sobre la calidad de las mismas y el entorno urbano donde se asentaban, aun cuando los proyectos de urbanización —y la legislación

existente— previeran unos mínimos estándares constructivos o una serie de equipamientos, servicios e infraestructuras urbanas. Tal y como expresaba Francesc Candel:

los bloques de pisos siguen levantándose en los sitios más inverosímiles, sin orden ni concierto ni una aparente urbanización preconcebida. El resultado es una geografía ciudadana deforme, contrahecha, abigarrada y, sobre todo, amazacotada, [...] [definida por] calles sin pavimentar que se eternizan, [...] hoyos que nunca se tapan, [...] alumbrado que nunca llega, [...] falta de escuelas y centros sanitarios, [en definitiva] a ser los eternos vertederos de la ciudad.⁷

La situación de estas promociones en lugares aislados y periféricos también suponía grandes plusvalías por los bajos costes de unos suelos que, por otra parte, se recalificaban para darles este uso residencial, aunque las normas urbanas los consideraran zona verde o de equipamientos. Ello suponía, con el recurso de los planes parciales y una agresiva política urbana, abrir la puerta a sucesivas recalificaciones de los terrenos intermedios —entre la trama urbana ya consolidada y estas nuevas promociones—, muchos de ellos ya ocupados por núcleos de vivienda marginal y que, en ese momento, se convertían en apetecibles espacios para nuevos negocios. La presión de diferentes intereses especulativos —propietarios del suelo, inversores inmobiliarios como Bancos y Cajas de Ahorro y empresas constructoras e inmobiliarias— sobre unas autoridades que debían velar por el correcto cumplimiento de la legalidad, pero que muchas veces participaban del negocio de su infracción, es la que explica el modelo de desarrollo urbano que se impuso.

El segundo eje sobre el que se asentó esta nueva política tuvo que ver con la eliminación del suburbio, entendido éste como aquel espacio en el que no era posible hallar los valores culturales, políticos y sociales que el Régimen pretendía imponer, y en el que, asimismo, tampoco sería posible la generación de un consenso que, precisamente en esos años, era necesario

renovar y aumentar. Pero justamente por la adopción de ese modelo especulativo de desarrollo urbano, este intento de eliminación del suburbio así entendido no se quedó más que en el terreno de la retórica. Porque lo que no cambió entre una y otra etapa fue la inexistente provisión de servicios, infraestructuras y equipamientos en los diferentes barrios, tanto en los históricos como en los de nueva construcción, en los chabolistas, «sin las más elementales condiciones de higiene y sanidad, sin luz, sin alcantarillado para las aguas residuales, sin servicio de recogida de basuras, sin agua corriente»; y en los «barrios nuevos [...] [que] tienen la sensación de que se les deja en el más absoluto abandono en cuanto a urbanizaciones y servicios».⁸

Más allá de las condiciones materiales y objetivas de injusticia, de los déficits de equipamientos colectivos, servicios e infraestructuras urbanas —que representaron una fuente inagotable de reivindicaciones y conflictos— nos interesa aquí el proceso de asunción de tal injusticia y la aprehensión de la necesidad de la acción colectiva, la organización y la movilización para modificar y revertir tal realidad. Porque si el proceso de desarrollo urbano supuso el contexto —la base material— en el que se asentó la emergencia de un movimiento social que centraba sus demandas en las deficiencias asociadas al mismo, la actuación de organizaciones católicas, de asistentes sociales y de militantes antifranquistas, la existencia de una mínima vida asociativa o la configuración de núcleos de vecinos a partir de las redes sociales tejidas en los barrios que adquirieron conciencia sobre la problemática urbana, supusieron la base social sobre la que se fundamentó la aparición del movimiento vecinal. La existencia de unas redes sociales en estos nuevos barrios, basadas en el proceso migratorio, las cadenas migratorias que permitían un flujo de información entre los que ya estaban asentados y los que pretendían migrar o eran susceptibles de hacerlo, pero que también facilitaban el acceso a una vivienda o un trabajo o condicionaban el lugar de residencia se presen-

tan como elementos que nos permiten pensar en la existencia de unas primeras relaciones sociales en los barrios.⁹ De la misma manera, se documenta la existencia de prácticas colectivas asentadas en valores como la solidaridad, a partir de transmisión de información sobre el proceso migratorio, la ayuda mutua o el trabajo colectivo en la autoconstrucción de estas barracas, o, posteriormente, una vez instalados y arraigados en el barrio, en la autosatisfacción de ciertas infraestructuras y servicios urbanos, como un precario alcantarillado, unas fosas sépticas, un mínimo allanado de las calles, la construcción de lugares de reunión y recreo o, más adelante, cooperativas de viviendas como la surgida a partir de la Hermandad de Ahorros de Casa Antúnez en la Barcelona de 1962, mutualidades como en Otxarkoaga (Bilbao) en 1964, poco después de iniciarse la ocupación de este Poblado Dirigido para chabolistas o, en el caso del Pozo del Tío Raimundo (Madrid) en 1958, una sociedad cooperativa para el autoabastecimiento y distribución de electricidad.¹⁰ De muchos de estos primeros núcleos de relación vecinal surgirían, poco más tarde, las primeras asociaciones de vecinos del barrio. Un informe de la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas, en Vallecas, explicita estos primeros lazos de relación social en los barrios:

Nuestro barrio es fruto de nuestro esfuerzo. [...] Tuvimos que vencer dificultades increíbles para adaptar nuestra vida a la gran ciudad, para construir una nueva comunidad humana de personas que se conocen, que se ayudan unas a otras. Esta es una gran riqueza humana y social, creada a fuerza de tiempo, de paciencia, de confianza de unos en otros.¹¹

El elemento que resultó decisivo en la generación de esta identidad colectiva que situamos en la base de la emergencia del movimiento vecinal fue la homogeneidad social que se observa en estos barrios periféricos. Esta homogeneidad permitió la construcción de una *conciencia primaria* que no estaría exenta de contenido político, al estar ligada a una identidad de clase

que ya llevaba tiempo configurándose y que se asentó en una conflictividad social, sostenida y creciente, protagonizada por el movimiento obrero desde mediados de los años cincuenta, y con renovada intensidad en los sesenta.¹² La asunción de la marginación a la que estaban sometidos en sus barrios, la autoidentificación, inicialmente en negativo, con el suburbio –con el barro o la suciedad–, y la percepción de no vivir en la ciudad se presentó como el reverso de otra asunción, la de la explotación en la fábrica, la de los salarios de miseria y las pésimas condiciones de trabajo. Respecto a la cuestión urbana, todo ello era fácilmente comprobable y asimilable con la simple comparación entre el estado de los barrios que habitaban y otros por los que pasaban. La configuración de unas ciudades segregadas social, espacial y simbólicamente, con unas periferias suburbanas –bien en barrios de autoconstrucción y chabolismo, bien en los nuevos polígonos de viviendas– y unos barrios históricos degradados y altamente densificados habitados por obreros, coadyuvó a la cimentación de esta identidad basada en la homogeneidad social de sus espacios vivenciales pero también en base a las carencias y deficiencias urbanísticas que tenían que sufrir.¹³ Los primeros grupos vecinales que ensayaron reivindicaciones ya denotan esta identidad de clase, como se puede observar en la carta que un grupo de chabolistas del Cerro del Tío Pío en Madrid enviaron en abril de 1964 a la Dirección Provincial de Urbanismo y al Ministerio de la Vivienda solicitando unas viviendas en un polígono que se estaba construyendo en la zona:

Ahora, cuando tanto se habla de humanidad, es inhumano que haya viviendas deshabitadas y sólo se construyan [...] para los poseedores [sic] de la fortuna, y que nuestros hijos y nosotros estemos condenados a vivir en chabolas, por el simple hecho de ser los que construimos los grandes edificios o producimos para que se construyan.¹⁴

Ese espacio en común que representaba el barrio fue la base para el desarrollo del movimiento obrero junto con la fábrica, que se daba

en la transmisión de saberes entre aquellos que participaban de la conflictividad obrera y los que posteriormente articularon la vecinal, siendo, en algunos casos, las mismas personas las que engrosaban las filas de ambos movimientos. Esta transmisión pudo transcurrir por unos canales informales —la conversación en los espacios en común, la fábrica y el barrio de nuevo— como relata Emilio Suárez, del grupo impulsor del Centro Social Can Clos en Barcelona en 1959 a partir de la iniciativa de un grupo de vecinos: «hombres del barrio que habían padecido las secuelas de la guerra y los más jóvenes, que no la habíamos conocido, [y] como no teníamos ningún sitio para reunirnos lo hacíamos en la Barbería de Pepe». En palabras del mismo Suárez: «a partir de ese momento, gracias a esos hombres, (...) se crearon las condiciones para llegar a conseguir todo lo que hoy tenemos. Eran hombres que no sabían que con su esfuerzo y con la construcción de ese local iban a ser los artifices del cambio de forma de vida del barrio».¹⁵

De la misma manera, esa transmisión se pudo dar por unas vías más formales, bien porque la forma organizativa Comisiones Obreras (CCOO) —y las diferentes estructuras emanadas de ellas como las Comisiones Obreras Juveniles (COJ), las Comisiones Obreras de Barrio o las Comisiones de Barrio— extendiera su ámbito de acción al barrio, bien porque los militantes de estas, y de los partidos políticos, influenciaran en la formación de estructuras similares entre los vecinos y llevaran a ellas no sólo la reivindicación urbana sino también la afirmación de su condición obrera y la idea de la doble explotación: en la fábrica y en el barrio; por la dictadura franquista y por la burguesía capitalista. En varios documentos enviados a la dirección del PCE sobre la constitución y evolución, en paralelo, de las CCOO y Juntas de Vecinos en Terrassa, se evidencia esta imbricación de ambos movimientos.¹⁶ Los textos con los que se presentaban en los barrios todos estos colectivos dan buena muestra de esta ligazón

entre problemática urbana y laboral, «porque la explotación y la opresión a la que nos someten [sic] nuestro enemigo principal (...) no se para en la fábrica, sino que continua en el barrio (...) mediante alquileres abusivos, los precios inasequibles de las viviendas, las infrahumanas condiciones de nuestras casas y calles, etc.»,¹⁷ e inciden en la diferenciación, no sólo espacial y material sino también simbólica, entre los barrios obreros y los residenciales de la burguesía o las clases medias:

La explotación no termina en la fábrica. En los barrios obreros nos encontramos sometidos a otros tipos de explotación. Todos los sabemos, 'Sarria' [sic] para los burgueses; estos que nos están exprimiendo en su empresa y están engordando su cuenta corriente gracias a nuestro trabajo; para nosotros 'Torre Baró', unas casas, mejor dicho: unas barracas, sin agua corriente, hechas de cualquier manera.¹⁸

El protagonismo de mujeres, en paralelo al colectivo juvenil, en la agitación de los barrios y en la cimentación de esta identidad y la necesidad de la acción colectiva es evidente en esta etapa inicial. *Treball*, el órgano del PSUC, ya relataba conatos de protestas y reivindicaciones protagonizadas por mujeres en los sesenta, así como también lo hacían algunos informes de las autoridades franquistas.¹⁹ Un informe del PCE de Valencia refería el trabajo que estaban realizando las militantes del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM):

las mujeres estan [sic] repartidas en Comisiones de Barriada. [...] En estos momentos hay 2 comisiones que tienen una acción en torno al problema de los semáforos, una por problemas de falta de médicos de urgencia, 2 que se están moviendo en torno al problema escolar [...]. La Comisión de Malvarrosa funciona muy bien, [...] están viendo la forma de poner en marcha con un cura del barrio, de una guardería [...]. A la par continúan su acción en torno al problema del paso a nivel ([...] hicieron un escrito recogiendo 1.400 firmas reclamando un semáforo, y llevar unas 9 en delegación al Alcalde). También participan con entusiasmo en la Asociación de Vecinos.²⁰

En este punto, el elemento *clase* se convierte en una clave explicativa formidable en la generación de estas primeras sociabilidades, de estas primeras redes de relación que después desembocarían en las diferentes formas organizativas y acciones colectivas que emprendió el movimiento vecinal. Sobre ese elemento también incidieron los movimientos apostólicos. Del trabajo conjunto de estos colectivos con grupos de vecinos y militantes antifranquistas da buena cuenta un documento enviado a la dirección del PCE en abril de 1965 donde se informaba que «en Tarrasa están haciendo progresos sensacionales en la organización de las Comisiones de Vecinos, que se están eligiendo en Asambleas abiertas, completamente públicas, con el escudo de la Acción Católica»; similar proceso que se daba en Mieres (Asturias) un año después con la constitución de una Junta de Vecinos en el barrio de San Pedro, «formándola entre uno que preparó un escrito con los problemas del Barrio [...]. Interesando en el escrito a otro camarada y los dos [...] a otros dos, para empezar un católico y un sin partido [...] [que] se prestaron a colaborar para dirigirlo al organismo correspondiente acompañado de las firmas de los vecinos. Se recogieron 170». ²¹ De las memorias de una activista universitaria que se acercó a uno de estos barrios —el Pozo del Tío Raimundo— se desprende la influencia de algunos párrocos y asistentes sociales en la configuración de unos primeros núcleos de sociabilidad en los barrios:

Sobre este sector, empezó a incidir directa y continuamente una rápida acción social. Aquí bajó primero el padre Llanos esporádicamente y después de una manera definitiva (1955). Su gran actividad, honradez y eficacia pronto se hicieron sentir, actuando él y el grupo de universitarios que le siguieron (...) como *cultural brokers*, es decir como personas que se desplazan de su ambiente socio-cultural, se integran en el grupo y sirven de revulsivo y de conexión entre el mismo y las instituciones y organismos capaces de resolver sus problemas. ²²

Estos párrocos, militantes de los movimientos apostólicos o asistentes sociales se encuentran entre los promotores de diversos Centros Sociales —a veces también en confluencia con militantes antifranquistas— en diferentes barrios suburbiales que, a la vez que ofrecían espacios de reunión y sociabilidad, proveyeron de servicios asistenciales y empezaron a articular discursos críticos con respecto las deficiencias de los barrios. ²³ Fue el caso del Centro Social Besòs que rápidamente inició un trabajo cultural y de concienciación de las diferentes problemáticas del barrio a través, entre otras cuestiones, del boletín *El Besós*, que expresaba en su primer número las principales deficiencias del barrio, destacando que era un problema que afectaba a todos los vecinos y, por ello, la necesidad de un trabajo colectivo. Más adelante, se realizaba desde esta tribuna una clara afirmación de conciencia de clase, ligando la problemática urbana a la social:

El Barrio es obrero y, en consecuencia, también lo son sus problemas. El ocuparse de otros sería el no ocuparse de los del Barrio. Podemos tener muchos problemas pero todos ellos nacen de una situación que es la de nuestra condición de clase. Pueden tener nombres diferentes pero todos ellos nos atañen a nosotros, como son la falta de escuelas, los quemadores de basura, los realquilados, transportes, guarderías, salarios, precios. Todos ellos son problemas obreros, porque los tenemos nosotros. ²⁴

Las actividades que desarrollaron todos estos grupos dinamizadores en los barrios —desde actividades culturales y lúdicas hasta las asistenciales, como los dispensarios o las guarderías, pasando por la labor de concienciación y visibilización de las problemáticas y sus responsables a partir de diferentes publicaciones— supusieron la base sobre la que después se asentaría la acción colectiva y la formalización de unas estructuras organizativas entre los vecinos de los barrios. ²⁵ Por otra parte, la agresiva política urbana que acompañó al desarrollismo de los años sesenta —grandes infraestructuras de co-

municación que partían barrios o suponían desalojos masivos de población junto con diversos planes parciales que afectaban zonas marginales hasta el momento olvidadas— supusieron el acicate último para el desarrollo de estructuras organizativas estables entre los vecinos que no sólo veían cómo no se satisfacían sus necesidades básicas sino que, incluso, se les expulsaba de unas barriadas que habían construido ellos mismos. Éste es el proceso que explica el surgimiento de la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas, en 1968 (Vallecas, Madrid), o la de Torre Baró-Vallbona-Trinidad, en 1969 (Nou Barris, Barcelona). En ambos espacios, empero, el proceso de constitución de las plataformas legales no fue espontáneo ni tampoco respondió sólo al hecho inmediato de la amenaza de expulsión que suponían los respectivos planes parciales: en ambos barrios ya hacía tiempo que actuaban desde militantes antifranquistas hasta movimientos apostólicos, párrocos y asistentes sociales comprometidos, así como también ambos espacios, habitados mayoritariamente por obreros, habían sido escenario de protestas y reivindicaciones urbanas, bien a través de escritos a autoridades y prensa, bien a través de acciones más decididas en el espacio público como la sentada de centenares de vecinos el día de la inauguración de una autopista que separaba los barrios de Torre Baró y Trinitat y que no tenía previstos pasos para peatones o, ya en la zona de Vallecas, diversas movilizaciones contra las primeras noticias de expropiaciones en el Polígono de San Diego de Palomeras en 1966, una manifestación en el barrio por el deficiencias urbanísticas o huelgas de pago de contribuciones urbanas que se iniciaron en el Cerro del Tío Pío y se extendieron a diferentes barrios de esa área urbana.²⁶ La Asociación de Familias de Rekaldeberri, creada en 1966, se expresaba de esta manera sobre sus orígenes:

Un Barrio que nace «con prisas»; un Barrio que no tiene «influencias en las altas esferas»; un Barrio que pertenece a los «económicamente débiles» (predomina de gran manera el peonaje);

un Barrio que es «víctima de la especulación»; un Barrio dónde sólo «hacen casas», y se olvidan de las Escuelas, de los jardines, de las instalaciones deportivas, de pavimentar las calles, de los niños, de los ancianos...; un Barrio sin voz ni voto en el Municipio, TIENE QUE HACER FRENTE POR SI SOLO A SUS PROPIOS PROBLEMAS.²⁷

Tiempo. Ofensiva del movimiento vecinal: de la protesta a la propuesta

El movimiento vecinal se acabó constituyendo a caballo de las décadas de los sesenta y los setenta, si bien con diferentes ritmos, tradiciones y experiencias de lucha diversas, con desigual presencia en las distintas áreas urbanas del estado español —que se sumarían en masa a partir de la segunda mitad de los setenta— y a partir de variadas formas organizativas que, progresivamente, irían confluyendo en el modelo de las Asociaciones de Vecinos, una vez se demostraron las potencialidades —y la aceptación por parte de los vecinos a partir de las victorias conseguidas— de estas formas organizativas abiertas, autónomas, transparentes y con una gran capacidad de convocatoria y movilización tanto entre los propios vecinos del barrio —a partir boletines, exposiciones públicas, octavillas y manifiestos pero también de las acciones lúdicas y festivas, las asambleas y reuniones abiertas que bordeaban la legalidad franquista o las acciones colectivas que directamente la transgredían— como traspasando estos límites territoriales a partir del acceso a los medios de comunicación de la mano de periodistas comprometidos.

Una serie de características hacían del vecinal un movimiento social coherente y fácilmente reconocible ya a principios de la década de los setenta, extremo que se confirmaría rápidamente con el paso de los años. En primer lugar, por el evidente protagonismo de las clases populares —en particular la obrera—, no sólo por la localización de la gran mayoría de estas organizaciones en los barrios donde habitaban,

y por la experiencia que ya acumulaban, sino también por la definición de su identidad a partir de su condición social y de una serie de valores culturales como la solidaridad, la ayuda mutua o la cooperación colectiva y por la definición de una serie de principios que hacían que tanto los militantes, los socios y todos aquellos que participaban de sus acciones vieran la lucha urbana —y los métodos que se usaban y los que vendrían a sumarse a su repertorio como las ocupaciones de lugares oficiales, la interrupción de obras públicas y privadas, la autogestión de escuelas o parques e incluso la ocupación de viviendas— como algo justo y necesario en base a la articulación y asimilación de conceptos como la deuda social que se tenía para con ellos, la necesidad de construir una ciudad en base a su valor de uso y no de cambio o la defensa de una serie de derechos democráticos que, más allá de la tríada expresión-reunión-manifestación, planteaba la participación en lo público, en servicios como la educación o la sanidad.²⁸ Como argumentaban diversas entidades vecinales vallecanas en su propuesta urbanística para la zona:

La pasividad de la Administración ha beneficiado la acumulación de capital y el proceso de especulación del suelo, al mismo tiempo que dejó sobre las espaldas de los trabajadores la solución al problema de la vivienda. [...]. El asentamiento espontáneo ha tenido como consecuencia la aparición de un barrio en el que las viviendas carecen de unas condiciones de habitabilidad adecuadas a nuestro tiempo [...]. Es necesario que la *deuda social* que se ha contraído con los hombres más sacrificados del proceso productivo se materialice en la solución del problema de sus viviendas.²⁹

De la misma manera, la asunción de la explotación a la que estaban sometidos como obreros —en la fábrica y en el barrio— llevó, como hemos visto, a la aprehensión de la necesidad de una acción colectiva y autónoma que, a la manera de obreros y estudiantes, suponía un enfrentamiento directo al orden franquista con la reconquista del espacio público y la visibilización del conflicto social. Porque, frente a la inexistencia de

canales formales de comunicación y diálogo con las autoridades, más allá de algunas asociaciones ligadas al régimen que poco podían o querían hacer y de la petición (in)directa a través de cartas y escritos, las alternativas que quedaban eran nulas. Por otra parte, aquella asunción de aquellos derechos de los que estaban privados que fue la que empujó a los vecinos a dotarse de sus propias estructuras organizativas fue también la que asentó la asimilación del conflicto con las autoridades franquistas no sólo como algo inevitable sino incluso necesario, justo y, en última instancia, efectivo. El contexto político en el que se configuraron estas asociaciones era el de una dictadura franquista bien viva y con gran capacidad de represión y control social —como demuestran los costes represivos que asumió el movimiento vecinal en base a detenciones, disolución violenta de manifestaciones o concentraciones, suspensión de asociaciones y actos convocadas por éstas, negativa a tramitar nuevas legalizaciones, etc.—, lo que hacía que, aunque estuvieran presentes militantes anti-franquistas, la politización de estas entidades no se expresara tan explícitamente como se haría años después.³⁰ Pero, como sabemos, no es posible una comprensión global del fenómeno de la conflictividad y los movimientos sociales durante la dictadura si no se atiende a la naturaleza del propio régimen franquista, que siempre se mostró absolutamente incompatible con la existencia misma del conflicto social.³¹ La propia estructuración democrática del movimiento —a contracorriente de las formas asociativas emanadas del régimen— ya le confería una politización en la práctica que se combinaba tanto con el ejercicio directo de costumbres democráticas como la manifestación o la reunión, como con la progresiva articulación de un discurso alternativo en lo social, político y cultural. Así, de origen, el movimiento vecinal estaba preñado, tanto por acción como por omisión, de antifranquismo, deslizándose rápidamente de una inicial pérdida de confianza en las autoridades a una completa deslegitimación, de unas primeras peticiones a

las exigencias y, por último, de la protesta a la propuesta.

Este proceso de *empoderamiento popular* y de *toma de la calle*, sin embargo, no fue ni lineal ni automático. No todas las estructuras organizativas surgidas en los barrios optaron por una vía combativa y de enfrentamiento directo con las autoridades —aunque muchas de ellas tuvieron su origen mismo en el conflicto—, ni tampoco aquellas que lo hicieron abandonaron las prácticas asistenciales y de gestión de determinados servicios que caracterizaron a los primeros núcleos vecinales, así como tampoco el recurso a la concentración o a la manifestación excluía antiguas formas como la petición a las autoridades a través de escritos. Un estudio sobre la evolución del movimiento vecinal barcelonés ofrece la clave explicativa sobre la relación entre problemática y protesta urbana y como estas derivan, casi necesariamente, en una toma de posición política inequívocamente democrática frente a la inoperancia y desidia de las autoridades, las respuestas represivas y la asunción de su no representatividad de la voluntad y las necesidades populares:

Es un largo proceso, cuajado de fracasos, de gestiones que parecen inútiles, de horas perdidas, ensayos, el que va conduciendo progresivamente a nuevas tomas de posición [...]. La primitiva confianza en las autoridades [...] se ve desbordada por la inoperancia o desinterés de las mismas ante los problemas que afectan a la mayoría de la población. La carta, la instancia, la gestión, como paso obligado, enfrentan al vecindario con una realidad: las autoridades [...] no responden a los intereses populares y los 'canales' establecidos por el sistema no sirven para resolver las reivindicaciones. Únase a ello la toma de conciencia también ante las dificultades de reunión y el progresivo 'descubrimiento' [...] de que los problemas urbanos van unidos a los de clase.³²

En una segunda etapa, ya avanzados los setenta, el movimiento vecinal inició una actuación explícitamente política derivada de su propia experiencia y de las condiciones en las que ac-

tuaba:

La amnistía, la abolición de la pena de muerte, la promoción de la lengua y la cultura catalana, los conflictos obreros no se plantean en declaraciones o asambleas simplemente porque las asociaciones de vecinos jueguen un papel subsidiario en lo político. En los barrios trabajadores y populares hay despedidos, parados, presos políticos... Se trata, en definitiva, de que difícilmente puede tomarse conciencia de lo urbano, —y verificar que el alcalde o los concejales no representan los intereses de la población— sin acabar poniendo sobre la mesa las libertades políticas, el derecho a la cultura, a los sindicatos libres o a reunirse, manifestarse y expresarse sin condicionamientos previos.

Por otra parte, fue a partir de ese momento, cuando el movimiento vecinal ya estaba constituido, consolidado y definido, cuando se puede hablar con propiedad de un movimiento interclasista con la incorporación de nuevos actores a la lucha urbana —extensión del fenómeno asociativo a barrios interclasistas y de clases medias o participación activa de pequeños comerciantes y propietarios—, aunque debe apuntarse que hasta el final de la cronología que nos interesa fueron las asociaciones pioneras, aquellas que precisamente definieron el carácter de clase de este movimiento, las que continuaron liderando la lucha urbana y democrática y la generación de propuestas y alternativas en infinidad de materias como la educación, la vivienda o la articulación de la futura democracia.³³

Las Asociaciones de Vecinos se afirmaron, finalmente, como los verdaderos interlocutores colectivos de los barrios donde se asentaban y no sólo de sus asociados, asumiendo la voluntad popular cuando esta no tenía otros medios de expresión —proceso que se asentaría con la explicitación progresiva de temas políticos en sus discursos y prácticas—, como llegaban a reconocer las propias autoridades de la dictadura para el caso de la de Nou Barris en Barcelona que «es la que realmente ha asumido la representación de todos los vecinos [...] habiendo celebrado infinidad de Asambleas en diferentes locales,

sobre los problemas del barrio»³⁴ o como se presentaban ellas mismas en el caso de Terrassa:

Las asociaciones de vecinos han sido, y lo han de ser más en el futuro, la auténtica representación de los intereses populares de los barrios de Terrassa. [...] son la mejor escuela de formación de ciudadanos conscientes, que se hacen responsables del bienestar comunitario, en primer lugar del propio barrio, y de toda la ciudad como conjunto de barrios con un interés común.³⁵

Asimismo, demostraron la eficacia de la acción colectiva a la hora de defender los intereses generales, presentando victorias tangibles –freno a planes parciales u otros proyectos urbanísticos, conquistas de espacios públicos y equipamientos colectivos, etc.– y otros no tan medibles pero igualmente importantes como la creación de una conciencia cívica y el fortalecimiento de la cohesión social y el asentamiento, teórico y práctico, en el discurso y en sus actividades cotidianas, de una serie de valores basados en la necesidad de un cambio político –muchos de ellos también pensaban en términos de cambio social y económico– aparejado a una transformación del modelo de articulación de los barrios y ciudades donde vivían. Todo ello se construyó estrechamente conectado a las necesidades más sentidas por la población. Sirva como ejemplo la evolución de la lucha contra la carestía de vida, expresada de múltiples formas –boicots a mercados y transportes, negativa de pago de impuestos municipales, manifestaciones, etc.– y centrada en diferentes aspectos –transporte, alimentación, servicios urbanos, cuestiones salariales, etc.– que emprendieron las asociaciones vecinales madrileñas y que vivió entre 1974 y 1977 su punto más álgido, si bien estas reivindicaciones hundieron sus raíces en la década precedente. Así, desde un inicial rechazo al aumento de determinadas tasas municipales o precios de billetes de autobús y metro, el movimiento vecinal acabó asumiendo la lucha por el cambio político y por la efectiva participación popular en la gestión de estos servicios o de la comercialización de productos básicos. Si en

junio de 1974 veinte entidades vecinales presentaban un escrito avalado por más de 20.000 firmas en «protesta ante la continuada y creciente subida de los precios en los artículos de primera necesidad, sin que se haya producido un aumento de salarios», en diciembre de ese mismo año ya eran cuarenta y dos las asociaciones que volvían a levantar su voz «ante el reiterado silencio con que han sido acogidos nuestros planteamientos». En febrero de 1975 estas asociaciones decidieron plantear una acción de fuerza que se tradujo en un masivo y ampliamente seguido boicot a los mercados. En enero del año siguiente diferentes Asociaciones de Vecinos de Madrid repasaban la lucha hasta ese momento y declaraban, en respuesta a unas manifestaciones del vicepresidente de Asuntos Económicos:

En los últimos años, las Asociaciones de Vecinos han venido exponiendo a los sucesivos Gobiernos su preocupación por las subidas increíbles de los precios y [...] del coste de la vida. Solicitaban sistemáticamente medidas de urgencia para defender el poder adquisitivo de los salarios. En ninguna ocasión lograron obtener respuesta de las autoridades. Ahora, cuando desde las más altas esferas de la Administración se hacen manifestaciones de participación ciudadana, [...] se ignoran nuestros planteamientos y se presenta como culpable del coste de la vida a las subidas de salarios [...] La interpretación de la economía española expuesta por V.E. atiende a los intereses de los grandes capitalistas, ignorando las necesidades de pueblo español que durante cuarenta años ha sostenido sobre sus hombros los costes del crecimiento económico del país. [...] Por todo ello, rechazamos su programa, que ignora nuestros intereses y que agrava aún más nuestra precaria situación económica. Exigimos que V.E. presente su inmediata dimisión, como primer paso imprescindible para posibilitar la participación ciudadana en la solución de los problemas económicos que tan directamente nos afectan.³⁶

Uno de los puntos culminantes de esta lucha fue la llamada «batalla del pan», verdadera expresión de la maduración del movimiento

vecinal por cuanto supuso de lucha coordinada de diferentes asociaciones, enfrentamiento tanto a responsables políticos como económicos, planteamiento de alternativas – prácticas, con la venta directa de pan barato y con el peso exacto en los locales vecinales y teóricas, con la presentación de propuestas para la producción y distribución–, generación de solidaridades entre diferentes sectores –desde las propias asociaciones vecinales a cooperativas, pequeños comerciantes y trabajadores– y, por último, demostración de fuerza con una manifestación que agrupó a más de 100.000 personas en Moratalaz en septiembre de 1976.³⁷ Como expresaba un documento de las Asociaciones de Vecinos de Alcorcón,

cuando se plantea el problema de la carestía de vida es porque entendemos que nos afecta y porque entendemos que hay que abordarlo globalmente y que las causas de esta situación no está en los tenderos, ni en los teléfonos de reclamación, sino en las deficiencias de la estructura de la Economía del País... Cuando se plantea la dimisión de los Alcaldes, Concejales y de otros cargos públicos (como en el caso del pan), es que entendemos que las causas que impiden la solución [sic] de nuestros problemas está en deficiencias de la propia Administración Pública... [...] Partiendo de sus problemas concretos y sobrepasando el primer escrito de reclamación, o la visita a una autoridad, nos damos cuenta que hay todo un entramado, todas unas deficiencias que son más importantes que nuestra propia reclamación social, y que pese a que nos guste o no, para resolver nuestra problemática tenemos que romper día a día ese entramado que en definitiva es la causa de toda nuestra situación. La Asociación sigue, como un río de vecinos unidos...³⁸

A medida que avanzaba la década de los setenta, el movimiento vecinal fue extendiéndose y multiplicándose al calor de los nuevos conflictos urbanos que se suscitaban –continuos planes de urbanismo y obras de infraestructura que afectaban barrios enteros, agravamiento de las condiciones de habitabilidad tanto en las zonas chabolistas como en las de reciente

construcción o empeoramiento abrupto de las condiciones de vida–, que si bien no eran desconocidos por cuanto ya se producían anteriormente, en ese momento venían a golpear sobre unas poblaciones hartas de esperar respuestas de las autoridades a sus insistentes demandas y peticiones. De la misma manera, el ejemplo de exitosas movilizaciones en otros barrios que habían arrancado de las autoridades las reivindicaciones exigidas también coadyuvó en esta ampliación de la conflictividad urbana con estas características de desafío al orden franquista. Esta era la reflexión que hacía un vecino de Ciutat Meridiana –uno de los Nou Barris de Barcelona– con respecto a la lucha urbana:

En Ciudad Meridiana hemos vuelto la vista atrás, nos hemos mirado a nosotros mismos y os hemos mirado a vosotros, los barrios vecinos. *En Ciudad Meridiana hay quien cree que nos hemos equivocado en el camino al ver como habéis solucionado los problemas que teníais [...].* En Ciudad Meridiana hay gente que piensa que los caminos legales tan largos y complicados no son para los barrios obreros como los nuestros, donde la gente no entiende de papeles. De todos modos la experiencia ha sido válida. Hemos aprendido algo. Hemos aprendido que nuestros problemas convertidos en papeles han dado vueltas por los Organismos oficiales durante CUATRO AÑOS [...]. Que os sirva de advertencia a todos: cuidado Guineueta, cuidado Torre Baró, cuidado Vallbona, cuidado Roquetes, CUIDADO NUEVE BARRIOS.³⁹

De la misma manera, Sebastián García recuerda la evolución de la Asociación de Vecinos de Lutzana, en Baracaldo a partir, entre otras cuestiones del «efecto imitación que suscitó en nosotros la intensa actividad que estaban desarrollando las primeras Asociaciones de Vecinos en Recaldeberri, Lejona, etc.».⁴⁰ Entre 1974 y 1976 esta Asociación protagonizó un intenso conflicto tanto con el Ayuntamiento de Barakaldo como con la empresa de productos químicos Sefanitro, que ya llevaba tiempo expulsando gases contaminantes sobre la ciudad y pretendía, con la aquiescencia municipal, ampliar la planta de producción de amoníaco. Después

de recabar el apoyo de profesionales, de amplias campañas de sensibilización en los medios de comunicación, masivas recogidas de firmas, gestiones con las autoridades y representantes de la empresa, acciones judiciales, asambleas y manifestaciones, la Asociación de Vecinos de Lutzana acabó confluyendo con las de Leioa y Erandio –que estaban protagonizando una lucha similar contra la empresa *Dow Chemical*–, así como con el resto de entidades vecinales de la zona del Gran Bilbao en una masiva manifestación de más de 50.000 personas en marzo de 1976 que acabó por convencer al ayuntamiento de lo inadecuado de las pretensiones de la empresa.⁴¹ Esta masificación de la acción vecinal, esta ampliación del repertorio de la acción colectiva y la creciente coordinación de luchas fue un proceso que se produjo durante los años setenta y que acabó desembocando en la creación de federaciones y coordinadoras de asociaciones de vecinos, aunque ya se pueden rastrear a finales de los años sesenta la colaboración de diferentes asociaciones para cuestiones concretas. Fue el caso, por ejemplo, de la lucha emprendida contra la Obra Sindical del Hogar en el área metropolitana de Barcelona a partir de 1969 y que, bajo el lema «Todos los barrios de la OSH unidos para reclamar sus derechos», coordinó diferentes entidades de diversas ciudades en uno de los conflictos vecinales más largos y sostenidos de todo el estado español. De entre la multitud de formas de acción colectiva que se emprendieron –desde manifestaciones y concentraciones, campañas de prensa, escritos y manifiestos a demandas judiciales o estudios y exposiciones colectivas sobre los problemas comunes y específicos de cada barrio– destacó el mantenimiento de una huelga de pago de las cuotas mensuales hasta que no se iniciaran los arreglos de los desperfectos y los problemas estructurales de los edificios que habitaban. La acción colectiva también se materializó en sucesivas manifestaciones a las sedes de las autoridades, llegándose a ocupar la Delegación Provincial de la Vivienda u otras

sedes oficiales. De la misma manera, el conflicto acabó solucionándose no sólo con la satisfacción de las demandas básicas de los vecinos, sino también con su participación activa, y de arquitectos afines, en la redacción de los planes de reforma y en la aceptación de comisiones vecinales de control del proceso, similar a como se acabaría solucionando otro gran conflicto en torno a la vivienda que habían emprendido las asociaciones vallecanas también desde finales de los sesenta.⁴² Este conflicto y su repertorio de acciones colectivas se acabarían extendiendo a otros barrios gestionados por el Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona, de la misma manera que se reproducían en otras zonas como el barrio de San Blas de Madrid.⁴³

Durante estos años se produce un fenómeno de extensión y multiplicación del movimiento vecinal, un desarrollo organizativo que supuso un crecimiento cuantitativo –mayor número de asociaciones y de socios que formaban parte–, pero también cualitativo, produciéndose un salto adelante en el grado de coordinación tanto con respecto al nivel interno del movimiento vecinal en su conjunto –consolidación de vocalías, creación de nuevas, articulación de coordinadoras de vocalías y aparición de las federaciones de asociaciones de vecinos–, como externo con los otros movimientos sociales y partidos políticos que planteaban la batalla a la dictadura franquista, produciéndose una hibridación y extensión de determinados valores sociales, políticos y culturales entre ellos y en relación con la población en general.⁴⁴ Todos estos hilos que provenían de la propia experiencia del movimiento acabaron desembocando en una tupida red social en la que el movimiento vecinal se acabó afirmando como uno de los principales ejes de participación política para la población en general. Su capacidad para abarcar diversas sensibilidades políticas del antifranquismo y para abordar e interrelacionar diferentes cuestiones que afectaban la vida de la población –desde aquellas más concretas asociadas a la propia cotidianidad como la escuela o el

alumbrado que faltaban hasta las más generales como el modelo de democracia a construir y los derechos ciudadanos a definir— convirtieron el movimiento vecinal en un espacio de referencia, primero del antifranquismo y después de las demandas de profundización de la democracia conquistada. En muy pocos años, el movimiento vecinal se acabaría estableciendo como el nodo central de una sociedad altamente movilizadora contra el régimen franquista, como el gran espacio para una intervención popular abierta y autónoma, allí donde se pusieron en práctica formas democráticas y asamblearias de participación y acción política, allí donde los partidos políticos de la izquierda antifranquista encontraron un espacio donde poder desarrollarse con cierta *libertad*, allí donde determinadas individualidades y colectivos —desde periodistas a arquitectos, aparejadores, abogados, urbanistas o economistas— hallaron la forma de participar de la lucha antifranquista desde la base,⁴⁵ allí donde se construyó una gran caja de resonancia para las luchas obreras y, progresivamente, para la extensión de aquellas reivindicaciones más explícitamente políticas como la amnistía, las libertades civiles o la democracia política, pero también la participativa, la de base, aquella que contemplaba la autogestión o la gestión colectiva de la enseñanza o la sanidad, la municipalización del suelo o la vivienda como derecho social básico. Como reconocían las propias autoridades franquistas para el caso de Santa Coloma de Gramenet, explicitando el protagonismo del movimiento vecinal:

Es evidente que las alteraciones que constantemente se promueven por grupos políticos calificados y que dirigen los sacerdotes ubicados en el «FONDO» principalmente dirigidos por [...] Jaime P. Sayrach, así como un grupo de redactores de la Revista GRAMA [...] de manifiesta filiación marxista-socialista, tienen el terreno abonado, ya que la actuación [...] del alcalde, las constantes infracciones públicas de algunos miembros del Consistorio [...], la total ineficacia para abordar los problemas que de crecimiento y ubicación

tiene la Ciudad, [...] el no poner el Municipio los adecuados medios para la escolarización y cuantos problemas afectan a la vida familiar, es campo abonado. La gravedad de esta circunstancia estriba en que se trata de una verdadera unidad de formación político-marxista, que extiende sus actividades a las empresas en donde prestan sus servicios [...].⁴⁶

Igualmente, fue a partir de la cobertura de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona y otras de Badalona, Hospitalet y Cornellà de Llobregat que pudo convocarse abiertamente una manifestación por la amnistía como la que se celebró en febrero de 1976 y que, pese a la no autorización gubernativa, reunió a entre veinticinco mil y setenta mil personas⁴⁷. De la misma manera, fueron las asociaciones vecinales las que plantearon no sólo la deslegitimación de las autoridades políticas de la dictadura sino las que, pública y abiertamente, exigieron la dimisión de muchos de estos cargos —en 1975 a partir de documentos públicos como el *Manifiesto de los 22* y el *Manifiesto de los 51* en Cornellà de Llobregat y Santa Coloma de Gramenet—⁴⁸ llegando a conseguir la destitución de alcaldes —como en Bilbao en 1975 o en Sabadell en 1976—⁴⁹ o a motivar una carta de varios alcaldes de la comarca del Baix Llobregat al gobernador civil de Barcelona donde expresaban la «total soledad y total olvido» en que se encontraban por la presión constante a que eran sometidos por parte de la sociedad civil movilizadora, lo que les llevaba a notificar «la imposibilidad de seguir en nuestros cargos sin un serio planteamiento y clarificación de nuestra situación».⁵⁰ De igual manera que el alcalde de Rubí, en el cinturón obrero barcelonés, reconocía que «el auge de las ‘asociaciones de vecinos’ y su intervención constante en 1977, que encubren su misión con una verdadera labor política de partido, provocó la dimisión del Alcalde y a continuación la de los dos tenientes de Alcalde y algunos concejales».⁵¹

Tiempo. De la calle a la institución: movimiento vecinal en crisis

Las Asociaciones de Vecinos en la encrucijada. El movimiento ciudadano en 1976-77. Así se titulaba un volumen sobre la experiencia del movimiento vecinal –en primera persona– en esas fechas claves de la historia política del estado español en que «si 1976 ha sido el año del boom del movimiento asociativo, para algunos, 1977 está siendo el año de la crisis de los movimientos vecinales». ⁵² Jesús Omeñaca, un dirigente del movimiento vecinal bilbaíno, se refería a una charla-coloquio celebrada en marzo de 1977 por la Semana de Barrios de Zaragoza con representantes de diversas ciudades –Barcelona, Madrid, Valencia, Pamplona, Vizcaya y Zaragoza– donde se afirmaba que «todos los ponentes estábamos de acuerdo, y la Asamblea también, que el MOVIMIENTO CIUDADANO está ahora en crisis. [...] La razón global que se aducía era que la crisis está originada por la situación política actual». ⁵³

Sin embargo, muchos autores se han referido al proceso de crisis y estancamiento del movimiento vecinal a partir de las elecciones municipales de 1979, momento en el que perderían sentido y legitimidad algunas de las reivindicaciones y formas de acción colectiva en un contexto ya democrático y, por tanto, según esta perspectiva, de asunción de estas demandas. Por otra parte, se produjo una profesionalización de parte de los militantes del movimiento vecinal, bien integrándose en los nuevos consistorios –numerosos alcaldes, concejales y técnicos provinieron de sus filas– bien insertándose de pleno en sus respectivas vidas profesionales como fue el caso de numerosos periodistas, abogados o arquitectos que antes incidían el movimiento vecinal como forma de participación política. ⁵⁴ Sin negar éstos y otros factores que fueron claves en la coyuntura posterior a 1979, lo cierto es que otro elemento se hace importante a la hora de comprender las precedentes afirmaciones sobre las señales de crisis de un movimiento vecinal que, por esas mismas

fechas de 1977, todavía protagonizaba una gran movilización, arrinconando a los todavía ayuntamientos de la dictadura y manteniendo vivas las luchas que venían de años anteriores dotándolas de mayor carga política, profundizando en las propuestas, tanto a nivel teórico con los planes populares de urbanismo alternativos a los oficiales –numerosos casos en Barcelona, Madrid o Vizcaya– como a nivel práctico con el ensayo y consolidación de la autogestión de equipamientos colectivos –experiencias de las llamadas *Escuelas en lucha* de Barcelona, el caso del Colegio Popular Asambleario de Badalona o la Biblioteca Popular y la Universidad Popular de Rekaldeberri en Bilbao–, con la oleada de ocupaciones de viviendas que recorrió diferentes ciudades del estado ese mismo año o con algunas experiencias de *gestión municipal* como en Llodio o Rentería en Euskadi. ⁵⁵ Porque, como reconocía el delegado provincial de Educación de Barcelona, los principales problemas con los que se encontraba eran «las ansias de ‘participación’ en asuntos públicos [que] comporta la ingerencia [sic] de las Asociaciones de Padres de Alumnos [...] y la de los Vecinos que ‘exigen’, no pocas veces ‘soluciones’ en contra de la legalidad vigente».

Así, retomando el hilo, el otro elemento explicativo que se presenta como clave para entender la crisis del movimiento vecinal en 1977 nos lo explican sus propios militantes. En este sentido, la Asociación de Vecinos de Nou Barris en Barcelona se preguntaba «cuál ha de ser su papel en esta etapa política donde intervienen muchas más fuerzas y organizaciones que en etapas anteriores», a la vez que se quejaba del «abandono de las AAVV de militantes y afiliados a partidos al considerar superadas políticamente las AAVV». ⁵⁷ Por su parte, la de Sant Andreu, también en Barcelona, constataba una «certa paralizació de les nostres inquietuds» en paralelo a que «elements actius de l’Associació s’han vist absorbits amb tasques de Partits i Sindicats»–⁵⁸. De la misma manera se expresaba un socio de una entidad vecinal de Santa Coloma

de Gramenet

Soy socio de la Asociación de Vecinos del Fondo y uno de sus fundadores [...]. He faltado escasamente a las asambleas, así que, poco a poco, me he ido dando cuenta del cariz que tomaban las cosas ya que al principio no conocía al personal. Pronto me di cuenta de que éramos manejados como muñecos de paja porque se fueron introduciendo miembros de partidos que encontraron muy cómodo agruparse a la Asociación donde paulatinamente se iban manifestando. En principio, me parecía lógico que así lo hicieran pues, por desgracia, anteriormente nadie podía exponer sus ideas y tengo que añadir que estos partidos son muy necesarios. Pero ahora viene lo bueno: se legalizaron los partidos que hoy tienen sus sedes respectivas, y las Asociaciones de Vecinos ya no les interesan. Pero no sólo eso, sino que se niegan a que las Asociaciones tengan opción a enterarse de cómo funciona el Ayuntamiento, cosa que ellos pueden hacer y añaden los partidos que lo mejor sería que las Asociaciones desapareciesen.⁵⁹

En ese mismo foro, uno de los más representativos del movimiento vecinal catalán, se sucedieron los artículos, a partir de las elecciones de junio de 1977, sobre las dudosas perspectivas de futuro del movimiento vecinal, inseguridad que se asociaba al hecho que los partidos políticos, ante la nueva situación, iniciaron la ofensiva de aparecer públicamente a la superficie. Así los militantes políticos, que hasta entonces habían dedicado bastante atención a las Asociaciones, al abandonar su clandestinidad, se vieron pronto sobrecargados de otras responsabilidades que les atraían más y, poco a poco, se fueron desatendiendo de las tareas asociativas. Esta actitud llegó a extremos alarmantes en la campaña electoral. Las Asociaciones estuvieron casi desiertas y sus actividades —donde las hubiera— reducidas al mínimo. La política competitiva de las urnas lo absorbía todo.⁶⁰

Una visión que también era compartida por el partido con mayor influencia en el movimiento vecinal catalán, ya que «l'aparició dels partits polítics i el seu protagonisme exclusiu en

la campanya electoral no solament han centrat l'atenció dels militants i de gran part de l'opinió pública envers ells mateixos, sinó que han desenvolupat la tendència a l'abandonament de les organitzacions populars».⁶¹ Esta tendencia se confirmaba todavía en octubre de 1979 cuando, en una reunión del Comité Central del PSUC, se afirmaba que

el problema amb les AA VV en aquests moments no és tant la seva existència quantitativa, sinó un cert abandó per part dels grups polítics, i dels seus militants inclosos els nostres; [...] els partits polítics hem tendit, inclosos nosaltres, a uns plantejaments institucionals, a uns plantejaments d'objectius polítics que eren absolutament necessaris en aquesta etapa, però que quedaven allunyats del que eren les possibilitats d'intervenció pràctica de la població.⁶²

Una institucionalización que también observaba el que fuera presidente de la Asociación de Vecinos de Arangoiti, en Bilbao, en esas mismas fechas:

a partir de 1977 el movimiento ciudadano comenzó a experimentar un reflujo frente a la intensa actividad desarrollada durante los últimos años. Al igual que ocurriera con el movimiento asambleario obrero, la legalización de los partidos políticos y sindicatos canalizó en cierto modo la situación y reorientó las luchas populares hacia una un progresiva institucionalización de la vida social y política.⁶³

Porque, como también reflexionaba Víctor Renes, militante vecinal madrileño, «cuando se dice que el M. Ciudadano debe encontrar su lugar, entiendo que se da por hecho que ocupaba un lugar indebido, lugar que en la nueva situación, deben ocupar los partidos de izquierda. Este es un punto para mí muy dudoso. ¿Debemos reinventar la identidad del M. Ciudadano? Esto es como decir que no tenía licencia de ocupación en un tema que ahora corresponde a los partidos».⁶⁴

La problemática fundamental que se estaba dirimiendo en el llamado *periodo constituyente*

que se abría con las elecciones de 1977 era el de los límites que se habrían de imponer al proceso de cambio político, un momento en el que, pese al azote del paro y la crisis económica, se estaba produciendo una intensa movilización social y, por lo que respecta al movimiento vecinal, se debía evitar el peligro de un «doble poder» o «poder popular». Así, el PSUC y el PCE se verían, en esta coyuntura, en una situación delicada, haciendo equilibrios entre la apuesta por el protagonismo de los partidos políticos legitimados por las urnas en el proceso de transición y una sociedad ampliamente movilizada a partir de unos movimientos sociales que reclamaban poder participar más allá del voto. Tal y como se afirmaba en un documento del PCE de Euskadi, «salvo EE [Euskadiko Ezkerra] todas las fuerzas políticas con representación parlamentaria en Euskadi, se sienten profundamente incómodas en presencia de un Movimiento Ciudadano que, a pesar de sus crisis, se les aparece como 'otro' protagonista de la vida municipal». ⁶⁵ La firme apuesta por unas comisiones municipales de partidos políticos, que se formaron tras las elecciones de junio de 1977 con el objetivo de fiscalizar la actuación de los ayuntamientos franquistas hasta la convocatoria de las municipales no deja mucho margen de duda, pues la deliberada negativa a la participación de las Asociaciones de Vecinos en estos organismos se mantuvo aunque, como reconocía Jordi Borja, máximo encargado del movimiento popular del PSUC, el «problema més delicat és sens dubte el de les associacions de veïns» ya que «el seu camp d'acció coincideix amb el de les comissions de partits i, en general, el coneixen millor». ⁶⁶ En última instancia, como expresaba de forma contundente Manuel Vázquez Montalbán:

La vitalitat d'aquelles lluites democràtiques mogudes per la *societat civil*, encara emparades i a vegades articulades per formacions polítiques clandestines, va suscitar l'esperança que una vegada arribada la democràcia, aquestes moviments socials contribuirien a donar-li un caràcter de democràcia plenament participativa. No va ser així per les regles del joc imposades per la Transició, en part per la

covardia de les formacions polítiques d'esquerra que van témer el *basisme* desestabilitzador dels moviments socials i molt preferentment el dels veïns. La pèrdua de protagonisme dels moviments socials va repercutir en la progressiva mediocritat de la democràcia participativa. ⁶⁷

De la misma manera que, como afirman Albert Recio y Andrés Naya, militantes del movimiento vecinal barcelonés,

la importancia y oportunidad del movimiento vecinal de los setenta no supone que las diferentes corrientes de izquierda tuvieran un percepción clara de cual debería ser su papel en una estrategia de transformación. En muchos casos predominaba una visión instrumental del mismo, mero espacio de intervención con cobertura legal y de agitación para ampliar las contradicciones y conflictos que pudieran llevar a la ruptura democrática o a la revolución socialista (según el radicalismo de diversos partidos), pero faltaba en muchos casos una reflexión profunda de su papel en un proceso de democratización real. ⁶⁸

Finalmente, las elecciones municipales de 1979 vendrían a confirmar estas líneas de crisis de un movimiento vecinal que si bien, en líneas generales, aportó gran parte de las propuestas y algunos de los candidatos de los partidos políticos de tradición antifranquista que se harían con el poder en las principales ciudades del estado, a partir de esa fecha quedarían aparcadas algunas otras de las grandes propuestas que había articulado un movimiento vecinal que se encontró no sólo descapitalizado con la fuga de numerosos activistas —ya fuere, desde dos puntos de vista extremos, por el llamado *desencanto* o por la sensación de que el trabajo ya estaba hecho con la conquista de la democracia local— y antiguos compañeros de viaje —militantes de partidos políticos o profesionales liberales—, sino también enfrentado a unas prácticas políticas rápidamente profesionalizadas y difícilmente accesibles; así como azotado por un cambio de ciclo de las protestas, por el impacto sostenido de la crisis económica y por la pérdida de protagonismo en el panorama asociativo con

la enérgica (re)aparición de otros movimientos sociales como el ecologista, el antimilitarista o el feminista.

NOTAS

- ¹ Utilizo aquí el término *empoderamiento*, que tomo prestado de diversos movimientos sociales como el (trans)feminismo, como aquel proceso mediante el cual determinadas individualidades y colectivos marginados o sometidos desarrollan teorías –discursos– y prácticas –acciones– autoemancipatorias, de comprensión de su subordinación, de afirmación identitaria en positivo y de, entre otras consideraciones, autodotación de recursos políticos y culturales de liberación. Este texto está enmarcado en un proyecto de investigación más amplio –adscrito al CEFID-UAB y financiado por el programa FI de la Generalitat de Catalunya– tendente a la redacción de una tesis doctoral sobre el movimiento vecinal en la España del tardofranquismo y el cambio político.
- ² Me he dedicado anteriormente a estas cuestiones en BORDETAS, Iván, *Del suburbio al barrio: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*. Tesina de doctorado, UAB, 2009; en la comunicación «Ni tú ni yo somos nadie si tú y yo no somos nosotros: los orígenes del movimiento vecinal en Catalunya» presentada al X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Santander, 16-17 de septiembre de 2010 y, más recientemente, en «De la supervivencia a la resistencia: la gestión del movimiento vecinal a la cataluña franquista» en C. Molinero y P.Ysàs, *Construint la ciutat. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició (1964-1980)*, Barcelona, Icària, 2010, pp. 29-106.
- ³ Sobre estas cuestiones véanse, por ejemplo, MARÍN, Martí (dir.), *Memòries del viatge. 1940-1975*, Sant Adrià de Besòs, Museu d'Història de la Immigració de Catalunya, 2009; BABIANO MORA, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI y Fundación I.º de Mayo, 1995; PÉREZ PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área del Gran Bilbao [1958-1977]. Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- ⁴ Sobre el desarrollo del fenómeno suburbial véanse, para el caso vizcaíno CASTRILLO, Iñire, «Bilboko txabolismoa. XX. Mendearren erdialdeko auzo autogestionatuak», *Uztaro*, 60 (2007), pp. 37-64, y BILBAO LARRONDO, Luis, *El Poblado Dirigido de Otxarkoaga: del Plan de Urgencia Social de Bizkaia al Primer Plan de Desarrollo Económico. La vivienda en Bilbao (1959-1964)*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008. Para Madrid, J. MONTES, M. PAREDES y A. VILLANUEVA, «Los asentamientos chabolistas en Madrid», *Ciudad y Territorio*, 2/3 (1976), pp. 159-173 y E. LEIRA, J. GAGO e I. SOTELO, «Madrid, cuarenta años de crecimiento urbano», *Ciudad y Territorio*, 2/3 (1976), pp. 43-67. Para el caso de Catalunya, me he dedicado en BORDETAS, Iván, «Habitatge i assentaments, de la postguerra a l'estabilització» en M. Marín (dir.), *Memòries...*, pp. 51-69.
- ⁵ MARCET, José María, *Mi ciudad y yo. Veinte años en una alcaldía. 1940-1960*, Barcelona, Dúplex, 1963, p. 286-287.
- ⁶ Sobre la política urbana y de vivienda, TAFUNELL, Xavier, «La construcció: una gran indústria i un gran negoci», en J. Nadal (dir.), *Història econòmica de la Catalunya contemporània*, vol. 6. Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 1989, pp. 213-241; FERRER, Amador, *Els polígons de Barcelona. L'habitatge massiu i la formació de l'àrea metropolitana*, Barcelona, UPC, 1996; LLORDÉN, Moisés «La política de vivienda del régimen franquista: nacimiento y despegue de los grandes constructores y promotores inmobiliarios en España, 1939-1960», en G. Sánchez Recio y J. Tascón Hernández (eds.), *Los empresarios de Franco: política y economía en España, 1936-1957*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 145-169. También son de interés COTURRELO, Agustín, *La política económica de la vivienda en España*, Madrid, CSIC, 1960 y TERÁN, Fernando de, *Planeamiento urbano en la España contemporánea: historia de un proceso imposible*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- ⁷ CANDEL, Francisco, «El amazotamiento», *Cuadernos de Arquitectura*, 60 (1965), pp. 5-6.
- ⁸ JOANIQUET, Aurelio, «Influencia de la estructura económica de España en los movimientos migratorios internos» en *Los suburbios 1957. Compendio de las ponencias y coloquios desarrollados durante la Semana del Suburbio*, Barcelona, [s.n.], 1957, pp. 19 y 32.
- ⁹ Sobre la existencia de estas redes y su importancia en la constitución de movimientos sociales como el obrero y el vecinal, véanse los testimonios orales recogidos en BOTEY, Jaume, *Cinquanta quatre relats d'immigració*, Barcelona, Fundació Serveis de Cultura Popular, 1981.
- ¹⁰ ORTIZ, Elies, *Relat d'una experiència. Barri de Can Tunis*, Barcelona, Claret, 1997; PAREDES, Jesús Mari, «Otxarkoaga» en M. Toral (coord.), «Movimientos ciudadanos en Bilbao: Rekaldeberri, Otxarkoaga, S. Francisco», *Bidebarrieta*, X (2001), pp. 229-248 y *Llamarse barrio. El Pozo del Tío Raimundo*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1986, p. 62.
- ¹¹ *Informaciones*, octubre 1970, citado por ANGULO, Javier, *Cuando los vecinos se unen*, Madrid, Propaganda Popular Católica, 1972, p. 46.
- ¹² Sobre esta cuestión, al margen de los ya citados de BABIANO MORA, José, *Emigrantes...* y PÉREZ PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero...*, véanse BALFOUR, Sebastian, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el Área Metropolitana de Barcelona. 1939-1988*, València, Alfons el Magnànim, 1994 y, especialmente, DOMÈNECH, Xavier, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político: pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2008.
- ¹³ Sobre la generación de una identidad colectiva en el movimiento vecinal –ya desde sus primeros núcleos militantes– a partir de su condición de clase, véanse los trabajos de MARTÍNEZ i MUNTADA, Ricard, *El moviment veïnal a l'àrea metropolitana de Barcelona durant el tardofranquisme i la transició: el cas de Sabadell (1966-1976)*. Tesina de doctorado, Universitat Pompeu Fabra, 1999; «El moviment veïnal en el tardofranquisme i la transició: conflicte, identitat obre-

- ra i valors alternatius», en E. Prat (coord.), *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2004, pp. 71-91 y «El movimiento vecinal en el tardofranquismo: acción colectiva y cultura obrera. Propuestas y problemas de interpretación», comunicación presentada al IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Murcia, 2008.
- ¹⁴ Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE). Nacionalidades y Regiones. Castilla-La Mancha/Castilla-León/La Rioja. Jacq. 426.
- ¹⁵ SUÁREZ, Emilio, *Can Clos. Historia de un barrio obrero*, Barcelona, CIMS, 1997, p. 33-34.
- ¹⁶ «Carta de Blas.Tarrasa», septiembre de 1966. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Cataluña (PSUC). Jacq. 1490. Se relatan diversas asambleas conjuntas que tratan desde cuestiones ligadas a condiciones laborales y urbanas.
- ¹⁷ «Programa de las Comisiones Obreras de Barrio», marzo 1969. AHPCE. Movimiento obrero. Comisiones Obreras. Comisiones Obreras de Madrid. Comisiones Obreras de Barrio. Comisión Provincial. Jacq. 297.
- ¹⁸ «Las 'escuelas' de Torre Baró», *Boletín Informativo del Sector Nord-este*, I (junio 1968). Subrayado en original.
- ¹⁹ «Les dones manifesten davant l'Ajuntament», *Treball*, octubre de 1965; «Una comissió de dones a l'alcalde de Tarragona», *Treball*, enero de 1968 y Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (AHGCB). «Pequeña concentración de mujeres ante al Ayuntamiento de Badalona», 2-VI-1967. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 65. Comarcas, años 1965, 1966, 1967, 1968. Recientes interpretaciones de género sobre la participación de las mujeres en el movimiento vecinal en FERNÁNDEZ, Eva, *Vocalies de dones de Barcelona a la transició: una experiència emancipadora*, tesina inédita de doctorado, Universidad de Barcelona, 2009 y RADCLIFF, Pamela, «Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos y la identidad de género en los años setenta» en V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid (1968-2008)*, Madrid, Los libros de la catarata, 2008, pp. 54-78. Véase también FEBO, Giuliana di, «La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo. Un ejemplo de utilización de la «Historia de género» en J. Tusell, A. Altet, A. Mateos (coords.), *La Oposición al régimen de Franco: estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Madrid, UNED, 1990. Tomo II, p. 251-260.
- ²⁰ «Información de Valencia», 30-X-1970. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Levante. Jacq. 292. Similares informes se encuentran para otros puntos del estado: «Informe de la organización de mujeres de Madrid», 3 de enero de 1969. AHPCE. Organizaciones de Mujeres. Movimiento Democrático de Mujeres. Informes. Caja 117. Carpeta 2/3, donde se informaba de que «hay trabajos interesantes de verdad por la movilización de las mujeres [...]». Tal es el caso de Orcasitas, donde en día y medio y para una denuncia al periódico de las condiciones del barrio se han recogido un montón de firmas –200 firmas– y lo van a llevar ellas mismas, se pretende que en una comisión muy amplia. Otro semejante ha sido ya entregado por Carabanchel con quinientas firmas de mujeres de la barriada pidiendo zonas verdes para los niños y escuelas».
- ²¹ «Carta de G. a Emilio», abril 1965. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Cataluña (PSUC). Jacq. 1760 y «Junta de Vecinos del Barrio de San Pedro-Mieres», 11 de abril de 1967. AHPCE. Nacionalidades y Regiones. Asturias/Cantabria. Jacq. 225. Diversos estudios locales también demuestran la implicación de militantes de movimientos apostólicos, antifranquistas y núcleos vecinales en barrios obreros de distintos puntos del Estado, como la formación en 1967 de la Asociación de Vecinos Virgen de la Caridad en Cartagena, la Asociación de Cabezas de Familia Fueclaya de los barrios de Fueros, Clavijo y Yagüe (Logroño) o la Asociación de Vecinos del barrio leonés de Pinilla en 1970, liderada por el que había sido presidente de la HOAC de la diócesis leonesa hasta 1968. MARÍN, Isabel, *Asociacionismo, sociabilidad y movimientos sociales en el franquismo y la transición a la democracia*. Murcia, 1964-1986. Tesis doctoral, Universidad de Murcia, 2007, p. 486; MARTÍNEZ, David, «Los movimientos sociales en la provincia de León durante la etapa inicial de la Transición: 1975-1977», *Estudios Humanísticos. Historia*, 3 (2004), p. 190 y FANDIÑO, Roberto Germán, *Historia del movimiento ciudadano e historia local. El ejemplo del barrio de Yagüe en Logroño (1948-1975)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003.
- ²² MOLINA, Esperanza, *Los otros madrileños. El Pozo del Tío Raimundo*. Madrid, Editorial El Avapiés, 1984, p. 21.
- ²³ Sobre el trabajo de diferentes grupos católicos en diversos barrios vallecanos, CASTELLANOS, Luis H. y COLORADO, Carlos, *Madrid, villa y puente. Historia de Vallecas*, Madrid, El Avapiés, 1988, pp. 156-157. Sobre el trabajo que estaban realizando diferentes grupos apostólicos dan buena cuenta las respuestas a los diferentes cuestionarios que periódicamente respondían a indicación de instancias superiores. Es el caso, por ejemplo, de las respuestas ofrecidas por los Grupos Obreros de Estudios Sociales –grupos de estudio de la HOAC sobre problemática socioeconómica y política de las clases populares– durante el cursillo de formación de 1963-64 a la pregunta sobre su «acción militante». El GOES de Cruces, en Baracaldo, afirmaba que «en el Grupo de Acción de la Parroquia los principales centros de interés han sido los problemas de los barrios», mientras que el de Barcelona estaba realizando «clases de cultura obrera en una Barriada concreta, que se tiene preparado el realizar en otras Barriadas; [...] constitución de un Centro Social, [...] [y] conseguir no se aumentaran los alquileres a un grupo de 86 vecinos, sigue la acción. Estudio sobre la situación escolar de la Barriada; clases de cultura obrera; un centro social». Archivo General de la HOAC (AGHOAC). GOES. Cuestionarios Caja 75. Carpeta 1. Cuestionarios 1963, 1964. Contestaciones, resúmenes.
- ²⁴ *El Besós*, (julio 1968).
- ²⁵ Entre las publicaciones de barrio que ofrecieron la *cobertura ideológica* para la constitución del movimiento vecinal deben citarse, porque acabaron convirtiéndose en revistas vecinales de referencia más allá de su ámbito concreto de actuación, *Recaldeberri*, en el barrio *homónimo* de Bilbao o *Gramma* en Santa Coloma de Gramenet.
- ²⁶ «La indignació esclata a Torre Baró-La Trinitat. Dos mil

- veïns envaeixen l'autopista Barcelona-Granollers», *Treball*, nº 313 (noviembre 1969). La noticia también la recogió *La Vanguardia* el 4 de noviembre: «Efectuaron una «sentada» en las calzadas de la autopista inaugurada ayer. En protesta por la deficiente planificación de intercomunicaciones para dos sectores del barrio de Torre Baró». Sobre Vallecas, respectivamente, «La manifestación de Palomeras», *Vallecas Popular*, I (enero 1969) y *Vallecas Obrero. Portavoz de la Coordinadora de Comisiones Obreras de Vallecas*, sin fecha pero con referencias que lo sitúan entre fines de los sesenta y principios de los setenta.
- ²⁷ Asociación de Familias de Rekaldeberri, *El libro negro de Rekaldeberri*, Barcelona, Dirosa, 1975. Mayúsculas en el original. En ese mismo año se creaba también en Bilbao la Asociación de Familias Gure Etxea-Nuestra Casa en los barrios de Uribarri, Trauko y Zurbaran a partir de la confluencia entre núcleos obreros y un sector de la comunidad parroquial. LÓPEZ, Raúl, «Uribarri entre dictadura y democracia: dinamismo y cambio social» en J.A. Pérez Pérez (coord.), *Bilbao y sus barrios: una mirada desde la historia*. Vol 3, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008, pp. 121-122.
- ²⁸ Sobre los valores que guiaban al movimiento vecinal y su fuerte impronta anticapitalista, MARTÍNEZ i MUNTADA, Ricard, «Construir futurs. La dimensió anticapitalista del moviment veïnal» en C. Molinero y P.Ysàs, *Construint la ciutat...*, pp. 259-311.
- ²⁹ CIDUR, *Madrid/Barrios*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1976, pp. 152-153.
- ³⁰ Sobre la presencia de militantes antifranquistas en las Asociaciones de Vecinos, MARTÍ, Josep, *Relació entre Associacions de Veïns i partits polítics. Barcelona 1970-1980*. Tesina inédita, ICESB, 1981.
- ³¹ YSÀS, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.
- ³² ALIBÉS, Josep Maria, MIGUÉLEZ, Faustino, PARDO, María José Pardo y otros, «La lucha de los barrios de Barcelona 1969-75», *CAU*, 34 (noviembre-diciembre 1975), pp. 26-117.
- ³³ Sobre la interpretación clásica del movimiento vecinal según la cual su importante contribución a la crisis de la dictadura recayó, principalmente, en su carácter interclasista y, por ende, en su capacidad para organizar y movilizar amplios sectores ciudadanos en contra de la política urbana franquista y la dictadura misma véase, fundamentalmente, CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza, 1986.
- ³⁴ AHGCB, Informe sobre el movimiento vecinal en Nou Barris, 21-IV-1975. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 207. Delegación Provincial del Ministerio de la Vivienda 1974, 1975.
- ³⁵ Archivo Nacional de Catalunya (ANC), «Declaración de las Juntas de Vecinos». Fondo PSUC. 2393. Terrassa. Septiembre, 1966-junio, 1975.
- ³⁶ Documentos recogidos en CIDUR, *Madrid/Barrios...*, pp. 138 y 140-141.
- ³⁷ «Cien mil madrileños se manifiestan contra la carestía de la vida», *La Vanguardia*, 15 de septiembre de 1976. Se puede seguir este conflicto en MARTÍN PALACÍN, José Luis, *Movimiento ciudadano y defensa del consumidor. La batalla del pan en Madrid*, Madrid, Ayuso, 1978.
- ³⁸ CIDUR, *Madrid/Barrios...*, pp. 85-86.
- ³⁹ «Ciudad Meridiana. Historia de cómo las instituciones no funcionan ni cuando se ponen en movimiento», *9 Barrios. Hoja informativa de la Asociación de Vecinos del sector Vallbona-Torre Baró-Trinidad* (febrero 1974). Cursiva y mayúsculas en el original.
- ⁴⁰ GARCÍA TRUJILLO, Sebastián, «La contaminación nos hizo pueblo», *Bidebarrieta*, X (2001), pp. 120. Cursiva en el original.
- ⁴¹ «Manifestación contra la construcción de una planta de amoníaco en Baracaldo», *La Vanguardia*, 16-III-1976.
- ⁴² Sobre la lucha contra la OSH en Catalunya ver, a modo de ejemplo, algunos materiales que editaron las propias asociaciones, *Informe barrios Obra Sindical del Hogar*, 1973 o «Dos años de lucha contra la O.S.H.: abril 1973-abril 1975», separata de la revista *9 Barrios*, abril de 1975. Sobre el caso de Vallecas, IVIMA, *Vallecas: un nuevo distrito. La remodelación de Palomeras*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987.
- ⁴³ «San Adrián de Besós. Los vecinos de la Mina deciden no pagar los alquileres», *La Vanguardia*, 21-V-1976. Sobre San Blas, AAVV de San Blas-Simancas, *Informe sobre San Blas I*. Madrid: [s.n.], 1976.
- ⁴⁴ Sobre el desarrollo cuantitativo del movimiento vecinal, valga como ejemplo el caso catalán: si a mediados de los setenta se contabilizaban más de 300 asociaciones que agrupaban más de 100.000 socios, el año 1979 ya eran más de 600 las asociaciones que se censaron en el marco del I Encuentro de Asociaciones de Vecinos de Catalunya. Respectivamente en ALABART, Anna, «Els moviments socials urbans a Catalunya», *Revista Catalana de Sociologia*, 7 (1998), p. 17 y ANC, «Desenvolupament, conclusions i cens. I Assemblea de les Associacions de Veïns de Catalunya. Manresa, diumenge 2 de desembre de 1979». Fondo PSUC. 2350. Activitat de diverses entitats i moviments ciutadans reivindicatius, 1970-1979. En Vizcaya eran 25.000 socios y 123 las organizaciones existentes a finales de los setenta, mientras que Madrid sumaba un centenar de entidades y 60.000 socios. En, respectivamente, URRUTIA, Víctor Urrutia, *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Oñate, Instituto Vasco de Administración Pública, 1985, p. 17 y CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas...*, p. 315. Por último, en marzo de 1977 se reunían en el I Encuentro Estatal de Asociaciones de Vecinos celebrado en Madrid 900 entidades, 420 de ellas en trámites de legalización. En GUERRERO, Manuel, *Veinte años de encuentros y desencuentros de las Asociaciones de Vecinos*, Madrid, CAVE, 1998.
- ⁴⁵ Véanse, por ejemplo, las conclusiones al I Seminario Interprofesional sobre Problemática de la Estructura Urbana en Madrid que reunió a 120 profesionales de diferentes disciplinas en junio de 1975. En ellas se recogía que «la tarea de los profesionales para el conocimiento e investigación de la problemática urbana debe estar vinculada al movimiento ciudadano, a través de sus asociaciones representativas», en CIDUR, *Madrid/Barrios...*, p. 25.
- ⁴⁶ AHGCB, Jefatura Provincial del Movimiento, «Situación del municipio de Santa Coloma de Gramanet», noviembre de 1974. Fondo Gobernadores Civiles. Caixa 205. Ayunta-

- miento de Santa Coloma de Gramanet 1974-1975.
- ⁴⁷ «1 de febrer, Barcelona per l'Amnistia. Grandiosa manifestació», *Treball*, 434 (2-II-1976) y «Manifestaciones callejeras para pedir la amnistía», *La Vanguardia*, 3-II-1976.
- ⁴⁸ ANC, ¡*Salvemos Sta. Coloma! Manifiesto ciudadano de los 51*, noviembre de 1975, Fondo PSUC, 2392, Santa Coloma de Gramanet, 1970-1975. El de Cornellà fue reproducido íntegramente en Ignasi Riera, «Una carta pública al Ayuntamiento denuncia graves problemas que sufre la población», *Diario de Barcelona*, 1-VI-1975.
- ⁴⁹ Las luchas de Bilbao se pueden seguir en Asociación de Familias de Rekaldeberri, *El libro negro...* y las de Sabadell en DOMÉNECH, Xavier, *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966-1976)*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2002 y MARTÍNEZ, Ricard, *El moviment veïnal a l'àrea metropolitana...*
- ⁵⁰ AHGCB, Carta colectiva de diversos alcaldes de la provincia de Barcelona al gobernador civil, José María Belloch, 10 de octubre de 1977. Fondo Gobernadores Civiles. Caja 328. Subsecretaría de la Gobernación (a partir del 5.7.77 se denomina: Subsecretaría del Interior). 1976-1980.
- ⁵¹ MURILLO IGLESIAS, Manuel, *40 años de Rubí*, Rubí, [el autor], 1995, p. 174.
- ⁵² VVAA, *Las Asociaciones de Vecinos en la encrucijada. El movimiento ciudadano en 1976-77*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1977.
- ⁵³ OMEÑACA, Jesús, *Movimiento ciudadano: crisis*, [Bilbao, Ellacuría], 1977, p. 97.
- ⁵⁴ Sobre esta crisis final del movimiento vecinal a partir de las elecciones municipales de 1979 se han referido numerosos autores en sus respectivos estudios. Sobre Catalunya, ALABART, «Els moviments socials urbans...», RECIO y ALBERT y NAYA, Andrés, «Movimiento vecinal: Claroscuros de una lucha necesaria», *Mientras Tanto*, 91-92 (2004), pp. 63-82. Sobre el caso bilbaíno, URRUTIA, Víctor, *El movimiento vecinal...*, y sobre el madrileño, CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas...* Una perspectiva más general la ofrece VILLASANTE, Tomás R., *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1984. Más recientemente han vuelto sobre alguna de estas cuestiones CASTELLS, Manuel, «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano de Madrid» y VILLASANTE, Tomás R., «Historia del movimiento vecinal y retos para las democracias participativas», ambos en V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana...*, pp. 21-32 y pp. 231-262, respectivamente.
- ⁵⁵ Ver Colección «Caps de Setmana», *Escuelas en Lucha*, Madrid, Paideia, 1978; ALÍA, José Carlos, *Las ocupaciones de viviendas*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978 y Colectivo IPES, *Euskadi Herri Batzarrea. Asamblea de pueblo y política municipal*, Madrid, Zero, 1978.
- ⁵⁶ AHGCB, «Reunión de S.E. con Delegados de Ministerios 1977». Fondo Gobernadores Civiles. Caja 444. Reunión de S.E. con delegados de ministerios 1977.
- ⁵⁷ «La asociación y su futuro», *9 Barrios*, 1977.
- ⁵⁸ *Sant Andreu. Butlletí de l'Associació de Veïns*, diciembre 1977.
- ⁵⁹ Carta al director «Las Asociaciones de Vecinos no deben morir», *Gramma*, noviembre de 1977.
- ⁶⁰ Editorial «Asociaciones: futuro incierto», *Gramma*, julio-agosto de 1977.
- ⁶¹ Centre d'Estudis i Documentació de la Universitat Autònoma de Barcelona (CEDOC-UAB), «Ponència Política municipal i moviment popular elaborada per la Comissió del Moviment Popular i Política Municipal del Comitè Central del Partit Socialista Unificat de Catalunya, discutida en la reunió del Comitè Central dels dies 30 i 31 de juliol de 1977 i revisada i editada pel Comitè Executiu». PSUC, *Política municipal i moviment popular*, julio de 1977, Fondo PSUC, FO 10/033, p. 9.
- ⁶² CEDOC. «Informe del Comitè Executiu presentat pel company Jordi Borja», Reunión del Comité Central, 21 i 22 de octubre de 1979. Moviment Popular i Política Municipal, Fondo PSUC, FO 24/017, pp. 21-22.
- ⁶³ URRUTIA MENTXAKA, Javier, «El Barrio de Arangoiti y la Asociación de Vecinos en la transición democrática» en E. J. Alonso Olea (coord.), *Bilbao y sus barrios: una mirada desde la historia*. Vol. 4, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008, pp. 207-239.
- ⁶⁴ «Mesa redonda. Presente y futuro del Movimiento Ciudadano», *Vecindario. Bisemanario de información general para Madrid*, 1 (27-X-1977).
- ⁶⁵ AHPCE, «Hacia las elecciones municipales», 1977. Nacionalidades y Regiones. Euskadi y Navarra. Caja 72. Carpeta 1.
- ⁶⁶ BORJA, Jordi, «Comissions de partits i associacions de veïns». *Treball*, 11-IX-1977.
- ⁶⁷ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, «Pròleg» HUERTAS, Josep M. y ANDREU, Marc, *Barcelona en lluita...*, p. 9.
- ⁶⁸ RECIO, Albert y NAYA, Andrés, «Movimiento vecinal...», p. 65.



¿CONFLICTO O COHESIÓN SOCIAL?

APUNTES SOBRE HISTORIA Y MEMORIA DE LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES (1974-1975)

Raquel Varela

Un viejo chiste de la Unión Soviética decía, a propósito de la historiografía soviética de la era post-Stalin, a partir de la década de los años 30 del siglo XX, que «en la URSS el futuro era cierto, ¡pero el pasado imprevisible!». En la URSS había un férreo control económico e ideológico del Estado sobre la ciencia que se producía, felizmente distante de la situación actual en los países occidentales. Pero la ironía de esta frase nos alerta a todos, hombres y mujeres que escriben sobre el pasado en el presente, de lo importante que es nuestra labor para el equilibrio ideológico de los Estados, sea cual sea la naturaleza de los regímenes. Pensar en el revisionismo historiográfico, pensar la historiografía en su totalidad, es una labor permanente, un imperativo de los historiadores, particularmente hoy en día en que los Estados demuestran una incapacidad creciente para garantizar la armonía social. Como alertó George Orwell¹ en su relato magistral, el control del pasado es un arma política del presente.

El cambio de régimen que hubo en España en la segunda mitad de la década de los 70 del siglo XX ocurrió sin una crisis general de Estado como en Portugal (provocada por la derrota en la guerra colonial), pero bajo el impacto de un movimiento obrero generalizado y amplio, popular y estudiantil, que tuvo su estallido en la propia revolución portuguesa y en

una situación general de conflicto social iniciada en Europa con el Mayo del 68 de Francia y el Otoño Caliente del 69 en Italia.² Utilizando una fórmula conocida: en Portugal, «los de abajo ya no querían y los de arriba ya no podían», pero en España, «los de abajo ya no querían, pero los de arriba todavía podían».

La dictadura franquista nació de una de las más importantes derrotas históricas del movimiento obrero del siglo XX, y el cambio de régimen ocurrido entre 1975 y 1978, al no juzgar a los seguidores y ejecutores de los crímenes de Franco, abrió una herida permanente en España. En Portugal la situación fue y es distinta. Las polémicas más importantes se refieren a la revolución, y no al régimen de Salazar. La radicalización de la revolución tuvo un efecto anestesante en el sector social que podría haber buscado la rehabilitación del régimen de Salazar. Recordemos que, durante la revolución, todos los partidos, con excepción de un pequeño partido demócratacristiano, el CDS, decían defender el socialismo, de tal forma que todavía hoy está inscrito en el preámbulo de la Constitución Portuguesa «abrir camino para una sociedad socialista».³ También está incluida en el texto legal más importante del País la prohibición de las organizaciones fascistas.⁴ El Archivo Salazar está, como el archivo de la policía política PIDE-DGS, abierto al público. En España no se sabe nada

del archivo de la policía política y el archivo de Francisco Franco permanece 'protegido' por su familia. Cuando en Portugal se creó el *Movimento Cívico Não Apaguem a Memória*, influido en parte por el fenómeno idéntico en España (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica), se luchaba por la no transformación de la antigua sede de la policía política en residencias privadas de lujo. En España, todavía hoy, se exige encontrar los cuerpos de los resistentes fusilados por los franquistas.

Con la ascensión del neoconservadurismo norteamericano de la era George Bush, algunos intelectuales portugueses conservadores, como el historiador Rui Ramos, reunidos en torno a la revista *Atlântico* y la *Radio Europa-Lisboa*, intentaron de alguna forma rehabilitar a Oliveira Salazar, pero con escaso éxito. El punto culminante de esta fase fue el ampliamente difundido programa de televisión sobre los «Grandes Portugueses» ganado por Salazar,⁵ seguido de Álvaro Cunhal, líder del Partido Comunista. A pesar de la cobertura mediática del programa, su base real era escasa. En realidad, la mayoría de los investigadores sociales nacionales, de diversos sectores políticos, firmaron un manifiesto denunciando la manipulación del mismo.⁶ Fue, como se entendió rápidamente, un epifenómeno. El 25 de Abril es la fiesta nacional con mayor participación popular y continúa celebrándose oficialmente en todas las instituciones del Estado, que reflejan el sentimiento popular generalizado de defensa de la revolución y de sus conquistas democráticas y sociales: derechos democráticos, extensión del acceso a los cuidados de salud, educación, seguridad social, etc.

Todos los años, todavía hoy, desfilan en la Avenida de la Libertad, de Lisboa, entre 50 y 100.000 personas conmemorando la revolución y por todo el País hay celebraciones oficiales y sobre todo populares de la revolución. A la cabeza del desfile va una comitiva oficial, de la que forman parte los representantes del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), de los principales partidos políticos y sindicatos. Acompañados de un

chaimite (vehículo blindado ligero con tracción 4 x 4, desarrollado y fabricado en Portugal. *N. de la T.*), el símbolo blindado de la revolución, los dirigentes descienden desde Marquês de Pombal hacia la plaza del Rossio en donde algunas de estas personalidades pronuncian discursos. Es un día de fiesta.

Pero es un día que tiene una particularidad: una, en el mismo desfile, a hombres y mujeres que hicieron la revolución, iniciada el 25 de Abril de 1974, y a dirigentes que iniciaron la contra-revolución, encabezando el golpe de 25 de noviembre de 1975. Esta imagen, que se repite año tras año, es posible porque actualmente hay un amplio consenso en la sociedad portuguesa sobre las virtudes de una revolución que trajo las libertades democráticas y puso fin a la guerra colonial y a la dictadura del Estado Nuevo. Pero el desfile está marcado por la famosa consigna «¡25 de Abril siempre, fascismo nunca más!». En él se suceden pancartas exigiendo aumentos salariales, derechos laborales, fin de los contratos precarios de trabajo, rechazo a las privatizaciones de los sectores estratégicos del Estado, exigencia de escuelas y hospitales gratuitos de calidad. Esta aparente diversidad en la celebración del 25 de Abril encierra en sí una criba determinante de la sociedad portuguesa actual, y su correlato en las ciencias sociales es idéntico: régimen democrático y lucha por la igualdad social, la dicotomía que atravesó el bienio 1974-1975 en Portugal continúa afectando —objetivamente— a la sociedad de hoy, tanto como a la historiografía y la politología sobre la Revolución de los Claveles.

De los varios aspectos que nos gustaría enfocar en este análisis sobre la memoria y la historia de la revolución de Abril, nos centraremos en tres, que creemos que son esenciales para encuadrar teórica y metodológicamente la revolución desde el punto de vista de la investigación histórica: 1) el papel de las teorías de la ciencia política de la transitología en la historia de la revolución y del régimen democrático; 2) el papel de las revoluciones anticoloniales, y 3)

la importancia de la historia social.

¿Revolución o transición?

Con ocasión del bicentenario de la Revolución Francesa, una polémica marcó la historiografía mundial. En el debate se destacó François Furet que en la obra *Pensando a Revolução Francesa*,⁷ caracterizaba la revolución de 1789 como un «accidente histórico» e intentaba diferenciar el proceso iniciado en 1789 de las revoluciones posteriores, sobre todo de la rusa de 1917. En el otro extremo de la controversia, Eric Hobsbawm publicó una serie de ensayos, reunidos en la obra *Écos da Marselhesa*,⁸ donde defendía que la posición de François Furet y de otros historiadores con esta visión era el fruto de presiones ideológicas (en el sentido de falsa conciencia) revisionistas y no de una investigación renovada de la revolución francesa:

(...) El revisionismo en la historia de la Revolución Francesa es, simplemente, un aspecto parcial de un revisionismo más extenso sobre el proceso del desarrollo occidental —y más tarde global— en la era del capitalismo y en su interior.⁹

Una polémica semejante se dio en Portugal casi 15 años después, también a propósito de un aniversario, el trigésimo de la revolución portuguesa, en abril de 2004. Aunque ya existiese una discusión en torno a la caracterización del cambio de régimen —Medeiros Ferreira, por ejemplo, discute la cuestión en el texto «25 de Abril, uma revolução?»—,¹⁰ es a partir de 2004 cuando la cuestión cobra mayor importancia. Como consecuencia de la inscripción «Abril es Evolución», que el cartel oficial conmemorativo elegido para la celebración tenía, llegó a las páginas de los periódicos la polémica sobre lo que había sido la revolución portuguesa. El debate rápidamente se centró en la cuestión de qué debería ser destacado en Portugal después del fin de la dictadura: la revolución o la evolución del país en el periodo post-revolucionario.

António Costa Pinto, comisario entonces

para las conmemoraciones de los 30 años del 25 de Abril, escribió en el calor de la polémica que: «En el panorama habitualmente encendido de las conmemoraciones de fechas históricas, algunas dimensiones de las celebraciones de los 30 años del 25 de Abril al menos provocaron un esbozo de debate. El trogloditismo nostálgico, con excepción de los escasos defensores de una historia al servicio de la «revolución hoy y siempre», tuvo escasa visibilidad. (...) Conmemorar los 30 años de evolución para la democracia y el desarrollo que siguió a la Revolución de 1974 no agradó a una parte de la izquierda, lo que es natural. Ver al centro-derecha conmemorando con claveles el 25 de Abril fue desagradable».¹¹ El historiador Fernando Rosas criticó la participación de António Costa Pinto en aquello que consideró ser un «pseudocientificismo»: «Abril no fue evolución porque las derechas portuguesas fueron históricamente incapaces de realizar un proceso de transición, esto es, de llevar a cabo, a partir del propio régimen, un proceso endógeno y sostenible de reformas».¹² Otros investigadores sociales, como António Borges Coelho, Manuel Villaverde Cabral y Luís Salgado de Matos, participaron en el debate.¹³

Sin embargo, la polémica no saltó de las páginas de los periódicos a los espacios de reflexión académicos. Hoy, el término revolución convive, en la academia, para designar exactamente el mismo periodo, con términos como «transición», «proceso de democratización» o incluso «normalización democrática», sin que se haya hecho una profundización teórica del debate iniciado en 2004. Más recientemente, la ciencia política ha adoptado el término «transición por ruptura» en oposición a «transición pactada» en España.

Investigadores sociales e historiadores de inspiración marxista, como Loren Goldner, Valério Arcary o John Hammond, no cuestionan el término revolución y contrarrevolución, aunque discuten si se trató de una situación revolucionaria o pre-revolucionaria y cuál fue el grado de radicalización de la misma.¹⁴ Pero incluso fuera

del campo del marxismo muchas obras mantuvieron el uso del concepto de revolución y contrarrevolución, como es el caso de los estudios de Boaventura Sousa Santos y Medeiros Ferreira.¹⁵ Otros autores distinguieron claramente el periodo de la revolución (1974-75) del periodo de transición hacia la democracia, que se inicia en 1976, como en las obras de João Medina y Fernando Rosas.¹⁶ Hay, sin embargo, historiadores que usan indiferentemente los dos conceptos. Josep Sánchez Cervelló en *O Processo democrático português 1974-75*,¹⁷ Maria Inácia Rezola en *Os Militares na Revolução de Abril. O Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal (1974-76)*¹⁸ y Tiago Moreira de Sá en *Carlucci vs. Kissinger*¹⁹ usan indistintamente, para hablar del mismo periodo, el término revolución y transición. Del área de la ciencia política se destacan los trabajos que tienden a usar exclusivamente el concepto de «transición» para el cambio de régimen que tuvo lugar en Portugal, teniendo como influencias determinantes las obras de Philippe Schmitter²⁰ y António Costa Pinto.²¹

En realidad, difícilmente se puede afirmar que en todos los casos los términos son usados basándose en una discusión teórica previa y una opción científica teórico-metodológica, sobre todo porque el debate teórico entre la historiografía portuguesa es a menudo menospreciado. Pero la falta de definición terminológica tiene consecuencias epistemológicas. La polémica es ineludible, porque revela, más que un concepto, una visión histórica sobre lo que es una revolución, sus objetivos, sus consecuencias, sus derrotados y vencedores.

Iniciamos este texto con la polémica del bicentenario de la Revolución Francesa, porque fue a partir de este acontecimiento, como indicó Norberto Bobbio, cuando se inició la desvalorización del concepto de revolución²² con un alcance más amplio que el de la Revolución Francesa, abrazando todas las revoluciones contemporáneas. Charles Tilly argumenta incluso que 1989 fue el año en que «intelectuales

franceses y francófilos» intentaron hacer un «*réquiem* por la revolución».²³

En primer lugar, el concepto de revolución tiene un significado histórico que podemos y debemos debatir, pero que de ninguna forma se confunde con una visión teleológica que asocia el cambio de régimen revolucionario con la consolidación de un régimen democrático liberal. El periodo posterior a la década de los 70 del siglo XX vio surgir en el mundo una ola de nuevos regímenes de democracia representativa que inspiraron un paradigma en la ciencia política, de tradición fuertemente ligada al pensamiento liberal, como argumenta Chilcote,²⁴ que es simultáneamente teleológico –las sociedades caminarán inevitablemente hacia un tipo de régimen, la democracia liberal– e ideológico –en la medida en que todos esos análisis, como indica Matheus Silva, o proponen «la profundización del modelo neoliberal como forma de solucionar los problemas de la democracia contemporánea» o buscan la «mejora de la democracia dentro del ámbito de la democracia liberal actualmente existente».²⁵

Este análisis ha sido objeto de críticas incluso en España, modelo de este paradigma, donde el cambio de régimen se dio por negociación entre la clase dominante y las direcciones de las organizaciones obreras y de trabajadores (PCE, PSOE, CCOO). Encarnación Lemus, por ejemplo, recuerda que la democracia no era el desenlace obligatorio de la lucha política y social que se dio en España en 1975:

Por un lado, en 1975, el socialismo como principio ideológico y como sistema social no estaba desautorizado; la vía socialista se estaba intentando en Portugal; por otro lado, todavía existía el Gobierno republicano en el exilio, que reclamaba la legalidad, y los partidos de la oposición, tanto los socialistas como el PCE, eran republicanos.²⁶

Carlos Taibo escribe que «buena parte de la literatura sobre transiciones no se limita a analizar las transiciones, si no que agrega a éstas un destino final deseado: la democracia».²⁷ Con

un efecto asociado, que es el hecho de que el mismo estudio de las democratizaciones esté infectado por visiones que desprecian las variables sociales, como recuerda el investigador político Gabriel Vitullo:

La necesidad de rescatar y dar mayor atención a las variables estrictamente políticas –antes no tomadas en cuenta– no puede autorizar a que la democratización sea vista apenas como el resultado de una elección u opción estratégica de las élites dirigentes, omitiendo al resto de la sociedad, los sectores populares y la historia misma, como se manifiesta en el compendio de Higley y Gunther (1992), cuyo objetivo primordial parece ser el de adoptar el compromiso de las élites como precondición fundamental para la consolidación de la democracia. Como argumenta Bunce (2000, p. 635) con fundamento, limitarse a ese único plano de análisis implica aceptar que son las élites y no la sociedad, la política y no la economía, los procesos internos y no las influencias internacionales, los que constituyen los factores cruciales de la democratización y que, por tanto, añadiríamos, la democracia puede ser construida o desmontada de acuerdo con las opciones o decisiones tomadas por un reducido grupo de liderazgos políticos.²⁸

La democracia, en los términos en que se consolidó en Portugal, fue el resultado de la lucha de clases, de la revolución y de la contrarrevolución, pero no fue su resultado inevitable, lo que puede deducirse legítimamente de los estudios que analizan las transiciones a la democracia en la Europa del Sur. Se podrán considerar, en el caso portugués, los factores que pesaban a favor de la consolidación de Portugal como una democracia liberal –geográficamente insertada en la Europa Occidental y, por lo tanto, en el cuadro de la división de Yalta y Potsdam, en la esfera de influencia de la NATO; peso de sectores medios ligados a pequeña propiedad, sobre todo del centro y del norte del país; calidad de la dirección de la contrarrevolución, que se apoyó en grandes dirigentes políticos como Mário Soares, etc.– y también los factores que hacían peligrar esa hipótesis –la existencia de una revolución; la profunda crisis económica y militar

del país; el prestigio, todavía a esta altura, de las sociedades que se reclamaban el socialismo; la existencia de países donde al contrario de los factores internacionales, la expropiación se dio, como Cuba; la «onda revolucionaria» abierta con el Mayo del 68 en Francia.²⁹ La consideración de unos y otros factores –sólo citamos algunos– es parte del trabajo del historiador. Pero no autoriza argumentos contrafactuals. La democracia no era, no se puede afirmar que fuera, inevitable.

Pero otro argumento descalifica el término «transición para la democracia» para designar el periodo revolucionario. La revolución es un periodo distinto del régimen democrático que prosiguió a la contrarrevolución, y, por lo tanto, no es correcto introducir procesos distintos en una única noción de «transición para la democracia». Hubo, de hecho, dos rupturas en Portugal entre 1974 y 1976: se pasó del régimen fascista a un periodo revolucionario (que se puede dividir en dos subtipos, uno esencialmente democrático, hasta el 11 de marzo de 1975, y otro de disputa objetivamente socialista a partir de esa fecha) y, de ese, hacia otro democrático liberal, que se comienza a formar a partir de noviembre de 1975. El nuevo nace del viejo. Pero es necesario recordar que la revolución portuguesa no fue el «accidente» que dio origen a la democracia. Fue una situación distinta del régimen democrático liberal que le sucedió –y cuya matriz genética es la propia revolución–,³⁰ pero que asienta en dos presupuestos radicalmente distintos del periodo revolucionario: la democracia representativa y el respeto por la propiedad privada de los medios de producción.

El término «transición por ruptura» tampoco elimina esta omisión, una vez que hubo dos rupturas muy bien delimitadas cronológicamente, en términos de dirección política, y en términos de la organización de las fuerzas armadas en Portugal: el golpe militar del 25 de abril de 1974, que inició la revolución, y el golpe militar del 25 de noviembre, que inició la contrarrevolución y el régimen democrático-liberal. La única fron-

tera que no está clara en el cambio ocurrido el 25 de noviembre es precisamente la que se refiere al campo de las luchas sociales (las ocupaciones de tierras, por ejemplo, prosiguieron después de noviembre de 1975). Una vez que la contrarrevolución también es un proceso en sí misma (que comienza en un golpe militar, pero no se reduce a él) y va a suceder en un corto y medio plazo (los bancos serán privatizados una década después). Pero desde el punto de vista del régimen el cambio fue claro, con el fin de la indisciplina en los cuarteles justo después del 25 de noviembre 1975 y la realización de elecciones legislativas en abril de 1976.

Otro argumento recuerda todavía que el propio concepto de revolución tiene una historia. Carlos Taibo recuerda, a propósito de los cambios de régimen de la Europa del Este (1989), que el concepto de revolución y transición difícilmente son compatibles.³¹ Norberto Bobbio señala que el término revolución tiene una historia y un significado propios, que el investigador político italiano opone a reforma y no a transición.³² El concepto de revolución, inclusive, es, para este politólogo, menos polémico que la extensión de la radicalidad de la mudanza en una revolución:

Afirmemos desde ahora que la dificultad para emitir un juicio sobre la radicalidad de la mudanza es mucho mayor que la dificultad para definir el acontecimiento revolucionario en relación a la naturaleza del movimiento.³³

El término transición es, finalmente, impreciso porque a él está asociado un «cómo» —negociación entre «élites», es decir, acuerdo entre dirigentes de las clases en conflicto—, pero se explica «por qué», lo que en último análisis deposita sobre la voluntad individual de los dirigentes la razón de tal negociación.

En resumen, se verifica entre un sector de la investigación histórica y política una tendencia para considerar la revolución portuguesa como una enfermedad que surge en un momento en que ya se estaba dando una transición en

el País en el sentido de la democratización, es decir, tiende a dominar una visión de que la revolución interrumpió, como que inintencionadamente, una transición/modernización que ya estaría en curso y que permitiría asegurar el cambio y, simultáneamente, la estabilidad del Estado. El uso del concepto de «transición» no es, en este caso, una elección inconsciente porque el mismo concepto propone una visión historiográfica que conlleva una visión teleológica de las sociedades: el régimen democrático como fin de la historia. Es, además, esta visión ideológica del mundo la que justifica que algunas obras sobre la revolución portuguesa, que no se anclan en las teorías de la transitología y tienen por base un estudio histórico riguroso, no se hayan retraído de clasificar la revolución como una patología, como es el caso de la obra *Portugal em Transe*, de José Medeiros Ferreira³⁴ o *Os Dias Loucos do PREC*, del periodista José Pedro Castanheira.³⁵

Nos parece que este debate es ineludible y su profundización, para la cual damos aquí apenas una contribución, es provechosa y deseable. Sin embargo, levantar una historiografía competente, rigurosa y capaz de resistir a las presiones del poder político actual implica mucho más que el debate de la terminología. Implicará, tal vez, entre otros caminos, el rechazo de las teorías filosóficas postmodernas que desvalorizan la labor de la propia historia en detrimento de disciplinas más especulativas; y exigirá un retorno innovado a la historia social y a la centralidad de los conflictos sociales para explicar el proceso histórico. En el caso del estudio de la revolución portuguesa, este esfuerzo nos llevará a la centralidad de las revoluciones anticoloniales contra el imperio portugués y al levantamiento amplio de los conflictos obreros y populares durante la revolución.

Las revoluciones anticoloniales y el mito de la revolución «sin muertos»

El día 25 de abril de 1974, un golpe llevado a

cabo por el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) pone fin a la dictadura portuguesa. De inmediato, y contra la opinión de los militares que dirigieron el golpe —que insistían por la radio para que la población permaneciese en casa—, millares de personas se echaron a la calle, y fue así con las personas a la puerta, gritando «Muerte al fascismo», cómo en el Cuartel del Carmo, en Lisboa, el jefe del Gobierno fue cercado; las puertas de las prisiones de Caxias y Peniche se abrieron para que saliesen todos los presos políticos; la PIDE, la policía política, fue desmantelada, atacada la sede del periódico del régimen *A Época* y la censura abolida. La caída de la dictadura se dio de forma imprevista y las fuerzas sociales que protagonizaron el golpe de estado, el 25 de abril de 1974, no eran el resultado de las contradicciones que el atraso del país generó, sino precisamente de su condición imperial: la guerra de liberación de los pueblos africanos condujo a la más grave crisis del régimen, que se resolvió, en media docena de horas, casi sin sangre y sin violencia.

La revolución fue la traducción en la metrópolis de la derrota en la guerra colonial. La victoriosa lucha de los movimientos de liberación de las colonias portuguesas, apoyados en las masas campesinas y populares de esos países, llevó a que en Guinea el PAIGC (Partido Africano para a Independência da Guiné e Cabo Verde), liderado por Amílcar Cabral, hasta la muerte de éste en enero de 1973 consiguiese declarar unilateralmente, ya en 24 de septiembre de 1973, la independencia. En Mozambique y Angola el ejército colonial portugués sufría importantes derrotas. La prolongación de la guerra a lo largo de trece años, sin vislumbre de cualquier solución política en el cuadro del régimen de Marcelo Caetano y la inminencia de la derrota abrieron la crisis en las fuerzas armadas, columna vertebral del Estado.³⁶

En el Portugal de hoy, al lado de la Torre de Belém, símbolo de los Descubrimientos y del inicio de la formación del Imperio portugués, está el Monumento Nacional a los Combatien-

tes de Ultramar, un edificio en forma de flecha que apunta para África. El día 10 de junio, fiesta nacional que celebra el día de Portugal, de Camões y de las Comunidades, los ex combatientes se reúnen, con el apoyo de las instituciones estatales y de los partidos más conservadores, para rendir homenaje a los muertos en combate en la guerra colonial. Si el investigador indaga la historia de la guerra colonial, recorriendo algunas de las más serias y rigurosas obras sobre este período, como *A Guerra Colonial*, de Aniceto Afonso,³⁷ encontrará con detalle el número de muertos del Ejército portugués³⁸ (y la brutalidad de sus acciones, como el uso de *napalm* sobre población civil, etc.), pero no hallará ninguna pista sobre el número de muertos de los guerrilleros de los movimientos de liberación o de los civiles.

De acuerdo con el Estado mayor del Ejército murieron al servicio del Ejército portugués 8.300 militares, en Guinea, Angola y Mozambique.³⁹ Es muy difícil saber el número de muertos del lado de los movimientos de liberación, porque ese trabajo no lo hicieron historiadores africanos. Pero, de acuerdo con estudios internacionales —que no se basaban tanto en cálculos estadísticos y carecían de cualquier tipo de estudio empírico de la realidad—, como los de T. Hartman⁴⁰ o William Eckhardt⁴¹ murieron de 3 a 5 veces más guerrilleros y 10 veces más civiles. Por lo tanto, los números más optimistas de estos estudios contabilizan un número total de víctimas entre guerrilleros y civiles superior a 100.000 muertos.⁴²

Sería inadecuado identificar en esta falta de referencias a las víctimas de todo el conflicto un síntoma de la falta de rigor estadístico sobre las bajas de los ejércitos anticoloniales, una vez que la historiografía sobre la guerra no se limita a afirmar esta duda, sino a asumir la guerra colonial como una guerra «poco intensa», con pocos muertos, un *low cost conflict*.⁴³ Esta omisión contribuye a la propagación del mito, todavía hoy dominante en la sociedad portuguesa, de que los portugueses hicieron una revolución

«sin muertos», «pacífica», casi una prolongación, aunque no directa, del país de «blandas costumbres» que a la propaganda de Salazar le gustaba airear. Durante la revolución murieron 16 personas más. La revolución fue la causa directa de la movilización anticolonial, donde morirán millares, todavía. Esta opción de investigación, que separa artificialmente la revolución de su causa principal y que segrega de las semillas de la propia revolución los muertos que encabezaron la lucha contra el Ejército portugués, tiene consecuencias en la construcción de una falsa memoria sobre la revolución y sobre la guerra.

También sobre el conflicto colonial, se evidencia que en la década de 70 del siglo XX era común la referencia a la lucha de los pueblos coloniales como «revoluciones anti-coloniales» —y fue así como se designaron todas las guerras de liberación de posguerra—. Ésta es hoy una terminología marginal, a la que se superpone la de «guerra colonial». El uso de una terminología en detrimento de la otra conduce, en cierta medida, a la desvalorización de las movilizaciones masivas, en este caso de campesinos y clases populares, contra el imperio colonial portugués. Es cierto que estas movilizaciones no se tradujeron en manifestaciones de calle o asaltos a «Palacios de Invierno» (ni podían, porque la base de apoyo de la guerrilla era una población campesina y dispersa, siendo en algunos casos las propias aldeas destruidas utilizando *napalm* y sus poblaciones realojadas en campamentos controlados por la tropa, además de la prohibición de reuniones o manifestaciones que era común a la metrópolis y a las colonias). Pero se tradujeron en un apoyo campesino generalizado a los guerrilleros —semejante a lo que ocurrió en China, en Cuba, en Vietnam, en Indonesia e incluso en Francia o en la Yugoslavia de la resistencia antinazi—, sin el cual las guerrillas no habrían sobrevivido.

Una de las historiadoras que, contra corriente, reivindicó la importancia de la resistencia anticolonial fue Dalila Cabrita Mateus en su obra *A PIDE-DGS e a Guerra Colonial*.⁴⁴ A partir

del estudio de la organización de la policía política en las colonias —y usando también archivos africanos, así como una serie de entrevistas a guerrilleros—, Dalila Mateus demuestra la brutalidad de la represión contra los guerrilleros, proporcionando un teatro de alguna forma sorprendente para quien estudiaba la actuación de la PIDE en la metrópolis, vista como poco eficaz, pese a su brutalidad, contra los miembros del Partido Comunista. En las colonias era asimismo una policía brutal, que capturó y torturó a millares de combatientes, con un largo apoyo entre los colonos, con una red de información y vigilancia esencial en el auxilio a la guerra, un enlace estrecho con los comandos militares y, sobre todo, extremadamente eficaz: «La violencia del acto colonial fue sabia que alimentó la brutalidad y los crímenes de la PIDE/DGS, que, en África, practicó una represión de masas y desempeñó un papel de gran importancia en la Guerra Colonial».⁴⁵

Este relato, que ha llegado ahora a las páginas de la historia, había pasado antes por los reportajes de periodismo y las novelas literarias. Son a este respecto imprescindibles los documentales realizados por Diana Andringa, *As Duas Faces da Guerra y Tarrafal: Memórias do Campo de Morte Lenta* y Joaquim Furtado, *A Guerra*, ambos con un importante esfuerzo para mostrar los dos lados del conflicto y también la brutalidad del propio Ejército colonial. En literatura destacan decenas de escritores y poetas, muchos de los cuales militaron en las filas de los movimientos de liberación, entre los más conocidos Luandino Vieira, Pepetela y Mia Couto.⁴⁶

La centralidad del conflicto social

Las obras que han marcado el debate reciente en torno a la revolución portuguesa, con perspectivas diferentes entre sí, privilegian el papel de los sujetos representativos, partidos y MFA, centrándose en los archivos institucionales o entrevistas actuales a cuadros dirigentes de la revolución, militares o civiles, nacionales o in-

ternacionales.⁴⁷ Estas obras son indispensables actualmente para comprender la revolución portuguesa, habiendo documentado acontecimientos tan decisivos como el papel de los militares o las influencias externas en la revolución portuguesa. Pero es notable el predominio que unas obras centradas en direcciones políticas y teniendo como fuente principal los mismos dirigentes políticos (con un *boom* de historia oral hecha con dirigentes de Estado, de partidos, de asociaciones, de escuelas, etc.) tiene sobre los estudios que abordan las clases sociales.

Se podría atribuir este hecho al problema perenne de las fuentes, que siempre se cita cuando se trata de analizar la historia de las clases trabajadoras y populares. Carlo Ginzburg, por ejemplo, inicia su *O Queijo e os Vermes* recordando justamente que «La escasez de testimonios sobre el comportamiento y las actitudes de las clases subalternas del pasado es con seguridad el primero –pero no el único– obstáculo contra el cual las investigaciones históricas del género chocan».⁴⁸ Precisamente cuando se trata de una situación revolucionaria, cuya característica principal es la participación social de millones de personas alejadas hasta ese momento de la política, la escasez de fuentes es un obstáculo tanto o más difícil de sobrepasar. Pero no imposible.

Actualmente hay más fuentes en Portugal para estudiar la revolución de las que había después de la década de los 70 del siglo XX, cuando se hicieron los estudios del movimiento obrero portugués de la revolución o las obras que estudiaron la revolución privilegiando la historia de las clases y de sus direcciones, como los estudios todavía hoy imprescindibles de Chip Dows,⁴⁹ Santos *et al.*,⁵⁰ John Hammond,⁵¹ Loren Goldner,⁵² entre otros. La elección del enfoque historiográfico que se hace es fundamental y no se refiere sólo a un problema de fuentes. Porque el problema central no es el de las fuentes, sino el de que haya historiadores disponibles para trabajar determinado objeto, como escribió Eric Hobsbawm en el ensayo *La Historia de*

abajo para arriba:

Muchas de las fuentes para la historia de los movimientos populares apenas se reconocieron como tales porque alguien se preguntó y después sondeó desesperadamente en busca de alguna forma –cualquier manera– de responderla. No podemos ser positivistas, pensando que las preguntas y las respuestas surgen naturalmente del estudio material.⁵³

Pasados más de 35 años de la revolución portuguesa no existe en Portugal una historia del movimiento obrero en la revolución portuguesa y el más detallado de éstos –que relata en cuántas empresas hubo conflictos laborales, qué tipo de conflictos, de reivindicaciones, de métodos, de objetivos, número de trabajadores involucrados– continúa siendo el realizado por Santos *et al.* en 1977⁵⁴ y abarca las luchas sociales del final de los años 70 del siglo XX y el periodo entre 25 de abril de 1974 y 1 de junio de 1974, menos de dos meses, por lo tanto. Fátima Patriarca⁵⁵ y Durán Muñoz⁵⁶ estudiaron también los movimientos sociales en la revolución portuguesa, pero sin el detalle del estudio de Santos *et al.* Los estudios sobre las ocupaciones de tierras son más abundantes y detallados.⁵⁷ Pero en el movimiento obrero no ocurre lo mismo. Incluso recogiendo todos los trabajos citados anteriormente, gran parte del *puzzle* de la historia de la revolución continúa incompleto.

Por ejemplo: ¿Hasta dónde llegó la fuerza de los trabajadores entre 1974-1975? ¿Se exagera o no el papel de los trabajadores durante la revolución, o en otras palabras, se mistifica a la clase obrera y a sus aliados? ¿Cuál es el grado de espontaneidad de sus acciones? ¿Cuáles eran las organizaciones que tenían más fuerza cerca de los trabajadores? ¿En qué fábricas y en qué áreas geográficas las acciones fueron más radicalizadas? ¿En cuántas empresas y fábricas hubo luchas, qué tipo de luchas y qué fuerza tenían las organizaciones políticas y sindicales entre el *Verano Caliente* y el 25 de noviembre de 1975? ¿Cuál fue la política de los principales partidos

políticos, del PCP y del PS, para los trabajadores? ¿Cuál fue el grado de autonomía del MFA frente a los partidos y frente a los trabajadores? ¿Por qué el 25 de noviembre, después de un proceso tan radical, supuso un golpe a la revolución con tan escasa resistencia popular y obrera? ¿Qué le ocurrió al Estado en la revolución portuguesa? O, ¿hasta dónde fueron los organismos de doble poder? ¿Cuál fue la fuerza real de las clases en Portugal en aquel bienio y cómo actuaron sus grupos dirigentes?

Conocemos, por ejemplo, el decreto del Consejo de la Revolución que institucionalizó la nacionalización de la banca nacional; los discursos inflamados del Presidente de la República, Costa Gomes, al defender el decreto; el agradecimiento público del Partido Comunista al Consejo de la Revolución. No podemos dejar de considerar esto. Pero no sabemos en cuántos bancos había ocupaciones; cuántos trabajadores estaban ocupando las instalaciones; cuántos de éstos eran cuadros dirigentes; cuántos estaban politizados, cuántos eran militantes de organizaciones de izquierda y de qué organizaciones; cuántos eran afectos al PCP; cuál era el grado de lucha dentro del sindicato de los banqueros, cuál era el grado de confianza de la base en su dirección sindical.

Un enfoque historiográfico que privilegie las luchas sociales es indispensable para comprender una situación revolucionaria, un paso en el sentido de hacernos cambiar, en primer lugar, las preguntas. Es imposible comprender la totalidad del golpe del 11 de marzo de 1975 sin tener una relación de las fábricas y empresas del país donde había ocupaciones, huelgas y secuestros o prohibición de entrada del patrón/administrador en la empresa, sin tener un conocimiento empírico detallado sobre la conflictividad social de los meses anteriores.

Es un hecho, por poner un ejemplo, que históricamente es menos complicado atribuir la responsabilidad de la nacionalización de la banca al Consejo de la Revolución, ya que, normalmente, esos documentos son de más fácil acceso. Pero

siendo así, y creemos que era sobre lo que alertaba Hobsbawm, la historia se reducirá a una lucha racional de direcciones políticas –partidos políticos, organizaciones sindicales, direcciones, élites dirigentes–, que actúan independientemente de su base social y clase de origen.

No podemos dejar, con todo, de hacer referencia a un campo de estudios de la revolución donde la historia de los conflictos sociales ha sido erigida en un diálogo constructivo entre la investigación de los conflictos sociales, las direcciones políticas y las transformaciones institucionales. La cuestión de la reforma agraria es la que ha concitado el mayor número de estudios sobre los movimientos sociales en la revolución portuguesa. Entre estos estudios se incluyen los trabajos de Oliveira Baptista,⁵⁸ ingeniero agrónomo y ministro de Agricultura de los gobiernos IV y V provisional en 1975; de Antonio Barreto,⁵⁹ sociólogo y el político que preparó el proyecto de desmantelamiento de la reforma agraria, y la obra de Constantino Piçarra,⁶⁰ quien hace un estudio de la reforma agraria en el distrito de Beja, donde se produjo la mayoría de las ocupaciones de tierras en 1974-75.

Desde el 25 de abril hubo una actividad frenética en el campo, como no se había vivido desde las luchas de 1962.⁶¹ La política inicial del Estado, en ese tiempo sin un Ministerio de Agricultura, sino sólo una Secretaría, encabezada por Esteves Belo estaba buscando una rentabilización capitalista del agro.⁶² Pero el conflicto social se había instalado en los campos del sur, los conflictos, las huelgas, por un lado, a través de procesos de sabotaje económico habían conducido al Estado a tener la necesidad de garantizar la paz social, y intervenir en muchas granjas –en las diferentes legislaciones aprobadas en octubre y noviembre, pero especialmente por el Decreto Ley 660/74 de 25 de noviembre– para garantizar el empleo en última instancia. Esta dinámica generó, de acuerdo con Constantino Piçarra, la creciente conciencia de que la reforma agraria sería la única manera de garantizar la estabilidad en el empleo. Ésta es también la conclusión de

Oliveira Baptista, «a la primera quincena de junio, situaciones relacionados con el desempleo, a menudo asociados con la mala utilización de la tierra, o los atrasos salariales o de capitalización intentado, son la base de las ocupaciones».⁶³ De acuerdo con António Barreto, la primera ocupación de tierras se lleva a cabo en noviembre de 1974. A partir de enero de 1975 se inicia la ocupación sistemática de las mismas, aunque con un ritmo lento. En febrero hay un salto cualitativo en el número de ocupaciones —ya están ocupadas siete veces más tierras que en enero.⁶⁴

Constantino Piçarra concluye en su estudio que el Partido Comunista fue políticamente responsable del proceso de ocupación del suelo, debido a la progresiva conciencia por parte de los trabajadores agrícolas de que su principal demanda —disponer de un trabajo seguro 12 meses del año— sólo estaría garantizada con la realización de una reforma agraria.⁶⁵

El 16 de abril de 1975 en Beja y Évora, más de 20.000 trabajadores agrícolas se manifiestan con el lema «Queremos la Reforma Agraria», exigiendo la expropiación de los terratenientes sin indemnización. El IV Gobierno Provisional aprobó el 7 de julio de 1975, con la ausencia del Partido Socialista, las leyes de reforma agraria. Se crea la Zona de Intervención de la Reforma Agraria (ZIRA), que abarca los distritos de Beja, Évora, Portalegre y Setúbal. Representaba el 40% del país.

Consideraciones finales

Investigar y comprender la revolución portuguesa, a partir de los estudios de historia social del movimiento obrero, la espina dorsal de la revolución, su esqueleto, en palabras de Chris Harman,⁶⁶ es una opción que contiene en sí una elección: la admisión de la autonomía relativa de la teoría, es decir, la asunción de que los documentos no «hablan por sí solos», como quisieran en otro tiempo los positivistas, y como hoy de alguna forma apuntan las teorías postmodernas, al ocultarse en una indiferenciación

de las causas explicativas del proceso histórico. Dicho de otra forma, el historiador parte de una teoría para verificar si se confirma o no la realidad; y procura explicar esa realidad jerarquizando, en una historia en construcción, los factores que contribuyeron en un determinado acontecimiento.

Revisionismo, como escribió Eric Hobsbawm,⁶⁷ no es todo, y cualquier proceso de escritura de la historia —como pretenden precisamente las teorías postmodernas—,⁶⁸ sino anhelar la construcción de una historia sin datos de la realidad que la verifiquen, sin jerarquizar la importancia de los acontecimientos u ocultando datos fundamentales del análisis.

La revolución portuguesa nació de las entrañas de una derrota político-militar de un Ejército regular por movimientos guerrilleros apoyados en los campesinos de Guinea-Bissau, Angola y Mozambique. Esa derrota se combinó con la crisis económica más grave del capitalismo de posguerra, iniciada en 1973, el protagonismo del movimiento obrero y las peculiaridades de ese mismo movimiento obrero portugués, caracterizado por su juventud, desorganización política y sindical y su concentración en el cinturón industrial de Lisboa. Se abrió en Portugal, en el bienio 1974-1975, la crisis de Estado más grave surgida en el Portugal contemporáneo y se inició la última revolución de la Europa Occidental en la postguerra, cuestionando la propiedad privada de los medios de producción. Las tareas «reformistas», en el sentido clásico del término (nacionalizaciones, reforma agraria, mejora de los salarios), adquirieron una dimensión revolucionaria porque fueron conquistadas contra la burguesía, con métodos propios del movimiento obrero (huelgas, ocupaciones de tierras y fábricas) y, en muchos casos, a través de organismos autónomos de trabajadores, de asalariados agrícolas y, en un determinado momento, de soldados. Comprenderla, desde el punto de vista historiográfico, implica situarla en su dimensión real, o sea, recuperar, investigar, conocer, catalogar los conflictos sociales. Y rele-

var como protagonistas a los protagonistas sociales (clases y sus fracciones), en alternativa a un enfoque que mira la historia con el prisma de los sujetos representativos (élites), procurando de esta forma eliminar del desarrollo social la noción de conflicto colectivo.

Escoger esta opción, la de la historia de los conflictos colectivos, de los movimientos sociales, es hoy uno de los caminos posibles para vencer la contienda de la memoria. Pero esta elección nos abrirá invariablemente una «caja de Pandora». En primer lugar porque una historia de la conflictividad social implicará el rechazo de una historia teleológica que adopta la democracia como el régimen inevitable para sustituir las dictaduras ibéricas en la década de los 70; y finalmente porque ésta nos permitirá recuperar esa dimensión histórica de la historia, o sea, la capacidad de los seres humanos de escribir su propia historia.

Traducción: Ángela Carcedo Martín (angelalisboa@hotmail.com)

NOTAS

- 1 La obra más importante donde el novelista británico discute la manipulación del pasado es ORWELL, George, *Mil Novecentos e Oitenta e Quatro*, Lisboa, Antígona, 2007.
- 2 BIRKE, Peter, HUTTNER, Bernd, OY, Gottfried (HRSG.), *Alte Linke-Neue Linke? Die Sozialen Kämpfe der 1968er Jahre in der Diskussion*, Berlin, Karl Dietz Verlag, 2009.
- 3 <http://www.parlamento.pt/Legislacao/Documents/constpt2005.pdf>. Consultado a 14 de julho de 2010.
- 4 <http://www.parlamento.pt/Legislacao/Documents/constpt2005.pdf>. Consultado a 14 de julho de 2010.
- 5 http://jpn.icicom.up.pt/2007/03/26/salazar_vence_concurso_os_grandes_portugueses.html Consultado a 14 de julho de 2010.
- 6 <http://www.micportugal.org/index.htm?no=1000481>. Consultado a 14 de julho.
- 7 FURET, François, *Pensando a Revolução Francesa*, Rio de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1989.
- 8 HOBBSAWM, Eric, *Ecos da Marselhês*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.
- 9 HOBBSAWM, Eric, *Ecos da Marselhês*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996, p. 123.
- 10 FERREIRA, Medeiros, «25 de Abril, uma Revolução?», En: MATTOSO, José (coord.), *História de Portugal. Portugal em Transe*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993, pp. 7-11.
- 11 PINTO, António Costa, «Abril e o Futuro», *Diário de Notícias*, 28 de abril de 2004.
- 12 ROSAS, Fernando, «Abril é Revolução», *Público*, 14 de abril de 2004.
- 13 COELHO, António Borges, «Nos Trinta Anos da Revolução de Abril», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2004; CABRAL, Manuel Villaverde, «O 25 de abril em Retrospectiva», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2004. Ver también MATOS, Luis Salgado de, «O 25 de Abril e a Democracia», *Público*, 12 de abril de 2004.
- 14 ARCARY, «Quando o Futuro era Agora. Trinta Anos da Revolução Portuguesa», Outubro, São Paulo, Xamã, n° 11, 2004, pp. 71-92; GOLDNER, Loren, *Ubu Saved from Drowning: Class Struggle and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*, Cambridge MA, Queequeg Publications, 2000; HAMMOND, John, «Worker Control in Portugal: The Revolution and Today», *Economic and Industrial Democracy*, London, Sage Publications, 1981, pp. 413-453.
- 15 SANTOS, Boaventura Sousa, «A Crise e a Reconstituição do Estado em Portugal. 1974-1984», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, n° 14, Novembro de 1984, pp. 7-29; FERREIRA, Medeiros, «25 de Abril, uma Revolução?», En: MATTOSO, José (coord.), *História de Portugal. Portugal em Transe*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993.
- 16 MEDINA, João, «Portugal Democrática», En: MEDINA, João, *História de Portugal*, Lisboa, Clube Internacional do Livro, 1998; ROSAS, Fernando, *Portugal Século XX (1890-1976). Pensamento e Acção Política*, Lisboa, Editorial Notícias, 2003.
- 17 CERVELLÓ, Josep Sánchez, «El Proceso Democrático Portugués (1974-75)», En: TORRE, Hipólito de la (coord.), *Portugal y España en el cambio político (1958-1978)*, Mérida, UNED, 1989, pp. 149-166.
- 18 REZOLA, Maria Inácia, *Os Militares na Revolução de Abril: o Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal*, Lisboa, Campo da Comunicação, 2006.
- 19 MOREIRA DE SÁ, Tiago, *Carlucci vs. Kissinger*, Lisboa, D. Quixote, 2008.
- 20 SCHMITTER, Philip, *Portugal: Do Autoritarismo à Democracia*, Lisboa, ICS, 1999.
- 21 PINTO, António Costa, «Political Purges and State Crisis in Portugal's Transition to Democracy 1975-76», *Journal of Contemporary History*, LA-London, Sage Publications, Vol 43 (2), 2008, pp. 305-332.
- 22 BOBBIO, Norberto, *Teoria Geral da Política*, São Paulo, Editora Campus, 10.ª edição, 2000, p. 606.
- 23 TILLY, Charles, *Las Revoluciones Europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 17.
- 24 CHILCOTE, Ronald, *Teorias da Política Comparativa: a Busca de um Paradigma Reconsiderado*, Petrópolis, Vozes, 1997, p. 88.
- 25 SILVA, Matheus Passos, *Relações entre Estado e Democracia na Teoria Política Contemporânea*, Brasília, DF, 2005, p. 3. In http://bdtb.bce.unb.br/tedesimplificado/tde_busca/arquivo.php?codArquivo=561 Consultado 6 de noviembre de 2009.
- 26 LEMUS, Encarnación, *En Hamelin... La Transición Española más allá de la frontera*, Oviedo, Septem Ediciones, 2001, p. 16.
- 27 TAIBO, Carlos, «Sovietólogos y Transicionólogos: una Relación Conflictiva», En: *Las Transiciones en Europa Central y*

- Oriental*, Madrid, Catarata, 1998, p. 12.
- 28 VITULLO, Gabriel E, «Transitologia, consolidação e democracia na América Latina: uma revisão crítica», *Revista Sociologia Política*. [online], 2001, no. 17 [citado 2007-02-12], pp. 53-60. Disponible en: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104782001000200006&lng=pt&nrm=iso>. ISSN 0104-4478. doi: 10.1590/S0104-44782001000200006.
- 29 BIRKE, Peter, HUTTNER, Bernd, OY, Gottfried (HRSG), *Alte Linke-Neue Linke? Die Sozialen Kämpfe der 1968er Jahre in der Diskussion*, Berlin., Karl Dietz Verlag, 2009.
- 30 ROSAS, Fernando. *Pensamento e Acção Política. Portugal Século XX (1890-1976)*, Lisboa, Editorial Notícias, 2004, p. 138.
- 31 TAIBO, Carlos. «Sovietólogos Y Transicionólogos: una Relación Conflictiva». *Las Transiciones en Europa Central y Oriental*. Madrid: Catarata, 1998, p. 12.
- 32 BOBBIO, Norberto, *Teoria Geral da Política*, São Paulo, Editora Campus, 10.ª edição, 2000, pp. 577-609.
- 33 BOBBIO, Norberto, *Teoria Geral da Política*, São Paulo, Editora Campus, 10.ª edição, 2000, p. 606.
- 34 FERREIRA, Medeiros, «25 de Abril, uma Revolução?», En: MATTOSO, José (coord.), *História de Portugal. Portugal em Transe*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993.
- 35 CASTANHEIRA, José Pedro, GOMES, Adelino, *Os Dias Loucos do PREC*, Lisboa, Expresso/Público, 2006.
- 36 ROSAS, Fernando, *Pensamento e Acção Política. Portugal Século XX (1890-1976)*, Lisboa, Editorial Notícias, 2004, p. 136.
- 37 AFONSO, Aniceto, GOMES, Carlos, *A Guerra Colonial*, Lisboa, Editorial Notícias, 2000.
- 38 AFONSO, Aniceto, GOMES, Carlos, *A Guerra Colonial*, Lisboa, Editorial Notícias, 2000, pp. 526-533.
- 39 PINTO, António Costa, *O Fim do Império Português*, Lisboa, Livros Horizonte, 2001, pp. 52-53.
- 40 HARTMAN, T., MITCHELL, J., *A World Atlas of Military History 1945-1984*, London, Leo Copper-Secker & Warburg, 1984.
- 41 ECKHARDT, William. En: SIVARD, Ruth Leger, *World Military and Social Expenditures 1987-1988*, Washington D.C., World Priorities Inc. 1987 (12th ed.).
- 42 SIVARD, Ruth Leger, *World Military and Social Expenditures 1987-1988*, Washington D.C., World Priorities Inc, 1987 (12th ed.); HARTMAN, T., MITCHELL, J., *A World Atlas of Military History 1945-1984*, London, Leo Copper-Secker & Warburg, 1984.
- 43 CANN, John P., *Counterinsurgency in África. The Portuguese Way of War, 1961-1974*, Westport, Greenwood Press, 1997, p. 106. PINTO, António Costa, *O Fim do Império Português*, Lisboa, Livros Horizonte, 2001, p. 52.
- 44 MATEUS, Dalila Cabrita, *A PIDE-DGS e a Guerra Colónia*, Lisboa, Terramar, 2004.
- 45 MATEUS, Dalila Cabrita, *A PIDE-DGS e a Guerra Colonial*, Lisboa, Terramar, 2004, p. 420.
- 46 Para una extensa bibliografía de la literatura sobre la guerra colonial ver MELO, João de, *Os Anos da Guerra 1961-1975*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1988, pp. 9-30.
- 47 REZOLA, Maria Inácia, *Os Militares na Revolução de Abril: o Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal*, Lisboa, Campo da Comunicação, 2006; MOREIRA DE SÁ, Tiago, *Carlucci vs. Kissinger*, Lisboa, D. Quixote, 2008.
- 48 GINZBURG, Carlo, *O Queijo e os Vermes*, São Paulo, Companhia das Letras, 2007, p. 11.
- 49 DOWS, Chip, *Os Moradores à Conquista da Cidade*, Lisboa, Armazém das Letras, 1978.
- 50 SANTOS, Maria de Lurdes, LIMA, Marinús Pires de, FERREIRA, Vítor Matias, *O 25 de Abril e as Lutas Sociais nas Empresas*, Porto, Afrontamento, 1976, 3 volúmenes.
- 51 HAMMOND, John, «Worker Control in Portugal: The Revolution and Today», *Economic and Industrial Democracy*, London, Sage Publications, 1981, pp. 413-453.
- 52 GOLDNER, Loren, *Ubu Saved from Drowning: Class Struggle and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*, Cambridge MA, Queequeg Publications, 2000.
- 53 HOBSBAWM, Eric, *Sobre História*, São Paulo, Companhia das letras, 1998, p. 220.
- 54 SANTOS, Maria de Lurdes, LIMA, Marinús Pires de, FERREIRA, Vítor Matias, *O 25 de Abril e as Lutas Sociais nas Empresas*, Porto, Afrontamento, 1976, 3 volúmenes.
- 55 PATRIARCA, Fátima, «A Revolução e a Questão Social. Que justiça Social?», En: ROSAS, Fernando (coord.), *Portugal e a Transição para a Democracia (1974-1976)*, Lisboa, Edições Colibri, 1999.
- 56 MUÑOZ, Durán, *Contención y Transgresión. Las Movilizaciónes Sociales y el Estado en las Transiciones española y portuguesa*, Madrid, CPPC, 2000.
- 57 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa, IHC, 2009; BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987.
- 58 BAPTISTA, Oliveira, *Portugal 1975, Os Campos*, Porto, Afrontamento, 1978.
- 59 BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987.
- 60 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa: IHC, 2009.
- 61 BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987.
- 62 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa, IHC, 2009.
- 63 BAPTISTA, Oliveira, *Portugal 1975, Os Campos*, Porto, Afrontamento, 1978, p. 25.
- 64 BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987, p. 215.
- 65 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa, IHC, 2009, p. 184. BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987, p. 55.
- 66 HARMAN, Chris, *A People's History of the World*. London-Sidney, Bookmarks, 2002, p. IV.
- 67 HOBSBAWM, Eric, *Ecos da Marselhesa*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.
- 68 Para uma análise da relação entre pós-modernismo e história ver WOOD, Ellen, *Em Defesa da História*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1999.



GÉNERO, ANTIFRANQUISMO Y CIUDADANÍA. MUJERES Y MOVIMIENTO VECINAL EN LA ASTURIAS DEL DESARROLLISMO Y EL TARDOFRANQUISMO

Claudia Cabrero Blanco

En el ámbito de las transformaciones sociales y políticas que tuvieron lugar en España desde los años sesenta, la lucha antifranquista inició un proceso de cambio que tuvo en la utilización de los instrumentos legales del Régimen uno de sus máximos exponentes. Bajo el paraguas de la Ley de Asociaciones emergió con fuerza el movimiento vecinal que, organizado en el marco de los barrios obreros del Desarrollismo, se presentaba como la plataforma ideal para que la experiencia femenina se convirtiera en agenda política inmediata. La práctica totalidad de los estudios sobre la trayectoria de este movimiento reconocen el protagonismo femenino en él, y algunos aluden, incluso, a la “naturaleza matriarcal” de gran parte de la protesta vecinal.¹ Sin embargo, continúa siendo aún muy escasa la atención prestada, en la producción historiográfica, a la relación entre el movimiento vecinal y las mujeres que en él se implicaron desde un punto de vista de género.² Incidir en este aspecto es el objetivo de este trabajo. En él se analizarán las formas de acción colectiva de las mujeres en el movimiento vecinal asturiano y la evolución de sus movilizaciones. Además, insertando este análisis en un marco interpretativo más amplio, se reflexionará sobre el discurso de género del movimiento vecinal y la manera en la que los cambios y permanencias que en él se observan influyeron en la incorporación de las mujeres a las asociaciones locales y en su traba-

jo en el interior de las mismas. Todo ello con el propósito de valorar no sólo en qué medida la labor de las mujeres en los barrios contribuyó a la lucha por la democracia sino también hasta qué punto la práctica colectiva en el movimiento vecinal ayudó a resolver la compleja articulación entre las identidades de género, clase y ciudadanía.

Las mujeres como protagonistas de la acción colectiva en los barrios

Si desde el inicio de la dictadura las mujeres habían hecho de las cuestiones relacionadas con la lucha por la vida una forma de oposición política, a partir de los años sesenta el fuerte crecimiento económico e industrial, el proceso migratorio y la proliferación en las ciudades de nuevos e insalubres barrios obreros, reactivó la movilización femenina relacionada con los niveles de consumo y las condiciones de vida en los barrios.³ En Asturias, la actividad reivindicativa que tuvo lugar en los barrios obreros asturianos del Desarrollismo y el Tardofranquismo puede rastrearse partiendo de un extenso informe elaborado por la Jefatura Superior de Policía de Oviedo en abril de 1970. En él se consignan extractos de informes remitidos al Gobierno Civil y a la Comisaría General de Investigación Social relativos a la constitución, funcionamiento y actividades de las principales asociaciones exis-

tentes en la provincia. Junto a distintos clubes juveniles y asociaciones culturales se destacaban, por su carácter reivindicativo, dos pioneras asociaciones vecinales: la Junta de Vecinos del barrio de San Pedro y la de Rioturbio, ambas en Mieres.⁴ Precisamente el primero de estos barrios, el de San Pedro, situado en plena cuenca minera, constituye uno de los mejores ejemplos de maridaje entre antifranquismo, movimiento vecinal y acción colectiva femenina.

A finales de 1966, recién constituida la Junta de Vecinos del barrio, se produjeron los primeros movimientos reivindicativos y ya en ellos hay constancia del destacado protagonismo que adquirieron las mujeres. En este barrio mierense, que tenía su origen en las viviendas protegidas para mineros construidas por el Instituto Nacional de la Vivienda, la gestión de las mismas se llevaba a cabo mediante la Organización Sindical y la administración recaía en la Delegación Comarcal de Mieres. Sus primeros tiempos vinieron marcados por la escasez de viviendas y por el realquiler de habitaciones, que hicieron del hacinamiento un grave problema.⁵ Ante tal situación, la acción directa fue asumida como tarea prioritaria por parte de las mujeres del barrio que, en diciembre de 1966, se manifestaron 'impidiendo el paso de vehículos a pretexto de malas condiciones de pavimento'.⁶ Las protestas forzaron al Ayuntamiento a la inmediata reparación de las calles y llevaron a la policía franquista a la conclusión de que la clave del éxito de las movilizaciones había sido la presencia, junto a sacerdotes críticos con el Régimen, de mujeres de familias trabajadoras que se habían destacado en labores previas de solidaridad con el movimiento obrero. En efecto, el proceso de creación de estructuras informales de solidaridad que las mujeres de las cuencas mineras habían puesto en marcha, especialmente durante las huelgas de 1962, les había proporcionado el patrón de actuación para movilizar en una misma lucha a personas de distinta condición. Y en este marco de contactos comunitarios, sobre el terreno común de la pertenencia a un mismo

barrio y una misma mayoría de clase obrera minera, había encontrado el PCE el lugar idóneo para poner en práctica el que era uno de los objetivos prioritarios de su política de infiltración en las estructuras del Movimiento: las Comisiones de Barriada. Como intuía el mencionado informe policial, el papel de las mujeres como nexo entre el conjunto de los vecinos y las minorías politizadas, había sido clave para la transformación de la relación vecinal en una incipiente organización. Dos años después, en 1968, al igual que había ocurrido en el barrio de San Pedro, los vecinos de La Rebollada, también en Mieres, decidieron pasar a la acción para denunciar los problemas de abastecimiento de aguas. Una vez más, las protagonistas de la movilización fueron las mujeres que iniciaron una campaña de recogida de firmas con el objetivo de presentarlas en el Ayuntamiento mediante una comisión elegida entre ellas. La capacidad de gestión que demostraron les permitió, según informaba el periódico *Mundo Femenino*, llevar a cabo su propósito sin dejarse engañar por la palabrería técnica con la que desde el Consistorio trataban de abrumarlas para justificar su inactividad.⁷

Tanto en un caso como en otro, las protestas femeninas estaban dirigidas contra las instituciones políticas de la dictadura, a las que consideraban responsables directas de las condiciones de vida de sus barrios. Pero también las grandes empresas, cuyo poder era incontestable en zonas de monocultivo económico como las cuencas hulleras centrales, fueron blanco de sus ataques. Así ocurrió, por ejemplo, en la barriada de Pando, en Langreo, donde también en 1968 las mujeres se movilizaron contra el Consorcio de Aguas, un monopolio local que suponía una amenaza para la industria langreana. La protesta se enmarcaba dentro del contexto de las acciones contra el traslado de la metalurgia del concejo a Gijón, pero la idea que subyacía en las quejas femeninas era que las decisiones de la oligarquía no solamente iban a llevarse la industria de la zona, sino también el agua de sus hogares.

Estas movilizaciones, que tuvieron lugar a finales de la década de los sesenta, estaban aún protagonizadas por grupos pequeños de mujeres, y su alcance era todavía limitado. Sin embargo, son fundamentales para entender la gestación de la primera de las grandes movilizaciones vecinales en la que el papel de las mujeres fue determinante, tanto por el número de implicadas como por su protagonismo. Se trata de la conocida como “manifestación de las velas” y tuvo lugar en 1969 en otro de los focos principales de protesta obrera en las cuencas mineras, el pueblo de Barredos, en el concejo de Laviana. El motivo de la protesta coincidía con la vieja tabla reivindicativa de petición de alumbrado y escuelas. Los vecinos del barrio, organizados en la *Asociación La Unidad*, habían formado una comisión negociadora, elegida de forma previa a la movilización, que no había conseguido que el Ayuntamiento se comprometiera a la realización de las reformas, reivindicación que tampoco había sido escuchada en el Gobierno Civil. La empresa suministradora de la electricidad, ERCOA, se había negado a proporcionar más luz porque aseguraba que el ayuntamiento le debía una importante cantidad de dinero y éste, por su parte, tampoco accedía a pagar porque consideraba que ERCOA no cumplía sus deberes con el Ministerio de Hacienda, que exigía que las empresas contratadas destinaran un tanto por ciento de su dinero a los ayuntamientos.⁸ Ante esta situación, los vecinos decidieron romper el círculo burocrático y convocaron una movilización que, encabezada por las mujeres del barrio, congregó a cerca de 1.500 personas. Con velas encendidas, la manifestación salió de Barredos con dirección a Laviana para concentrarse ante la puerta del Ayuntamiento, pero la Guardia Civil le cortó el paso y se produjeron momentos de gran tensión. Los manifestantes gritaron sus demandas, y la resistencia se prolongó aproximadamente media hora, durante la cual los guardias civiles dirigieron su actuación contra los vecinos y, entre ellos, especialmente contra las mujeres: varias fueron maltratadas y

una de ellas resultó herida con un fuerte hematoma en un ojo. Finalmente, como la vía estaba bloqueada para el tránsito rodado, la Guardia Civil tuvo que dejar paso a la manifestación, y, como aseguraba una de las protagonistas, Aída Fuentes, no habían pasado ni quince minutos ‘y nos llamaron desde Barredos que la luz ya estaba dada’.⁹ Como se recordaba incluso años después en el periódico *Asturias, la lucha continúa*, si hubo un momento a partir del cual las protestas vecinales empezaron a adquirir una auténtica consistencia política en las cuencas, éste había coincidido con aquella manifestación en la que el éxito se había debido, en gran parte, al protagonismo de las mujeres.¹⁰ De hecho, así lo percibió también el Régimen que, consciente de la energía revolucionaria de las mujeres, especialmente en las cuencas mineras, se propuso como objetivo prioritario proceder, de forma ejemplarizante e intimidatoria, contra las líderes de las protestas. Dos días después de los sucesos, por ejemplo, el teniente de la Guardia Civil llamó a su despacho a la mujer que había sido golpeada con más fuerza para “aconsejarle” que no planteara ningún tipo de demanda amenazándola con una multa de 25.000 pesetas si desoía sus recomendaciones.¹¹

Sin embargo, lejos de lograr su objetivo, la actuación policial aumentó la combatividad de las mujeres de los barrios obreros, cuyas movilizaciones continuaron a lo largo de la década de los setenta. Ya en agosto de 1970 se reanudaron las luchas, esta vez con motivo de la supresión del Colegio La Rebollada, que dejaba a 140 niñas sin escuela de primaria ni centro de aprendizaje de secretariado, corte y confección. Ante la pasividad de HUNOSA, la empresa responsable del colegio, que se negaba a pagar lo necesario para llevar a cabo los arreglos que éste precisaba para permanecer en activo, las mujeres tomaron la iniciativa y decidieron crear un órgano representativo y revocable propio, que respondiera solamente ante las comprometidas y participantes. Organizaron una comisión de treinta mujeres que fueron a presentar sus demandas

al director de la empresa, que ni siquiera se molestó en recibirlas.¹² Tampoco hubo acuerdo en las protestas que, por motivos similares, tuvieron lugar en 1972 en Santa Eulalia de Morcín, donde la ubicación de un grupo escolar de EGB provocó la movilización de las mujeres del pueblo. Con el objetivo de lograr que se creara un colegio dotado adecuadamente y situado cerca del pueblo, las mujeres se organizaron para reunirse con el alcalde. Éste desoyó sus quejas y la reunión acabó con abucheos por parte de las mujeres lo que llevó al regidor a imponer a las participantes sanciones gubernativas.¹³

Un año después, en 1973, las iras femeninas volvieron a desatarse y lo hicieron, nuevamente, contra la forma de actuar de HUNOSA. La protesta femenina estaba dirigida, en esta ocasión, contra la impunidad con que el gigante minero estatal usaba y abusaba de unas calles que deberían pertenecer a los vecinos, atentando directamente contra el tiempo de ocio y descanso de los trabajadores: durante el día como durante la noche pasaban por el barrio camiones que hacían un ruido infernal e impedían el descanso. Por ello, aproximadamente un centenar de mujeres del barrio de San Pedro en Mieres formaron una manifestación que cortó el paso a los camiones de transporte de HUNOSA.¹⁴ Los camioneros, ante la actuación de las mujeres, se negaron a pasar por la fuerza, pero la policía acudió al lugar para disolver la concentración amenazando, además, a sus protagonistas. Para el boletín clandestino de las Comisiones Obreras del Caudal, el hecho de que en lugar de ‘denunciar la suciedad de la calle’, la policía atacara a las mujeres ponía claramente de manifiesto la sumisión de este órgano estatal, pretendidamente al servicio del público, respecto a la gran empresa. La protesta femenina adquirió tales dimensiones que diversos cuerpos del Estado —el municipal, la policía armada y la Brigada Político Social— se vieron obligados a intervenir. Incluso se presentó el cabo Blanco, tristemente famoso por su actuación contra las mujeres durante las huelgas de 1962 y 63, prometiendo hacerse

cargo de sus reclamaciones ante el alcalde. Las manifestantes rechazaron tajantemente tal propuesta y decidieron formar una comisión propia integrada por ocho de ellas, que se dirigió directamente al alcalde. Éste no dio ninguna muestra de su intención de enfrentarse a la dirección de HUNOSA, pero al menos se comprometió a regar las calles del barrio y a ordenar a los chóferes que redujeran la velocidad.¹⁵

Según avanzaba la década de los setenta, la conflictividad laboral y social iba alcanzando en Asturias niveles tan elevados que no sólo iba siendo cada vez mayor el número de mujeres implicadas en la acción colectiva en los barrios, sino que a medida que se organizaban las protestas de los trabajadores, la lucha de las mujeres era también más organizada y plural. Buen ejemplo de esto fueron las movilizaciones desatadas para evitar el cierre del economato de HUNOSA, en 1974, en las que participó más de un centenar de mujeres:

Hicimos un estudio de cómo funcionaba, de las deficiencias que tenía, tratando de demostrar que era rentable, solicitamos una entrevista con Felgueroso, que estaba de presidente de HUNOSA y en aquel momento no nos recibió... y luego hablamos con los sindicatos, que en aquel momento no nos apoyaron, ni Comisiones ni UGT, y seguimos peleando, insistiendo con José Manuel Felgueroso, hicimos que le llegase el estudio que habíamos hecho.¹⁶

Después de estos primeros intentos lograron que el presidente de HUNOSA las recibiera y se comprometiera a estudiar la cuestión. Tras ello, decidió que no sólo no se iba a cerrar el economato, sino que se iba a ampliar la parte de arriba para tejidos y que se iban a incluir todos los productos que demandaban las mujeres. La movilización para evitar el cierre del economato fue decisiva no sólo por el éxito logrado sino también porque les demostró, a las propias mujeres, que cuando actuaban unidas y organizadas no necesitaban de la mediación de partidos ni sindicatos. Era evidente que éstos habían asumido la dirección de los movimientos

de protesta contra el Régimen, pero no lo era menos que la lucha por la supervivencia y la solidaridad generaba entre las mujeres una resistencia cívica sólida que se venía prolongando ya, a través de distintas plataformas, desde el inicio de la dictadura.¹⁷ El estudio de las acciones colectivas que tuvieron lugar en las comunidades obreras durante estos años pone de manifiesto que, si el hecho de compartir experiencias colectivas creaba entre los vecinos una conciencia de barrio que les hacía ver el valor del trabajo común, esto era aún más acusado, si cabe, entre las mujeres de la clase obrera, para quienes los barrios vecinales eran, en palabras de Temma Kaplan, la *encarnación física de su sentido de comunidad*.¹⁸ Como esta autora ha analizado, este sentido de comunidad unía a las mujeres dentro de su clase y de su vecindario, y el trabajo compartido contribuía a forjar la conciencia común femenina de las mujeres de los barrios. El hecho de que este trabajo tuviera lugar en espacios comunes de sociabilidad influía en las acciones colectivas de las mujeres y estas redes aparentemente laxas, facilitaban la construcción de fuertes vínculos que demostraban toda su potencialidad en momentos de acción colectiva.¹⁹ La conciencia social y la conciencia política de estas mujeres no se generaba únicamente en movimientos políticos o sindicales organizados sino que también se desarrollaba a partir de una conciencia femenina basada en la solidaridad, la defensa de su rol social, la sociabilidad o las tradiciones culturales.²⁰ En casos como el asturiano, estas movilizaciones confirman la importancia que tuvo para las mujeres, especialmente en las cuencas mineras, la tradición forjada en las huelgas de finales de los cincuenta y, sobre todo, en las de 1962, y la persistencia del repertorio de acciones de lucha heredado de estos conflictos. Así, cuando las mujeres de los barrios se incorporaron a la reivindicación vecinal, en su repertorio de protesta y en sus formas de movilizar tanto a otras mujeres como al resto del vecindario, se pusieron de manifiesto pautas que ya habían sido puestas en práctica con an-

terioridad y que, en la mayoría de los casos, se adscribían al concepto de acción directa. Al igual que había ocurrido en las huelgas de 1957, las mujeres cortaron el tráfico en señal de protesta; como habían hecho en 1962, recogieron firmas y boicotearon aquellos servicios y comercios que no respetaban el código solidario con las movilizaciones; la misma dinámica que había servido para organizar piquetes y “tornar” esquirolas a la puerta de los pozos se utilizó para realizar manifestaciones y marchas hasta el centro de las ciudades y los ayuntamientos; de igual manera que habían acudido a visitar a obispos, gobernadores y otras autoridades para demandar la amnistía de sus maridos o hijos, también ahora firmaron escritos de protesta para exigir ante las autoridades locales alumbrado, pavimentación o equipamientos colectivos. Una vez más, la fórmula elegida para poner en común sus reivindicaciones fueron las comisiones, que ahora negociaban directamente con las autoridades municipales o con los responsables de las grandes empresas de las que dependía la economía regional y se convertían en una herramienta para la deslegitimación de los poderes locales. La práctica solidaria, además de cuestiones relacionadas con la gestión de los recursos materiales y económicos, había aportado a las mujeres patrones de actuación para relacionarse con el poder. Y la presencia pública, la capacidad de liderazgo y los conocimientos que habían obtenido entonces se ponían ahora al servicio de las nuevas las movilizaciones femeninas.²¹ Los vínculos creados entre las mujeres las llevaron a organizarse, y su lucha se fue transformando en una auténtica movilización política conjunta y coordinada. Las protestas “clásicas” relacionadas con la carestía, las subidas de precios y las cuestiones asistenciales se fueron insertando en un marco más amplio en el que tenían cabida incluso las reivindicaciones ecologistas y medioambientales, y a medida que se ampliaban las reivindicaciones, la movilización femenina adquiría un carácter cada vez más plural y heterogéneo. Aunque el proceso haya sido complejo

lo cierto es que la actuación en el vecindario fortaleció el compromiso social y político de un número cada vez mayor de mujeres con la lucha antifranquista.²² Como consecuencia de ello, su presencia no sólo fue cada vez mayor en las acciones colectivas de los barrios sino que el protagonismo femenino empezó a ser un hecho, también, en las Juntas de las Asociaciones de Vecinos y, muy especialmente, en las Vocalías de la Mujer que se crearon a partir de 1975.

El trabajo femenino en las Asociaciones de Vecinos. Del veto legal franquista a las Vocalías de la Mujer.

Desde mediados de los años sesenta, el régimen franquista experimentó un paulatino proceso de transformación en el que la introducción de cambios se fue combinando con los intentos por conservar lo más intacto posible un discurso que se mostraba cada vez más desfasado. La Ley de Asociaciones de 1964 es un ejemplo claro de esta dicotomía. Según su peculiar naturaleza, las asociaciones habían de nacer en el seno del Movimiento por lo que, a pesar de constituirse como cauces colectivos de la acción política, carecerían del significado disgregador que el Régimen atribuía a las organizaciones políticas.²³ Erigirse en Asociación de Cabezas de Familia suponía integrarse directamente en el Movimiento, responder ante la Jefatura Provincial del mismo y acatar sus normas de funcionamiento. Y esto, en el caso de las mujeres, implicaba, de antemano, su incapacitación para formar parte de las Juntas Directivas. Al dar por sentado que ese “cabeza de familia” era un varón, la legislación franquista vedaba desde el primer momento el acceso de las mujeres a las Juntas de las Asociaciones. De hecho, como recordaba Manuel Hevia Carriles, una de las figuras clave en el asociacionismo asturiano, la presencia de mujeres en las candidaturas, era una de las excusas más comúnmente utilizadas por el Régimen para vetar a la asociación en las elecciones al tercio familiar. Por este motivo, la mayoría de las asociaciones fundadas en los

años sesenta excluyeron de forma implícita a las mujeres de la condición de miembro formal. Su participación permaneció diluida dentro de un discurso cuyos protagonistas se incluían en la categoría universal de *vecino*, y como consecuencia, la composición de género quedó oscurecida tanto en los propios listados de “socios” como en las referencias a las actividades de las asociaciones aparecidas en la prensa.²⁴ Precisamente por ello hacer un balance del número de mujeres que se integraron formalmente en las asociaciones locales y provinciales presenta dificultades añadidas.

En Asturias, la consulta de las actas de las reuniones fundacionales de las asociaciones de vecinos y de los informes de la Jefatura Superior de policía confirma la ausencia, hasta mediados de los años setenta, de mujeres en las Juntas directivas.²⁵ Las Juntas de los años sesenta y primeros setenta son exclusivamente masculinas y las primeras mujeres aparecen a partir del año 1975.²⁶ Sin embargo, los testimonios orales nos llevan a la conclusión de que la propia movilización de las mujeres y el protagonismo que, como se acaba de ver, adquirieron en las acciones colectivas de los barrios, se convirtieron en el mejor estímulo para su incorporación a las asociaciones e incluso para la normalización de su presencia en las Juntas directivas. De hecho, ante la evidencia, las propias autoridades fueron asumiendo como algo regular el hecho de la participación femenina en los asuntos de las asociaciones. Como aseguraba Hevia Carriles respecto a la Asociación de Vecinos del barrio gijonés de La Calzada:

[...] la mujer era mucho más ágil para el boca a boca con la gente en las zonas y para hablar... incitando a que “oye, hoy hay una asamblea importante, hay que ir...”. Y bueno, ya nunca más volvieron a mencionar que las mujeres no podían estar. Lo tomaron como hecho consumado y así sucesivamente en todas las renovaciones que había de directivas estaban unas y otras mujeres.²⁷

En términos generales, una vez integradas en el organigrama y la dinámica de trabajo de las

asociaciones, las funciones de las mujeres eran, en teoría, las mismas que las de los hombres, no había asignaciones específicamente femeninas. Se ocupaban de tareas de todo tipo y tomaban parte en las actividades que se programaban y en los acuerdos que se tomaban en la junta. Es cierto que, el hecho de que en la mayor parte de los casos, las mujeres que formaban parte de las Juntas estuvieran a cargo de secciones como las de Enseñanza, Promoción Cultural y Beneficencia, refleja la masculinización de la que aún adolecían las estructuras del movimiento vecinal. Sin embargo, la organización interna de las Asociaciones de Vecinos era democrática, y en las reuniones del máximo órgano de decisión, la Asamblea o Junta general de Socios, las mujeres participaban de forma regular.²⁸ Si en un sistema político caracterizado por la ausencia de órganos deliberativos y representación popular auténtica este germen de democracia tenía una potencialidad política innegable, en el caso de las mujeres las asambleas se convirtieron, además, en un espacio único en el que podían tomar la palabra y manifestar su pensamiento en una teórica igualdad de oportunidades con los varones. Estas “escuelas democráticas” les enseñaron la mecánica de los debates, la técnica de gestión de las mayorías y minorías en conjuntos plurales o el ejercicio en la práctica de la libertad de expresión. Se convirtieron, así, en un espacio privilegiado para iniciar un proceso de ruptura con la imagen hegemónica que identificaba a las mujeres con las actividades privadas y domésticas.²⁹ Y, como consecuencia, en algunos casos esto llevó a la búsqueda de una voz propia para plantear soluciones a problemas específicos en un mundo, el de las Asociaciones de Vecinos, donde los varones seguían siendo el grupo mayoritario a la hora de tomar tanto la palabra como las decisiones.

Obviamente, no todas las mujeres que participaron en las asociaciones vecinales tenían un compromiso político y ciudadano claramente definido. Éstas, de hecho, no dejaron de constituir, en el Tardofranquismo asturiano, una excepción.

Sin embargo, gracias al funcionamiento democrático de las Asociaciones de Vecinos, éstas se convirtieron en un espacio especialmente fértil para que aquéllas que tenían mayores inquietudes políticas y sociales pudieran desarrollar su trabajo e incluso asumir tareas de responsabilidad en el seno del movimiento vecinal. En el caso asturiano, al analizar las Juntas directivas de sus asociaciones más activas nos encontramos, de hecho, con varias mujeres desempeñando tareas de liderazgo. Entre éstas había diferencias generacionales, profesionales e incluso geográficas, pero existían sobre todo elementos comunes que permiten hablar de una cierta identidad de grupo. Generalmente se trataba de mujeres que combinaban su activismo en el asociacionismo vecinal con su participación en asociaciones de amas de casa, y muy especialmente en asociaciones culturales. Pero, sobre todo, eran mujeres que llegaban al movimiento asociativo a través de la militancia previa en organizaciones clandestinas. Tenían fuertes vínculos familiares con militantes antifranquistas y contaban, asimismo, con antecedentes políticos en la lucha contra el Régimen. Muchas de ellas habían tenido una intensa actividad, con detenciones incluidas, antes de encabezar o formar parte de las asociaciones vecinales. Como ha constatado Pamela Radcliff para el caso de las asociaciones de vecinos de Madrid, las mujeres que se convirtieron en líderes de las mismas parecen haberse visto impulsadas por experiencias previas de participación en lugar de haber sido formadas para tareas de liderazgo desde dentro de las asociaciones.³⁰ En Asturias, esto es especialmente evidente en el caso de los entornos mineros, donde las mujeres más activas eran madres que habían conocido una infancia marcada por la República y la guerra, pertenecientes a familias con raíces profundas en la militancia obrera, que tenían un fuerte arraigo local en sus comunidades y un compromiso político sólido, muy relacionado con el parentesco, que habían demostrado toda su fuerza en acciones de solidaridad con el movimiento obrero.³¹ Las luchas en los barrios

reclamando unas condiciones dignas de vida habían llevado a estas mujeres a una oposición directa al poder, personificado en el régimen franquista. Pero también al fortalecimiento de las redes femeninas. El hecho de que el lugar del que partía la movilización fuese el barrio, es decir, un espacio directamente ligado a la dimensión de “lo cotidiano” fue fundamental para la toma de conciencia de muchas mujeres respecto a su situación de aislamiento. Al participar en la vida pública y política, planteando reivindicaciones que afectaban al conjunto de la sociedad y que estaban ligadas a su conciencia política, protagonizaban acciones colectivas que emanaban de su conciencia femenina y que estaban cuestionando el sistema de género existente. Al coincidir unas con otras en las asociaciones de los barrios, acababan exponiendo los problemas no sólo de la colectividad sino también de cada una de ellas y, así, estos espacios se convirtieron en un lugar privilegiado para que las limitaciones relacionadas con las dobles jornadas de las mujeres entraran en conflicto con la práctica política. Para algunas de estas mujeres empezaron a ser evidentes las contradicciones que planteaba un protagonismo social cada vez mayor y un papel aún subsidiario en la sociedad y en la familia, que llevaba asociadas unas obligaciones que limitaban seriamente sus capacidades para la práctica política.³² Como ha señalado Giuliana di Febo, en algunos casos, estas contradicciones provocaron una toma de conciencia acerca de la situación de marginación de la población femenina que se iba haciendo más firme a medida que se iban conquistando espacios de cambio y de democracia.³³ Así, a través de la práctica política, un sector de las mujeres de las asociaciones se aproximó al feminismo. Ahora bien, como ha apuntado Francisco Arriero, este proceso no se produjo de forma espontánea sino que tenían que confluír varios factores para favorecerlo. Además de la existencia de carencias objetivas en los barrios y de una fuerte solidaridad vecinal era necesaria también la presencia de agentes de concienciación entre las mujeres. Y desem-

peñando un papel determinante en este proceso aparece el otro perfil de dirigentes vecinales del asociacionismo asturiano, el de aquéllas militantes vinculadas a los “frentes” femeninos de sus partidos en cuya labor se entrecruzaba el activismo antifranquista con el específico de la lucha por los derechos de las mujeres.

Con el objetivo de convertir las Asociaciones de Vecinos en una plataforma reivindicativa, las militantes antifranquistas, sobre todo las comunistas, se infiltraron en ellas e iniciaron un trabajo de concienciación en los barrios que tuvo su máxima expresión en la creación, en 1965, del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM). El MDM se convirtió en el principal espacio de encuentro, aprendizaje, discusión y acción a través del cual algunas mujeres iniciaron su evolución hacia el compromiso feminista.³⁴ Su estrategia era partir de lo considerado “femenino” para movilizar a las mujeres en la lucha general, combinando las reivindicaciones políticas y sociales con otras relacionadas con problemas específicos, que en un primer momento se centraron en la defensa de la igualdad jurídica y social.³⁵ Así, al tiempo que el desarrollo del MDM impulsaba la lucha en los barrios, la formación política y cultural de las mujeres más jóvenes enriquecía las experiencias de las más veteranas, que iban tomando conciencia de su discriminación en las leyes, en la sociedad y en el hogar. Además, si hasta ahora las reivindicaciones feministas se planteaban con mucha cautela, a partir de los setenta el peso de éstas se hizo cada vez mayor y las reivindicaciones relacionadas con la lucha contra la discriminación de la mujer ocuparon un papel prioritario.³⁶

En Asturias, la influencia de las mujeres del MDM se dejó sentir, sobre todo, en Gijón, donde residía el Comité Provincial del PCE. Como miembro de dicho Comité, responsable, como tal, de las mujeres comunistas desde 1968 y primera directora de *Mundo Femenino*, el boletín del MDM en Asturias, destacó, por ejemplo, Amelia Miranda quien participó en varias iniciativas vecinales, desde una infructuosa penetra-

ción en la conservadora Asociación de Amas de Casa de Gijón, hasta la organización de protestas ante el Ayuntamiento por la cuestión de la recogida de basuras, encabezando una comisión que representó a ochocientas personas ante el Ayuntamiento.³⁷ Junto a ella, comunistas como Mari Nieves Álvarez Areces o Marisa Castro (quien, desde 1970 estuvo a cargo del MDM y de su órgano de prensa, y fue la responsable de la deriva de ambos hacia un componente claramente feminista) desempeñaron una labor fundamental para entender la vinculación del movimiento vecinal asturiano con los objetivos del MDM. Pero en estos momentos iniciales de la década de los 70, las mujeres del MDM no fueron las únicas que desplegaron un intenso trabajo en los barrios, y a su presencia hay que sumar la de otras procedentes de los grupos femeninos de la JOC y la HOAC, y muy especialmente la de mujeres del movimiento estudiantil y de la Nueva Izquierda. Éstas, más jóvenes, no tan marcadas por las experiencias de la represión y formadas en un entorno más flexible para las militantes que el movimiento obrero, buscaban un espacio en el que desarrollar su activismo en una situación de mayor igualdad con los varones.³⁸ Así, desde principios de los 70, en el movimiento vecinal, junto a amas de casa sin adscripción política concreta, coincidieron mujeres que se habían destacado en acciones de solidaridad con el movimiento obrero, mujeres con militancia en partidos o sindicatos, universitarias, católicas y mujeres que empezaban a moverse en la órbita de un incipiente feminismo. En algunos casos, estas coincidencias provocaron tensiones y dificultades de comunicación entre las militantes obreras y las mujeres con una clara conciencia feminista, que aportaban una cultura política distinta e incluso contrapuesta a la de las primeras. Pero la confluencia de perfiles permitió, por encima de todo, que las experiencias de unas fueran invertidas en enriquecer las prácticas de las otras. Los lazos creados en movimientos informales, como los motivados por la solidaridad y los consumos, sirvieron a las mujeres para

aplicarlos a organizaciones autónomas como el MDM o las asociaciones de los barrios, al tiempo que la formación profesional o cultural de mujeres del ámbito universitario, el mundo del Derecho o la reivindicación feminista amplió las perspectivas de lucha de las más veteranas que, en ocasiones empezaron a ser conscientes de la necesidad de un cambio no sólo social sino también personal.³⁹ Y esta confluencia fue determinante para favorecer el surgimiento del que sería uno de los mayores empeños de la militancia femenina antifranquista en el movimiento asociativo: las Vocalías de la Mujer.

Entrados los años 70 en la mayoría de las Asociaciones de Vecinos se crearon Vocalías de la Mujer, cuya finalidad primera, como ha señalado Giuliana di Febo, era convertirse en un lugar en el que las mujeres pudieran gestionar de forma autónoma el tiempo y el espacio. Esta estructura organizativa pretendía ser una plataforma en la que pudieran coexistir los objetivos reivindicativos del barrio y del conjunto del país con los problemas específicos de las mujeres y a través de la cual se pudiera mejorar la formación de éstas a través de charlas, debates y cursos que abarcaran temáticas que trascendieran los problemas del barrio. En las Vocalías se informaba a las mujeres de cuestiones que iban desde la discriminación en el trabajo, en la familia y en la sociedad hasta la información sexual o el análisis de la situación política y económica.⁴⁰ A través de una pedagogía política elíptica, que se estructuraba mediante la presencia personal y que aprovechaba el marco que ofrecía la organización de charlas, desempeñaron un papel fundamental, por ejemplo, abogadas comprometidas con la lucha feminista que trataron de hacer ver a las mujeres de los barrios, a través del conocimiento de la realidad sociopolítica y legal, cómo la situación de opresión en la que la población femenina se encontraba se reflejaba también en las prácticas privadas que tenían lugar en el interior de las familias obreras. Y en aquellas ocasiones en las que se alcanzó la suficiente confianza, esta relación proporcionó

a las mujeres de los barrios ciertos elementos de análisis para interpretar tales prácticas como manifestaciones de dominación patriarcal.⁴¹ De hecho, las Vocalías sirvieron para organizar en colaboración con las Asociaciones de Vecinos, pioneros centros de asesoramiento jurídico o de planificación familiar.

En Asturias, la importancia de la coincidencia de mujeres del MDM con jóvenes militantes de la Nueva Izquierda para el surgimiento de las Vocalías de la Mujer fue evidente en casos como el de la Asociación de Vecinos de El Llano, en Gijón. Allí militantes comunistas como Marisa Castro, quien había contribuido a impulsar el Club Juvenil que daría lugar a la Asociación, de la que también fue presidenta entre 1975 y 1976, coincidieron con otras como Dulce Gallego, militante del activo grupo de mujeres de Bandera Roja, y juntas trabajaron en el empeño de hacer de la Asociación un lugar desde el que captar mujeres del barrio y a partir del cual éstas pudieran comenzar a vencer el tradicional aislamiento en el que se encontraban. Como la propia Dulce Gallego recordaba:

El objetivo era sacar a las mujeres de sus casas y ofrecer actividades y reflexionar, crear grupos de autoconciencia en este terreno de las Asociaciones de Vecinos. Esto nos permitía tener también una ligazón de la conciencia feminista de AFA [Asociación Feminista de Asturias] y lo que pasaba a las mujeres en su realidad. (...) Pensábamos que, en cierta medida, esta estrategia permitía conectar a su vez a las mujeres de los distintos barrios de Gijón, y además trabajábamos en objetivos comunes con las mujeres. (...). Nos reuníamos las mujeres para hablar de lo que podíamos hacer. Las reivindicaciones siempre eran más o menos las mismas, estuvieras en una Asociación de Estudiantes, estuvieras en las Vocalías, porque los grandes temas pendientes se podían llevar a todos los sitios. En todos los sitios era necesario incrementar la conciencia de las personas acerca de la situación legal, social y política en la que estaban las mujeres.⁴²

A partir de su experiencia en Bandera Roja, vinculaba el proceso de concienciación femeni-

na al que la acción directa había llevado a las mujeres obreras con las propuestas de unas militantes antifranquistas que estaban preparando ya el camino para la aparición del feminismo organizado. En el mismo sentido, Marisa Castro recordaba cómo a través de su trabajo como responsable en Asturias, desde 1970, de las mujeres del PCE, se había encontrado, en las Vocalías, con mujeres que sin ningún tipo de afiliación previa llegaban por sus propios medios a conclusiones afines a las que estaban tomando cuerpo en sectores del antifranquismo femenino, en lo tocante a la reivindicación feminista:

Eran muy importantes [las Vocalías], muy importantes, porque transversalizábamos todo con la ideología feminista, y era un instrumento de poder (...). Las Asociaciones de Vecinos sin mujeres hubieran sido un club de hombres, porque precisamente las que tenían información de todo lo cotidiano, que es de lo que se ocupaban las Asociaciones de Vecinos, eran, sobre todo, las mujeres. Y las Asociaciones de Vecinos, también en su tabla reivindicativa incluían el tema de la carestía de la compra. Esto puede parecer como algo que ni es feminista ni es nada, pero sin embargo sí es feminista y sí es transformador, porque las mujeres hemos gestionado la pobreza toda la historia y, por lo tanto, arreglar esas cuestiones económicas que influyen tanto en la vida de las mujeres como de los hombres... es transformador y tiene una componente feminista, más allá de que a lo mejor estrictamente, si nos ponemos rigurosos a lo mejor no. Pero yo creo que sí, que ahí hay una componente feminista, claramente.⁴³

Al margen de recalcar la importancia de las Vocalías, estas consideraciones nos conducen a un aspecto fundamental, como es la necesidad de tener en cuenta la compleja relación entre cultura política, cultura de género y el desarrollo del movimiento de mujeres en España para obtener una definición completa y matizada de lo que pudo ser, en estos años, el heterogéneo movimiento feminista.⁴⁴ En los estertores del franquismo, las Vocalías de la Mujer, en tanto que espacio de confluencia de distintos perfiles e intereses femeninos, se convirtieron en un

lugar en el que pudieron tomar forma distintas concepciones de lo que puede englobarse en el término “feminismos” con sus diferentes expresiones de ciudadanía política, cívica y social, planteadas unas veces en clave de igualdad, y otras de diferencia. Lógicamente, las distintas visiones acerca del objetivo de estos espacios acabaron enfrentando a quienes consideraban que debían ser un instrumento para la incorporación del mayor número de mujeres a la lucha antifranquista y quienes creían que la liberación femenina debería ser su objetivo prioritario. Además, no se puede olvidar que las mujeres más participativas eran jóvenes, solteras y estudiantes o, en todo caso, mujeres con trabajos asalariados fuera del hogar y sin cargas familiares, lo que significaba que para que se produjese un movimiento de mujeres potente dentro de las asociaciones, era necesario que existiese un núcleo militante fuerte y activo, que pudiera dedicar tiempo y recursos a agitar las conciencias de las amas de casa del barrio. Y, sin la presencia de estas militantes era difícil que la experiencia de la participación en las vocalías tuviera un impacto duradero sobre la vida de la mayoría de las mujeres y sobre su visión de la división del trabajo y las relaciones de poder en el hogar.⁴⁵ Todos estos factores actuaban como un peligroso disolvente para los logros obtenidos por la minoría feminista. Ahora bien, la creación de estas estructuras específicas fue el punto de partida para transformar la desigualdad de género que aún existía en un movimiento democrático y emancipatorio como el vecinal, permitió imponer la presencia de las mujeres en los órganos directivos de las asociaciones y favoreció la concienciación feminista, a través de distintos cauces, de un sector de las que en ellas participaron.

Género, antifranquismo y ciudadanía

La trayectoria de las mujeres en el movimiento vecinal refleja la historia de una progresiva conquista de espacios, tanto del espacio público

de la acción colectiva como del *privado* en el interior de las asociaciones. Pero en este terreno, como dentro de las organizaciones clandestinas o en la actividad sindical, la presencia de las mujeres fue también el resultado de una complicada lucha por la visibilidad. Al estudiar el papel de las mujeres en movimientos sociales como el vecinal se pone de manifiesto la existencia de una serie de constantes que deben ser tenidas en cuenta a la hora de valorar su protagonismo. Cuestiones como la importancia de las redes familiares en la formación de su conciencia, el peso de los discursos ideológicos elaborados a partir de la configuración de los modelos de feminidad y masculinidad, la interacción en sus vidas de diferentes identidades –como mujeres, madres, trabajadoras, productoras de bienes y servicios domésticos...– o la centralidad de la experiencia común en los procesos de construcción identitaria atraviesan las vidas de las mujeres y condicionan su presencia como colectivo. Por ello, como ha señalado Giuliana di Febo, el alcance real del protagonismo femenino en estas formas de lucha no puede valorarse atendiendo exclusivamente a los instrumentos y las fuentes tradicionales de la historia política y social, sino que su estudio ha de insertarse en un marco interpretativo más complejo, que tenga en cuenta el complejo entramado de roles, discursos y representaciones que condicionan la experiencia femenina, especialmente en un movimiento como el de los barrios, surgido en el terreno de “lo cotidiano”.⁴⁶ Si la experiencia que las mujeres de la clase obrera habían obtenido en las prácticas de solidaridad había sido clave para la reactivación de la militancia femenina en los sesenta, el hecho de que las actividades se desarrollaran en el terreno común de los barrios obreros surgidos al calor del Desarrollismo aumentó sus posibilidades de integrarse en la dinámica del movimiento vecinal.⁴⁷ Ellas eran las que más de cerca vivían las carencias de equipamientos y servicios, las que padecían a diario dificultades derivadas de la falta de escuelas o equipamientos sanitarios,

deficiencias en los transportes y comunicaciones o problemas en el suministro de alimentos. Además, la mayor flexibilidad de su agenda de actividades cotidianas les permitía desempeñar un papel clave en muchas de estas protestas. Mientras sus maridos estaban trabajando y sus hijos estaban en los colegios o guarderías, las mujeres que no trabajaban fuera de casa podían dedicarse a las actividades de las asociaciones y ejercer lo que Giuliana di Febo ha denominado un “protagonismo sustitutivo”.⁴⁸ De hecho, el sistema de género existente, unido a la brecha que separó la agitación obrera y agitación urbana, es precisamente lo que ha llevado a autores como Sebastián Balfour a hablar de la “naturaleza matriarcal” de gran parte de la protesta vecinal y a su carácter especial, a la vez pacífico y concreto, como las injusticias a partir de las cuales surgió.⁴⁹ Efectivamente, como ha señalado Pamela Radcliff, en este sentido las diferencias de las mujeres creaban oportunidades para la participación en clave de género.⁵⁰ Pero, al mismo tiempo, esta exaltación y revalorización de la diferencia entrañaba importantes riesgos. La diferencia de género llevaba a que las perspectivas “específicas” de las mujeres fueran vistas como algo secundario respecto a los problemas “reales” de los barrios, los generales y universales, y, por ello, la presencia de las mujeres en el activismo vecinal y su incorporación a las asociaciones en condiciones de igualdad, es también el resultado de la lucha contra una serie de obstáculos procedentes de muy diversos ámbitos.

En primer lugar, las mujeres que decidían implicarse en las movilizaciones vecinales se enfrentaban a obstáculos que emanaban de su entorno más próximo. En los núcleos familiares obreros existía un acusado desequilibrio entre el papel central que desempeñaban las mujeres en la transmisión de los valores a sus hijos e hijas y el tiempo y los medios que podían emplear en esta tarea. Además, en su caso era fundamental también el “trabajo de atención”, es decir, el trabajo no remunerado que dedicaban al cuida-

do de las personas de su ámbito familiar. Como ha señalado Giuliana di Febo, se trataba de un trabajo invisible socialmente, difícilmente cuantificable y realizado en un tiempo que la mujer no reconocía como propio, sino como perteneciente a su familia, pero que condicionaba directamente sus posibilidades de participar en las asambleas, reuniones y demás actividades de la vida del barrio.⁵¹ Para que el poder de la mujer en el movimiento vecinal se hiciese realidad era necesario que se operaran aún importantes cambios en el interior de la familia, empezando por la implantación efectiva de la colaboración mutua entre sus diversos miembros. Y no sólo eso, para que las mujeres que permanecían en casa todo el día pudieran llevar a cabo una acción de promoción sobre las demás familias era necesario también que se introdujesen importantes transformaciones dentro del propio barrio. Si bien las calles y los barrios eran espacios abiertos en los que la relación entre lo público y lo privado era más laxa, también en estos escenarios había aún una importante segregación sexual que respondía al objetivo claro de reforzar el discurso de la domesticidad. El diferente uso de los espacios se concretaba en la creación de ambientes específicamente masculinos y femeninos, algo que dificultaba la relación entre los sexos, reforzando los roles en los que ambos habían sido educados.⁵² En este sentido, aspectos como la creación de servicios comunitarios y de guarderías infantiles o la realización de cursillos de formación sobre los problemas del momento destinados a las mujeres del barrio eran fundamentales para reducir el tiempo dedicado por éstas al trabajo de atención y para favorecer la ruptura del aislamiento femenino.⁵³

Pero, además, una vez que se incorporaban a la dinámica de los barrios, muchas de estas mujeres tenían que hacer frente a obstáculos procedentes de su propio entorno militante o de sus propios compañeros en el interior de las asociaciones. En primer lugar, no se puede olvidar que el obrerismo que aún dominaba en el planteamiento general del antifranquismo

conducía a considerar al movimiento vecinal como un espacio secundario de intervención. Por supuesto, en este espacio de actuación el centro de atención era el barrio y el objetivo prioritario era que hombres y mujeres trabajasen juntos para mejorar las condiciones de vida de sus localidades. La propia visión de los barrios obreros como “ciudades dormitorio” llevaba a verlos como centros inertes respecto a un mundo laboral dominado por los espacios del trabajo mercantil y hacía olvidar cuestiones básicas a la hora de abordar cualquier proceso de transformación social. Y una de estas cuestiones era el olvido sistemático de la base patriarcal sobre la que descansaba la sociedad española y la importante contribución del trabajo doméstico realizado por las mujeres.⁵⁴ Como consecuencia, en el discurso tradicional del movimiento obrero, seguía sin existir una profundización real en las condiciones en las que se desarrollaba la lucha de las mujeres y persistía la perspectiva vanguardista de que lo importante era llevar a cabo una labor de educación y de formación entre el sector más atrasado de las mujeres, es decir, entre la mayoría. Se trataba, en última instancia, de encuadrar a las masas femeninas en movimientos que tenían, a través de la reivindicación concreta, la misión de arrimar el hombro en la consecución del destronamiento político de la dictadura. Y cualquier propósito que desviara la atención de ese fin último seguía viéndose como un obstáculo que restaba fuerzas a la lucha común. En un discurso en el que la incorporación de las mujeres se hacía en términos de igualdad, cualquier atención hacia las cuestiones “femeninas” se consideraba una desviación de lo prioritario, y cualquier perspectiva “diferente” era rechazada como algo carente de relevancia frente a los problemas reales, es decir, los definidos por los varones.⁵⁵ Es cierto que los elevados niveles de actividad reivindicativa que las mujeres obreras habían demostrado a través de su acción colectiva en los barrios habían hecho de ellas uno de los objetivos prioritarios de la izquierda clandesti-

na o al menos de sus reflexiones teóricas. De hecho, a partir del VIII Congreso (1972) el PCE se había propuesto experimentar “un giro de 180 grados” en el tratamiento de la “cuestión femenina”, y se planteaba la integración de las mujeres obreras en el movimiento asociativo como el inicio de un proceso de concienciación de las amas de casa, madres y esposas de la clase trabajadora respecto a la situación subalterna en que se encontraban en la sociedad. Sin embargo, hasta bien entrados los setenta siguió desarrollando un discurso ambiguo que se movía entre la defensa del igualitarismo en la teoría y la difícil aceptación de la diferencia en la práctica, y, como consecuencia, la situación de las mujeres en el seno de las asociaciones y su integración en ellas en condiciones de igualdad no fue, en términos generales, una preocupación prioritaria.⁵⁶

Y tampoco lo fue del propio movimiento ciudadano a pesar de que éste, en tanto que nuevo movimiento social, aportaba una serie de rasgos propios que, en teoría, favorecían el protagonismo de las mujeres en él. La pluralidad interna, el bajo nivel de especificación de roles y la transversalidad y dinamismo de unas luchas que aspiraban a crear organizaciones públicas democráticas y representativas, hacían del movimiento vecinal un espacio preferencial para las generaciones de mujeres que tenían que tomar la antorcha de la lucha contra el Régimen.⁵⁷ Sin embargo, a pesar de su vocación igualitaria, tampoco el movimiento vecinal logró resolver la problemática relación entre identidad de género y ciudadanía y la movilización en los barrios no supuso la plena integración de las mujeres como ciudadanas en el camino hacia la democracia.⁵⁸ Al considerar las Asociaciones de Vecinos como de intereses “generales”, cuyo objetivo prioritario era la lucha común del movimiento ciudadano, éste no mostró un interés real por incluir en su discurso la problemática específica de las mujeres como sujetos activos en el proyecto de democratización.⁵⁹ Como consecuencia, no se generó en el interior de

las asociaciones de vecinos un auténtico debate acerca de la necesidad de redefinir, en clave de género, conceptos como los de ciudadanía o democracia, que permitiera convertir estos espacios de actuación en la plataforma idónea a través de la cual transformar la tradicional implicación de las mujeres en la acción colectiva a escala local y de tipo informal en plena participación democrática.⁶⁰

Para valorar el protagonismo de las mujeres en el movimiento vecinal es imprescindible, por tanto, tener presentes las limitaciones y las tensiones que provocó la diferencia de género. Sin embargo, limitarse a la constatación de estos obstáculos llevaría inevitablemente a distorsionar el alcance de las realizaciones femeninas. Porque la aparente invisibilidad (derivada del genérico “vecinos”) de las mujeres en las estructuras de las Asociaciones contrasta fuertemente con su protagonismo en ellas.⁶¹ Y a pesar de que la relación discursiva entre las identidades de ama de casa, vecina y ciudadana siguió siendo problemática, la práctica mostraba una realidad plural, de mujeres que desempeñaron una labor crucial en el proceso de democratización de la sociedad. Mujeres con distintos perfiles y distintos intereses, en ocasiones vinculados a los de la familia o el hogar (intereses “prácticos”) y, en otras, articulados en torno a su identidad de género (“estratégicos”), pero que demostraron una capacidad de transformación tanto en el ámbito de lo político como en la vida cotidiana, en las formas de sociabilidad y en las relaciones de género.⁶² La movilización de las mujeres hizo surgir nuevos espacios públicos de lucha, redefinió “lo privado” convirtiéndolo en un asunto de protesta pública colectiva y contribuyó a la renovación de las formas de acción, poniendo en marcha repertorios de protesta propios. Su papel protagonista como nexo entre el mundo de las minorías politizadas y el común de los vecinos, favoreció una convergencia entre conciencia de clase y sentimiento comunitario que impulsó la acción colectiva. Precisamente este papel de unión entre la práctica política y

la cotidianeidad femenina es uno de los aspectos que dotó a las mujeres de mayor capacidad de transformación en los barrios.⁶³ De hecho, uno de los principales cambios que introdujo la acción colectiva femenina fue precisamente el de convertir cuestiones como la lucha contra la carestía y por unas condiciones dignas de vida, en una lucha comunitaria, por el interés general y con incidencia real en la resistencia a los mecanismos de control social y acumulación del capital. El consumo y las reivindicaciones cotidianas pasaron de limitarse a la cesta de la compra a convertirse en una propuesta de reforma de los modos de vida. El hecho de que en la lucha de las mujeres lo político y lo social se solaparan constantemente hacía que la llama encendida en lo cotidiano acabara amenazando el *status quo* de la dictadura en los municipios. Y además del desafío puramente institucional, esta lucha traía consigo una concienciación acerca de la necesidad de una auténtica calidad de vida que tenía al medio ambiente como uno de sus ejes principales.

Pero la movilización femenina conjunta influyó, también, en las propias mujeres y, en ocasiones, estos cambios contribuyeron a una redefinición de las relaciones de género y de las identidades femeninas. En primer lugar, al intervenir en asuntos considerados como políticos, que iban más allá del ámbito de lo doméstico, las mujeres estaban rompiendo las pautas de comportamiento que el sistema de género les asignaba. Además, mediante su trabajo fuera de la esfera doméstica y la formación cultural y democrática que les proporcionaba su labor en las asociaciones, empezaron a cobrar confianza en sus posibilidades y en la necesidad de unirse para mejorar las condiciones en las que vivían. Como consecuencia, se reforzaron las redes femeninas y esto, a su vez, puso en evidencia que el discurso de género tenía contradicciones internas cada vez más insostenibles. A través de la acción común, se fueron generando identidades plurales de solidaridad que evolucionaron con el tiempo y llevaron a la formación de

estrechas relaciones interclasistas e intergenéricas, lo que tuvo consecuencias decisivas para las propias mujeres.⁶⁴ La supeditación al interés prioritario de la lucha antifranquista hizo que las reivindicaciones igualitarias siguieran aplazadas, pero la movilización vecinal femenina en la dictadura fue crucial para el desarrollo de los movimientos de mujeres en la democracia. Las asociaciones de los barrios se convirtieron en una plataforma a través de la cual se pudieron resolver algunos de los déficits de formación que mutilaban la capacidad de las mujeres para incorporarse al ejercicio de sus derechos como ciudadanas. Como han señalado María Dolores Ramos y Ángela Muñoz, la reformulación de experiencias y prácticas sociales en relación con la problemática urbana, la vida cotidiana y la política favoreció que las mujeres iniciaran un proceso de reflexión acerca de los discursos del movimiento ciudadano, de la construcción de las identidades femeninas y de los límites de la ciudadanía.⁶⁵ Y todo ello las llevó a plantear una nueva agenda reivindicativa cuya máxima expresión fue la creación, en 1975, de las Vocales de la Mujer, que pusieron de manifiesto la capacidad que habían adquirido para combinar su protagonismo en espacios mixtos, como las Asociaciones de Vecinos, con la creación de espacios propios. Gracias a las Vocales de la Mujer, la trayectoria del movimiento vecinal enlazó con la del feminismo organizado. En su interior se desarrollaron prácticas que provocaron cambios que afectaron incluso a las relaciones de pareja o al conocimiento del propio cuerpo y que, a la llegada de la democracia, obligaron a ampliar la concepción tradicional de las políticas del estado de bienestar.⁶⁶ La experiencia de las vocales abrió un camino hacia la liberación femenina que no tenía vuelta atrás, un camino que había estado plagado de tensiones, limitaciones y obstáculos, pero que fue, por encima de todo, un camino de transformaciones, conquistas y progreso.

NOTAS

- ¹ BALFOUR, Sebastián, *La Dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1994.
- ² Entre las obras que analizan el papel de las mujeres en el movimiento vecinal durante el Franquismo se pueden destacar las siguientes: DI FEBBO, Giuliana, "La lucha de las mujeres en los barrios en los últimos años del franquismo. Un ejemplo de utilización de la 'Historia de género'", en J. Tusell, A. Alted y A. Mateos (coords.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990, pp. 251-260 y "Resistencias femeninas al franquismo. Para un estado de la cuestión". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, 2006, pp. 153-168; GARCÍA-NIETO PARÍS, María del Carmen, "Marginalidad, movimientos sociales, oposición al franquismo. Palomeras, un barrio obrero de Madrid, 1950-1980", en J. Tusell, A. Alted y A. Mateos (coords.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1991, Tomo II, pp. 269-285; KAPLAN, Temma, "Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta", en A. Aguado (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz*, Valencia, Institut d'Estudis Universitaris de la Dona, 1999, pp. 89-107 y, de la misma autora, "Social movements of women and the public good", en C. Borderías, C. y M. Renom (eds.), *Dones en moviment (s). Segles XVIII-XXI*, Barcelona, Icaria-Editorial/Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2008, pp. 19-47; PARRAMÓN, Clara-Carme, "Dones, immigració, moviments veïnals i benestar (1970-1980)", en C. Borderías y M. Renom (eds.), *op. cit.*, pp. 117-133; RADCLIFF, Pamela, "Citizens and housewives: The problem of female Citizenship in Spain's Transition to Democracy", *Journal of Social History*, 2002 y, de la misma autora, "Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos y la identidad de género en los años setenta", en V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 54-78 y VERDUGO MARTÍ, Vicenta, "Organizaciones de mujeres en Valencia durante la Transición. Prácticas y formas de acción", en A. Rivera, J. M. Ortiz de Orruño y J. Ugarte (eds.), *Movimientos sociales en la España contemporánea. Actas del VIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Vitoria-Gasteiz, 20 y 22 de septiembre de 2006* (Comunicaciones en CD-Rom).
- ³ Es de sobra conocido que las movilizaciones de las mujeres para defender aspectos relacionados con la vida cotidiana han acompañado a la historia del movimiento obrero, no solamente en el caso del franquismo, sino ya desde finales del siglo XIX. Véase, por citar sólo alguno de los últimos ejemplos, NASH, Mary, *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Madrid, Alianza, 2004; RAMOS, María Dolores, "Mujeres, movimiento obrero y acción colectiva en España. 1900-1930", en M. A. Barrachina, D. Bussy Genevois y M. Yusta (coords.), *Femmes et démocratie. Les espagnoles dans l'espace public (1868-1978)*. Nantes, Editions du Temps, 2007, pp. 61-82 o los estudios incluidos en el monográfico "Gendered Activism and the Politics of Women's Work", en

- International Labor and Working-Class History*, nº 77, Spring 2010.
- 4 Informe de la policía sobre las Asociaciones en Asturias. Anexos: informes sobre asociaciones (extractos). Oviedo, 13 de abril de 1970; Archivo Histórico de Asturias (en lo sucesivo, AHA), Sección Gobierno Civil, Serie Orden Público, Asociaciones.
 - 5 *Ibidem*.
 - 6 *Ibidem*.
 - 7 Mundo Femenino. Boletín de Información de las Mujeres Asturianas, nº 1 de enero de 1968. Mundo Femenino era el periódico del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM) en Asturias.
 - 8 Estrategia Obrera. Órgano provincial de la USO, nº de septiembre-octubre de 1969.
 - 9 Entrevista a Aída Fuentes Concheso, Pola de Laviana, junio-septiembre 2003; Archivo de Fuentes Orales de la Fundación Juan Muñiz Zapico.
 - 10 Asturias, la lucha continúa, nº 6, s/f (probablemente de principios de 1976).
 - 11 Estrategia Obrera. Órgano provincial de la USO, nº de septiembre-octubre de 1969 y Comunas. Órgano provincial de las Comunas Revolucionarias de Acción Socialista, nº 4 de noviembre de 1969.
 - 12 Mundo Femenino. Portavoz del Movimiento Democrático de Mujeres, número de agosto de 1970.
 - 13 LOBATO BLANCO, Luis Alfredo, *Dos décadas del movimiento cultural y universitario en Asturias (1957-1976)*, Gijón, Trea, 1998, p. 183.
 - 14 “Las mujeres del barrio de San Pedro salen a la calle”, *La Chispa. Boletín Informativo de las CCOO del Caudal*, nº 3 de mayo de 1973.
 - 15 *Ibidem*.
 - 16 Entrevista a Aída Fuentes Concheso, Pola de Laviana, junio-septiembre 2003; Archivo de Fuentes Orales de la Fundación Juan Muñiz Zapico.
 - 17 *Ibidem*.
 - 18 KAPLAN, Temma, *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península, 2002, pp. 182 y 188.
 - 19 KAPLAN, Temma, “Luchar por la democracia...”, *cit.*, p. 92. Véase una revisión reciente de estas cuestiones en KAPLAN, Temma, “Social movements of women and the public good...”, *cit.*, además de su ya clásico trabajo “Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona 1910-1918, en J. S. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d’Estudis i Investigació, 1990, pp 267-295.
 - 20 AGUADO HIGÓN, Ana, “Construcción de la ciudadanía, género y culturas políticas”, en P. Pérez Cantó (ed.), *De la democracia ateniense a la democracia paritaria*, Barcelona, Icaria Editorial, 2009, pp. 147-164 (ver p. 153).
 - 21 PARRAMÓN, Clara-Carme, *op. cit.*
 - 22 GARCÍA-NIETO PARÍS, María del Carmen, *op. cit.*, p. 278.
 - 23 FANDIÑO, Roberto G. y ORDUÑA, Mónica, *Mujeres en el camino hacia la democracia en la ciudad de Logroño (1969-85)*, Logroño, Ayuntamiento de Logroño-Instituto de Estudios Riojanos, 2002, p. 100. Dentro de las asociaciones ciuda-
- danas que en estos años surgieron en Asturias, además de las de Vecinos destacaron aquéllas que, aunque no habían surgido para abordar la problemática de los barrios, sí intervinieron en la articulación del tejido asociativo regional en torno a situaciones sociales concretas y las mujeres tuvieron en ellas un papel determinante. Éste es el caso de algunas asociaciones culturales, y especialmente de las de amas de casa, las cuales, pese a haber surgido en el seno de la Sección Femenina, alcanzaron pronto una autonomía y relevancia notables que quedaron de manifiesto en la explosión, en 1967, de las mujeres con mayor significación política de la Asociación Nacional de Amas de Casa. Sin embargo, a pesar de su interés, el estudio de estas asociaciones supera los límites planteados en el presente trabajo.
- 24 Pamela Radcliff, “Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos...”, *op. cit.*, pp. 61-63.
 - 25 Para un análisis general de la dinámica del movimiento asociativo en Asturias, puede consultarse el trabajo de LOBATO BLANCO, Luis Alfredo, *op. cit.*, pp. 179-180. Respecto a las fuentes documentales mencionadas, tanto las actas de las reuniones fundacionales de las Asociaciones de Vecinos como los informes de la Jefatura Superior de policía están conservados en el Archivo Histórico de Asturias (AHA), Sección Gobierno Civil, Serie Orden Público. Asociaciones.
 - 26 La única excepción en este sentido es la de la Asociación de vecinos La Unidad, de Barredos, una de las más reivindicativas en la historia obrera de Asturias donde, ya en 1969, aparecía como secretaria de la asociación Aída Fuentes Concheso, quien también había sido cofundadora de la misma (Entrevista a Aída Fuentes Concheso, Pola de Laviana, junio-septiembre 2003; Archivo de Fuentes Orales de la Fundación Juan Muñiz Zapico). Sin embargo, salvo excepciones como ésta, lo habitual en la mayor parte de Asturias era lo que ocurría en Asociaciones de Cabezas de Familia como la de La Carriona, en Avilés, que no contó con vocales femeninos en su junta hasta 1977 (“Información sobre componentes de una asociación”, Avilés 3 de marzo de 1977; AHA, Sección Gobierno Civil, Serie Orden Público, Asociaciones, caja 23993).
 - 27 El caso de esta reivindicativa asociación es paradigmático en la dinámica movilizadora de las mujeres en el asociacionismo vecinal asturiano. Su Junta Directiva estuvo encabezada desde 1970 por Manuel Hevia Carriles y un grupo de miembros de origen cristiano, hasta que en 1975 se operó la entrada en la misma de militantes comunistas y del MC, del catolicismo social, y en algunos casos de la clandestina USO, en la que militaba el propio Hevia. En esta Junta había tres mujeres, y éste fue, sin duda, un motivo que fomentó la incorporación, a lo largo del tiempo, de un número muy significativo de amas de casa del barrio a la Asociación. Dentro de la dinámica de funcionamiento de ésta la actividad de las mujeres de la Junta resultó decisiva, por ejemplo, en la creación de equipos de vecinos y en la formación de comunidades de casa y portal, estructuras todavía informales pero que servían para hacer balance de los problemas del barrio y trasladarlos a la Junta para que actuara ante las instituciones municipales. Entrevista a Manuel Hevia Carriles, Gijón, 2001; Archivo de Fuentes Orales de la Fundación Juan Muñiz Zapico. Véase también

- ALONSO, Avelino, BORQUE LÓPEZ, Leonardo, PIÑERA, Luis Miguel y SORIA CARO, Felisa, *El Ateneo Obrero de La Calzada (1904-2004)*, Oviedo, KRK y Ayuntamiento de Gijón, 2004, pp. 186-197 y ÁLVAREZ ARECES, Miguel Ángel, «Días de cultura. El movimiento cultural y ciudadano en Gijón (1950-1975)», en AA.VV., *Historia de Gijón*, Gijón, El Comercio, 2000, p. 538.
- ²⁸ LOBATO BLANCO, Luis Alfredo, *op. cit.*, p. 110.
- ²⁹ DI FEBO, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...” *op. cit.*, p. 258.
- ³⁰ RADCLIFF, Pamela, “Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos...” *cit.*, p. 75.
- ³¹ En Asturias, la primera asociación con mujeres como vocales en su junta directiva fue la Asociación de Vecinos de La Calzada, en Gijón, en la que aparecían, en 1975, Concepción Martínez, Eloísa Fonseca y Armanda Barredo Rúa, todas ellas amas de casa (MORENO CUBINO, Juan Manuel, *Asociación del Polígono Alfonso Camín, Cuarenta años de historia*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 2010). En la cuenca del Nalón, cuando en 1976 se constituyó la Asociación de Vecinos del Polígono de Riaño, como socias fundadoras figuraban dos mujeres, Lidia Ramos, estudiante, y María del Pilar Rodríguez Braga, casada con un cuadro minero del PCE en el Nalón (“Acta de la reunión fundacional de la Asociación de Vecinos del Polígono de Riaño”, Riaño, 22 de diciembre de 1976, AHA, Sección Gobierno Civil, Orden Público, Asociaciones, caja 23.991). En Mieres, otra destacada militante comunista, María Luisa Álvarez Llorente, desempeñó una decisiva labor de liderazgo en el movimiento ciudadano asturiano, tanto en Asociaciones de Vecinos como culturales o de amas de casa. Hija de un fusilado y casada con un minero dirigente del PCE, su relación con las luchas vecinales fue constante a lo largo de los años del Tardofranquismo (véase su autobiografía: *Tenía que contarle*, Oviedo, Fundación Juan Muñiz Zapico, 2000). Por último, en Laviana destacó la presencia de Aída Fuentes Conchoso, quien además de haber sido cofundadora y secretaria de la Asociación de Vecinos de La Unidad, en Barredos, participó en la Federación de Asociaciones de Vecinos de Pola de Laviana y en la promotora de la Asociación de Vecinos de la Argañosa (“el foco rojo” de la capital). Casada con un destacado militante de la oposición, fue dirigente nacional de la JOC femenina entre 1963 y 1966, miembro de la dirección de USO y del Grupo Asturias, y candidata al Congreso por Unidad Rexonalista en 1977. Con sus coetáneas comunistas compartía la combinación de protesta política y ejercicio de la solidaridad; sin embargo, su vinculación con el feminismo (formó parte de la Asociación Feminista de Asturias) la convierte en una excepción entre las activistas de las cuencas mineras (Entrevista a Aída Fuentes Conchoso, Pola de Laviana, junio-septiembre 2003; Archivo de Fuentes Orales de la Fundación Juan Muñiz Zapico).
- ³² ARRIERO RANZ, Francisco, “El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)”, en VV.AA., *Actes del Congrés La Transició de la dictadura franquista a la democràcia*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, pp. 253-263, p. 259.
- ³³ DI FEBO, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...” *cit.*, p. 251 y p. 257.
- ³⁴ ARRIERO RANZ, Francisco, “El Movimiento Democrático de Mujeres...”, *cit.* p. 254 y p. 259. A pesar de que desde el primer momento el MDM defendió una línea de acción independiente, que tenía en la heterogeneidad social y política uno de sus rasgos más significativos, en estos primeros años su visión era claramente coincidente con el objetivo del PCE de agrupar a las mujeres en su diversidad para avanzar en la lucha por la democracia. Sobre la trayectoria del MDM y su relación con las Asociaciones de Vecinos véase también ABAD BUIL, Irene, “Movimiento Democrático de Mujeres. Un vehículo para la búsqueda de una nueva ciudadanía femenina en la transición española”, en VV.AA., *Actes del Congrés La Transició de la dictadura franquista...*, *cit.*, pp. 245-252.
- ³⁵ ARRIERO RANZ, F., “El Movimiento Democrático de Mujeres...”, *cit.*, p. 254.
- ³⁶ Hechos como la proclamación del Año Internacional de la Mujer o la celebración de las Jornadas para la Liberación de la Mujer y las Jornadas Catalanas de la Dona influyeron en la aproximación al feminismo de un sector de la militancia antifranquista y en el avance hacia una organización feminista de las mujeres en los barrios.
- ³⁷ Entrevista realizada por Rubén Vega a Amelia Miranda, Gijón, 20 de octubre de 1995. Aprovecho para agradecer al profesor Vega la consulta del resumen de la misma.
- ³⁸ RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, “Compañeras. La militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia”, *Historia del Presente*, 4, 2004, pp. 123-146.
- ³⁹ KAPLAN, Temma, “Luchar por la democracia...”, *cit.*, pp. 106-107.
- ⁴⁰ DI FEBO, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...” *cit.*, pp. 259-260.
- ⁴¹ PARRAMON, Clara-Carme, *op. cit.*, pp. 120-122. Véase también ABAD BUIL, Irene, *op. cit.*
- ⁴² Entrevista a Dulce Gallego Canteli, Gijón, 11 de noviembre de 2002.
- ⁴³ Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 28 de enero de 2006.
- ⁴⁴ AGUADO HIGÓN, Ana, *op. cit.*, pp. 151-152.
- ⁴⁵ MOLYNEUX, Maxine, *Movimientos de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado*, Madrid, Cátedra, 2003, pp. 263-276.
- ⁴⁶ DI FEBO, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...” *cit.*, p. 253.
- ⁴⁷ *Ibidem*, p. 255.
- ⁴⁸ *Ibidem*, p. 164.
- ⁴⁹ BALFOUR, Sebastián, *op. cit.*
- ⁵⁰ RADCLIFF, Pamela, “Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos...” *cit.*, p. 70.
- ⁵¹ DI FEBO, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...” *cit.*, p. 257. Véase también ROMO PARRA, Carmen, “Tiempo de trabajos. Los límites difusos de las horas excedentes para las mujeres en España (1964-1975)”, *Arenal*, n° 8: 1, 2001 y “Reflexionando desde la invisibilidad del ama de casa. Representaciones sobre lo íntimo y lo social en los últimos años del Franquismo”, en *XIII Coloquio Internacional de la AEIHM. La Historia de las Mujeres: Perspectivas actuales*, Barcelona, 19-21 de octubre de 2006 (Comunicaciones online).

- ⁵² **ARRIERO RANZ**, Francisco, *La voz y el silencio. Historia de las mujeres en Torrejón de Ardoz. 1931-1990*, Madrid, Ed. Popular, 1994, pp. 155-156.
- ⁵³ **DI FEBO**, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...”, *cit.*, p. 255.
- ⁵⁴ **RECIO**, Albert y **NAYA**, Andrés, “Movimiento vecinal: claroscuros de una lucha necesaria”, *Mientras Tanto*, 91-92. 25 años de movimientos sociales, verano-otoño 2004, pp. 63-81..
- ⁵⁵ **RADCLIFF**, Pamela, “Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos...”, *cit.*, p. 68. Para un interesante análisis sobre el discurso de género del PSUC véase **PALA**, Giaime, “Entre paternalismo e igualitarismo. El PSUC y la cuestión de la mujer en los años del tardofranquismo”, *Mientras Tanto*, 97, 2005, pp. 133-148.
- ⁵⁶ En 1975, en la II Conferencia Nacional, el PCE adoptó la denominación de Partido de la Liberación de la Mujer, en 1976 se celebró la Conferencia sobre el problema femenino y ya en la legalidad, en 1978, se confirmó esta línea en el IX Congreso. Véase para estas cuestiones, **VALVERDE MÁRQUEZ**, María José, “La mujer y el Partido Comunista de España (1958-1977)”, en M. J. Jiménez Tomé (coord.), *Pensamiento, imagen, identidad: a la búsqueda de la definición de género*, Málaga, Atenea-Universidad de Málaga, 1999, pp. 101-115 y **MORENO SECO**, Mónica, “A la sombra de Pasionaria. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)”. Comunicación presentada al *XIII Coloquio Internacional de la AEIHM. La Historia de las Mujeres: Perspectivas actuales*, Barcelona, 19-21 de octubre de 2006, edición CD-Rom.
- ⁵⁷ **RIECHMAN**, Jorge, *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*, Madrid, Editorial Revolución, 1991, pp. 41-51.
- ⁵⁸ Algunas de las más recientes reflexiones en torno a la conceptualización y evolución histórica de la ciudadanía desde una perspectiva de género en **AGUADO HIGÓN**, Ana, *op. cit.*, **MUÑOZ FERNÁNDEZ**, Ángela y **RAMOS PALOMO**, María Dolores, “Mujeres, política y movimientos sociales. Participación, contornos de acción y exclusión”, en C. Borderías (ed.), *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 69-131; **SÁNCHEZ MUÑOZ**, C., “La difícil alianza entre género y ciudadanía”, en P. Pérez Cantó (ed.), *También somos ciudadanas*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2000, pp. 8-25. Asimismo, acerca del debate sobre los límites de la ciudadanía en la tradición occidental, véase **SCOTT**, Joan, *Only Paradoxes to Offer: French feminist and the Rights of Man*, Harvard, Harvard University Press, 1996. La misma autora reflexiona sobre los límites del universalismo en “El movimiento por la paridad: un reto al universalismo francés”, en C. Borderías (ed.), *Joan Scott y las políticas de la Historia*. Barcelona, Icaria Editorial, 2006, pp. 13-17.
- ⁵⁹ **RADCLIFF**, Pamela, “Ciudadanas: las mujeres de las Asociaciones de Vecinos...”, *cit.*, p. 61.
- ⁶⁰ *Ibidem*.
- ⁶¹ **PARRAMÓN**, Clara Carme, *op. cit.*, p. 125.
- ⁶² Según la terminología empleada por Maxine Molyneux, *op. cit.* Una revisión de estos conceptos en **KAPLAN** Temma, “Social movements of women and the public good...”, *cit.*, pp. 30-31.
- ⁶³ **DI FEBO**, Giuliana, “La lucha de las mujeres en los barrios...”, *cit.*, p. 251.
- ⁶⁴ **KAPLAN**, Temma, “Luchar por la democracia...”, *cit.* p. 106.
- ⁶⁵ **MUÑOZ FERNÁNDEZ**, Ángela y **RAMOS PALOMO**, María Dolores, *op. cit.*, pp. 102-103.
- ⁶⁶ **PARRAMON**, Clara-Carme, *op. cit.*, pp. 128-130.

De la Legitimidad Política a la Legitimidad feminista

Dra. Mary Nash
Conferencia Magistral

Paraninfo Enrique Díaz de León de la Universidad de Guadalajara
Martes 15 de Junio de 2010 a las 19:00 horas

Informes: Centro de Estudios de Género Juan Manuel 8130 Guadalajara Jalisco. Teléfono: (33) 36 13 26 03. correo: coordgenero@csh.udg.mx

Este programa es público y puede prohibirse su uso con fines comerciales o de promoción personal

MUJERES DEL MUNDO

MARY NASH (Irlanda, 1947), Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona. Una conversación con Montserrat Duch Plana, profesora de Historia Contemporánea de la Universitat Rovira i Virgili (Tarragona)



Una mañana de julio de 2010 en su nuevo despacho en el casco antiguo de Barcelona, cerca del MACBA y del CCCB, que acoge la Facultad de Geografía e Historia, mantuve una grata conversación con Mary Nash: egohistoria, historia de las mujeres y del género y temáticas del mundo actual desde el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad. Celebramos también su reconocimiento reciente como Doctora *Honoris Causa* de la Universidad de Granada.

Mary cuenta que se graduó en Historia en el University College de Cork, “donde mientras discutíamos acerca de figuras como Albert Camus, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, debatíamos sobre el pasado y el futuro de Irlanda”. En 1967

accedió, a contracorriente de los comportamientos tradicionales de una mujer en aquellos tiempos, a una beca en la Universidad de Turín adscribiéndose al Instituto Universitario de Estudios Europeos, institución en la que recibió el magisterio de historia-dores como Albert Soboul o Witold Kula.

P: ¿Qué te aportó Italia?

R: En Italia descubrí el campo de la historia social y económica, adquirí un notable bagaje intelectual y conocí otra cultura académica. La experiencia de salir de Irlanda, con sus prácticas rurales y conservadoras y el impacto en las mentalidades de la Iglesia católica, supusieron para mí un gran cambio y la apertura de múltiples intereses vitales y profesionales.

P: ¿Cuándo llegaste a Barcelona?

R: Fue un viaje en barco, desde Génova, en mayo de 1968, ya que las demás fronteras estaban cerradas. Me instalé en esta ciudad que me cautivó enseguida y en la que he vivido desde entonces. Primero impartía clases de inglés en la Escuela de Idiomas y cuando me di cuenta de que no conseguiría la homologación de mi título de licenciada en Irlanda opté por matricularme en la carrera de Historia en la Universidad de Barcelona. Allí recibí la influencia y el apoyo del profesor Emili Giralt que siempre se mostró receptivo a la innovación que representaba mi investigación y posterior docencia en *Historia de las Mujeres*; fue así que a comienzos de los '70 inicié la asignatura sobre *Historia de las dones*. La Universidad de Barcelona era la primera

institución docente en España que incorporó la historia de las mujeres.

P: ¿Cómo recuerdas aquellos años?

R: Unos años apasionantes, sin ningún tipo de consolidación profesional y con gran vitalidad personal y ciudadana, en el tardofranquismo catalán, con una convicción de que aquellos eran tiempos en que podíamos cambiar el mundo desde la Europa consolidada. Parecía la plasmación de la subjetividad política colectiva popular evocada por Soboul en sus referencias a la Revolución Francesa. De este modo me incorporaba a una comunidad de pertenencia hermanada por la militancia antifranquista, y sintiéndome atrapada por la vitalidad, la ilusión por el cambio político y social y la potencia de las múltiples manifestaciones de la lucha contra la dictadura.

P: ¿Por qué te especializas en este campo de la historia social?

R: Antes de venir a España tuve la inmensa suerte de haber disfrutado de una vivencia de lo cotidiano instalada sobre la pluralidad política y la diversidad cultural, en Irlanda e Italia, y de disponer de una formación historiográfica asentada en una perspectiva comparativa internacional en la historia social que se convirtió en una de las bases para mi posterior evolución como historiadora. Sin saberlo, además, me estaba convirtiendo en un “sujeto nómada” que la filósofa Rosi Braidotti ha definido como un mito que permite repensar y atravesar las categorías establecidas y niveles de experiencia «diluyendo fronteras sin quemar puentes».

Por aquel entonces ya estaba familiarizada con la obra de hispanistas como Hugh Thomas, pero me resultaban más incitantes los trabajos, todavía censurados en España, de Noam Chomsky sobre el anarquismo español y de Eric Hobsbawm sobre los *Rebeldes primitivos* y el milenarismo anarquista andaluz. Este último suscitó mi interés tanto por el pensamiento anarquista como por sus formas de organización social. En 1971 mi propósito de abrir una

línea de investigación y de docencia en clave de historia de las mujeres, que en aquel momento ni siquiera tenía nombre, cuajó cuando una bibliotecaria, Montserrat Condomines, del Archivo Histórico de la ciudad de Barcelona, me facilitó el acceso al “infierno” –el lugar del archivo donde se encontraba escondido un rico fondo de documentación clandestina-, a publicaciones como *Mujeres Libres* y se me fue abriendo un mundo de posibilidades infinitas ya que eran años de amnesia histórica, a finales del franquismo. Convencida de que la historiografía actúa de hilo conductor en los procesos sociales. No dudé en profundizar en una nueva línea, inédita entonces, de investigación sobre las mujeres en la República y la Guerra Civil. A partir de ese momento empecé mis entrevistas con mujeres del exilio en Francia. Observé como aquellas mujeres negaban, o más bien no reconocían, su actuación militante como feminista o pude comprobar dinámicas explícitas de subjetivación, de invención de la memoria, por ejemplo cuando se referían a Lucía Sánchez Saornil, una dirigente que les era incómoda quizás porque era lesbiana. Para mí fue el descubrimiento de una genealogía de mujeres republicanas, de izquierda, que, en el caso de las anarquistas, destacaron, al menos en su discurso, por su defensa de una doble lucha -social y de emancipación femenina.

Bajo la dictadura franquista la genealogía histórica e historiográfica de la Segunda República y de la Guerra Civil se había mantenido viva. Sin embargo, se había producido una fractura casi completa en la transmisión de las referencias a las mujeres y a sus organizaciones con la excepción de algunos personajes como Pasionaria o Federica Montseny. Incluso enmudecieron figuras democráticas tan emblemáticas como Clara Campoamor. Las causas de esta amnesia, la pérdida de referentes en femenino en la rememoración histórica y en el estudio forma parte de la historia de los colectivos subalternos. Convencida del protagonismo de las republicanas en la historia reciente de España, mi atrevimiento juvenil, mi cultura académica

diferente y, como “outsider”, mi escaso conocimiento de las estrictas reglas jerárquicas del juego académico de entonces, me llevaron a contravenir abiertamente la insistente voluntad del catedrático Emili Giralt. Por ello empecé a reclamar la justicia de dedicar mi tesis doctoral al tema insólito de las mujeres en las organizaciones de izquierda durante la Segunda República y la Guerra Civil.

Muchas lecturas sobre la historia y el pensamiento feminista, así como la participación en las *Jornades Catalanes de la Dona* en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona en mayo de 1976 donde a lo largo de los meses anteriores había organizado mesas redondas sobre el feminismo y las mujeres, el primer debate público universitario sobre mujeres en Cataluña, son hitos de mi trayectoria personal, vital y profesional.

Allí las catalanas de la Transición recobraban una voz pública de signo feminista que inauguraba un gran movimiento social, caracterizado por una pluralidad de ideas y valores, una estructura organizativa informal y la democratización de los procesos de decisión, características que años más tarde Alberto Melucci asociaría con los nuevos movimientos sociales. Además, al mismo tiempo que la teoría y la práctica feministas me permitían proyectar nuevos interrogantes sobre el pasado, tenía en cuenta lo señalado por el historiador inglés E. P. Thompson sobre la necesidad de dar prioridad a las distintas experiencias colectivas como causa vertebradora de los movimientos sociales obreristas, abriendo así otro paradigma que luego sería significativo para la historia de las mujeres.

Leí la tesis, al poco de nacer mis hijos, en 1977. Era la primera que se presentaba sobre “Las mujeres en las organizaciones de izquierda. Poco después publiqué *Mujeres Libres y Mujer y Movimiento Obrero*. Observé un cierto desconcierto ante el descubrimiento historiográfico de una historia de las mujeres que no encajaba en absoluto en la historiografía del momento. Mis estudios se fijaban más en el asociacionismo femenino y las tendencias

rupturistas de las mujeres republicanas durante la guerra civil y su cuestionamiento de los tradicionales roles de género, aunque, claro está, el término “género” aun no se había introducido en la historiografía. Con la perspectiva de los años reconozco que mis primeros libros responden a los parámetros interpretativos de los años setenta cuando los colegas especializados en Historia Social partíamos de una suerte de lectura heroica del obrerismo o de la Segunda República española, con el utillaje de la historiografía marxista del momento.

P: *Unas categorías interpretativas que has repensado como muestran tus libros y artículos publicados en la década de los noventa. ¿Cómo resumirías tu evolución como historiadora?*

R: Los avances en la historia social y cultural y el desarrollo de las nuevas categorías analíticas desde el género me facilitaron que en el libro *Rojas pudiera* desarrollar un bagaje interpretativo y conceptual más amplio, aunque la documentación consultada apenas había variado ya que había podido acceder al archivo de Salamanca desde los inicios de mi investigación. Así, pude profundizar en la complejidad de la experiencia vivida por las mujeres republicanas en la guerra civil con mayor matización; supuso una revisión interpretativa de la figura de la miliciana y su función simbólica de encarnación de la lucha antifascista a partir del contraste entre discurso textual y visual y la difícil realidad que desempeñó durante breve tiempo en los frentes. En *Rojas*, publicado en 1999, revalorizo además la importancia de la retaguardia en la Guerra Civil y matizo una vieja simplificación propia de la primera historia de las mujeres sobre los espacios de género en la dicotomía público/privado y documento exhaustivamente —la única manera factible de convencer— la continuidad en las relaciones sociales de género durante la revolución-guerra civil. Así, pongo de relieve cómo el arquetipo más tradicional de madre combatiente será desplazará a la miliciana en el imaginario de las izquierdas, como se observa en la prensa de la época. Plantear la artificiali-

dad de la separación de los ámbitos público y privado como esquema interpretativo permitió destacar la importancia decisiva del papel de las republicanas en la resistencia civil en la retaguardia en el marco de la resignificación de los espacios público y privado”.

P: *¿Cómo acogió la Universidad una tesis como la tuya? Supongo que como pionera de la historia de las mujeres en la academia española las cosas no debieron ser fáciles.*

R: Yo estudié las mujeres en el movimiento obrero; más o menos por aquel tiempo Rosa M. Capel presentaba su tesis sobre el sufragio femenino en la Universidad Complutense de Madrid. Al tratarse de un campo pionero, si bien algunos miembros del tribunal como Emili Giralt, Antoni Jutglar o Josep M. Bricall entendieron aspectos de la innovación en investigación que se abría con la historia de las mujeres, fue muy costoso el reconocimiento de la necesidad de hacer la historia desde el prisma de las mujeres como colectivo social. Repensar el significado de la historia en clave de género mediante la consideración de las mujeres como sujetos históricos centrales y lograr su reconocimiento como tales, como sugiere Nancy Fraser, requiere muchos elementos de apoyo y estímulo, que no existían en aquel momento. Hace falta disponer de recursos intelectuales y de un entorno cultural y académico que permitan el aprendizaje, el contraste de ideas y la flexibilidad en una aventura intelectual abierta a nuevos horizontes. Aun hoy en día creo que nos falta mayor interacción entre la historiografía y la historia de las mujeres y del género.

Fui encarnando una doble línea de trabajo desde la investigación y la docencia pionera en la asignatura de Historia de las Mujeres que empecé a impartir en el año 1974 en la Universidad de Barcelona. No existían materiales entonces y la bibliografía era escasa. Décadas después, el esfuerzo que me supuso superar este déficit se recoge en el libro publicado en 2004, *Mujeres del mundo*. Este libro surgió por las necesidades de la docencia y por mi interés en introducir

una perspectiva comparativa que permitiera abordar las trayectorias de acción colectiva de las mujeres de sociedades no occidentales; integra perspectiva internacional y comparada, profundiza en la topología de los movimientos sociales y pretende ayudar a la interpretación de la realidad presente desde una mirada global.

P: *En pocos años Mary Nash obtiene la consolidación profesional y en 1991 una Cátedra en Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona. Quisiera preguntarte sobre tu experiencia. Esta sección de la revista, HISTORIA DEL PRESENTE, como sabes, persigue algo muy difícil como es ir experimentando en egohistoria mediante la disponibilidad generosa de los profesores de referencia en Historia Contemporánea. Mary, ¿existía una cultura académica hostil a tu línea de investigación?*

R: Durante largo tiempo ha permanecido una cultura académica androcéntrica que ignoraba o minusvaloraba las aportaciones elaboradas desde la perspectiva de la historia de las mujeres y los estudios de género. Como es bien sabido, el reconocimiento de las mujeres como sujetos históricos fue costoso. El circuito de la historia de las mujeres estaba en un proceso de construcción. Evidentemente me nutría de la teoría feminista, de los debates internacionales sobre el género como categoría histórica de análisis, pero me ubicaba claramente en los ámbitos de la historia social y cultural. Por esto, a la vez que me movía en los circuitos de la historia de las mujeres, siempre he considerado decisiva la presencia permanente en los congresos y debates más generales para huir del riesgo de deriva en gueto y para debatir con mis colegas las aportaciones desde la historia de las mujeres. Por esto, me propuse participar en encuentros científicos de demografía, por ejemplo, o abriendo una nueva línea de investigación en mi memoria de cátedra, *Historia del eugenismo en España: Movimientos de medicina social y reforma sexual*, un tema que en el futuro quisiera retomar. Además, a lo largo de mi carrera, desde hace más de 20 años, he tenido la suerte de tener el apoyo y un espacio de debate decisivo de

mis colegas historiadores del núcleo entorno a la revista *Historia Social*.

En otro orden de cosas, debo destacar la decisiva y permanente presencia y estímulo de colegas historiadoras y especialistas de los estudios de las mujeres en diferentes foros y espacios. Con la inversión de muchas energías y la sensibilidad del director del Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI-FIES), Emili Giralt, creamos en 1990 el Centro de Investigación Histórica de las Mujeres (CIHD-UB), situado entonces en la calle Brusi de Barcelona. La progresiva consolidación de un centro especializado contó con la participación de colegas internacionales como Michelle Perrot o Louise Tilly en seminarios, convocamos el congreso *De la casa a la fábrica*. Inventamos uno de los primeros postgrados en coeducación/educación no sexista con el apoyo del profesor Joaquim Prats y del Ministerio de Educación con la voluntad de contribuir a la formación de formadores, explorar experiencias en otros países y hacer avanzar un proceso de cambio del modelo educativo propiciado de manera definitiva con un master en estudios de las mujeres.

Debo reconocer que ser pionera tiene costos, se vive un clima de incompreensión simultáneo a la tensión creativa, al esfuerzo en crear algo nuevo. Mi proyecto investigador, desde hace muchos años, pretende partir de una disciplina, pero está muy abierto a explorar los intersticios de la interdisciplinariedad. Algo que hace casi 15 años practico desde el grupo de investigación *Multiculturalismo y Género*, que desde 1997 es grupo consolidado y que focaliza su atención en las representaciones de la alteridad, en la línea de la historia cultural centrandó la investigación en las representaciones culturales, las identidades e imaginarios colectivos y las construcciones discursivas que se manifiestan a través de un compleja aglomeración de ideas, tradiciones, discursos políticos, lenguajes, actitudes mentales, símbolos, ritos y mitos.

El reencuentro intelectual con mis raíces

irlandesas en el marco de los debates sobre sociedades coloniales y postcoloniales y el hecho de vivir la “alteridad/otredad” cultural o las identidades plurales en la nueva sociedad de la globalización, me impulsaron hacia una cartografía intelectual desde la clave interpretativa de la construcción del “otro/a”, de los discursos de alteridad de género pero también de la otredad colonial, postcolonial y de la diversidad cultural y su significado en la historia contemporánea. Una vía de reflexión académica que inicié en 1990 en el programa de doctorado en la Universidad de Barcelona, que ya ha cumplido dos décadas, *Raza, Género y diversidad cultural*, se enmarca en este mismo objetivo. *Emigrantes en nuestro espejo* es uno de mis libros sobre un tema de gran actualidad, también en la transmisión de valores, sobre la sociedad multicultural.

P: ¿Eres una universitaria “integral”? Quiero decir que si, además de investigadora reconocida, has hecho eso que llaman “gestión universitaria” desde el CIHD (*Centre d’Investigació Històrica de la Dona-UB*) y te ha preocupado permanentemente la calidad de la docencia.

R: Si, me interesa mucho el cambio en la manera de enseñar, quizás porque tuve una docencia más activa en Irlanda, algo parecida al nuevo plan de Bolonia, pero, claro esa se realizaba en grupos muy reducidos de tutorías y seminarios. También porque es necesario un cambio de modelo respecto a la construcción del género en los procesos de aprendizaje, por eso impulsé uno de los primeros master en estudios de mujeres que se impartieron en España.

Pienso, y lo he practicado de manera continuada, que la Universidad no debe estar aislada de la sociedad civil y por ello, en un esfuerzo de transferencia de conocimientos y de valores, he hecho de comisaria de exposiciones, el mejor instrumento para socializar la genealogía femenina, como *Dones, els camins de la llibertat* en el Museu d’Història de Catalunya (2008) y otras actividades con la Generalitat y el Institut Català de les Dones. Me complació especialmente el proyecto que asumió el Ayuntamiento de Bar-

celona, *Dones en Transició* (2007), un libro que se proponía mostrar la contribución del feminismo a la formación de la nueva cultura política de la transición democrática. Este año se ha presentado mi último libro, *Trabajadoras. Un siglo de trabajo femenino en Cataluña (1900-2000)*, el resultado de mi único año sabático en 35 años en la Universidad. Este libro pretende deconstruir mitos en torno al trabajo de las mujeres durante el siglo XX catalán en el sector industrial textil o en las administraciones públicas y mostrar las respuestas colectivas en defensa de los derechos laborales de las trabajadoras.

Mary Nash, fue fundadora en los años ochenta del CIHD y en los noventa de la Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres, y de la Comisión Nacional de España de la Federación Internacional de Sociedades para la Investigación en la Historia de las Mujeres adherida a la *International Committee for Historical Sciences*.

Nash es codirectora de la revista *Arenal*, pertenece al Consejo de Redacción de *Historia Social*, y de *Trocadera*. Participa en un master interuniversitario sobre Movimientos Sociales y Construcción de la Ciudadanía en el mundo contemporáneo que integra a ocho universidades, como destacó en su presentación en la Universidad de Granada Teresa María Ortega, al reconocer “la trayectoria académica y humana de una de las profesionales más sobresalientes y representativas de la reciente historiografía española”.¹

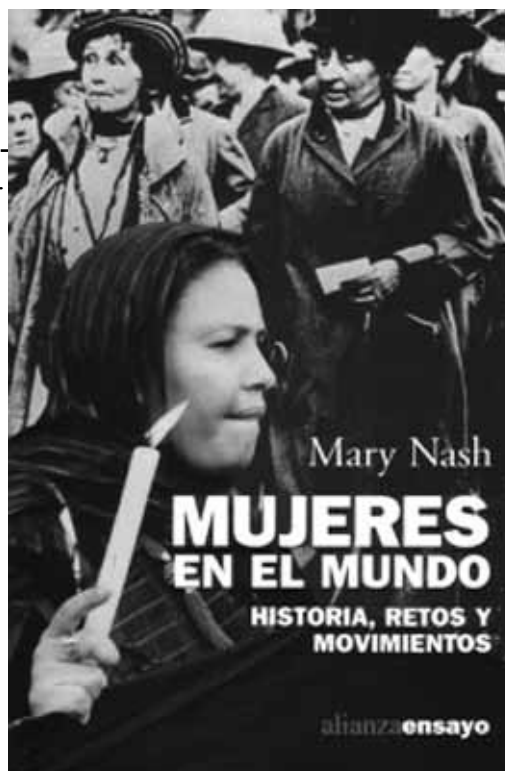
Mary Nash se muestra pesimista sobre el futuro de la investigación en humanidades, por los escasos recursos en las convocatorias públicas y la difícil aceptación de propuestas interdisciplinarias de proyectos. Ella participa con especialistas de México y otros países de Centroamérica y del Mundo Árabe en un proyecto de creación de material docente para la enseñanza de la historia y del género y de desarrollo de redes y de intercambios que ha obtenido apoyo en la convocatoria de La Alianza de Civilizaciones. A Mary le interesa mantener la investigación sobre la Historia cultural de lo social como defendió en la ponencia en el V Congreso de la Asociación de Historia contemporánea (2002) *Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, Identidades y nuevos sujetos históricos*.

La concesión del Doctorado *Honoris Causa* en la Universidad de Granada este mismo año coincide, como recordó Mary Nash, con el centenario de la presencia oficial de las mujeres en las Universidades españolas, “aunque en fechas anteriores algunas figuras excepcionales habían cursado estudios superiores. La reticencia hacia su presencia en la enseñanza universitaria dificultó su asentamiento en las carreras superiores. Esta situación de marginalidad se vería reforzada por la consideración casi unánime de las profesiones de

grado medio, tales como el magisterio, la enfermería o la carrera de bibliotecaria, como las opciones profesionales más en consonancia con la condición femenina”.²

Mary Nash, se propuso, y sus treinta libros y más de cien artículos lo avalan, contribuir a repensar la dinámica histórica en su conjunto como lo hacían otros historiadores e intelectuales ante los primeros signos de agotamiento de los grandes paradigmas historiográficos: “Traspasar las fronteras, trabajar desde los intersticios, y en términos biográficos de Edward Said, formar parte del *In Between* de culturas diversas han marcado mi cartografía intelectual y mi trabajo historiográfico como irlandesa, afincada como catalana de adopción en Barcelona desde hace más de cuarenta años.” *Nos hace falta, sostiene Mary* “disponer de un relato histórico incluyente para el conjunto de las mujeres y cumplir con el desafío del reconocimiento e integración transversal de la historia de las mujeres y del género en la narración global de la historia. Crear los instrumentos científicos, políticos y culturales para desarrollar un nuevo pacto de género es la respuesta a los retos del presente”.

- 1 Teresa María Ortega López y Mary Nash. Discursos pronunciados en el acto de investidura de doctora *Honoris Causa*. Granada: Universidad de Granada, 2010, p. 20.
- 2 *Ibidem*, p. 24



LA ELECCIÓN DE LA VÍA NACIONAL. LA PRIMAVERA DE PRAGA Y LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL PCE*

Emanuele Treglia (I Premio de Investigadores Noveles «Javier Tusell»)

Los Partidos Comunistas (PPCC) de todo el mundo han sido sometidos, durante casi cuarenta años, a una permanente tensión debida a la *identidad dual* intrínseca a su ADN: por un lado, eran unidades locales de un movimiento internacional sumiso a una disciplina de hierro dictada por la madre patria soviética; por el otro, eran actores que actuaban en un ámbito nacional y que, por lo tanto, tenían necesariamente que adaptar su estrategia política para intentar aumentar sus cuotas de poder en sus respectivos países. La búsqueda de un equilibrio entre estas dos dimensiones produjo notables contradicciones y, muchas veces, las exigencias locales se vieron sacrificadas sobre el altar de la “fidelidad internacionalista”. Sin embargo, algunos PPCC, sobre todo en Europa Occidental, a lo largo de los años empezaron a darse cuenta de que, de seguir aceptando incondicionalmente las líneas impuestas por Moscú, se condenarían al confinamiento permanente en un gueto político: por lo tanto, para salir del aislamiento y de aquella *conventio ad excludendum* a la que estaban sometidos en sus países desde la década de los cuarenta, empezaron a buscar alguna forma de independencia respecto a la Unión Soviética. Este proceso de autonomización, lento y no exento de ambigüedades, empezó en 1968.

En la noche transcurrida entre el 20 y el 21 de agosto de dicho año, los ejércitos de cinco países miembros del Pacto de Varsovia (Unión Soviética, Polonia, Hungría, Bulgaria y República

Democrática Alemana) invadieron Checoslovaquia, poniendo fin a la Primavera de Praga. Ésta, como es sabido, había generado grandes entusiasmos en los PPCC occidentales, que veían en ella el intento de armonizar comunismo y libertad, edificando así un “socialismo con rostro humano”. Su protagonista, Alexander Dubcek, que desde enero había relevado a Novotný en la guía del Partido Comunista Checoslovaco (PCCh), había efectivamente puesto en marcha una serie de audaces reformas que aportaban una dosis de liberalización en la vida del país. El *Programa de acción* lanzado en abril, por ejemplo, afirmaba la libertad de reunión, de asociación y de prensa, e introducía elementos de libre mercado en la economía. En esencia, se optaba por el pluralismo, en contraposición con el monolitismo de los años pasados.²

El nuevo rumbo, aunque nunca llegó a poner en discusión la inclusión de Checoslovaquia en el campo comunista, despertó inmediatamente la hostilidad de la Unión Soviética, que no podía tolerar el desarrollo de un modelo alternativo de socialismo dentro de su propio bloque. Moscú, por lo tanto, ejerció durante varios meses una serie de presiones sobre el Presidium del PCCh, para que suprimiera todas las publicaciones y las organizaciones no-comunistas, afirmando que en el país se estaba preparando una contrarrevolución. Pero Dubcek, apoyado tanto por el sector

renovador de su partido como por la opinión pública nacional e internacional, decidió seguir por el camino de las reformas y de la apertura. Las fricciones entre los dirigentes checoslovacos y soviéticos parecían haberse resuelto en la Conferencia de Bratislava que tuvo lugar el 3 de agosto: en la Declaración final se afirmaban los principios de la igualdad entre los estados socialistas, y del respeto mutuo de la soberanía e independencia nacional. Pero, en la noche del 20 de agosto, los tanques de los ejércitos de los cinco países mencionados (Rumania y Polonia, que también formaban parte del Pacto de Varsovia, criticaron la invasión) entraron en Praga. Los soviéticos justificaron el acto afirmando que habían recibido una petición de ayuda del grupo dirigente checoslovaco para detener las presuntas fuerzas reaccionarias que estaban poniendo en serio peligro la naturaleza socialista del país, lo cual terminó por demostrarse falso.³ A partir de este momento se empezó un proceso de “normalización”, que borró todas las reformas de la Primavera de Praga y que finalizó el año siguiente con la destitución de Dubcek.

La Primavera de Praga colocó a los PPCC de la Europa Occidental entre la espada y la pared: aprobar el intervencionismo ruso hubiera significado poner seriamente en duda la credibilidad de sus continuas profesiones de fe en la libertad y la democracia. Por esta razón algunos de ellos, por primera vez en su historia, criticaron públicamente una acción promovida por el Kremlin, rompiendo la disciplina internacionalista a favor de las exigencias de la política interna. Las reacciones más clamorosas fueron las de los tres futuros partidos eurocomunistas: el Partido Comunista Italiano (PCI), el Partido Comunista Francés (PCF), y el Partido Comunista de España (PCE). En las próximas páginas analizaremos la actitud de este último hacia la Primavera de Praga, su condena de la invasión, y las consecuencias de esta toma de posición para la política interna e internacional del partido.⁴

Veremos, en especial, cómo la crítica de la actuación de la Unión Soviética realizada en

aquella ocasión, se insertó en una determinada trayectoria política dirigida a la legitimación del partido en España. De hecho, desde 1956 la política interna y la exterior del PCE habían empezado a seguir caminos divergentes. El partido intentaba construirse una nueva imagen democrática, para salir de aquel régimen de ostracismo a que estaba sometido por las otras fuerzas antifranquistas desde el final de la Guerra Civil, y para desarrollar una acción más eficaz contra la dictadura del Caudillo: la fidelidad incondicional a la URSS, en cambio, comprometía este intento, suscitando una enorme desconfianza en los posibles aliados. Los acontecimientos de Praga, por lo tanto, pusieron al PCE ante la elección inmediata entre las exigencias dictadas por su estrategia nacional y las obligaciones impuestas por la disciplina del movimiento comunista internacional.

El nuevo rumbo checoslovaco: modelo para el PCE

En 1956, el PCE lanzó la Política de Reconciliación Nacional, que representó un viraje fundamental en su estrategia de oposición.⁵ Con la nueva política, el Partido invitaba a la unión a todos los grupos antifranquistas, con el fin de crear un frente común capaz de restablecer en España, sin recurrir a la violencia, las reglas del juego democrático. Para alcanzar este resultado, se mostraba imprescindible la superación de todas aquellas divisiones que se habían creado en la sociedad española durante la Guerra Civil, y que seguían lacerándola impidiendo entendimientos estables. El saneamiento de aquellas heridas heredadas del pasado era cuanto se proponía la nueva línea inaugurada por el PCE: en efecto, el núcleo central de su propuesta, como dejaba intuir ya el nombre, consistía en la reconciliación de todos los sectores de la sociedad española, dejando a un lado viejas rivalidades y extremismos, para provocar el derrumbamiento del edificio franquista.

El Partido Comunista, para propiciar este acercamiento, se presentaba como una «fuerza

nacional», se declaraba a favor del pluralismo, y realizaba una revalorización de aquel sistema de democracia parlamentaria que tanto había vituperado en los años anteriores: «La vida –se afirmaba en la declaración que inauguraba la nueva política– impone encontrar un terreno en el que podamos convivir y donde cada uno pueda propugnar libremente sus ideas y soluciones. Y ese terreno [...] no puede ser otro que la democracia parlamentaria». ⁶ El PCE, de esta manera, mostraba una destacada propensión al diálogo y empezaba a construir una nueva imagen de sí: la de un actor político razonable, responsable, y lejano de los integristas de su pasado. La nueva línea fue profundizada y perfeccionada por el partido en los años siguientes, con el fin de implementar sus credenciales democráticas a los ojos de la opinión pública y de las otras fuerzas antifranquistas. Carrillo, por ejemplo, en 1956 escribió:

Nuestra concepción del Parlamento supone, naturalmente, un sistema de pluripartidismo. [...] Nuestra crítica de los partidos burgueses y de la socialdemocracia es conocida [...] [pero] los partidos, aun con los defectos inherentes a aquéllos, son un elemento de democracia en la vida política de un país, en tanto reflejan la diversidad de intereses y de posiciones de diferentes clases y capas sociales. ⁷

Los comunistas además, de acuerdo con el espíritu de la nueva política, intentaban establecer colaboraciones y alianzas no sólo con las otras organizaciones de izquierda, sino incluso con sectores tradicionalmente considerados enemigos de la clase obrera, en primer lugar los católicos. ⁸ Hay que tener en cuenta también un factor generacional. Los jóvenes españoles de los sesenta, incluso aquéllos que se inspiraban en ideales revolucionarios, no tenían una especial adoración por el mito de la URSS: influenciados por los nuevos movimientos sociales surgidos en aquel período en Occidente, tomaban como modelo a un comunismo más libertario o de matriz maoísta/trotskista, y ponían duramente en cuestión el totalitarismo del sistema sovié-

tico. ⁹ Por lo tanto, para el PCE, como señaló Claudín, «la lucha por la democracia en España, la política de amplias alianzas contra la dictadura, se revelaban cada vez más incompatibles con la exaltación del ‘socialismo’ en los países del Este», y con la ciega obediencia a las directrices moscovitas. ¹⁰

El nuevo rumbo checoslovaco, en este contexto, se presentó al partido de Carrillo como la solución ideal para salir de dicha contradicción. Los comunistas españoles, en efecto, podían ahora confirmar su fe democrática, indicando como su nuevo modelo el intento dubcekiano de conciliar socialismo y libertad: al mismo tiempo, de esta manera, esperaban también evitar el peligro de desembocar en la heterodoxia a los ojos del movimiento comunista internacional, dado que se inspiraban en un proceso liberalizador promovido por los líderes de un estado perteneciente al bloque soviético. Para el PCE parecía, pues, la ocasión perfecta para renovar su política también en el ámbito internacional, pero moviéndose, al menos aparentemente, en el surco de la tradición.

Hay que subrayar, además, que el partido, ya desde hacía algún tiempo, había empezado tímidamente a afirmar la necesidad del pluralismo, de la “unidad en la diversidad”, en las relaciones internas al movimiento comunista internacional: sostenía la tesis de que cada PC era libre de elaborar su propia línea autónomamente, tomando en cuenta la especificidad de las situaciones concretas de su país. Esencialmente, los dirigentes comunistas españoles querían evitar que el principio de la “fidelidad internacionalista” obstaculizase el proceso de nacionalización y democratización al que estaban sometiendo su estrategia política desde 1956. Por ejemplo, en su declaración difundida en ocasión del encuentro entre 66 Partidos Comunistas y Obreros que tuvo lugar en Budapest en febrero de 1968, se afirmaba:

Esta unidad [del movimiento comunista internacional] [...] debe responder a las condiciones pre-

sentes: basándose en los grandes objetivos que nos son comunes, en los principios del internacionalismo proletario, del marxismo-leninismo, debe a la vez respetar y tener en cuenta la autonomía de cada Partido, la diversidad de situaciones, y en consecuencia las diferencias en la táctica y en la política aplicadas por unos y otros Partidos Comunistas y Obreros.¹¹

La Primavera de Praga, por lo tanto, también bajo este aspecto parecía estar de acuerdo con las posiciones sostenidas por los comunistas españoles, y las fortalecía dándoles un referente dentro del bloque soviético.

El PCE, desde el principio, miró con interés y entusiasmo el proceso checoslovaco. En este sentido se vio favorecido, respecto a sus homólogos occidentales, por el hecho de disponer de noticias de primera mano, proporcionadas por dirigentes y militantes exiliados allí desde los años cuarenta.¹² En abril, en las páginas de *Mundo Obrero*, se expresaba «gran simpatía» hacia el nuevo programa del PCCh. El mes siguiente, el mismo periódico publicaba un interesante artículo de Santiago Álvarez en que se ilustraba el punto de vista oficial del PCE a propósito de la Primavera de Praga:

El esfuerzo esencial [que se está cumpliendo en Checoslovaquia] tiende a superar los aspectos negativos que en la sociedad socialista se habían manifestado en los últimos años (burocratización, uso de métodos autoritarios y administrativos, etc.), sin lograr lo cual [...] no era posible [...] ‘devolver al principio socialista su verdadero contenido humano, democrático, realmente humanista’. Se imponía una mayor democratización de la vida política, hacer más plena la libertad religiosa, de creación literaria, artística, etc. [...] Resumiendo nuestras impresiones sobre lo que ocurre en Checoslovaquia, podríamos añadir que nuestra simpatía con ese proceso renovador está determinada: porque se trata de una democratización de la sociedad socialista y en modo alguno contra ésta; porque la ha iniciado, la impulsa y la dirige el Partido Comunista [...]; porque tiende a fortalecer, por un más amplio apoyo de masas, las bases de la sociedad socialista

El artículo continuaba indicando explícitamente el nuevo curso checoslovaco como modelo para el PCE:

La sociedad socialista cuyo perfeccionamiento democrático se esfuerzan por lograr los camaradas del Partido Comunista de Checoslovaquia, aunque varíen algunas formas, tiene mucha afinidad con el tipo de sociedad socialista que, dadas nuestras condiciones concretas y teniendo en cuenta nuestra experiencia, pensamos que deberá ser realidad en España. Por cuya razón el éxito de esa experiencia y su consolidación, [...] puede proporcionar un elemento suplementario de ayuda a nuestra actividad. [...] La acción renovadora que llevan a cabo los camaradas checoslovacos contribuye a reafirmar nuestra convicción [...] de que, contrariamente a lo que dicen nuestros enemigos, el comunismo [...] puede corregir sus insuficiencias, superar las deformaciones, [...] consolidarse más como sistema social.¹³

También Carrillo adoptaba una postura casi idéntica en *La lucha por el socialismo, hoy*. En esta obra, publicada en julio, el Secretario General reafirmaba la tesis de la “unidad en la diversidad” y defendía el principio del pluralismo político, sosteniendo la necesidad de los Partidos Comunistas occidentales de cortar definitivamente, como estaba haciendo el PCCh, «el cordón umbilical con la tesis estalinista del partido único».¹⁴ El PCE tomaba así la Checoslovaquia de Dubcek como su nuevo punto de referencia internacional, y la presentaba como ejemplo a imitar para toda la izquierda europea. Esta posición era muy parecida a la adoptada por el PCI. En marzo, Luigi Longo había escrito en *L’Unità* que la experiencia checoslovaca constituía una «gran contribución a la lucha de la clase obrera y de las fuerzas de izquierda de los países capitalistas».¹⁵ El mismo Secretario del partido italiano, además, se había entrevistado con Dubcek en mayo, y había expresado todo su apoyo al intento del PCCh de conciliar socialismo y libertad.¹⁶

La invasión soviética y la reacción del PCE

El 14 y 15 de julio se encontraron en Varsovia los dirigentes de los PPCC de URSS, República Democrática Alemana, Hungría, Bulgaria y Polonia. En esta ocasión se habló de la posibilidad de una intervención militar en Checoslovaquia, en el caso de que Dubcek no hubiera suprimido pronto todas las organizaciones y las publicaciones no-socialistas, y restablecido una férrea disciplina en el PCCh. El líder de la Primavera de Praga fue informado inmediatamente de esta decisión.¹⁷ Unos días más tarde, Zorin, el embajador soviético en París, convocó a Santiago Carrillo, Jaime Ballesteros y Tomás García. Les explicó que en Checoslovaquia el socialismo estaba en peligro, y que, por lo tanto, los cinco países del Pacto de Varsovia, en un futuro próximo, tal vez tendrían que tomar las medidas adecuadas para contrarrestar los elementos contrarrevolucionarios. Luego preguntó cuál sería eventualmente la reacción del PCE. Los comunistas españoles le dijeron claramente que, en el caso de una intervención armada, la condenarían y, por primera vez, se considerarían obligados a criticar públicamente al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).¹⁸

El 23 del mismo mes, los dirigentes del PCE presentes en París celebraron una reunión para discutir la cuestión. El informe principal fue el de Francisco Antón, que había estado en Praga hasta unos días antes, quien afirmó:

La situación en Checoslovaquia es muy diferente a la que refleja la carta de los cinco Partidos Comunista del Pacto de Varsovia. Los checos tienen razón en decir que no es contrarrevolucionaria. Es una situación contraria. [...] El rasgo principal de ella es una estabilización política. De una situación de fuerza y violencia se ha pasado a otra de libertad. Existe la libre opinión de los ciudadanos en relación con los asuntos políticos. [...] Desde el mes de enero el nuevo equipo ha ido tomando las cosas en mano, recobrando la confianza de la población; va adquiriendo popularidad [...]. Va reuñificando el Partido y revitalizándole sobre bases nuevas.¹⁹

Después de haber argumentado detalladamente esta afirmación, concluyó su exposición con las siguientes palabras: «Hay que dar confianza, ayudar, dejar al Partido Comunista Checoslovaco que siga su camino. Es, en el fondo, nuestra propia política». Las otras intervenciones en el curso de la reunión aprobaron lo que se había dicho unos días antes a Zorin, es decir, que el PCE condenaría cualquier intervención soviética en Checoslovaquia. Los presentes, a este propósito, afirmaron: «Hubiera sido contradictoria otra posición con nuestra política. Vamos a tener dificultades como ocurre con todo lo nuevo».²⁰ Se rompía así la disciplina internacionalista, a favor de la vía nacional. Hay que considerar que a los comunistas españoles no les quedaban muchas opciones: de hecho, aprobar una eventual invasión hubiera implicado también someterse a un “auto de fe” al más puro estilo estalinista. Hubieran tenido que efectuar una profunda autocritica, rectificando la exaltación del nuevo curso checoslovaco que habían realizado hasta entonces.

Justo cuando la situación había llegado a un punto crítico, la Conferencia de Bratislava parecía haber resuelto el problema. Después de su clausura, Zorin llamó a Carrillo para decirle que Dubcek y los cinco países del Pacto de Varsovia habían llegado a un acuerdo, y que, por tanto, no tendría lugar ninguna invasión.²¹ Para los comunistas españoles fue un alivio: parecía que el peligro de un enfrentamiento con el PCUS había sido evitado. El 14 de agosto el PCE difundió un comunicado en que expresaba su «satisfacción y alegría» por el éxito de la Conferencia.²² Los dramáticos acontecimientos del 20-21 de agosto cogieron de sorpresa a la dirección del partido español. Carrillo se encontraba en Crimea cuando le llegó la noticia de la invasión. Viajó inmediatamente a Moscú, donde se reunió con Dolores Ibárruri, Romero Marín, Simón Sánchez Montero e Ignacio Gallego. En la reunión, rechazando la versión oficial de los hechos proporcionada por los soviéticos, se elaboró una misiva dirigida al PCUS, en la que se declaraba:

Por las mismas razones que hemos aprobado la declaración de Bratislava, [...] no podemos aprobar la intervención militar en Checoslovaquia. [...] Mucho tememos que la situación creada por la intervención militar en Checoslovaquia redunde en una pérdida de prestigio de la causa del comunismo, de los países socialistas, de nuestros Partidos y en una agravación de la división del movimiento comunista mundial.

Enseguida se abarcaba el punto que interesaba más al PCE, en cuanto concernía su demanda de pluralismo en el movimiento comunista internacional: «Esta intervención puede ser interpretada como una negación, en la práctica, del principio de que el socialismo debe ser edificado en cada país teniendo en cuenta las particularidades nacionales, históricas, políticas, sociales, y de la diversidad de las formas de socialismo». ²³ La condena pública y definitiva de la invasión por parte de los comunistas españoles, a pesar de las presiones ejercidas por Ponomarev y Suslov para hacer que adhirieran a la versión oficial proporcionada por Moscú, se realizó mediante una declaración difundida el 28 de agosto. ²⁴ Además, en el número siguiente de *Mundo Obrero* se publicó un artículo en el que el PCE, defendiendo la independencia de su propia política y su carácter nacional, afirmaba:

No podemos concebir ni admitir la hipótesis [...] de que el día en que nuestro Partido llegue al poder en España, [...] otra potencia socialista, cualquiera que sea, nos dicte la política y, menos aún, intervenga militarmente en nuestro territorio, sin nuestra más enérgica resistencia. ²⁵

Sin embargo hay que poner de relieve que en estos tres documentos el PCE se preocupaba de subrayar que, a pesar de las diferencias de opiniones por lo que concernía la cuestión checoslovaca, continuaba reconociendo y apreciando el papel decisivo desempeñado por la URSS en el ámbito de la revolución mundial, y rechazaba toda posición antisoviética.

Cabe señalar, además, que los dirigentes españoles presentes en Moscú habían tomado la decisión de condenar la invasión sin consultar

ni la base, ni tampoco los otros miembros de la cúpula del Partido. Este *modus operandi*, que fue objeto de muchas críticas, ²⁶ fue debido sustancialmente a dos factores: en primer lugar, el rápido desarrollo de los acontecimientos obligaba a tomar una posición en el menor tiempo posible y, dado que los dirigentes del PCE residían en muchos países diferentes, no era posible reunirlos velozmente; además, probablemente Carrillo temía que una amplia discusión sobre el tema no hubiera llegado al resultado que él quería. Dicho en otras palabras: para garantizar la adopción de una postura adecuada a la imagen democrática que el Partido se estaba construyendo, el Secretario General optó por la utilización de métodos escasamente democráticos. Prefirió poner el Comité Central ante el hecho cumplido.

El primer pleno de dicho organismo para discutir la cuestión checoslovaca tuvo lugar en París a mediados de septiembre. Mientras tanto, los soviéticos habían tomado contacto con varios miembros del PCE para intentar atraerlos hacia sus posiciones. ²⁷ La intervención principal en el curso de la reunión fue la de Carrillo quien, después de haber empezado su discurso subrayando su gratitud y admiración hacia la URSS, afirmó repetidamente que la invasión por parte de los cinco del Pacto de Varsovia tenía como finalidad evitar que se consolidase la nueva orientación impresa por Dubcek al PCCh: ésta, demostrando en la práctica que otro tipo de sociedad socialista era posible, estaba poniendo en seria dificultad el modelo dogmático impuesto por los soviéticos a todo el movimiento comunista. Este dogmatismo era presentado por Carrillo como un enorme obstáculo que impedía a los PPCC occidentales de llegar a acuerdos y colaboraciones con las otras fuerzas progresistas presentes en sus respectivos países. ²⁸ El Secretario General, además, contestó la versión proporcionada por Moscú, según la cual la intervención había sido solicitada por la dirección del PCCh porque en Checoslovaquia se estaba realizando una contrarrevolución, y criti-

có la pretensión del PCUS de mantener todos los otros PPCC en una posición de permanente subordinación. Cabe subrayar cómo de la desaprobación de un hecho concreto, la invasión, el PCE empezase paulatinamente a moverse hacia una puesta en discusión del *modus operandi* soviético en su conjunto.

También en esta ocasión no faltaron los elogios hacia el nuevo curso checoslovaco, ni los paralelismos entre éste y la línea política de los comunistas españoles:

[En Checoslovaquia] había una orientación nueva que en esencia, aunque la situación en nuestro país y la de Checoslovaquia sean completamente distintas, [...] pero que en esencia corresponde también a la concepción que nosotros hemos elaborado de la marcha hacia el socialismo en nuestro país. A nosotros la igualdad formal de los partidos no nos puede extrañar, ni podemos condenarla [...]. Porque si fuéramos diciendo nosotros a nuestros aliados: “Queridos amigos, habrá pluripartidismo, pero de igualdad entre los otros partidos y nosotros ni hablar”, si fuéramos diciendo eso, es claro que no tendríamos aliados [...]. Y si les decimos que la teoría del pluripartidismo es una teoría burguesa [...], pues es claro que tendrán derecho a pensar que toda nuestra elaboración [...] no es más que una manera hábil de engañar a los demás.²⁹

El informe presentado por Carrillo en nombre de la dirección fue aprobado por el Comité Central con 66 votos a favor: sólo 5 miembros, entre los cuales figuraban Agustín Gómez y Eduardo García, votaron en contra, apoyando la invasión. Sin embargo, resulta difícil establecer hasta qué punto la gran mayoría del Partido estaba realmente de acuerdo con la posición oficial: es probable que muchos evitasen, al menos por el momento, formular críticas a este respecto para no provocar una crisis interna, prefiriendo esperar y observar el desarrollo de los acontecimientos. De hecho, hay que notar que entre los que en esta ocasión se pronunciaron en contra de la intervención figuraba también Enrique Líster, quién más tarde fue el promotor de una escisión pro-soviética.

En los meses siguientes el PCE siguió defendiendo su posición contraria a la invasión, como hizo el PCI, pero a diferencia del PCF,³⁰ denunciando repetidamente la supuesta “normalización” que se estaba realizando en Checoslovaquia.³¹ Especialmente significativa en este sentido fue la carta que los comunistas españoles enviaron al PCUS el 28 de enero de 1969, con ocasión de la inmolación de Jan Palach.³² En esta misiva, de la que merece la pena copiar amplios extractos, se afirmaba:

A nuestro juicio la situación en Checoslovaquia, en vez de normalizarse, se agrava y puede hacerse inextricable. Últimamente la inmolación por el fuego del estudiante Jan Palach constituye una grave advertencia, una señal de alarma. No es lo esencial considerar si esa actitud individual es o no marxista. Tampoco nos parece apropiado achacar ese gesto a las maniobras del imperialismo occidental. [...] Estimamos que hay que considerar en ese gesto sobre todo el estado de ánimo de que es reflejo. Y, a nuestro juicio, el acto de Jan Palach denota la profunda desesperación de una juventud que se considera frustrada y, más allá, la desesperación de todo un pueblo. Ciertamente que ese estado de ánimo, de prolongarse, puede facilitar un amplio terreno de maniobra a los elementos antisocialistas. [...] Si el Partido Comunista de Checoslovaquia, colocado, bajo presiones que son evidentes, en la imposibilidad de realizar independientemente su política; obligado a hacer concesiones que las masas del Partido y del pueblo no aprueban, [...] puede producirse una profunda ruptura entre la dirección del Partido y la masa de sus militantes, entre el Partido y el pueblo. En esas condiciones, un día u otro, el gesto individual de Palach podría traducirse en un gesto colectivo de desesperación del pueblo checoslovaco, llevando a un enfrentamiento entre éste y las fuerzas de intervención, lo que sería una verdadera tragedia para Checoslovaquia, la Unión Soviética y las fuerzas del movimiento obrero y comunista internacional. No queremos ni imaginar las graves consecuencias que esto tendría para la unidad y la lucha del pueblo español [...]. A nuestro juicio lo más urgente e inaplazable es el cese de toda injerencia en la vida interna del Partido Comunista de Checoslovaquia y de los órganos del Estado

checoslovaco. [...] A los dirigentes checoslovacos [...] debe dejárseles en plena libertad de organizar la vida socialista de su país con arreglo a su juicio, a sus realidades nacionales y a la voluntad de los comunistas y del pueblo checoslovaco.³³

La carta del PCE aparecía, por lo tanto, como una dura acusación hacia la actuación del PCUS. En su réplica, los soviéticos, después haber afirmado que el gesto de Palach había sido el «resultado de la actividad provocadora realizada por las fuerzas antisocialistas», y que en Checoslovaquia estaba todavía presente el peligro reaccionario, utilizaban las críticas formuladas por el PCE contra su mismo autor: sostenían que las demandas de los comunistas españoles, además de hacer el juego de las fuerzas antisocialistas, constituían «una tentativa de injerencia en los asuntos interiores de Checoslovaquia». El documento continuaba diciendo:

No podemos dejar de constatar que la insistencia con que el Comité Ejecutivo del PCE subraya divergencias con el PCUS no puede contribuir a la consolidación de las relaciones tradicionalmente fraternas entre nuestros Partidos. Por otra parte, el PC de España fue el único Partido que creyó posible dirigirnos actualmente una carta oficial interpretando en ella, con una idea preconcebida, la política del PCUS.

Finalmente, se “recomendaba” al PCE corregir sus posiciones a propósito de la cuestión checoslovaca y, desde un punto de vista más general, su actitud hacia el PCUS.³⁴ Con finalidad amenazadora, desde 1970 los soviéticos empezaron también a reducir la financiación al partido de Carrillo.³⁵ Las relaciones entre los comunistas españoles y Moscú, por lo tanto, se estaban haciendo cada día más tensas. El PCE, tomando como punto de partida los hechos de Praga, había empezado un proceso de progresiva autonomía respecto a la “casa madre” utilizando unos tonos que, unos meses antes, le habrían parecido inconcebibles.³⁶ Su Secretario General había comprendido que eso fortalecía sus credenciales democráticas, contribuyendo de manera decisiva a su legitimación en Espa-

ña: con el fin de alcanzar definitivamente estos objetivos, por lo tanto, en los años siguientes el PCE profundizó ulteriormente su crítica a la rígida disciplina del movimiento comunista internacional, y llegó a poner en discusión la validez del sistema soviético en su conjunto.

El impacto en el seno del partido

La posición tomada por el PCE ante la invasión de Checoslovaquia causó dos escisiones prosoviéticas: era la primera vez en la historia del partido que unas disidencias dentro de su grupo dirigente se llevaban a cabo bajo la bandera de la fidelidad a la URSS.³⁷ La primera escisión fue la realizada por Eduardo García y Agustín Gómez, miembros, respectivamente, del Comité Ejecutivo y del Comité Central: empezó a producirse ya el 27 de agosto de 1968, a través del envío de dos cartas a Dolores Ibárruri en las que declaraban su apoyo a la intervención armada por parte del Pacto de Varsovia,³⁸ y terminó en la primavera siguiente con la expulsión de ambos.³⁹ En cambio la segunda escisión, que tuvo como protagonista a Enrique Líster, uno de los máximos dirigentes del PCE desde la época de la Guerra Civil, asumió rasgos diferentes. El histórico líder del V Regimiento, aunque no estuvo de acuerdo con la invasión de Checoslovaquia, criticó las posturas antisoviéticas que el partido empezó a tomar sucesivamente. Fue expulsado en 1970.⁴⁰ Unos años más tarde a este propósito escribió:

Yo, como marxista-leninista convencido, he defendido siempre lo que es y representa [...] la Unión Soviética [...]. Y ahí reside la profunda diferencia entre mi desacuerdo con la intervención de agosto de 1968, en Checoslovaquia, que no va más allá del desacuerdo sobre ese hecho concreto y los ataques de toda una serie de gentes, y en cabeza Carrillo, contra todo lo que representa la Unión Soviética. [...] Para mí, el problema de Checoslovaquia es un problema en sí, que se termina donde se produjo. Por el contrario, para los carrillistas de todo tipo es la ocasión para sacarse la careta, entrar a fondo en el proceso de revisión

del marxismo, de abandono a cara descubierta de los principios leninistas y de ataques cada vez más brutales contra los partidos y países, sobre todo la Unión Soviética, donde esos principios son respetados y aplicados.⁴¹

Las dos disidencias pro-soviéticas, en lugar de debilitar el PCE, lo favorecieron, por lo menos por el momento, bajo una doble perspectiva: desde el punto de vista de su imagen externa proporcionaron más credibilidad a su intento de presentarse como un partido nacional e independiente; considerando su funcionamiento interno, en cambio, garantizaron el predominio de la corriente “renovadora”, depurando el grupo dirigente de elementos que hubieran podido obstaculizar significativamente el nuevo curso puesto en marcha por Carrillo y sus fieles en política internacional.

Resulta interesante, además, analizar las reacciones de la base del partido a la condena de la invasión pronunciada por sus dirigentes. Éstas ponían en evidencia la existencia de dos fracturas en la militancia: una de tipo generacional, entre viejos y jóvenes, y otra geográfica, es decir, entre los comunistas del interior y los del exilio.

Por lo que se refiere a la primera, hay que subrayar que los jóvenes habían sido los que habían saludado con más entusiasmo la Primavera de Praga: en consecuencia, fueron los que se demostraron más de acuerdo con la decisión de criticar la intervención soviética.⁴² Las nuevas generaciones comunistas no se sentían en el deber de justificar, en nombre del internacionalismo proletario, cualquier acción realizada por Moscú.⁴³ Un discurso opuesto era el de los militantes de edad más avanzada, quienes, habiendo crecido con el dogma de la infalibilidad de la URSS durante décadas, lo aplicaron también en esta ocasión. Su razonamiento era elemental: el PCE no tenía derecho a condenar la invasión soviética porque Carrillo no podía pretender conocer mejor que Breznev la situación en Checoslovaquia. Si el líder del PCUS decía que allí existía un grave peligro contrarrevolucionario, seguramente eso correspondía a la verdad.⁴⁴

Pasando ahora a considerar la segunda fractura a que hemos hecho referencia, es decir, la geográfica, hay que poner en evidencia que los comunistas que militaban en el interior, y sobre todo los pertenecientes a los sectores intelectuales, se demostraron, en comparación con los del exilio, mucho más acordes con la posición oficial del partido:⁴⁵ basándose en su experiencia, eran más conscientes de que la aprobación de la invasión habría acarreado un grave perjuicio a la lucha del PCE contra la dictadura franquista y, sobre todo, a su permanente búsqueda de alianzas.⁴⁶

Las dos fracturas, obviamente, podían también sobreponerse. Un buen ejemplo en este sentido es representado por la siguiente carta enviada a la dirección por un viejo militante residente en Francia, que se manifestaba de acuerdo con la intervención soviética:

Me siento solidario de la política y estrategia del PCUS. Las orientaciones que ofrecen los artífices de 50 años de edificación socialista, sus experiencias, tienen un valor cualitativo –por lo menos para mí– que debe recoger el Movimiento Obrero y Comunista Internacional. Soy consciente de mi posición, es más, necesito aclararos que si en algún momento fuese llamado por representantes del PCUS escaparía de donde estuviese para cerrar filas a su lado, aceptando el peligro de equivocarme, pero junto a ellos.⁴⁷

De todas formas, la gran mayoría de los miembros del PCE acabaron apoyando la posición oficial tomada por sus dirigentes: de hecho, incluso aquellos que no la compartían plenamente decidieron conformarse a ella en nombre de la unidad del partido y del principio del centralismo democrático.⁴⁸ Sin embargo, hay que subrayar que estas posiciones pro-soviéticas, que por el momento permanecieron en la sombra, se mantuvieron latentes hasta emerger tras la legalización del PCE, estallando en la grave crisis que, entre el 1978 y el 1982, provocó el fin del protagonismo político del partido.

Desde un punto de vista general, al final de los sesenta Carrillo se mostraba satisfecho por

el resultado obtenido. En una carta a *Pasionaria* afirmaba: «Lo de Checoslovaquia, en una cierta franja de militantes del Partido, de los que comprenden y de los que no comprenden, ha producido una cierta crisis. [...] Pero quizá sea en definitiva positivo pues supone un salto de la fe —con todo lo positivo y negativo— hacia la consciencia».⁴⁹ Hay que tener en cuenta, además, que el Secretario General, condenando la invasión, buscaba sobre todo el apoyo y el consenso de los que resultaban determinantes para el porvenir inmediato del partido, es decir, los jóvenes comunistas del interior: efectivamente, parecía que este objetivo había sido *grosso modo* alcanzado. Incluso el análisis de los acontecimientos realizado por el régimen franquista parecía confirmar este resultado: «La postura anti-invasión —afirmaba un informe policial de enero de 1970— traerá para el Comunismo español la deserción de muchos veteranos de la revolución, pero por otra parte representará una mayor disciplina, y una nueva era de fortalecimiento de las generaciones jóvenes en su lucha revolucionaria».⁵⁰

Cabe aludir, por último, a las consecuencias que la condena de la invasión trajo para los grupos de comunistas españoles que se encontraban en los países del socialismo real. A éstos el partido le había enviado la directiva de no tomar públicamente posición acerca de la cuestión checoslovaca, para que no tuvieran problemas con los respectivos PPCC en el poder.⁵¹ A propósito de la organización del PCE en la URSS, por ejemplo, Carrillo escribió a Dolores Ibárruri: «Si nuestra organización ahí se pronunciase en un sentido u otro, o bien tendría que ser disuelta por los camaradas soviéticos, o bien tendría que ser disuelta por nosotros».⁵² A pesar de esto, el PCUS realizó notables presiones sobre los españoles que residían en la URSS: interrogó a muchos de ellos para forzarlos a manifestar su opinión acerca de la intervención y, con esta misma finalidad, empezó a espiar sus reuniones.⁵³ Según un informe de los servicios secretos franquistas, aquellos cuya posición

de condena de la invasión fue conocida por el PCUS sufrieron varias represalias: por ejemplo perdieron el trabajo o vieron negada la asistencia social.⁵⁴ No disponemos, por el momento, de fuentes soviéticas que puedan confirmar estos hechos. De todas formas, según la documentación interna del PCE, parece que, a partir de septiembre de 1968, sus organizaciones que se encontraban en la URSS fueron sometidas a una discriminación sistemática: el Comité de Moscú del PCE, por ejemplo, en enero de 1970 se lamentaba de no haber recibido, desde hacía más de un año, ninguna de las tradicionales invitaciones para asistir a los actos organizados por el PCUS, ni siquiera para participar en la celebración del 1 de mayo en la Plaza Roja.⁵⁵

Conclusiones: alejamiento de Moscú y legitimación democrática

Después de los acontecimientos de Checoslovaquia, durante unos años el PCE mantuvo una actitud ambigua hacia el PCUS: efectivamente, siguió describiendo la URSS como «el más fuerte y decisivo baluarte del campo socialista»,⁵⁶ y continuó enviándole declaraciones de respeto y admiración. Además, aunque había elogiado el nuevo curso promovido por Dubcek como un intento de conciliar socialismo y libertad, hasta 1972 no llegó a afirmar explícitamente que la experiencia checoslovaca había puesto de relieve la ausencia de democracia que caracterizaba al bloque soviético.⁵⁷ El punto de no retorno en las relaciones entre los PPCC de España y URSS estuvo marcado por dos discursos de Azcárate: el primero tuvo lugar en 1972, durante el VIII Congreso del PCE y contextualmente a la aceptación del Mercado Común, y el segundo en 1973, en un pleno del Comité Central.⁵⁸

Estas intervenciones criticaban tanto la política internacional como la interna de los países del socialismo real. A propósito de la dimensión internacional se afirmaba que también los Estados socialistas, en cuanto tales, obedecían a una

razón de Estado: por lo tanto, cada uno de ellos tendía necesariamente a extender su poder, incluso en detrimento de partidos y Estados “hermanos”. En consecuencia todos los PPCC, aunque manteniendo la indispensable solidaridad con el resto del movimiento comunista, tenían que adoptar una política independiente para evitar ser manipulados por una razón de Estado ajena. Azcárate proponía desarrollar un nuevo tipo de internacionalismo, basado no en la fidelidad absoluta al PCUS, sino en la igualdad entre los partidos y en la libertad de cada uno de ellos a la hora de elaborar su propia vía nacional al socialismo. La novedad más relevante de las dos intervenciones concernía al análisis de la política interna de los países del socialismo real, dado que, por primera vez, el PCE criticaba explícitamente el modelo vigente en el bloque soviético denunciando, sin más ambigüedades, su degeneración burocrática y su carácter no democrático.

Los soviéticos replicaron a Azcárate con un artículo publicado en 1974 en la revista *Partinaia Jisn*, acusándolo de utilizar los mismos argumentos de los enemigos del socialismo. El artículo terminaba con tono amenazador: «Semejantes intervenciones no sirven a la causa del reforzamiento de la amistad e, incluso, simplemente, al desarrollo de las relaciones normales del PCE con los demás partidos comunistas». ⁵⁹ Desde entonces, el PCUS empezó a financiar secretamente dirigentes del PCE hostiles a Carrillo, en especial a Ignacio Gallego, que sucesivamente fue promotor de la creación del Partido Comunista de los Pueblos de España. ⁶⁰ Dos meses más tarde, el Secretario General del partido español reconocía que, efectivamente, las relaciones con los soviéticos se habían deteriorado, y resumía así la evolución experimentada por la política internacional del PCE:

Durante muchos años el Partido no ha tenido una política internacional propia. [...] Durante largo tiempo, hemos seguido invariablemente al PCUS. [...] ;A partir de qué momento, de qué problemas comenzó a tomar cuerpo entre nosotros la idea

de la necesidad de independencia? [...] A partir del momento en que tomamos conciencia clara de que para abrir la situación en España necesitábamos una política internacional propia. [...] Es decir, la necesidad de independencia surge de nuestra política nacional. ⁶¹

La ruptura definitiva con el PCUS se produjo finalmente durante la etapa eurocomunista, que tuvo su comienzo oficial en la Conferencia de Partidos Comunistas de la Europa Occidental de 1976. El eurocomunismo representó el intento más acabado, por parte de los PPCC de España, Italia y Francia, de elaborar un modelo de socialismo alternativo a los sistemas autoritarios vigentes en los países soviéticos, es decir, un socialismo compatible con los valores de la democracia, del pluralismo y de la libertad. ⁶² El texto principal del eurocomunismo español fue *Eurocomunismo y Estado*, escrito por Carrillo en 1977. ⁶³ Por sus contenidos heterodoxos fue atacado violentamente por la revista soviética *Novoie Vremia*, que acusó al autor de revisionismo, de «promover desde hace años una campaña declarada y grosera contra el PCUS», de rechazar «el comunismo científico creado por Marx y Lenin», y de formular juicios «ofensivos para el pueblo soviético». ⁶⁴ Moscú lanzaba así una definitiva excomunión contra el máximo dirigente de los comunistas españoles.

Con la condena de la invasión de Checoslovaquia, por tanto, el PCE había empezado un recorrido que llegó a convertirlo en lo que, a los ojos de muchos observadores, aparecía como el «Partido comunista más herético del mundo». ⁶⁵ A lo largo de este artículo hemos afirmado que el alejamiento del PCUS tenía como finalidad dotar de mayor eficacia a su política en España, profundizando su línea de reconciliación nacional y favoreciendo su continua búsqueda de alianzas. Efectivamente, ya desde el final de los sesenta el Partido empezó a salir del aislamiento a que estaba sometido por las otras fuerzas de la oposición, incorporándose a varias mesas y plataformas unitarias.

A este resultado contribuyeron, princi-

palmente, dos factores. Uno fue el papel de protagonistas desempeñado por los comunistas en la lucha de masas. El otro fue la mayor credibilidad democrática adquirida por el Partido, precisamente gracias a su condena de la invasión de Checoslovaquia y su consecuente distanciamiento de Moscú. Consideremos, por ejemplo, el caso del PSOE. Si desde el final de la Guerra Civil los socialistas habían rechazado cualquier colaboración con el PCE, juzgándolo como un partido totalitario al servicio del Kremlin, entre el final de los sesenta y el comienzo de los setenta se produjo el progresivo abandono de este anticomunismo radical.⁶⁶ Una de las razones que determinaron este cambio de actitud fue el hecho de que los socialistas, aun con muchas reservas, empezaron a creer que el PCE estaba efectivamente dejando a un lado su dogmatismo, evolucionando en sentido democrático, como quedó probado por «el hecho de haberse enfrentado públicamente por vez primera con Moscú por lo de la invasión de Checoslovaquia»: según el PSOE, este acontecimiento se debía «tener en cuenta favorablemente» a la hora de decidir si establecer contactos con el partido de Carrillo.⁶⁷ Un discurso análogo se puede hacer a propósito de las fuerzas liberales y moderadas que acabaron confluyendo, junto con los comunistas, en la Junta Democrática y en la Platajunta. El nuevo rumbo en política internacional puesto en marcha por el PCE desde 1968, por lo tanto, tiene que ser considerado un elemento que facilitó significativamente la progresiva unidad de la oposición que se realizó en el crepúsculo del franquismo.

La definitiva legitimación del Partido Comunista como actor político democrático se produjo con su legalización, el 9 de abril de 1977. Hasta entonces, la inclusión de los comunistas en el sistema político post-franquista había representado uno de los principales interrogantes durante la primera fase de la Transición. Los que estaban en contra hacían hincapié en la inoportunidad de legalizar un partido “sumiso a la disciplina internacional”, como quedaba precisado

también en la Ley sobre el Derecho de Asociación Política promulgada durante el primer gobierno de la Monarquía. Sin embargo, a la altura de 1977, buena parte de la prensa y de la opinión pública nacional e internacional juzgaba favorablemente la independencia adquirida por el PCE respecto al Kremlin, y la consideraba como una de las piezas claves que daban credibilidad a sus profesiones de fe democrática.⁶⁸ Sobre esta base pudo apoyarse Suárez a la hora de optar por la legalización.⁶⁹ El Sábado Santo Rojo, por lo tanto, difícilmente hubiera sido concebible sin aquella ruptura del “ligamen de hierro” con el PCUS empezada por el PCE nueve años antes.

NOTAS

- 1 Expreso mi plena gratitud hacia el jurado del Premio de Investigadores noveles «Javier Tusell», compuesto por los catedráticos Juan Avilés, Álvaro Soto y Abdón Mateos. Agradezco, también, a Luis Hernando la ayuda recibida en la traducción española de este texto.
- 2 Véase, entre otros: WILLIAMS, Kieran, *The Prague Spring and its aftermath*, Cambridge, CUP, 1997; NAVRÁTIL, Jaromir (ed.), *The Prague Spring 1968*, Budapest, CEU, 1998; ZEMAN, Zbynek, *Prague Spring*, Harmondsworth, Penguin Books, 1969; SKOUG, Kenneth, *Czechoslovakia's lost fight for freedom, 1967-1969*, Westport, Praeger, 1999; GORDON, Harold, *Czechoslovakia's interrupted revolution*, Princeton, PUP, 1984.
- 3 «The Soviet Politburo's Resolution on the Final Decision to Intervene in Czechoslovakia, August 17, 1968», y «Pravda Editorial Justifying the Invasion, August 22, 1968», en NAVRÁTIL, Jaromir (ed.), cit., pp. 376-383, 456-459; DUBCEK, Alexander, *Hope Dies Last*, Nueva York, Kodansha, 1993; KAPLAN, Karel, *Dans les Archives du Comité Central. 30 ans de secrets du bloc soviétique*, París, Albin Michel, 1978.
- 4 Se trata del caso menos estudiado de los tres. El único trabajo que analiza la reacción del PCE basándose en fuentes de archivo es PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en Id. (eds.), *El inicio del fin del mito soviético*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 139-201. Para PCI y PCF: BRACKE, Maud, *Which socialism, Whose détente?*, Budapest, CEU, 2007.
- 5 SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE*, Madrid, FIM, 2004, pp. 19-64. Véase también los trabajos de Francisco Erice, María José Valverde y José Babiano en *Papeles de la FIM*, 24, 2006.
- 6 *Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica al problema español*, junio de 1956, pp. 26, 28, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Documentos, carpeta (carp.) 37.

- ⁷ CARRILLO, Santiago, *Después de Franco, ¿Qué?*, París, Editions Sociales, 1965, p. 107.
- ⁸ TREGLIA, Emanuele, «Quando la religione cessa di essere l'oppio dei popoli: il PCE e i tentativi di avvicinamento ai cattolici negli anni Sessanta», *Spagna Contemporanea*, 35, 2009, pp. 101-117.
- ⁹ LAIZ, Consuelo, *La lucha final*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995.
- ¹⁰ CLAUDÍN, Fernando, *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 52.
- ¹¹ «Sobre los acuerdos del encuentro consultivo de Budapest. Declaración del CE del PCE», *Nuestra Bandera*, 58, II trimestre de 1968, p. 93.
- ¹² Véase, por ejemplo, *Carta a Mariano*, 30-IV-1968, AHPCE, Emigración Política, caja (c.) 96, carp. 3.
- ¹³ ÁLVAREZ, Santiago, «La renovación en Checoslovaquia», *Mundo Obrero*, 15-V-1968.
- ¹⁴ CARRILLO, Santiago, *La lucha por el socialismo, hoy*, París, Editions Sociales, 1968, p. 39.
- ¹⁵ LONGO, Luigi, «È ora di cambiare», *L'Unità*, 28-III-1968, citado en ZASLAVSKY, Victor, «La primavera de Praga: resistencia e resa dei comunisti italiani», *Ventesimo Secolo*, 16, 2008, p. 124.
- ¹⁶ «Al socialismo si aprono nuove possibilità di sviluppo», 7-V-1968, en PCI, *Documenti politici dall'XI al XII Congresso*, Roma, 1969, pp. 461-463.
- ¹⁷ Las actas de la reunión y la carta enviada a Dubcek están reproducidos en NAVRÁTIL, Jaromir (ed.), cit., pp. 212-238.
- ¹⁸ *A los miembros del CC del PCE*, 1969, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ¹⁹ *Apuntes tomados en la reunión del CE con los miembros del CC presentes en París*, 23-VII-1968, pp. 1-2, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²⁰ *Ibidem*, pp. 6, 8.
- ²¹ CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 501.
- ²² *Declaración del CE del PCE*, 14-VIII-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²³ *Al Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética*, 22-VIII-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²⁴ *Declaración del CE del PC de España*, 28-VIII-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²⁵ «La cuestión checoslovaca», *Mundo Obrero*, 15-IX-1968.
- ²⁶ Véase por ejemplo *A los camaradas del CC del PCE*, 8-XI-1968, AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, c. 58; LÍSTER LÓPEZ, Enrique, *Praga, agosto 1968*, Guadalajara, Silente, 2008, p. 249.
- ²⁷ *Entrevista con los camaradas soviéticos el 2 de septiembre. Reservado*, AHPCE, Relaciones Internacionales (RI), jacket (j.) 325. Según Manuel Azcárate, entonces miembro del Comité Ejecutivo del PCE, el PCUS ejerció fuertes presiones en especial manera sobre cinco miembros del Comité Central: Enrique Líster, Eduardo García, Luis Balaguer, Agustín Gómez e Jesús Sainz. AZCÁRATE, Manuel, *Memorias V, A Coruña*, Edicións do Castro, 1994, p. 423.
- ²⁸ *Pleno del CC*, septiembre de 1968, p. 52, AHPCE, Documentos, Plenos.
- ²⁹ *Ibidem*, pp. 23-24.
- ³⁰ El PCF, a pesar de haber expresado su reprobación de la acción de los cinco del Pacto de Varsovia, a partir de la entrevista de sus dirigentes con Breznev, que tuvo lugar en Moscú en noviembre, aprobó la "normalización": LAZAR, Marc, *Maisons Rouges*, París, Aubier, 1992, p. 145.
- ³¹ *Al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética*, noviembre 1968, AHPCE, RI, j. 339.
- ³² El 16 de enero de 1969 Jan Palach, un joven estudiante checoslovaco, se prendió fuego en la Plaza San Wenceslao de Praga: fue un acto extremo de protesta contra la opresión soviética. Murió después de tres días de agonía.
- ³³ *Al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética*, 28-I-1969, AHPCE, RI, c. 142; «¿Qué hay tras la inmolación de Jan Palach?», *Mundo Obrero*, 15-II-1969.
- ³⁴ *Respuesta del PCUS a la carta del CE del PCE de fecha 28 de enero de 1969*, AHPCE, RI, c. 142.
- ³⁵ *Carta al PCUS*, 26-VI-1970, *Carta al PCE por el PCUS*, 2-VIII-1970, AHPCE, RI, c. 142.
- ³⁶ MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 445.
- ³⁷ PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, cit., p. 150.
- ³⁸ *Carta de Eduardo García a Dolores Ibárruri y Carta de Agustín Gómez a Dolores Ibárruri*, 27-VIII-1968, AHPCE, Divergencias, c. 108, carp. 4.
- ³⁹ Para un exhaustivo análisis de la evolución de estas vicisitudes, véase PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, cit., pp. 150-163.
- ⁴⁰ *Ibidem*, pp. 163-171.
- ⁴¹ LÍSTER, Enrique, *Así destruyó Carrillo el PCE*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 193-194.
- ⁴² *Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri*, 14-XI-1968, AHPCE, Dirigentes, c. 30.
- ⁴³ PLA, Nuria, «Juventud: lo pro-soviético y lo anti-soviético», *Nuestra Bandera*, 59, III trimestre 1968, pp. 29-31.
- ⁴⁴ *A los camaradas del CC del PCE*, 8-XI-1968, AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, c. 58.
- ⁴⁵ *Apuntes tomados en ocasión de una reunión del Comité Central*, 18-IX-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ⁴⁶ *Al CC del PCE*, 27-XI-1969, AHPCE, Emigración Política, c. 97.
- ⁴⁷ *Carta de Marcos*, 25-IV-1969, AHPCE, Emigración Política, c. 97.
- ⁴⁸ *Queridos camaradas*, 20-XI-1969, AHPCE, Emigración Política, c. 97.
- ⁴⁹ *Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri*, 14-XI-1968, cit., p. 14.
- ⁵⁰ *Boletín de la DGS*, 26-I-1970, p. 16, Archivo General de la Administración (AGA), MIT, Gabinete de Enlace, c. 467.
- ⁵¹ «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro Partido» *Mundo Obrero*, 31-XII-1968.
- ⁵² *Carta de S. Carrillo a D. Ibárruri*, 1969, AHPCE, Dirigentes, c. 30.
- ⁵³ *Reuniones sobre Checoslovaquia*, 18-I-1970, AHPCE, Emigración política, c. 99.
- ⁵⁴ *Informe de la Oficina de enlace: Crisis del PCE*, 28-I-1969, p. 4, AGA, MIT, Gabinete de Enlace, c. 467.
- ⁵⁵ *Reuniones sobre Checoslovaquia*, 18-I-1970, cit.
- ⁵⁶ «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro Partido», *Mundo Obrero*, 31-XII-1968.
- ⁵⁷ Un ejemplo emblemático de esta ambivalencia fue la conducta adoptada por el PCE en la Conferencia Internacional

- de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969: «Declaración de la delegación del PCE al aprobarse el Documento», *Mundo Obrero*, 5-VII-1969; MARCOU, Lilly, *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Madrid, Siglo XXI, 1981.
- ⁵⁸ AZCÁRATE, Manuel, *Sobre algunos problemas de la política internacional del partido*, 1972, AHPCE, Documentos, VIII Congreso; *Informe de Azcárate al CC del PCE*, 1973, AHPCE, Dirigentes, c. 1.
- ⁵⁹ Artículo publicado en la revista 'Partinaia Jisn', p. 45, AHPCE, Dirigentes, c. 1, carp. 9.
- ⁶⁰ ANDREW, Christopher y MITROKHIN, Vasili, *The Sword and the Shield*, Nueva York, Basic Books, 2001.
- ⁶¹ Informe presentado por S. Carrillo en el pleno del CC, 1974, pp. 36-37, AHPCE, Dirigentes, c. 6.
- ⁶² PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006; MACHIN, Howard (ed.), *National Communism in Western Europe*, Londres, Methuen, 1983; KINDERSLEY, Richard (ed.), *In Search of Eurocommunism*, Londres, MacMillan, 1981.
- ⁶³ CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977.
- ⁶⁴ Dossier. Sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética "Tiempos Nuevos", 1977, pp. 5-19.
- ⁶⁵ FALLACI, Oriana, «Il sangue della Spagna» *L'Europeo*, 10-IX-1975, p. 38.
- ⁶⁶ MATEOS, Abdón, *El PSOE contra Franco*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993.
- ⁶⁷ Circular CE PSOE, 1971, p. 4, Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias, CE PSOE, Circulares, sig. AE-I 17-3.
- ⁶⁸ Véase los numerosos recortes de prensa española e internacional guardados en AHPCE, Documentos, carp. 58. Véase también, por la actitud ambigua de los EEUU: *The Spanish Communist Party Then and Now*, 14-IV-1976, National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files, Spain.
- ⁶⁹ VARELA-GUINOT, Helena, *La legalización del Partido Comunista de España*, Madrid, Juan March, 1990.

LA HISTORIOGRAFÍA FRANCESA SOBRE EL PCF CONTROVERSIAS CIENTÍFICAS Y POLÉMICAS (1964-2010)

Roberto Ceamanos Llorens* (U. de Zaragoza)

Introducción

Tras la caída del bloque soviético, el retroceso de los antiguos partidos comunistas occidentales y la decadencia del marxismo, el ciclo histórico iniciado en Octubre de 1917 ha concluido. No obstante, el comunismo sigue levantando pasiones, especialmente en aquellos países como Francia donde ha tenido una notable relevancia. Indisolublemente asociado a algunos de los principales acontecimientos de su historia, cristalizó en parte de su intelectualidad y modeló el espíritu, el imaginario y el modo de ser de los franceses, edificando una contrasociedad, una organización del espacio y del tiempo que permitió al militante vivir su pasión en el interior de un concreto ámbito ideológico, social y humano.¹ Es por ello que el comunismo, pese a haber perdido su referencia como alternativa de poder, ocupa un lugar preferente en la memoria colectiva de los franceses. Desde sus orígenes militantes hasta el actual debate por imponer una concreta memoria del comunismo francés, pasando por el surgimiento y desarrollo de una historiografía científica, este texto recorre los principales hitos de la historiografía sobre el PCF en un país, como Francia, donde las interpretaciones sobre su pasado comunista son objeto de profundas discrepancias y los debates oscilan, atendiendo a la distinción establecida por Gérard Noiriel, entre la controversia científica y la polémica.²

A la altura de 2010 y en un contexto de creciente irrupción de la historia en la esfera político-mediática, el debate en Francia sobre su pasado comunista constituye uno de los capítulos más importantes del combate por la memoria que, como la Guerra de Argelia y Mayo del 68, mantiene divididos a los franceses. *Pieds-noirs*, *harkis* y nacionalistas argelinos reivindican su particular recuerdo del pasado, al igual que la memoria de Mayo del 68 tiene un significado muy diferente si se pregunta a los trabajadores –fin del pleno empleo y del aumento salarial–, a los estudiantes –liberalización de las costumbres– o a la derecha –período de anarquía que está en el origen de los actuales problemas sociales.³ Estamos ante un claro ejemplo de lo que implica el «uso público de la historia» y las llamadas «guerra de la memoria», en cuanto que el pasado comunista es invocado e interpretado en el presente para servir a unos concretos intereses sociales y políticos.⁴

La historiografía militante sobre el PCF y el comienzo de su estudio científico

El mito de la patria de los trabajadores comenzó a operar tempranamente entre la izquierda francesa. Numerosos simpatizantes, escritores y periodistas franceses visitaron la Unión Soviética, dejando plasmadas por escrito sus experiencias y su visión sobre el experimento bolchevique que comenzó a ejercer una

gran atracción sobre el imaginario colectivo.⁵ Desde entonces, la escritura de la historia del comunismo se convirtió en un útil instrumento de combate político.⁶ Frente a la producción de aquellos comunistas opuestos al modo en que se edificaba la Unión Soviética –Boris Souvarine, André Ferrat o Angelo Tasca–, a la que se añadirá la procedente de los historiadores trotskistas Pierre Broué y Jean-Jacques Marie, la historiografía vinculada al PCF fue hegemónica durante gran parte del siglo XX.⁷ Ésta encontró su modelo en la *Histoire du Parti Communiste Bolchevik de l'URSS* y plasmó su historia oficial en el *Manuel d'histoire du PCF*, planteando una interpretación marxista de la historia que simplificaba los procesos, conectaba la Revolución Francesa –jacobinismo y «babuvismo»– con Octubre de 1917 y privilegiaba los períodos gloriosos del comunismo –Frente Popular y Resistencia– mientras marginaba los asuntos más oscuros –pacto germano-soviético y supeditación del PCF al estalinismo.⁸ Eran los tiempos de la modernización de las estructuras económicas francesas, iniciada en los años veinte y consolidada en los *Trente Glorieuses*, que fortaleció a una clase obrera que participaba e influía en los acontecimientos socio-políticos. El PCF –«parti des fusillés»– logró una notable implantación con un discurso que le situaba como el partido del pueblo, representación lograda en gran medida gracias a la escritura de una historia militante controlada por el propio PCF –disponía del acceso a las fuentes– que proporcionaba las «lecciones» que legitimaban esta estrecha relación.⁹

En los años sesenta se inicia en la sociedad francesa una profunda transformación que se consolidará en las décadas siguientes y que afectará al devenir historiográfico. Como predijo Alain Touraine, comenzó el declive de los partidos de la izquierda tradicional y aparecieron los nuevos movimientos sociales que caracterizarán el surgimiento de la sociedad post-industrial.¹⁰ Gravemente afectada por la crisis económica de mediados de los setenta –aban-

dono de la minería y drástica reestructuración de la metalurgia–, la clase obrera vio reducido su número y experimentó importantes cambios que condujeron a la ruptura de la identificación entre clase obrera y comunismo.¹¹ En lo político, el PCF sufrió duras críticas por su controvertido posicionamiento en la Guerra de Argelia y Mayo del 68, por citar sólo los acontecimientos franceses, y aunque la *Nouvelle Gauche* no logró los resultados esperados, sí fue una muestra evidente del desencanto del pueblo francés con sus tradicionales organizaciones de izquierda.

En este contexto, la historiografía sobre el PCF comenzó a avanzar hacia un modelo más científico a partir de una doble circunstancia: la obra de Annie Kriegel y las controversias surgidas en torno a la misma y, posteriormente, cierta apertura en el seno de la historiografía vinculada al PCF. En 1964, la publicación de la tesis doctoral de Kriegel sobre los orígenes del comunismo francés impulsó su revisión científica y consolidó su estudio en el ámbito universitario al mostrar que el PCF no era sólo un sujeto de la historia sino que también podía ser objeto de la misma si se realizaba un adecuado trabajo de fuentes que diera respuesta a las interrogantes planteadas. Tanto el tema, como el enfoque y sus conclusiones, fueron innovadoras. Novedoso era estudiar el comunismo en la universidad francesa. Poco habitual era también el enfoque político y la rehabilitación del acontecimiento en un período de hegemonía de la historia económica y social y de las largas duraciones. Pero, sobre todo, su importancia radicó en sus conclusiones que colisionaban frontalmente con la historia oficial del PCF. Según Kriegel, este partido era resultado de la inserción de un componente exterior –el bolchevismo ruso– en el socialismo francés y consecuencia directa de una serie de acontecimientos y no del inexorable devenir histórico. El movimiento obrero francés había sufrido graves fracasos electorales (1919) y huelguísticos (1920). Fue entonces cuando optó mayoritariamente en el Congreso de Tours (1920) por un bolchevismo que había

mostrado su capacidad de triunfo y que, a causa de su derrota militar a las puertas de Varsovia, deseaba alcanzar un entendimiento con el movimiento obrero francés. Se trataría, pues, de una clase obrera desorientada que se sentía deslumbrada por el triunfo de la revolución en Rusia. Probablemente, la escisión escenificada en Tours habría tenido lugar. Sin embargo, de no haberse producido estos acontecimientos previos, la división de fuerzas resultante no habría sido favorable al comunismo sino a la «vielle maison». A esta tesis doctoral, Kriegel fue sumando nuevas investigaciones en las que, más allá de la historia, entró de lleno en la sociología y la politología, estableciendo conceptos como la contrasociedad comunista francesa y el sistema comunista mundial que se convirtieron en ejes fundamentales de la investigación, favorecida por la labor realizada desde *Communisme* (1982), publicación fundada por Kriegel y Stéphane Courtois. En conjunto, la obra de Kriegel cuestionaba los principales pilares de la historia oficial del PCF: al vincular los orígenes del comunismo francés al bolchevismo marginaba la tradición socialista, y al supeditarlos a Moscú sin margen de manobra negaba su propia identidad.¹²

Estas formulaciones fueron rebatidas inmediatamente por los historiadores próximos al PCF, originándose una controversia científica que enfrentó a antiguos compañeros de militancia —es conocido que los principales historiadores críticos con el comunismo militaron en el PCF— y que se ha prolongado hasta el presente. La idea de que el surgimiento del PCF era accidental fue una de las principales críticas que se hizo a la obra de Kriegel. Jacques Julliard reconocía que la escisión de Tours había estado condicionada por acontecimientos recientes, pero rechazaba que el nacimiento del PCF fuera un accidente fortuito. Si Kriegel hubiera ampliado su marco cronológico de estudio habría tenido necesariamente que admitir la importancia de atender a las estructuras económicas y sociales. El PCF surgía en Tours, pero las razones de su sólida implantación posterior

en suelo francés necesitaban de una explicación estructural. El comunismo francés no surgía de un acontecimiento al no ser sólo un asunto de política sino también, y en gran medida, una cuestión social y cultural: «c'est un fait de civilisation». ¹³ Esta crítica de Julliard al trabajo de Kriegel ponía las bases del posterior debate científico sobre el PCF al destacar la necesidad de intentar abordar una historia global. Otra de las controvertidas conclusiones de Kriegel era el sometimiento del PCF al Komintern. En su biografía sobre Eugen Fried —delegado de la Internacional Comunista ante el PCF—, realizada junto a su discípulo Courtois, Kriegel insistió en los postulados que había expuesto en *Le Système communiste mondial* donde había destacado la supeditación del PCF a los dictados del Komintern y la instrumentalización por Moscú del antifascismo que, como afirmaba François Furet, no sería sino un instrumento del estalinismo con apariencia democrática. Se rechazaba así la tesis de la autonomía del PCF respecto a la Internacional Comunista que mantenían autores como Serge Wolikow, quien defendía la existencia de una «cuestión francesa» basada en la idea de que el PCF había intentado mantener una identidad propia frente al Komintern y que las relaciones entre ambas organizaciones habían variado a tenor de las diferentes coyunturas políticas. La discusión no era baladí: supeditar al PCF a la Internacional Comunista suponía relacionarlo directamente con el estalinismo y, por lo tanto, hacerlo responsable, aunque fuera indirectamente, de sus crímenes.¹⁴

A la par que se desarrollaban estas controversias, y favorecida por un relativo deshielo permitido por el PCF en las investigaciones de Ciencias Sociales, progresó una historiografía de sensibilidad comunista que buscó distanciarse en sus conclusiones de las directrices del partido y abordar períodos hasta entonces marginados por ser muy sensibles para la memoria comunista. Con el apoyo del Institut de Recherches Marxistes (1979-1995) y su *Cahiers d'histoire* aparecieron los primeros trabajos de

Roger Martelli, Danielle Tartakowsky o Serge Wolikow, y se avanzó hacia una historiografía más científica. Fruto de este ambiente de distensión, se publicaron dos obras colectivas que querían dejar atrás la historia oficial —*Le PCF, étapes et problèmes, 1920-1972*; y *Les communistes et leur stratégie. Réflexions sur une histoire*— y Roger Martelli publicó su *Histoire sincère du PCF*, ambicioso proyecto que abarca el conjunto de la historia del partido pero que encontró las limitaciones propias de un miembro del Comité Central a la hora de abordar el estudio de su propia organización.¹⁵ Destacó también la celebración de varios encuentros científicos que reunieron a investigadores comunistas y no comunistas, algo hasta entonces inhabitual. Así, en octubre de 1983, el Centre de Recherches d'Histoire des Mouvements Sociaux et du Syndicalisme (Université Paris-I), la Fondation Nationale des Sciences Politiques y el Institut d'Histoire du Temps Present organizaron un coloquio sobre un período difícil: los «Années sombres» (1938-1941). En las conclusiones a este encuentro, Jean Bouvier, antiguo militante del PCF y por lo tanto protagonista al tiempo que historiador, resumía bien la dificultad del objeto de investigación: «une ou des histories du PCF?». ¹⁶

En estos momentos se consolidaron dos grandes proyectos universitarios de la historia del movimiento obrero en el que la temática comunista tuvo una notable presencia: la revista *Le Mouvement Social* (1960) y el *Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français (DBMOF)*. Referente imprescindible para conocer la evolución de la historia social francesa, la creación de *Le Mouvement Social* fue un paso fundamental en la transición de la historia militante a la universitaria y de la historia del movimiento obrero a la historia social, mientras que alrededor del *DBMOF*, monumental proyecto biográfico, se configurará una de las principales líneas de investigación sobre el comunismo francés de las últimas décadas: la que abarca desde la biografía hasta la prosopografía a través del estudio de la

biografía colectiva.¹⁷ Este interés por la biografía política explica estudios como los de Jacques Girault sobre Benoît Franchon —figura central del sindicalismo comunista— y de Philippe Robrieux sobre Maurice Thorez.¹⁸ Innovadores fueron los trabajos de Annie Fourcaut que analizó la «banlieue rouge» de Bobigny como espacio donde se forja y mitifica la contrasociedad comunista, las investigaciones de Noëlle Gêrôme y Danielle Tartakowsky sobre la utilización política del espacio público —fiestas y conmemoraciones como expresión de cultura política— y, desde la politología, los estudios de Michel Hastings sobre los caracteres identitarios que, atendiendo a la inserción política y social del comunismo en una pequeña localidad, se interesaba por el modo en que el PCF se legitimó mediante la invención de una tradición local y nacional.¹⁹

Junto a esta producción, las controversias originadas a partir de los trabajos de Kriegel continuaron nutriendo los debates historiográficos. En *Le rouge et le bleu*, Martelli realizó una retrospectiva crítica de la historia del comunismo francés en la que, aunque reconocía el interés de la historiografía comunista por privilegiar unos temas de estudio y marginar otros como el terror estalinista, insistía en el componente francés del comunismo. El Congreso de Tours se inscribiría en la línea de la tradición revolucionaria «a la francesa», mientras que la revolución rusa funcionaría como operador último. El PCF sería un fenómeno propio y el período soviético un elemento exterior.²⁰ Esta controversia enfrentará a profesionales universitarios con una sólida y reconocida trayectoria. Por un lado, los historiadores de militancia o simpatía comunista —según sus detractores— consideran al PCF como una realidad propia y rechazan su alineamiento sin reservas con la Unión Soviética. Por otro, los herederos intelectuales de la obra de Kriegel sostienen que el PCF estuvo sometido al sistema comunista mundial dirigido desde Moscú.²¹

De la controversia científica a la polémica: los libros negros

En estrecha conexión con los debates memoriales en la Francia de los años noventa se publicó *Le Livre noir du communisme*, obra que significó un cambio sustancial en la confrontación científica sobre el comunismo.²² El objeto de estudio se desplazó al comunismo internacional, el interés se centró en su carácter criminal y se realizaron comparaciones que situaron en el mismo nivel al comunismo y al nazismo. La aparición del citado libro consolidó la historia del comunismo en el terreno del «uso público de la historia» y significó el momento más álgido de un debate público no exento de agrias polémicas, si bien las relaciones entre historiadores eran ya tensas con anterioridad a esta publicación. Con motivo del fallecimiento de Kriegel en 1995, *Le Mouvement Social* —en cuya fundación había participado— publicó un texto de Madeleine Réberieux en el que Courtois advirtió veladas críticas a la obra de Kriegel por lo cual envió una carta de protesta a Patrick Fridenson, director de la revista. En ella lamentaba que sólo hubiera referencias al abandono por parte de Kriegel de la militancia comunista y no se mencionaran otras profundas rupturas personales como sus padecimientos durante la Segunda Guerra Mundial por su doble condición de judía y resistente, y su desacuerdo con Mayo de 1968 por la anarquía y demagogia que se había apoderado de la Universidad. Courtois consideraba que Réberieux había incidido en el abandono de la militancia comunista por parte de Kriegel para insinuar que esta circunstancia había influido en su obra, dejando de lado otras rupturas que no interesaba destacar, y concluía afirmando que desde un principio se había intentado desacreditar las investigaciones de Kriegel porque cuestionaban la «histoire sainte» del PCF al poner en entredicho su autonomía respecto a la Unión Soviética.²³

La orientación conservadora que experimentó el mundo político e intelectual francés y el

acceso a nuevas fuentes —procedentes principalmente de la apertura de archivos soviéticos— con un carácter básicamente político y policial favorecieron el desarrollo de una revisión de la historia del comunismo centrada en su carácter represor y criminal.²⁴ Para sus promotores estábamos ante el final de un tabú historiográfico. Para sus detractores se trataba de una «historia policial» del comunismo o, en términos más ideológicos, una historia de vencedores. Aparecieron publicaciones polémicas. Thierry Wolton acusó a Jean Moulin —héroe y mártir de la Resistencia— de ser un agente soviético, Stephen Koch calificó al antifascismo de un montaje soviético y el historiador y disidente checo Karel Bartosek reveló las relaciones entre el régimen checo y los partidos comunistas occidentales y cuestionó la figura de Arthur London, autor de *L'Aveu* (1968) —testimonio de las purgas estalinistas comparado con otras revelaciones de la crueldad estalinista como *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsyn y *Contra toda esperanza* de Nadiezhda Mandelstam.²⁵ Pero la obra que suscitó una mayor polémica fue *Le Livre noir du communisme*. No era éste el primer libro negro. Dos años antes se había publicado en Francia con este mismo título una serie de testimonios y documentos recopilados en los años cuarenta por Ilya Ehrenbourg y Vassily Grossman sobre la Shoah en los territorios polacos y soviéticos ocupados por los alemanes y que no se había publicado hasta entonces a causa de la censura estalinista. A éste se fueron sumando otros libros negros de diferente temática, todos ellos caracterizados por realizar un ataque directo contra su objeto de estudio.²⁶

Le Livre noir du communisme es una obra colectiva sobre los crímenes comunistas en el mundo de factura irregular —destaca el valor del capítulo sobre la represión en la Unión Soviética de Nicolás Werth, uno de los protagonistas del avance en las dos últimas décadas de la investigación sobre el comunismo internacional y en el que ha participado de manera notable la historiografía francesa—, coordinada por Stéphane

Courtois.²⁷ Con un breve pasado maoísta, Courtois había realizado su tesis bajo la dirección de Kriegel sobre el comunismo francés —«Le PCF pendant la guerre»—, temática a la que dedicó sus siguientes investigaciones.²⁸ Desde mediados de los años noventa se interesó por el Komintern y el comunismo en los países del Este. Autor del *Dictionnaire du communisme* —obra que incide en la identificación entre estalinismo y comunismo—, es el principal impulsor de la llamada «historia policial» sobre el comunismo que tiene uno de sus principales jalones en su introducción —«Les crimes du communisme»— a *Le Livre noir du communisme*.²⁹ En ella realizó una serie de afirmaciones que desataron la polémica: estableció como cuestión central de la historia del comunismo su dimensión criminal, ofreció una cifra global de víctimas cuestionada por los especialistas y asimiló el comunismo al nazismo. Ambos habrían cometido crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la Humanidad. La única diferencia radicaría en que el nazismo al perder la guerra tuvo su Nuremberg y desde entonces sus crímenes habían tenido una enorme proyección pública. Por el contrario, los crímenes del comunismo habían quedado ocultos. Courtois condenaba este silencio, sobre todo el académico que atribuía a la mitificación de la idea de revolución y a la aportación soviética a la derrota del nazismo que habría favorecido la legitimación política e intelectual del comunismo.³⁰

La base de estos planteamientos se encuentra en las teorías sobre el totalitarismo —Arendt, Aron, Friedrich o Brzezinski— de gran predicamento durante la Guerra Fría y desarrolladas por los trabajos de Pipes, Malia, Conquest o Shapiro que pretendían superar la oposición entre fascismo y antifascismo y sustituirla por la antítesis entre totalitarismo y democracia. Para ello era fundamental establecer la comparación entre comunismo y fascismo, siendo el terror uno de los denominadores comunes a ambos, pero no el único. Sin embargo, éste se convierte ahora en el eje central de las in-

vestigaciones, dejando en segundo orden otros aspectos importantes —ideología, ejercicio del poder, papel del líder, surgimiento de elites o relación con la sociedad. Fue Ernst Nolte —uno de los protagonistas de la «Disputa de los historiadores» sobre el surgimiento y ascenso del nazismo— quien incidió en la naturaleza criminal del comunismo y lo relacionó por esta vía con el nazismo.³¹ El historiador alemán afirmaba que la denominada guerra civil europea se había iniciado, no con la Gran Guerra, sino con el triunfo bolchevique de 1917, y posteriormente se había acentuado con la creación del Komintern. Pero la responsabilidad bolchevique iba, según Nolte, mucho más allá. La barbarie nazi habría surgido en Alemania como reacción al «genocidio de clase» y al «barbarismo asiático» bolchevique. Si a ello sumamos la idea de que gran parte de los bolcheviques eran de origen judío, Nolte llegaba a la conclusión de que la Shoah era una «reacción exagerada» ante la amenaza soviética. La terrible experiencia del Gulag explicaba Auschwitz.³²

En Francia, Furet —parcialmente— y Courtois retomaron los posicionamientos de Nolte a la hora de subrayar el carácter criminal del comunismo. A mediados de los años noventa, y prácticamente al mismo tiempo, aparecían dos obras fundamentales en la interpretación del comunismo como un fenómeno esencialmente criminal: *La tragédie soviétique*, de Malia, y *Le Passé d'une illusion*, de Furet, quien interpretaba el terror como el instrumento y el precio pagado por una «ilusión», la comunista, que había pretendido dominar el mundo, y convertía a la represión en el denominador común de las fases más radicales de la Revolución Francesa y de la Revolución Bolchevique.³³ Sin embargo, Courtois fue más allá en su introducción a *Le Livre noir du communisme* al situar al comunismo en pie de igualdad con el nazismo, relativizar los crímenes nazis que quedaban, al menos cuantitativamente, en un segundo lugar —20 millones de muertos frente a los 100 millones de víctimas del comunismo según estimaciones del propio

Courtois— y relacionar el genocidio de «raza» nazi con el genocidio de «clase» comunista.³⁴

Estas comparaciones generaron una gran polémica en Francia. De inmediato surgió de la izquierda una tentativa de respuesta: *Le Livre noir du capitalisme*. Con un éxito comercial mucho menor al que ideológicamente pretendía dar respuesta, relataba los crímenes del capitalismo, entendido éste como un concepto amplio y discutible —esclavitud, colonialismo, guerras, hambrunas, nazismo, etc.— y cifrando también a sus víctimas en 100 millones.³⁵ De mayor entidad fueron las discrepancias expresadas por varios de los coautores del *Livre noir du communisme*, quienes manifestaron su desacuerdo con el prefacio de Courtois. Fue el caso de Karel Bartosek y Nicolas Werth que negaron las cifras ofrecidas por Courtois, rechazaron analizar el comunismo atendiendo solamente al aspecto represor y criticaron la comparación entre comunismo y nazismo. En esta dirección, Marc Lazar —historiador y sociólogo político que junto a Courtois había sido uno de los pilares del equipo «kriegélien» de *Communisme*— consideraba que el fenómeno comunista no se podía explicar a partir de un único criterio. Moscú había marcado el ritmo a muchos partidos comunistas, pero las tradiciones sociales, culturales y políticas de cada país hacían necesario hablar de comunismos. Afirmaba que era razonable exigir responsabilidades por los crímenes del comunismo al igual que había sucedido con las barbaries nazis, pero se oponía a asimilar genocidio de «clase» y de «raza» y a equiparar un régimen localizado en un país y con apenas una década de existencia con otro de mayor amplitud en el espacio y en el tiempo. Comparar nazismo y comunismo restaba especificidad a la crueldad nazi.³⁶ Para Marc Ferro, la comparación perdía congruencia por la distinta naturaleza de las sociedades alemana y rusa, y la diferente relación entre éstas y sus respectivos regímenes —el nazismo se había apoyado en las elites tradicionales, mientras que los comunistas habían destruido la sociedad que les había antecedido—, mientras que Nico-

las Werth y Philippe Burrin, en una exposición paralela sobre la labor del dictador, las modalidades de violencia política y las reacciones sociales a la dominación ideológica, insistieron en las diferencias que separaban al comunismo del nazismo.³⁷

No obstante, a pesar de estas discrepancias y de un total rechazo por parte de la intelectualidad de izquierdas, el éxito comercial de *Le Livre noir du communisme* fue notable. Con inusitada rapidez se tradujo a numerosos idiomas —en España por un equipo dirigido por César Vidal, y con una reciente reedición—, circunstancia que se explica, además, por su instrumentalización política. De estas traducciones, interesa destacar la italiana y la estadounidense. La primera por hallarse todavía reciente la controversia provocada por la última obra de Renzo De Felice —*Rosso e nero*— en la que se planteaba cierta rehabilitación del fascismo y se cuestionaba la legitimación del «mito» de la Resistencia. La de los Estados Unidos por la buena acogida que tuvo en un país donde el neoconservadurismo celebraba la elección de George W. Bush. En su prólogo, Malia afirmaba que mientras existieran derechas e izquierdas habría una doble moral que actuaría pese a lo documentados que estuvieran los acontecimientos. Así sucedía con la interpretación del comunismo al que atribuía el trágico mérito de haber provocado las mayores matanzas políticas de la historia.³⁸

Pero *Le Livre noir du communisme* no estaba concebido como un libro aislado sino, por el contrario, como el núcleo inicial de un ambicioso proyecto que ha venido desarrollándose posteriormente, y fueron precisamente estas traducciones las que proporcionaron nuevos crímenes a Courtois para dirigir una segunda obra colectiva, ésta de menor proyección mediática: *Du passé faisons table rase! Histoire et mémoire du communisme en Europe*. Con este simbólico título tomado de *La Internacional*, esta obra es una prolongación del *Livre Noir* consagrada básicamente a la Europa del Este —se nutre de las introducciones que abordaban los

crímenes del comunismo en el país a cuya lengua se traducía la obra. A los capítulos sobre los crímenes comunistas en Alemania, Bulgaria, Rumanía y Estonia se suman un capítulo sobre el comunismo italiano y otro sobre el griego, y un primer y amplio capítulo de Courtois sobre las reacciones que ha provocado *Le Livre noir* en el que manifiesta que la mitificación del comunismo es la causa de la ceguera de la intelectualidad progresista francesa que se niega a reconocer las ruinas políticas, sociales y económicas causadas por el comunismo.³⁹

En realidad, no dejamos atrás la historia del PCF. El eje se desplaza hacia el comunismo internacional, pero uno de los principales objetivos de los historiadores que inciden en este enfoque es el partido francés. Incriminando al comunismo internacional se incrimina también al PCF. Un paso más en esta dirección es la más reciente acometida que fuerza aún más la centralidad del Terror como denominador común: *Le livre noir de la Révolution Française*, obra dirigida directamente contra la Revolución Francesa en busca de un ajuste de cuentas con la historiografía social, jacobina o marxista hegemónica hasta la celebración del Bicentenario de la Revolución en 1989. Es nuevamente Furet el referente historiográfico en esta revisión historiográfica a la que contribuyó con notables aportaciones como la «Revolución de las élites» y la teoría del «Dérapage», atacando a la historiografía marxista en su misma línea de flotación: los acontecimientos revolucionarios desencadenados en 1789 y en 1917 no eran comparables por ser luchas liberadoras –Mathiez había afirmado que jacobinismo y bolchevismo eran dos dictaduras surgidas de una guerra civil y exterior para mejorar la sociedad universal, objetivo que justificaba el uso de la violencia–, sino por recurrir al Terror. Las atrocidades bolcheviques tendrían su precedente en el terror revolucionario de 1793. Como afirmaba Hobsbawm, la revisión liberal de la historia de la Revolución francesa estaba dirigida, vía 1789, contra 1917. Esta condena se extendía al régimen surgido de la Revolución

Bolchevique –la Unión Soviética– y alcanzaba al PCF por su sometimiento a Moscú.⁴⁰

Pero más que con Furet y la historiografía conservadora, *Le livre noir de la Révolution Française* se identifica mejor con el sector contrarrevolucionario, interesado en centrar en la represión la investigación sobre la Revolución –especialmente en la insurrección antirrevolucionaria de la Vendée calificada por Reynald Secher de genocidio «franco-français»– y que encontró en Pierre Chaunu a su principal impulsor.⁴¹ Este nuevo libro negro reivindica a autores hostiles a la Revolución como Bainville y Gaxotte, hasta entonces marginados por la tradición historiográfica republicana. Parte de la premisa de que el Terror no fue necesario ni pasajero sino una característica sustancial de la Revolución que inauguró trágicamente un ciclo que conmocionó la historia europea hasta bien avanzado el siglo XX. El bolchevismo retomará el Terror como medio para obtener y permanecer en el poder, y lo extenderá a todos los ámbitos. Su objetivo era aterrorizar al enemigo político y es por ello que es posible compararlo con el nazismo. Bolcheviques y nazis buscarían crear una atmósfera de miedo, propósito que estaría en el origen del comportamiento de los terroristas, argumentación que ha originado nuevas polémicas.⁴²

Aunque estos planteamientos obtuvieron muy buena acogida en los medios más conservadores, la mayor parte de la opinión pública y de los especialistas se mostraron contrarios a esta interpretación de la Revolución Francesa, especialmente quienes dirigen los principales baluartes académicos de esta materia. Jean-Clément Martin –profesor emérito de Historia de la Revolución Francesa en la Université Paris I-Panthéon-Sorbonne y antiguo director del Institut d'Histoire de la Révolution Française– ha calificado a este nuevo libro negro de crítica católica a la Revolución. Considera que ofrece una visión maniquea de católicos y revolucionarios ateos, olvidando la riqueza de matices que la caracterizó, y postula la necesidad de con-

trabajar estos trabajos con estudios sobre cultura, política y religión. La respuesta debe ser el trabajo científico y la divulgación de sus resultados. Es representativa de este sentir la opinión de Hervé Leuwers —redactor jefe de los *Annales historiques de la Révolution Française*— quien lamenta que la Revolución Francesa se presente como «la madre» de los totalitarismos y de los genocidios, llegando a verse en Saint-Just el anuncio del fascismo. Al preguntarse por el motivo de la publicación de este nuevo libro negro, Leuwers incide en que, además de razones de mercado, su aparición es consecuencia de las tensiones memoriales que atraviesa Francia a principios del siglo XXI.⁴³

El comunismo como realidad compleja y plural: el recurso a la interdisciplinariedad y al estudio comparado

La respuesta al proceso de criminalización del comunismo no tardó en llegar de la mano de un colectivo de especialistas que publicó *Le Siècle des Communismes* en las Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières, editorial surgida del catolicismo social que ha apoyado numerosas empresas de la historiografía progresista.⁴⁴ Fruto del trabajo de un equipo internacional integrado por historiadores, politólogos y sociólogos, *Le Siècle des Communismes* abordaba el fenómeno comunista cuestionado en su globalidad. Rechazaba el análisis de Furet en *Le Passé d'une illusion* y lamentaba la aproximación criminológica de *Le Livre Noir du communisme*. Como fenómeno complejo y plural insertado en una gran variedad de contextos y condicionamientos, el comunismo se había caracterizado por sus contradicciones y extraordinaria diversidad. No se podía hablar de comunismo sino, en plural, de comunismos. Atender tan sólo a la violencia practicada en nombre del comunismo dejaba muchas interrogantes en el aire y olvidaba su participación en los avances sociales, las luchas liberadoras y el acceso de las clases populares a la participación política. Esta obra representaba

a un sector de la historiografía francesa sobre el comunismo —acusado por sus detractores de simpatizar con su objeto de estudio— que se movilizó contra lo que Wolikow consideraba una visión simplista que conducía a una lectura teleológica retrospectiva de la actividad del comunismo y cuyo aspecto más caricaturesco sería la reducción de la acción de la Internacional Comunista a una actividad criminal. Frente a esta «historia policial», Wolikow proponía una historia social renovada del Komintern que, a partir de la apertura de archivos, se interesase por una visión global de esta organización que profundizara en su doctrina, estructuras, relación con sus secciones, prosopografía y cultura política, forjada esta última a través de la prensa y de las escuelas de formación. Todo ello, permitiría comprender las estrechas y complejas relaciones, a la vez de sujeción pero también de independencia, entre el Centro y sus secciones nacionales.⁴⁵

Se proponía, ya para la historia del PCF, una historia social de lo político, esto es, un análisis de aquellos aspectos en los que la sociedad francesa se vio influida por el comunismo. Se trataba de reivindicar una aproximación plural que, realizando estudios interdisciplinares, abordara la herencia social, política y cultural del comunismo y contactara con otras historiografías con el objetivo de comparar el caso francés con otros espacios. Este deseo por aprehender la dimensión social del PCF tenía un amplio recorrido —cultura política, representaciones, estructuras, movimientos sociales, enseñanza, municipalidades, biografía individual y colectiva, implantación, relaciones sociales, etc.— y, aunque mantenía el interés por los períodos tradicionalmente privilegiados por la pasada historiografía militante —Frente Popular, antifascismo, intelectualidad, Resistencia, anticolonialismo o lucha por los derechos de los obreros—, se replanteaba nuevas cuestiones como las relaciones del PCF con la población, cuestionando la relación determinista que se había establecido entre partido y clase obrera y que situaba al PCF como representan-

te ideal de los obreros. Éste había jugado un papel fundamental entre los obreros, pero se debía atender también a la influencia de otras fuerzas de izquierda —léase reformismo— e incluso conservadoras.⁴⁶

Esta historiografía ha apostado por un trabajo colectivo que se viene realizando desde varios polos de investigación entre los que destacan el Centre d'Histoire Sociale du XX^e siècle y el Institut d'Histoire Contemporaine de la Université de Bourgogne. Desde ambos ámbitos se desarrolla una intensa actividad investigadora en estrecha relación con otras instituciones francesas y extranjeras, labor difundida cada día con mayor frecuencia a través de Internet.⁴⁷ El Centre d'Histoire Sociale du XX^e Siècle, con una larga trayectoria a sus espaldas —fundado originariamente como Centre d'Histoire du Syndicalisme (1966)—, reúne a un equipo de historiadores interesados por la historia del comunismo, especialmente del PCF, que constituyeron una parte sustancial de los promotores de *Le siècle des communismes* y que lleva a cabo una notable labor de investigación y difusión. Desde finales de los años noventa este centro organiza el seminario «Territoires et militants communismes: approches plurielles et comparées», fundado por Jacques Girault, Claude Pennetier, Bernard Pudal y Bruno Groppo. Este seminario fomenta la investigación comparada e interdisciplinar del comunismo. Se interesa por la implantación comunista en Francia —campo tradicional en la historiografía sobre el PCF y en el que viene trabajando desde los años setenta Girault y sobre el que realizó su tesis de Estado Jean-Paul Brunet—, por la sociología de la militancia comunista —el politólogo Pudal analizó como el PCF se constituyó en el imaginario social como la representación política de la clase obrera y ha trabajado, a partir de las autobiografías comunistas, la prosopografía de las élites— y por la represión, tema que anteriormente se abordaba con amplias reticencias.⁴⁸ Gran atención se concede a la biografía política que se ha renovado con el estudio de las representaciones e imágenes de

los líderes, y que ha permitido una relectura de muchos episodios de la historia del PCF.⁴⁹ En el campo de la biografía colectiva se encuadran los últimos resultados del *DBMOF* y, en relación con esta pujante biografía colectiva, destaca la publicación de un diccionario biográfico sobre el Komintern que supone una aproximación histórica renovada de la III^a Internacional que combina la clásica historia de las organizaciones con un estudio del perfil de sus militantes.⁵⁰

Desde la Universidad de Bourgogne se insiste en el estudio interdisciplinar de la historia del PCF —principalmente en la relación entre historia y sociología— y se profundiza en la aproximación biográfica, la perspectiva comparativa y el estudio de los nuevos archivos. Sobre este aspecto, Dijon colabora en un ambicioso programa para hacer accesible la mayor parte de los archivos del Komintern y organiza el seminario «Archives et sources du communisme. Regards croisés: chercheurs, acteurs et archivistes», bajo la dirección científica de Wolikow y Jean Vigreux y la secretaría científica de Alexandre Courban, autor de una notable tesis sobre *l'Humanité*. El objetivo de este seminario es avanzar en una historia documental del PCF que sirva para abordar con garantías científicas la historia del partido y un estudio comparado con otros partidos comunistas, en especial el PCI.⁵¹ Este afán comparativo preside la obra colectiva *Cultures communistes au XX^e siècle* que, con impronta francesa —dirección de Wolikow y Vigreux—, analiza diferentes épocas y espacios geográficos afectados por el comunismo internacional, abordando la relación de los diferentes comunismos —leninismo, trotskismo, estalinismo, maoísmo y eurocomunismo— con la guerra, los movimientos por la paz y la idea de modernidad que, al influir en la doctrina, organización, estrategias y prácticas militantes, contribuyeron a modelar el comunismo como una realidad compleja y plural.⁵²

Pese a esta notable labor investigadora, la historiografía francesa referida al PCF ha visto notablemente reducida su producción, concen-

trándose los artículos sobre el mismo en revistas especializadas –*Communisme*– en detrimento de su publicación en revistas generales de historia. Ello se ha debido tanto a la reducción de la influencia comunista en la sociedad francesa, como a la evolución experimentada por la historiografía de lo político hacia lo cultural. Se trata no sólo de un saludable reequilibrio que ha permitido una producción sobre el PCF más proporcionada en relación con el conjunto del espectro político francés, sino de una oportunidad para emprender una renovación que haga más hincapié en lo social y cultural frente a enfoques políticos ya cultivados. En este sentido, Laird Boswell indica que se podría profundizar en el estudio de la antropología para mostrar la diversidad geográfica y cultural del PCF; avanzar en la idea del comunismo francés como religión secularizada, centrando las investigaciones en sus rituales, conmemoraciones, textos sagrados, santos y fieles; superar la idea del PCF como el partido exclusivamente de obreros urbanos y analizar la fuerza comunista en el mundo rural; y ahondar en la aproximación comparativa.⁵³

Para finalizar, las razones que explican la decadencia del PCF despiertan el interés de historiadores, sociólogos y politólogos. Son conocidas las causas estructurales –desaparición de los sectores industriales en los que el partido estaba sólidamente implantado– e internas –excesiva burocratización y control interno– de un proceso acelerado que Marie-Claire Lavabre y François Platone exponen en *Que reste-t-il du PCF?* donde reflexionan sobre los espacios públicos –antiglobalización, exclusión social, etc.– que el partido podría reconquistar sin temor a la competencia de un Front National que se ha hecho un importante espacio entre los obreros. Pero también se quiere explicar esta decadencia desde la sociología histórica. Comprender cómo, en un contexto de profundas transformaciones sociales, se ha producido la crisis y desaparición de la contrasociedad comunista. El politólogo Julian Mischi, quien ha indagado en la sociabilidad comunista –plasmada en células de empresa,

organizaciones vecinales y en un notable poder sindical y municipal– explica el fin de la influencia social del PCF por los cambios en las prácticas sociales, principalmente por el aumento del individualismo. Bernard Pudal apunta otras razones como el hecho de que la militancia comunista fuera un modo de promoción social que el desarrollo de la educación secundaria ya no haría necesario, y en su reciente *Un monde défait* concluye en la necesidad de dejar atrás el comunismo fundado en Octubre de 1917 y reivindicar el valor del comunismo como experiencia promotora de progreso.⁵⁴

Conclusiones

La escritura de la historia del PCF quedó inicialmente reservada a los historiadores comprometidos con el partido que era, no lo olvidemos, quien tenía la llave de los archivos. Desde los años sesenta esta situación comenzó a cambiar. La historiografía francesa sobre el PCF transitó hacia una historiografía más científica y universitaria, evolución a la que no fue ajena la progresiva y profunda modificación de las relaciones entre el PCF y la sociedad francesa. Entre los historiadores comunistas, o próximos al mismo, surgió el deseo de trabajar con mayor libertad, mientras que se consolidó una historiografía de procedencia no comunista que, partiendo de la trayectoria iniciada por Kriegel y continuada por Furet, realizó una revisión de la historia del PCF y amplió la investigación desde el comunismo francés al internacional con el propósito de mostrar los vínculos entre ambos. A partir de estas investigaciones –aunque centrada ahora principalmente en la idea del Terror– se emprendió la actual ofensiva historiográfica de carácter liberal conservador que, gracias a una auténtica revolución en las fuentes, pretende ajustar cuentas con la historiografía y la política comunistas. Frente a este posicionamiento, un sector progresista de la historiografía se ha preocupado por avanzar en el estudio del comunismo a través de un estudio interdisciplinar

del mismo. Su propuesta, sin dejar de insistir en el enfoque político, profundiza en las relaciones del comunismo francés con la sociedad y en la perspectiva comparada. Todas estas investigaciones reflejan la controversia existente en Francia a la hora de escribir la historia del PCF. Es una «guerra de la memoria» que afecta plenamente al debate sobre el «uso público de la historia» y que ha supuesto un indudable revulsivo para la investigación de un tema que, de otro modo, estaría en decadencia por su desconexión con las preocupaciones actuales de la sociedad.

NOTAS

- * El autor participa en el proyecto HAR2009-07784 (2010-2012), financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.
- 1 LAZAR, Marc, *Le Communisme, une passion française*, Paris, Perrin, 2002.
 - 2 NOIRIEL, Gérard, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 43, 45, 47-48 y 48n. Primeras aproximaciones a algunos de los aspectos aquí tratados en Roberto CEAMANOS: «El uso de la historia en el espacio público francés. El debate sobre la historia del comunismo», en FORCADELL, Carlos et al. (eds.), *Usos públicos de la Historia y políticas de la memoria. VI Congreso de la AHC*, Zaragoza, PUZ, 2004, pp. 91-106; «La construcción de las identidades políticas: el comunismo francés», en BERAMENDI, Justo y BAZ, M.^a Xesús (coords.), *Memoria e identidades. VII Congreso da AHC*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago, 2004, CD-ROM; e «Intelectualidad y comunismo: el caso de los historiadores franceses», en BUENO, Manuel et al. (coord.), *I Congreso sobre la historia del PCE (1920-1977). T. I*, Madrid, FIM, 2007, pp. 71-82.
 - 3 Para el caso italiano, AGOSTI, Aldo, «L'età dell'oro della storiografia sul Partito Comunista Italiano (1960-1989)», *Revista de Historia Actual*, 6 (2008), pp. 103-113. HARBI, Mohammed y STORA, Benjamin, *La guerre d'Algérie*, Paris, Hachette, 2004. LE GOFF, Jean-Pierre, *L'heritage impossible*, Paris, La Découverte, 1998.
 - 4 PASAMAR, Gonzalo, «Los historiadores y el 'uso público de la historia': viejo problema y desafío reciente», *Ayer*, 49 (2003), pp. 221-248. ERICE, Francisco, *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo, Eikasa, 2009. Para el caso italiano, FLORES, Marcello, «Le débat italien sur le communisme entre chronique et histoire», *Matériaux pour l'histoire de notre temps. Historiens et usages publics du passé. Allemagne, Italie, Russie*, 68 (2002), pp. 46-50.
Mientras las fuerzas conservadoras aprobaban una condena internacional de los crímenes perpetrados por regímenes comunistas (Resolución del 25 de enero de 2006 de la asamblea del Consejo de Europa), Vittorio Foa condenaba el pesar de la izquierda al lamentar el auge de un anticomunismo que, a su entender, agredía directamente a la memoria comunista en lugar de realizar una adecuada investigación histórica. FOA, Vittorio, *Le silence des communismes*, Paris, L'Arche, 2007.
 - 5 La construcción y recepción en Francia del mito comunista a partir del conocimiento directo de la experiencia bolchevique es una fecunda línea de investigación: KUPFERMAN, Fred, *Au pays des Soviets. Le voyage français en Union Soviétique, 1917-1939*, Paris, Gallimard, 1979; COEURÉ, Sophie, *La grande leueur à l'Est: les Français et l'Union Soviétique*, Paris, Seuil, 1999; HOURMANT, François, *Au pays de l'avenir radieux. Voyages des intellectuels français en URSS, à Cuba et en Chine populaire*, Paris, Aubier, 2000; y MAZUY, Rachel, *Croire plutôt que voir? Voyages en Russie soviétique, 1919-1939*, Paris, Odile Jacob, 2002.
 - 6 «Los orígenes de la historia del movimiento obrero francés: la historia como instrumento de legitimación política», en CEAMANOS, Roberto, *Militancia y Universidad. La construcción de la historia obrera en Francia*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2005, pp. 21-80.
 - 7 SOUVARINE, Boris, *Staline. Aperçu historique du bolchevisme*, Paris, Plon 1935. BROUÉ, Pierre: *Histoire de l'Internationale communiste, 1919-1943*, Paris, Fayard, 1997; y *Communistes contre Staline. Massacre d'une génération*, Paris, Fayard, 2003 (*Comunistas contra Stalin. Masacre de una generación*, Málaga, Sepha, 2008). MARIE, Jean-Jacques: *Les Peuples déportés d'Union soviétique*, Bruxelles, Complexe, 1995; *Le Trotskysme et les trotskystes*, Armand Colin, 2004 (*El trotskismo y los trotskistas*, Madrid, Partido Obrero Socialista Internacionalista, [2005]); y *L'antisémitisme en Russie, de Catherine II à Poutine*, Paris, Tallandier, 2009. MARIE es también autor de la trilogía: *Trotsky*, Paris, Éditions Autrement, 1998 (*Trotsky. Revolucionario sin fronteras*, México, FCE, 2009); *Staline*, Paris, Fayard, 2003 (*Stalin*, Madrid, Palabra, [2003]); y *Lénine*, Paris, Baland, 2004 (*Lenin*, Madrid, POSI, [2008]).
 - 8 COMMISSION DU COMITÉ CENTRAL DU PC(b) DE L'URSS, *Histoire du Parti Communiste Bolchevik de l'URSS*, Moscú, Éditions en langues étrangères, 1939 (versión rusa original en 1938). COMMISSION D'HISTOIRE AUPRÈS DU COMITÉ CENTRAL DU PCF, *Manuel d'histoire du PCF*, Paris, Éditions Sociales, 1964.
 - 9 Sobre la construcción de representaciones y del imaginario comunista, LAZAR, Marc: «Le mineur de fond: un exemple de l'identité du PCF», *Revue française de science politique*, vol. XXXV, 2 (avril, 1985), pp. 190-205; y «Damné de la terre et homme de marbre. L'ouvrier dans l'imaginaire du PCF du milieu des années trente à la fin des années cinquante», *Annales. ESC*, 5 (septembre-octobre, 1990), pp. 1071-1096.
 - 10 TOURAINE, Alain: *Sociologie de l'action*, Paris, Seuil, 1965 (*Sociología de la acción*, Esplugas de Llobregat, Ariel, [1969]); y *La société post-industrielle*, Paris, Société Nouvelle des Éditions Gauthier, 1969 (*La sociedad postindustrial*, Barcelona, Ariel, 1973).
 - 11 MICHELAT, Guy y SIMON, Michel, *Les ouvriers et la politique. Permanence, ruptures et réalignements*, Paris, Presses de Sciences Po, 2004.
 - 12 KRIEGER, Annie: *Les internationales ouvrières (1864-1943)*, Paris, PUF, 1964 (*Las internacionales obreras*, Madrid, Mo-

- vimiento Cultural Cristiano, [1998]); 1920. *Le congrès de Tours. Naissance du parti communiste français*, Paris, Julliard, 1964; *Aux origines du Communisme français (1914-1920)*. Contribution à l'histoire du mouvement ouvrier français, Paris, Mouton, 1964; *Les communistes français 1920-1970. Essai d'éthnographie politique*, Paris, Seuil, 1968 (Los comunistas franceses, Madrid, Villalar, 1978); *Les Grands Procès dans les systèmes communistes. La pédagogie infernale*, Paris, Gallimard, 1972 (Los grandes procesos en los sistemas comunistas. La pedagogía infernal, Madrid, Alianza Editorial, 1984); *Communismes au miroir français*, Paris, Gallimard, 1974; y *Le Système communiste mondial*, Paris, PUF, 1984. Sus memorias en: *Ce que j'ai cru comprendre*, Paris, Robert Laffont, 1991. «Annie Kriegel», en CEAMANOS, Roberto, *Militancia...*, op. cit., pp. 110-114.
- ¹³ JULLIARD, Jacques, «Travaux universitaires. Annie Kriegel: Histoire du mouvement ouvrier français, 1914-1920. Aux origines du communisme français, Paris-La Haye, Mouton, 1964», *Le Mouvement Social*, 50 (janvier-mars, 1965), pp. 121-127. Una selección de textos de autores comunistas y no comunistas que permite contrastar sus divergencias en BRUNET, Jean-Paul, *L'enfance du parti communiste (1920-1938)*, Paris, PUF, 1972.
- ¹⁴ KRIEDEL, Annie y COURTOIS, Stéphane, *Eugen Fried, le grand secret du PCF*, Paris, Seuil, 1997. «La cultura antifascista», FURET, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, FCE, 1995, pp. 306-359 (*Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, Paris, R. Laffont, 1995). Tesis de Estado de Serge WOLIKOW: «Le PCF et l'Internationale Communiste, 1925-1933», Université Paris VIII, 1990. *Id.*, «La question française dans l'Internationale Communiste», en *Id.* y CORDILLOT, Michel, *Prolétaires de tous les pays, unissez-vous? Les difficiles chemins de l'Internationale Communiste*, Dijon, EUD, 1993, pp. 107-127.
- ¹⁵ BOURDERON, Roger; BURLLES, Jean; GIRAULT, Jacques; MARTELLI, Roger; ROBERT, Jean-Louis; SCOT, Jean-Paul; TARTAKOWSKY, Danielle; WILLARD, Germaine; y WOLIKOW, Serge, *Le PCF, étapes et problèmes, 1920-1972*, Paris, Éditions sociales, 1981. BURLLES, Jean; MARTELLI, Roger; y WOLIKOW, Serge, *Les communistes et leur stratégie. Réflexions sur une histoire*, Paris, Éditions Sociales, 1981. MARTELLI, Roger, *Communisme français. Histoire sincère du PCF, 1920-1984*, Paris, Messidor-Éditions Sociales, 1984. TARTAKOWSKY, Danielle, «L'historiographie du parti communiste français, nouveau bilan», *Cahiers d'histoire de l'Institut de Recherches marxistes*, 23 (1985), pp. 81-90.
- ¹⁶ Este coloquio fue publicado en AZÉMA, Jean-Pierre; PROST, Antoine; y RIOUX, Jean-Pierre (dir.), *Le Parti communiste français des années sombres, 1938-1941*, Paris, Seuil, 1986.
- ¹⁷ MAITRON, Jean y PENNETIER, Claude (dir.), *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, Paris, Éditions de l'Atelier, 1964-1997, 43 vols. CORDILLOT, Michel; PENNETIER, Claude; y RISACHER, Jean (dir.), *Biographies nouvelles. 1789-1939* (t. 44). CEAMANOS, Roberto: *De la historia del movimiento obrero a la historia social. L'Actualité de l'Histoire (1951-1960) y Le Mouvement Social (1960-2000)*, Zaragoza, PUZ, 2004; y «De la biografía individual a la prosopografía: el Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français», *Ayer*, 56 (2004), pp. 245-267.
- ¹⁸ GIRAULT, Jacques, *Benoît Frachon: communiste et syndicaliste*, Paris, Presses Sciences Politiques, 1989. ROBRIEUX, Philippe, *Maurice Thorez. Vie secrète et vie publique*, Paris, Fayard, 1975. ROBRIEUX estudió también la política interna del PCF: *Histoire intérieure du Parti communiste*, 4 tomes, Paris, Fayard, 1980-1984.
- ¹⁹ FOURCAUT, Annie, *Bobigny. Banlieue rouge*, Paris, Éditions Ouvrières/FNSP, 1986. GÉRÔME, Noëlle y TARTAKOWSKY, Danielle, *La Fête de l'Humanité: culture communiste, culture populaire*, éditions Messidor et Éditions Sociales, Paris, 1988. Con anterioridad, *Id.*: *Les premiers communistes français: formation des cadres et bolchevisation*, FNSP, Paris, 1980; y *Une histoire du PCF*, Paris, PUF, 1982. HASTINGS, Michel, *Halluin la Rouge, 1919-1939. Aspects d'un communisme identitaire*, Villeneuve d'Ascq, PU de Lille, 1991.
- ²⁰ MARTELLI, Roger, *Le rouge et le bleu. Essai sur le communisme dans l'histoire française*, Paris, Éditions de l'Atelier, 1995. Posteriormente, en *Le communisme est un bon parti* (Paris, La Dispute, 2003), MARTELLI rechazará nuevamente que el comunismo francés hubiera sido una simple copia del sistema soviético. Animador de la revista de los refundadores comunistas, *Futurs*, Martelli defiende la refundación del PCF con una nueva identidad basada en objetivos más cercanos a las preocupaciones de los ciudadanos. MARTELLI, Roger, *Communisme, pour une nouvelle fondation*, Paris, Syllepse, 2000.
- ²¹ COURTOIS, Stéphane y MARTELLI, Roger, «Où en est l'histoire du PCF?», *Le Débat*, 31 (septembre, 1984), pp. 148-177.
- ²² Sobre los debates y leyes memoriales consultar la página web de la asociación Liberté pour l'Histoire, www.lph-asso.fr/ [Consulta: 28 de agosto de 2010] y NORA, Pierre y CHANDERNAGOR, Françoise, *Liberté pour l'histoire*, Paris, CNRS Éditions, 2008.
- ²³ La carta de Courtois y la respuesta de Fridenson en: CEAMANOS, Roberto, *De la historia...*, op. cit., pp. 177-181.
- ²⁴ Al respecto, y en referencia a la Revolución Francesa, el nazismo y el fascismo: «Revisión y revisionismo», en TRAVERSO, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 93-101. Sobre la «La querelle des archives»: COURTOIS, Stéphane, «Archives du communisme: mort d'une mémoire, naissance d'une histoire», *Le Débat*, 77 (novembre-décembre, 1993), pp. 145-156; BÉDARIDA, François y VIDAL-NAQUET, Pierre, «Sur l'histoire du communisme. Réponse à Stéphane Courtois», *Le Débat*, 79 (mars-avril, 1994), pp. 183-192; COURTOIS, Stéphane, «Penser le communisme français», *Communisme*, 45-46 (1996), pp. 85-98; WOLIKOW, Serge (dir.), *Une histoire en révolution? Du bon usage des archives de Moscou et d'ailleurs*, Dijon, EUD, 1997; COURTOIS, Stéphane, «La fin d'un tabou» y «La révolution documentaire», en *Id.* (ed.), *Du passé faisons table rase! Histoire et mémoire du communisme en Europe*, Paris, R. Laffont, 2002, pp. 53-73 y 42-53, respectivamente.
- ²⁵ WOLTON, Thierry, *le grand recrutement*, Grasset, 1993. KOCH, Stephen, *la fin de l'innocence: intellectuels d'Occident, la tentation stalinienne*, Grasset, 1996. BARTOSEK, Karel, *Les aveux des archives, Paris-Prague, 1948-1968*, Paris, Seuil, 1996.

- ²⁶ COURTOIS, Stéphane (dir.), *Le Livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, Paris, Laffont, 1997. PARFENOV, Michel (dir.), *Le livre noir, textes et témoignages réunis par I. Ehrenbourg et V. Grossman*, Arles, Actes Sud, 1995 (reed., Paris, Librairie générale française, 2001). También con el apelativo de libro negro: PERRAULT, Gilles et al., *Le livre Noir du Capitalisme*, Pantin, Le Temps des cerises, 1998; LESTER, Normand, *Le Livre noir du Canada anglais*, 3 vols., Montréal, Les Intouchables, 2001-2003; FERRO, Marc (dir.), *Le Livre noir du colonialisme*, Paris, R. Laffont, 2003 (*El libro negro del colonialismo*, Madrid, La esfera de los libros, 2005); y ESCANDE, Renaud (dir.), *Le livre noir de la Révolution Française*, Paris, Éditions du Cerf, 2008.
- ²⁷ La caída del bloque soviético favoreció la renovación de la historia de los países de la Europa del Este que se ha traducido en un notable progreso en el estudio del comunismo soviético y de su antiguo bloque. BOSWELL, Laird, «L'historiographie du communisme français est-elle dans une impasse?», *Revue française de science politique*, vol. 55, n° 5-6 (octobre-décembre, 2005), pp. 919-933, pp. 920-921; y el dossier FARALDO, José M.^a (Introd.), «Comunismo e historiografía tras la caída del Muro», *Revista de Historiografía*, 10 (2009). Respecto a la historiografía francesa, consultar la labor realizada desde el Centre d'Études des Mondes Russe, Caucasiens et Centre-Européen (EHES), URL: <http://cercec.ehess.fr/sommaire.php?id=51> [Consulta: 26 de agosto de 2010].
- ²⁸ BOURSEILLER, Christophe, *Les Maoïstes. La folle histoire des gardes rouges français*, Paris, Plon, 1996, p. 277. COURTOIS, Stéphane, *Le PCF dans la guerre, De Gaulle, la Résistance, Staline...*, Paris, Ramsay, 1980. Con Shmuel TRIGANO y Marc LAZAR coordinó: *Rigueur et passion. Hommage à Annie Kriegel*, Paris, Éditions Cerf, 1992. COURTOIS, Stéphane y LAZAR, Marc: *Le Communisme*, Paris, MA éditions, 1987; e *Histoire du Parti communiste français*, Paris, PUF, 1995.
- ²⁹ COURTOIS, Stéphane (dir.), *Quand tombe la nuit. Origines et émergence des régimes totalitaires en Europe, 1900-1934*, L'Âge d'Homme, 2001; (dir.), *Regards sur la crise du syndicalisme*, L'Harmattan, 2001; (dir.), *Du Passé...*, op. cit.; (dir.), *Une si longue nuit. L'apogée des régimes totalitaires en Europe, 1935-1953*, Éditions du Rocher, 2003; (dir.), *Les Logiques totalitaires en Europe*, Éditions du Rocher, 2006; (dir.), *Le Jour se lève. L'héritage du totalitarisme en Europe, 1953-2005*, Éditions du Rocher, 2006; *Communisme en France. De la révolution documentaire au nouveau historiographique*, Paris, Cujas, 2006; *Memento Goulag-Mémoire et jugement du communisme*, Paris, Cujas, 2007; y *Dictionnaire du communisme*, Paris, Larousse, 2007.
- ³⁰ COURTOIS, Stéphane, «Les crimes du communisme», en *Id.* (dir.), *Le Livre noir...*, op. cit., pp. 5-38.
- ³¹ Este debate «Historikerstreit» dio lugar a la aparición del concepto «Uso público de la historia» acuñado por Habermas en su respuesta a Nolte, y se inició cuando éste publicó su artículo «Vergangenheit, die nicht vergehen will» (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 1986), recogido en el repertorio de textos escogido por COURTOIS, Stéphane: *Fascisme&Totalitarisme*, Paris, R. Laffont, 2008.
- ³² NOLTE, Ernest, *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo*, México, FCE, 1994 (1.^a ed. en alemán, 1987). La versión francesa (*La Guerre civile européenne, 1917-1945*, Paris, Éditions des Syrtes, 2000) cuenta con un prefacio de Stéphane COURTOIS. NOLTE, Ernst, *Después del comunismo: aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1995.
- ³³ MALIA, Martin: *Comprendre la Révolution russe*, Paris, Seuil, 1979; *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917-1991*, New York, Free Press, 1994 (*La tragédie soviétique*, Paris, Seuil, 1995); y *Russia under Western Eyes: From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum*, Cambridge, Harvard University Press, 1999. FURET, François, *Le Passé...*, op. cit. Furet mantiene sus diferencias con Nolte a la hora de comparar nazismo y comunismo al afirmar que el primero tiene orígenes específicamente alemanes. *Id.* y NOLTE, Ernest, *Fascisme et communisme*, Paris, Hachette, 2000 (*Fascismo y comunismo*, Madrid, Alianza Editorial, [1999]), pp. 42-43 y 64-69. Una explicación de las conexiones entre los planteamientos de Nolte, Furet y Courtois en: TRAVERSO, Enzo, «De l'anticommunisme. L'histoire du XX^e siècle relue par Nolte, Furet et Courtois», *L'Homme et la Société*, pp. 140-141 (avril-septembre, 2001), pp. 169-194.
- ³⁴ COURTOIS, Stéphane, «Le génocide de classe: définition, description, comparaison», *Les Cahiers de la Shoah*, 6 (2002/1) pp. 89-122.
- ³⁵ PERRAULT, Gilles; CURY, Maurice; SURET-CANALE, Jean et al., *Le livre Noir du Capitalisme*, Pantin, Le Temps des cerises, 1998 (*El libro negro del capitalismo*, Tafalla, Txalaparta, 2002).
- ³⁶ *Le Livre noir du communisme en débat. Communisme*, 59-60 (1999).
- ³⁷ FERRO, Marc, «Nazisme et communisme: les limites d'une comparaison», en *Id.* (dir.), *Nazisme et communisme. Deux régimes dans le siècle*, Paris, Hachette, 1999, pp. 11-45. Los textos de Nicolas WERTH y Philippe BURRIN en ROUSSO, Henry (dir.), *Stalinisme et nazisme. Histoire et mémoire comparées*, Paris, Complexe, 1999, pp. 41-198.
- ³⁸ COURTOIS, Stéphane (dir.), *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, Barcelona, Planeta, 1998 (reed. Barcelona, Ediciones B, 2010). *Id.*, *Il libro nero del comunismo. Crimini, terrore, repressione*, Milano, Mondadori, 1998. DE FELICE, Renzo, *Rosso e nero*, Milano, Baldini & Castoldi, 1995 (*Rojo y negro*, Barcelona, Ariel, 1996). Al respecto, «Memoria de la resistencia antifascista: el caso de Italia», en ERICE, Francisco, op. cit., pp. 203-220. MALIA, Martin, «Foreword: the Uses of Atrocity», en COURTOIS, Stéphane (dir.), *The Black Book of Communism*, Cambridge, Harvard University Press, 1999, p. XX.
- ³⁹ Se publicaron varias obras que siguieron la senda de *Le Livre noir*: RIGOULOT, Pierre y YANNAKIS, Ilios, *Un pavé dans l'Histoire. Le débat français sur Le livre noir du communisme*, Paris, Éditions R. Laffont, 1998; BESANÇON, Alain, *La malheur du siècle. Sur le communisme, le nazisme et l'unicité de la Shoah*, Paris, Fayard, 1998; y BENOIST Alain de, *Communisme et nazisme: vingt-cinq réflexions sur le totalitarisme au XX^e siècle. 1917-1989*, Paris, Le Labyrinthe, 1998. La divulgación corrió a cargo de la revista *L'Histoire: Cent millions de morts? Les crimes du communisme*, *L'Histoire*, 247 (octubre, 2000). COURTOIS, Stéphane (ed.), *Du passé...*, op. cit.

- ⁴⁰ MATHIEZ, Albert, *Le Bolchevisme et le jacobinisme*, Paris, Librairie du Parti Socialiste et de l'Humanité, 1920. FURET, François y RICHEL, Denis, *La Révolution Française*, Paris, Fayard, 1965 (*La Revolución Francesa*, Madrid, Rialp, 1988). FURET, François, *Penser la Révolution Française*, Paris, Gallimard, 1978 (*Pensar la Revolución Francesa*, Madrid, Petrel, 1980). *Id.*, *Le Passé...*, op. cit. HOBBSAWM, Eric J., *Aux armes, historiens. Deux siècles d'histoire de la Révolution française*, Paris, La Découverte, 2007, p. 108.
- ⁴¹ Una distinción de los grandes sectores ideológico-historiográficos sobre la Revolución Francesa en: MAZAU-RIC, Claude, *L'histoire de la Révolution française et la pensée marxiste*, Paris, PUF, 2009, pp. 139-140. SECHER, Reynald: *La Vendée vengée. Le génocide franco-français*, Paris, PUF, 1986; y *Juifs et Vendéens. D'un génocide à l'autre*, Paris, Olivier Orban, 1991. CHAUNU, Pierre, *Le grand Déclassement. À propos d'une commémoration*, Paris, Laffont, 1989.
- ⁴² ESCANDE, Renaud (dir.), op. cit. El capítulo de Stéphane COURTOIS: «De la Révolution française à la révolution d'Octobre», pp. 395-402.
- ⁴³ En España se pueden consultar las consideraciones favorables a esta obra de MARCO, José M., «El Libro Negro de la Revolución Francesa», *Libertad Digital*, 15 mayo, 2008. URL: <http://libertaddigital.com> [Consulta: 27 de agosto de 2010]. Consideraciones críticas desde la academia: «Livre noir de la Révolution française: 'une manipulation'», entrevista a Jean-Clément MARTIN, realizada por Camille STROMBINI y publicada en el blog de *Libération*, 16 marzo 2008. URL: http://contrejournal.blogs.liberation.fr/mon_weblog/2008/03/livre-noir-de-l.html [Consulta: 27 de agosto de 2010]. LEUWERS, Hervé, «Renaud Escande, dir., Le livre noir de la Révolution française, Paris, Cerf, 2008», *Annales historiques de la Révolution française*, 351 (janvier-mars, 2008), pp. 225-227.
- ⁴⁴ DREYFUS, Michel; GROppo, Bruno; INGERFLOM, Claude; LEW, Roland; PENNETIER, Claude; PUDAL, Bernard; y WOLIKOW, Serge (dir.), *Le Siècle des Communismes*, Paris, Éditions de l'Atelier, 2000. Sobre Éditions Ouvrières, CEAMANOS, Roberto, *De la historia...*, op. cit., pp. 19-23.
- ⁴⁵ WOLIKOW, Serge, «Internationale communiste. Jalons», en *Id.*; GOTOVITCH, José; NARISNKY, Mikhaïl; DREYFUS, Michel; PENNETIER, Claude; STUDER, Brigitte; y WEHENKEL, Henri (dir.), *Komintern: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste en France, à Moscou, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse (1919-1943)*, Paris, Éditions de l'Atelier, 2001, p. 19.
- ⁴⁶ GIRAULT, Jacques (dir.), *Des communistes en France (années 1920-années 1960)*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2002.
- ⁴⁷ El Centre d'Histoire Sociale du XX^e siècle está vinculado a la Université Paris I Panthéon-Sorbonne. URL: <http://chs.univ-paris1.fr/> [consulta: 22 de agosto de 2010]. Por su parte, el Institut d'Histoire Contemporaine de la Université de Bourgogne fue creado por Serge Wolikow en 1992 e integrado desde 1999 en el UMR CNRS 5605 "Centre G. Chevrier. Ordre et désordre dans l'histoire", donde Wolikow dirige la sección "Politique et sociétés". URL: <http://tristan.u-bourgogne.fr/UMR5605/pagesmenu/UMR5605Accueil.htm> [consulta: 22 de agosto de 2010]. El Institut d'Histoire Contemporaine ha publicado *Territoires contemporains (1994-2002)*.
- ⁴⁸ GIRAULT, Jacques (dir.), *Sur l'implantation du Parti Communiste Français dans l'entre-deux-guerres*, Paris, Éditions Sociales, 1977. BRUNET, Jean-Paul, *Saint-Denis la ville rouge (1890-1939)*, Paris, Hachette, 1980. PUDAL, Bernard, *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*, Paris, Presses de la FNSP, 1989; y PENNETIER, Claude y PUDAL, Bernard (dir.), *Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste*, Paris, Belin, 2002. En la sesión del 17 de enero de 2009 del citado seminario Nicolas WERTH –autor de *L'Île aux cannibales: 1933, une déportation-abandon en Sibérie*, Perrin, Paris, 2006; *La Terreur et le désarroi. Staline et son système*, Perrin, Paris, 2007; y *L'ivrogne et la marchande de fleurs: Autopsie d'un meurtre de masse, 1937-1938*, Paris, Tallandier, 2009- presentó la ponencia «La terreur: Staline et son système».
- ⁴⁹ VIGREUX, Jean, *Waldeck Rochet: une biographie politique*, Paris, La Dispute, 2000. SIROT, Stéphane, *Maurice Thorez*, Paris, Presses Sciences Politiques, 2000. HOFNUNG, Thomas, *Georges Marchais. L'inconnu du Parti Communiste Français*, Paris, L'Archipel, 2001. WOLIKOW, Serge, *Pierre Semard. Engagements, discipline et fidélité*, Paris, Le Cherche Midi, 2007.
- ⁵⁰ PENNETIER, Claude y PUDAL, Bernard: «Écrire son autobiographie. Les autobiographies communistes d'institution, 1931-1939», *Genèses*, 23 (juin, 1996), pp. 53-75; «Deux générations de militants communistes français (1931-1951) en proie à des processus d'épurations internes», en GOTOVITCH, José y MORELLI, Anne (coord.), *Militantisme, militants*, Bruxelles, EVO, 2000, pp. 115-133; (dir.), *Autobiographies, autocritiques, aveux Dans le monde communiste*, Paris, Belin, 2002; «Le PCF, le stalinisme et l'invention des cadres, 1930-1939», en VIGREUX, Jean y WOLIKOW, Serge (dir.), *Cultures communistes au XX^e siècle. Entre guerre et modernité*, Paris, La Dispute, 2003, pp. 187-201; y «Communist Prosopography in France: Research in Progress based on French Institutional Communist Autobiographies», en MORGAN, Kevin; COHEN, Gidon; y FLINN, Andrew (dir.), *Agents of the Revolution, new biographical approaches to the history of international communism in the age of Lenin and Stalin*, Bern, Peter Lang, 2004, pp. 21-35. GOTOVITCH, José y NARINSKI, Mikhaïl (dir.), *Dictionnaire Biographique de l'Internationale Communiste en France, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse et à Moscou*, presentación histórica S. Wolikow, Paris, l'Atelier, 2001.
- ⁵¹ Sobre los archivos del Komintern en Moscú, inventariados parcialmente gracias a un proyecto de cooperación internacional (INCOMKA): WOLIKOW, Serge; COURBAN, Alexandre; y FRANÇOIS, David, *Guide des archives de l'Internationale communiste, 1919-1943* Dijon, Archives nationales/MSH Dijon, 2009. Información sobre la actividad desarrollada desde Dijon en: <http://tristan.u-bourgogne.fr/UMR5605/pagesmenu/UMR5605Accueil.htm> [Consulta: 29 de agosto de 2010]. Tesis doctoral de Alexandre COURBAN: «L'Humanité, avril 1904-août 1939. Histoire sociale, politique et culturelle d'un journal du mouvement ouvrier», Dijon, Université de Bourgogne, 2005. Con

motivo del centenario de *l'Humanité* se multiplicaron las publicaciones: DELPORTE, Christian; PENNETIER, Claude; SIRINELLI, Jean-François; y WOLIKOW, Serge, *l'Humanité. De Jaurès à nos jours*, Paris, Nouveau Monde, 2004; LEROY, Roland, *Un siècle d'Humanité (1904-2004)*, Paris, Cherche midi, 2004; y CHAMBAZ, Bernard, *l'Humanité (1904-2004)*, Paris, Seuil/l'Humanité, 2004. Un ejemplo de estudio comparado es la Journée d'étude «Histoires croisées du communisme italien et français» (12 de mayo de 2001), URL:http://tristan.u-bourgogne.fr/UMR5605/manifestations/09_10/10_05_12.html [Consulta: 30 de agosto de 2010].

⁵² VIGREUX, Jean y WOLIKOW, Serge (dir.), *Cultures communistes au XX^e siècle. Entre guerre et modernité*, Paris, La Dispute, 2003.

⁵³ BOSWELL, Laird, «L'historiographie du communisme français est-elle dans une impasse?», *Revue française de science politique*, vol. 55, n° 5-6 (octobre-décembre, 2005), pp. 919-933. Este autor considera que la historiografía francesa sobre el PCF no ha sabido aprovechar las posibilidades que ha proporcionado la apertura de los archivos, de manera que no se ha producido una auténtica renovación metodológica sino que, con nuevas fuentes, se avanza en líneas de investigación tradicionales.

Investigaciones sobre el PCF en el ámbito rural: BOSWELL,

Laird, *Rural Communism in France, 1920-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 1998; VIGREUX, Jean, «Le Parti communiste français à la campagne, 1920-1964», *Ruralia*, 3 (1998), URL: <http://ruralia.revues.org/document55.html> [Consulta: 27 de agosto de 2010]. LAGRAVE, Rose-Marie (dir.), *Études rurales. Les «petites russies» des campagnes françaises*, 171-172 (2004). Desde la antropología: MER, Jacqueline, *Le Parti de Maurice Thorez ou le bonheur communiste français*, Paris, Payot, 1977; HASTINGS, Michel, «Le communisme saisi par l'anthropologie», *Communisme*, 45-46 (1996), pp. 99-114; y PATON, Natalie, «Pour une anthropologie du PCF: réflexions sur l'enquête de terrain», *Socio-anthropologie*, 11 (1), 2002, pp. 105-115. LAZAR, Marc, *Maisons rouges: les partis communistes français et italien de la Libération à nos jours*, Paris, Aubier, 1992.

⁵⁴ LAVABRE, Marie-Claire y PLATONE, François, *Que reste-t-il du PCF?*, Paris, Éditions Autrement/CEVIPOF, 2003. MISCHI, Julian: «La recomposition identitaire du PCF. Modernisation du Parti et dépolitisation du lien partisan», *Communisme*, 72-73 (2002-2003), pp. 71-99; y *Servir la classe ouvrière. Sociabilités militantes du PCF*, Rennes, Presses Universitaires, 2010. PUDAL, Bernard: «La beauté de la mort communiste», *Revue française de science politique*, 52 (octobre-décembre, 2002), pp. 545-560; y *Un monde défait. Les communistes français de 1956 à nos jours*, Bellecombe-en-Bauges, Éditions du Croquant, 2009.



EL PRESIDENTE JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y LA REANUDACIÓN DE LAS RELACIONES HISPANO-MEXICANAS (MARZO DE 1977)

Carlos Sola Ayape (Instituto Tecnológico de Monterrey)

Compete a la Secretaría de Relaciones Exteriores encontrar la fórmula correcta para proceder a normalizar relaciones con el gobierno de Madrid. Esa fórmula debe referirse necesariamente a la desaparición de las consecuencias que trajo para España la violación del artículo 10 del pacto de la Sociedad de las Naciones.

*Dirección General del Servicio Diplomático mexicano
(13 de enero de 1977)*

El 28 de marzo de 1977, Santiago Roel y Marcelino Oreja –cancilleres de México y España, respectivamente– formalizaron oficialmente el establecimiento de las relaciones hispano-mexicanas, a través del sencillo procedimiento de un canje de notas. El acto protocolario, que tuvo lugar en un hotel de París, ponía fin a casi 40 años de distanciamiento diplomático entre estos dos países, en lo que acabaría siendo una de las grandes consecuencias que trajo consigo la imposición de la dictadura franquista tras la Guerra Civil española.

Desde la mención de esta reconciliación –sin duda, uno de los hitos estelares de la transición democrática española, así como del sexenio lópez-portillista–, la pertinencia del presente ensayo hunde sus raíces en las conclusiones que se desprenden de la lectura y análisis de varios informes secretos –felizmente encontrados en el Archivo Histórico Genaro Estrada, tras una laboriosa y paciente búsqueda–, que a comienzos de 1977 la cancillería mexicana envió a José López-Portillo, con el fin de asesorarle

sobre cómo y en qué momento el presidente de México debía dar el paso definitivo para reconstituir exitosamente el vínculo diplomático con aquella España que, tras la muerte de Franco, estaba siendo liderada por el rey Juan Carlos. Así, este importante hallazgo documental no sólo nos permite conocer la información confidencial que el presidente de México tuvo en sus manos a recomendación de la Dirección General del Servicio Diplomático mexicano, sino también constatar que el acercamiento de México a España acabó siendo deudor de una estrategia política, concebida desde la residencia oficial de Los Pinos, diametralmente opuesta a la aconsejada desde las dependencias de la cancillería mexicana, sita en Tlatelolco.

Tlatelolco y el temor a los franquistas

El 9 de enero de 1977, la prensa hispano-mexicana se hacía eco de unas declaraciones del canciller mexicano Santiago Roel, donde anunciaba que las relaciones entre España y México se encontraban “a nivel de noviazgo”.¹ Metafóricamente hablando, aquella confesión pública, hecha no sólo por el máximo responsable de las relaciones exteriores de México, sino por uno de los hombres de confianza del presidente López-Portillo, se convertía en una especie de banderazo de salida a todo un dilatado y conienzudo trabajo que, a partir de entonces, se llevaría a cabo en las oficinas de la cancillería

mexicana. El objetivo no era otro que el de encontrar eso que, en círculos internos, se vino en llamar la “fórmula”. De cualquier modo, y detrás de este apelativo, más o menos acertado, se encontraba la necesidad de diseñar la estrategia adecuada, y no sólo desde un punto de vista jurídico, para que México saliera airoso en su reencuentro con España.² Después de tantas décadas de espera, la ocasión bien merecía la pena, y el paso a dar debía estar a la altura de la postura congruente que los diferentes presidentes, desde Cárdenas hasta Echeverría, habían ostentado con respecto a la dictadura franquista. Si México se creyó investido por un halo de legitimidad para no reconocer al régimen franquista, el abrazo con esa nueva España sin Franco debía merecer, cuando menos, la misma o similar legitimidad.

En el fondo, todo hay que decirlo, el prestigio de la política exterior mexicana estaba en juego, porque aquel hipotético reencuentro presentaba algunos “pros” y no pocos “contras”. Por eso, a la postre, aquello acabaría siendo una partida a tres bandas. Si, de un lado, se le otorgaba mucha importancia a la imagen que México podía proyectar en el concierto internacional, máxime después de haber mantenido incólume su frontal negativa a normalizar relaciones con la España franquista, igual o mayor preocupación despertaba la opinión que, a presente y a futuro, podía gestarse en ciertos ambientes. Nos referimos no sólo a actores de España con los que, tarde o temprano, habría que negociar la letra pequeña de la relación bilateral, sino también a la propia opinión pública mexicana, especialmente en determinados sectores de izquierda, muchos de ellos afines a las tesis del cardenismo. Estos últimos seguían haciendo bandera política de la postura que en su día adoptara Lázaro Cárdenas con respecto a España.

Recordemos que, al término de la Guerra Civil española, el presidente Cárdenas no sólo abrió las puertas y puertos del país a una parte del exilio republicano español, sino que, echando mano de la Doctrina Estrada, se negó

a reconocer el régimen franquista y siguió dando por buena la legitimidad de las instituciones republicanas del exilio. Por sus muchas repercusiones, tanto a nivel nacional como internacional, aquella decisión fue considerada, y además por largos años, uno de los hitos históricos del período postrevolucionario mexicano, a lo que, por otra parte, tanto contribuyó la connivencia de los refugiados españoles que encontraron asilo en aquella parte de América.³ Nótese que la llegada del exilio español a México acabó siendo el pretexto ideal, entre otros, para avivar la llama del nacionalismo patrio y hacer de aquella exaltación nacional una sutil estrategia para justificar la conveniencia de aquel régimen político, tan presidencialista como corporativista, que, a la luz del nuevo partido de Estado —recordemos que a finales de marzo de 1938 Cárdenas transformó el Partido Nacional Revolucionario en el Partido de la Revolución Mexicana—, se mostraba como la única alternativa viable, capaz de encauzar los destinos del país tras el período más violento de la revolución. De ahí que no puede olvidarse que el exilio español acabaría siendo punta de lanza de la propaganda del régimen cardenista.⁴

De igual manera, en aquel contexto prebélico, donde ya se vislumbraba el fatal desenlace que derivaría en la Segunda Guerra Mundial, el rechazo a Franco y a su dictadura representaba para aquel régimen presidencialista mexicano suculentos dividendos políticos: de una parte, su Presidente, verdadera cabeza rectora del sistema, escenificaba en su puesta en práctica los principios sagrados del credo ideológico de la revolución —nacionalismo, soberanía nacional, autodeterminación, legalidad, legitimidad o representatividad, entre otros—; segundo, el rechazo a una dictadura era la mejor apuesta para presumir de democracia ante los de dentro y los de fuera, y, tercero, se consolidaba de esta forma un plan para aplacar las tentativas golpistas —recuérdese el fallido golpe de Estado que padeció Cárdenas de la mano y sable del militar Saturnino Cedillo— de los sectores con-

servadores mexicanos tan afines al franquismo como al mismo fascismo y nazismo. Aunque no lo parezca, algo en lo que no siempre se hace el debido hincapié, aquel México cardenista también tenía en su haber no pocos anticardenistas.

Y por si esto fuera poco, los aires renovadores que traía consigo el nuevo presidente López-Portillo –recordemos que su toma de protesta tuvo lugar el primero de diciembre de 1976– incluía pasar página de una vez por todas a uno de los episodios luctuosos que, desde entonces, había venido marcando el sino de la historia reciente del país: la matanza de Tlatelolco (2 de octubre de 1968). Bien sabía López-Portillo que aquél era un guiño a los sectores más progresistas del país y una manera de lavar la mala imagen de un sistema político que había mostrado su adusto rostro antidemocrático. Si este cruento acontecimiento tuvo lugar durante la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz, debe recordarse también que la responsabilidad operativa de aquella matanza en esta plaza de la capital mexicana –a su vez llamada de las Tres Culturas–, había recaído sobre la figura de Luis Echeverría, entonces secretario de Gobernación, el mismo que habría de ser investido como presidente de México dos años después, esto es, en diciembre de 1970. Así era la paradójica realidad política del México de aquellos años, donde aquel presidencialismo era capaz de combinar sin problemas su frontal rechazo a la dictadura del general Franco y lucir galones de democracia, mientras cargaba sin piedad en contra de manifestantes civiles desarmados. Por eso, cuando en septiembre de 1975 el presidente Luis Echeverría solicitó al Secretario General de las Naciones Unidas la inmediata expulsión de España de este organismo internacional por los que serían los últimos fusilamientos del franquismo, la dictadura reaccionaría de la mano de Jaime De Piniés, su representante en la ONU, acusando a Echeverría de carecer de “estatura moral necesaria” para lanzar acusaciones contra cualquier gobierno de los estados miembros de la Organización. De Piniés recor-

dó que, cuando Luis Echeverría era secretario de Gobernación, había tomado la decisión de “lanzar el ejército contra unos estudiantes que trataban de manifestarse en la Plaza Central de Tlatelolco, [...] acción que, como es sabido, produjo un elevadísimo número de víctimas y la indignación mundial”.⁵ He aquí la razón que explica el hecho de que nunca Luis Echeverría pudiera lograr el restablecimiento de la normalización de las relaciones con España después de la muerte de Franco.⁶

Así bosquejados, estos factores, que estaban muy presentes en el imaginario político de aquel México marcado por la arrolladora maquinaria electoral del Partido Revolucionario Institucional, estuvieron muy presentes en la mesa de operaciones de los responsables de la Dirección General del Servicio Diplomático mexicano. Dicha dependencia redactaría en los tres primeros meses de 1977 una serie de informes que acabaría remitiendo de manera paulatina a la presidencia con estricto carácter confidencial. El objetivo no era otro que asesorar al presidente de la República, a través de un minucioso análisis de los muchos aspectos a considerar exigidos por el nada fácil acercamiento diplomático a aquella España en transición democrática. El paso que era necesario dar no sólo debía estar en consonancia con la postura que, con respecto a la dictadura franquista, habían mantenido los inquilinos de la residencia oficial de Los Pinos. Se trataba también de sentar las bases para una futura relación bilateral, libre de taras, donde la cordialidad asegurase un fluido entendimiento y una recíproca cooperación entre las partes.

Si episodios del pasado se entremezclaban con otros del presente, debe tenerse en cuenta que, a los ya reseñados intentos vanos del presidente Echeverría por recuperar el tono diplomático con una España sin Franco, hay que añadir: la declarada hispanofilia del presidente López-Portillo y su anhelo por entregarse al abrazo con la España “territorial” del rey Juan Carlos; la presencia, todavía en acto, de las ins-

tituciones republicanas del exilio; el recelo con que los países socialistas venían observando el proceso democratizador en España y, ya en el plano interno español, la existencia de un presidente de Gobierno –Adolfo Suárez– cuya elección no había salido de las urnas, ni tan siquiera la presencia de una Carta Magna avalada, también en las urnas, por el pueblo español.

Ciertamente, aquel cruce de caminos insinuaba un reencuentro diplomático de alto nivel entre una España en transición a la democracia y un México que estrenaba sexenio de la mano de un José López-Portillo que ya para entonces presumía de que sus raíces genealógicas llegaban hasta el pueblo navarro de Caparrosa. Sin embargo, aquel paso no era tan fácil como parecía.

Estando así las cosas, y ante esta compleja coyuntura, el 13 de enero de 1977 el presidente José López-Portillo recibía un informe secreto desde la sede de la cancillería, sita en la plaza de Tlatelolco de la ciudad de México, bajo el siguiente tenor: “Asunto: Normalización de relaciones con España”.⁷ A modo de introito, las primeras líneas no podían resumir con mayor rigor el estado de la cuestión, después de cuatro largas décadas de no tener relaciones con España:

Teniendo en cuenta que existe la decisión política tendiente a la normalización de relaciones diplomáticas entre México y España, y tomando en consideración que, hasta la fecha, el gobierno de México mantiene estos nexos con el régimen de la República Española en el Exilio, fundamentando ampliamente esta decisión en argumentos de tipo jurídico y político, resulta necesario buscar cuidadosamente la fórmula que permita superar conveniente y satisfactoriamente el problema que representaría, llegado el momento, la suspensión de dichos nexos con la República española.

El entrecomillado es más que elocuente y digno de ser comentado. Si bien, de una parte, la cancillería mexicana era consciente de que ya para entonces se había tomado la “decisión política” de normalizar las relaciones hispano-

mexicanas, lo cual significaba que había que hacer todo lo posible para superar los escollos con el fin de facilitar el encuentro con España, desde Tlatelolco se identificaba también en qué lugar se encontraba el principal de los problemas. Dicho de otro modo, este fragmento nos sirve para avanzar dos conclusiones de gran interés: primera, que el presidente López-Portillo había tomado ya la “decisión política” de normalizar relaciones con España y, segunda, que las relaciones de México con el gobierno de la República Española en Exilio eran un estorbo para reencontrarse con la España del rey Juan Carlos, sin duda, una tesis que el gobierno Suárez había defendido desde el principio. O se seguía siendo cómplice de la España republicana del exilio o se reconocía a la España del rey Juan Carlos. Pretender ambas cosas simultáneamente era algo imposible.

Elaborado así el diagnóstico, la tarea que se necesitaba realizar no era otra que la de buscar “cuidadosamente la fórmula”, no tanto porque México estuviera obligado a justificar su reencuentro con España o porque, simplemente, careciera de potestad soberana para hacerlo, sino porque, en el fondo, el nexo que llegó a ligar a México con el republicanismo de Azaña durante la Guerra Civil y después con la España republicana del exilio, se había nutrido de una legitimidad sustentada en “argumentos de tipo jurídico y político”. Con respecto a los primeros, los gobiernos revolucionarios usaron principios jurídicos, emanados del Derecho Internacional, para dotar de *corpus* y doctrina a la política exterior mexicana; de ahí la constante reiteración al principio de No Intervención, a la libre autodeterminación de los pueblos y, por encima del resto, al escrupuloso respeto a la soberanía nacional. En cuanto a los segundos –los argumentos de tipo político–, éstos hacían referencia a las decisiones que, con respecto al conflicto español, había adoptado a finales de los años 30 el presidente Lázaro Cárdenas, quien fuera, sin duda, uno de los principales arquitectos de la institucionalización de la Re-

volución Mexicana y el verdadero referente espiritual del presidencialismo mexicano. A pesar de haber transcurrido tantos años, e incluso de haberse consumado su muerte en octubre de 1970, la alargada sombra de la “esfinge de Jiquilpan” —apelativo que Lázaro Cárdenas merecería a su salida de la presidencia mexicana— seguía llegando hasta la residencia oficial de Los Pinos.⁸ Es curioso, pero tanto Echeverría como López-Portillo fueron dos presidentes priístas que intentaron dotarse de un halo de legitimidad presumiendo ser la reencarnación misma del “tata” Cárdenas.

Dadas así las cosas, bajo ningún concepto fue casual la adjetivación manejada desde Tlatelolco, ante la sentida necesidad de que México superara “conveniente y satisfactoriamente” semejante trance, ya que, de entrada, la cancelación de las relaciones de México con el gobierno de la República en el Exilio parecía ser una traición a los principios sagrados de la Revolución.⁹ Sin embargo, se corría el serio riesgo de quedar en evidencia ante España y ante la misma comunidad internacional, ya que sólo la Yugoslavia del mariscal Josip Broz Tito tenía cierta vinculación con la causa republicana española del Exilio, aunque nunca llegaría “a establecer formalmente relaciones diplomáticas con el régimen republicano”.¹⁰

En el mencionado informe, al presidente López-Portillo se le decía que hasta la fecha ninguno de los países socialistas europeos, que durante aquella Guerra Fría se encontraban bajo la órbita de la Unión Soviética, habían establecido relaciones con el gobierno español y que, de igual modo, la Comunidad Económica Europea —hoy, Unión Europea— no había aceptado el ingreso solicitado por España “por razones de tipo político igualmente”. En cuanto a la solución para este enquistado problema, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México se declaraba competente para encontrar la “fórmula correcta” y así proceder a la normalización de relaciones con el gobierno de Madrid. Como vamos a ver a continuación, el siguiente entrecomillado hunde

sus raíces en tiempos pretéritos hasta alcanzar una fecha simbólica también en lo que respecta a las relaciones hispano-mexicanas —el 18 de julio de 1936—, fecha de la sublevación armada de Francisco Franco y, a la postre, del comienzo de la Guerra Civil española: “Esa fórmula debe referirse necesariamente a la desaparición de las consecuencias que trajo para España la violación del artículo 10 del pacto de la Sociedad de las Naciones [...], sin por ello dar la impresión de injerencia de México en asuntos internos de aquel país”.¹¹

Este matiz no puede pasarse por alto, más allá del latente temor que se vislumbraba a que cualquier acción que se debiera ejecutar pudiera ser interpretada como un gesto de intervención por parte de México en asuntos internos de España. En efecto, el sustento jurídico de este argumento descansaba en un principio que avaló durante largos años la postura de México con respecto a eso que en la Conferencia de San Francisco de 1945 sería conocido como la “cuestión española”.¹² En pocas palabras, se decía que España había padecido una insurrección armada liderada por Francisco Franco en contra de un gobierno democrático, que el bando rebelde había ganado el conflicto armado por su contubernio con las potencias nazi-fascistas de los Hitler y Mussolini y que, finalmente, tras aquella guerra —no civil, sino internacionalizada—, el gobierno republicano legítimo, y con él miles de españoles, fueron forzados a salir del país.

De cualquier modo, y más allá de estas valoraciones jurídicas e históricas, la anhelada fórmula perseguida por la cancillería mexicana no podía ni debía encontrarse hasta que el ejecutivo mexicano, presidido por José López-Portillo, no fijase una “posición jurídica” al respecto. Sólo así, tal y como se recomendaba desde Tlatelolco, se estaría en condiciones de “negociar formalmente con las autoridades españolas, suponiendo que, hasta hoy, no hayan tenido lugar pláticas o entrevistas encaminadas al mismo fin”. Este matiz último adquiere una relevancia especial, al ponerse de manifiesto que, en estos

albores del sexenio —recuérdese que, como se ha dicho más arriba, López-Portillo recibió la banda tricolor el 1 de diciembre de 1976—, la “cuestión española” —esto es, la recuperación de las relaciones diplomáticas de México con la “España territorial” del rey Juan Carlos— era un asunto del que se encargaba, y además con la mayor discrecionalidad, el propio presidente de la República.

Ciertamente, no hay que olvidar que en noviembre de 1976, aún siendo presidente electo, López-Portillo envió a Madrid “en misión exploratoria” a un hombre de su confianza para consensuar con las autoridades españolas la estrategia que se debería seguir para la recuperación del pulso diplomático. Aquel emisario se llamaba Santiago Roel, el mismo que, poco después, acabaría siendo su secretario de Relaciones Exteriores. Aquel viaje secreto, aunque en el fondo no lo fue tanto, sería conocido como la *operación Caparroso*, porque, supuestamente, Roel viajaría a España como enviado de su Presidente para invitar a varios ciudadanos de Caparroso, lugar de donde es oriundo el apellido López-Portillo, a su toma de protesta.

De ahí las dudas que se desprenden de la lectura de dicho informe, al transmitirse la idea de que importantes dependencias de la cancillería mexicana no estaban en posesión de toda la verdad sobre el asunto español, y que por más informes técnicos se encargasen, con la pro-sapia histórica y jurídica que el caso requería, en el fondo la solución a este problema parecía provenir del ámbito político e incluso del estricto deseo personal del Presidente. Así, el hallazgo de la fórmula correcta exigía encontrar la “circunstancia propicia”. He aquí el siguiente fragmento: “Si la suposición anterior es correcta, se puede pensar que, para poder llegar a una conclusión positiva de las negociaciones, habrá que esperar a que se produzca la circunstancia propicia”, que no era otra, tal y como cabía esperar, que se dieran en España “las condiciones políticas internas [...], que no parece que, por el momento, el gobierno del rey Juan Carlos se

encuentre en la posibilidad de proceder fácilmente a dicha normalización”.

Dadas de esta manera las cosas, y así identificado el punto toral, esa “circunstancia propicia” sólo podía darse, entonces, en el momento en que se reunieran las “condiciones políticas internas”, haciéndose en consecuencia una sutil referencia a las no pocas dudas que desde la muerte de Franco había despertado en México, particularmente en el cierre del sexenio de Echeverría, el peculiar proceso de transición democrática que se venía poniendo en práctica en España. Dicho de otro modo, desde Tlatelolco se advertía que aquel rey, que había recuperado para España la monarquía perdida el 14 de abril de 1931, había sido nombrado jefe de Estado y había recuperado su corona por estricto deseo testamentario del propio dictador Franco.¹³ A la postre, todo hay que decirlo, dicha tesis, aireada una y otra vez en la prensa oficial mexicana de aquellos meses, no sería sino el pretexto ideal que esgrimiría Luis Echeverría, desde la muerte de Franco hasta su traspaso de poderes a López-Portillo, para ocultar su fehaciente incapacidad para lograr, y así era su deseo, la normalización de las relaciones con España. Efectivamente, España no le perdonaría sus intentos de expulsarla de la Organización de las Naciones Unidas a finales de septiembre de 1975.

Pero más allá de estas valoraciones, en el fondo, las cautelas de Tlatelolco provenían de los efectos en cadena que pudieran desatarse tras el restablecimiento de las relaciones hispano-mexicanas. Las dudas parecían imponerse sobre las certezas y las sombras sobre las luces. La cancillería sabía que el presidente de la República podía meterse en un grave problema si no se actuaba de manera correcta. He aquí el siguiente testimonio: “Efectivamente, los sectores de extrema derecha de la sociedad española, integrados por grupos financieros, militares y eclesiásticos, principalmente, podrían tal vez interpretar la decisión española de formalizar relaciones con México como una provocación o un atentado más contra las posiciones ideoló-

gicas y políticas del franquismo”.¹⁴ Aquí, y no en otra parte, estaba la clave del arco, precisamente, en este temor sentido de que el paso que podían dar López-Portillo y el rey Juan Carlos, ambos en su calidad de jefes de Estado, pudiera desatar las iras de los sectores más reaccionarios de la sociedad española.

No puede olvidarse que aquellos actores de la transición democrática española, así como cualquier funcionario de la administración pública mexicana del momento, empezando por el propio presidente de la República, sabían a ciencia cierta del odio y el rencor acumulados y la mucha ira que, desde el término de la Guerra Civil española, había despertado México entre las huestes del franquismo. Y en materia de razones no sólo se encontraba la negativa de este país a reconocer el régimen de Franco —postura fielmente renovada por cada uno de los presidentes mexicanos, sexenio tras sexenio—, sino por haber acogido a los exiliados, haber permitido que en México se hubiese reconstituido el gobierno de la República en el Exilio al término de la Segunda Guerra Mundial y, finalmente, por la complicidad ideológica del presidencialismo mexicano con el republicanismo español del exilio, incluso, hasta después de la muerte de Francisco Franco. Y por si esto fuera poco, no había un solo franquista que no tuviera bien presente las tentativas ilusas del presidente Luis Echeverría por derrocar del poder a aquel anciano y decrepito Franco por medio de la expulsión de España de la ONU, so pretexto de que los cinco fusilamientos de miembros de ETA y del FRAP podían provocar un grave conflicto a escala internacional.

Sorprende sobremanera que, después de tantos años de tan declarado antifranquismo, el entorno asesor de un presidente mexicano advirtiera como una amenaza las reacciones que pudieran provenir de los franquistas con motivo de una hipotética normalización de las relaciones hispano-mexicanas. Y, sin embargo, esta declaración de intenciones desvelaba que el verdadero problema de fondo estaba en el

hecho de que aquel noviazgo, declarado así por Santiago Roel, no podía elevarse a casamiento sin la común decisión de las partes. El “sí” del México lópez-portillista contrastaba con las reservas procedentes de la contraparte española. A comienzos de 1977, la recuperación del pulso diplomático con México, uno de los viejos enemigos de la patria franquista, podía provocar una innecesaria crispación en el clima político que acompañaba a aquella nada fácil transición hacia la democracia; una transición, recordémoslo, liderada por el rey Juan Carlos. La advertencia a que se dieran esas “condiciones políticas internas” no era gratuita. Ésta era la impresión que se tenía en las dependencias de la cancillería mexicana: “Es así que tal vez el gobierno de Madrid no decida avanzar en el camino de la normalización de relaciones con México, sino después de consolidar la estructura gubernamental que emane de las anunciadas elecciones legislativas”.

Ciertamente, y habida cuenta de que la España sin Franco tenía en su haber a demasiados franquistas,¹⁵ la prudencia, la paciencia y el lento transcurrir del tiempo parecían ser las únicas bazas recomendables, al menos, hasta que el pueblo español no fuese convocado a urnas, una cita que se tenía prevista para el mes de junio siguiente. En aquella anunciada convocatoria electoral estaban puestas las esperanzas para que, a modo de bálsamo, el presidente mexicano pudiera salir airoso de su abrazo con una España sin república, pero sí con monarquía: “El nuevo Gobierno, con respaldo popular, tendrá la fuerza política necesaria para tomar las decisiones que mejor le convengan, a pesar de eventuales disidencias extremistas”.

Bosquejada así la coyuntura, todo parecía indicar, según el diagnóstico de la cancillería mexicana, que únicamente de las elecciones a la presidencia del Gobierno en España se habría de obtener la “fuerza política necesaria” para dar el esperado paso de la normalización diplomática hispano-mexicana. Y por si fuera poco, y una vez que el pueblo español se hubiera expresado li-

brememente en las urnas, México habría de encontrar “el argumento que conduce a la suspensión de relaciones diplomáticas entre México y la República española”. Bajo la confianza de que aquélla habría de ser una jugada a dos bandas, Tlatelolco había hablado y la recomendación que hacía al presidente López-Portillo no podía ser más explícita: había que esperar hasta la cita electoral en España y conocer los resultados de dichos comicios.¹⁵ Todo paso que México diera antes corría el riesgo de ser puesto en entredicho por su dudosa legitimidad política.

La solución también pasaba por Moscú

Pero la paciencia no se había inventado para aquellos presidentes mexicanos del “priato”. Para llegar al mes de junio de aquel 1977 faltaban todavía demasiados meses, y eso no parecía ser congruente con los deseos que López-Portillo tenía de entregarse al abrazo con la “madre patria”, acepción que tanto se manejó en el México de aquellos días. Ni tampoco era congruente, todo hay que decirlo, con el anhelo del Ejecutivo español de asestar un duro golpe al activo del republicanismo español, empezando por el del exilio. Así las cosas, un nuevo memorándum de la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana, éste con fecha de 9 de febrero de 1977, permitía retomar el asunto de la normalización de las relaciones hispano-mexicanas.¹⁶ La razón del mismo no era bajo ningún concepto casual, ya que ese mismo día, a miles de kilómetros de distancia de la residencia oficial de Los Pinos, había tenido lugar un acontecimiento verdaderamente estelar: el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre España y la Unión Soviética.¹⁷ El giro copernicano que la política exterior española venía experimentando con el nombramiento, primero, de Adolfo Suárez como Presidente del gobierno y, segundo, de Marcelino Oreja como su canciller, comenzaba a dar sus frutos bajo la premisa de consumir una universalización plena de relaciones con todos los países del mundo. La normalización de sus

relaciones con la Unión Soviética —para Franco y su franquismo, cuna del comunismo, santuario de los “rojos” y eje del mal—, acabaría siendo uno de los hitos que consolidó aquel desatado y, a la vez, irreversible proceso de transición en España de la dictadura a la democracia. La España del heredero de Franco se hacía amiga de la sempiterna enemiga Unión Soviética.¹⁸

Por su parte, no hay que olvidar que este restablecimiento de relaciones bilaterales con otro de los grandes enemigos del franquismo tendría lugar, precisamente, un día después de que en España fuese aprobado el real decreto-ley 12/77 sobre el derecho de asociación política, uno de los más importantes requerimientos que demanda todo régimen democrático que se precie de tal. “Todos los partidos políticos van a legalizarse inmediatamente”,¹⁹ rezaba un titular de *El País*, anunciando así la noticia de que aquella España monocolor comenzaba a dar saltos de gigante hacia la consagración del pluralismo político y hacia su definitiva conversión en un estado de Derecho. Ante semejantes decisiones, todo parecía indicar que en aquellos días el tránsito de la dictadura hacia la monarquía estaba gestando en España un reino de libertades. Por eso, un día después, el 11 de febrero, un editorial de ese mismo periódico se hacía eco de los “pasos adelante” que para el proceso de democratización española estaban representando tanto la apertura de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, como el proceso de legalización de los partidos políticos.²⁰

Y, como era previsible, la reacción no tardaría en llegar desde el seno de uno de los centros donde con más atención se estaba siguiendo el curso de los acontecimientos políticos de aquella España en proceso de democratización. Así, y tras el acuerdo de conciliación hispano-soviética, la Dirección General del Servicio Diplomático mexicano le hacía llegar a su presidente López-Portillo su particular diagnóstico: “Esto hace suponer que muy próximamente los demás países socialistas europeos procederán en el mismo sentido”, aunque se anunciaba que

para entonces, “según información disponible”, Rumania, Hungría y Checoslovaquia ya habían restablecido sus relaciones diplomáticas con España.²¹ A partir de dicho momento, lo que tocaba hacer no era otra cosa que arengar el oportunismo político con la siguiente recomendación emitida desde la cancillería: “El hecho de que el gobierno del rey Juan Carlos haya aceptado la reanudación de relaciones con la URSS y, en consecuencia, con los demás países socialistas europeos, facilita a su gobierno el proceso de normalización de las mismas con México”.²² Al parecer, aquello se resumía a un asunto de facilidades, y no importaba que, en materia de normalización de relaciones con España, México ya se hubiera convertido en uno de los últimos de la fila, ya que hasta los países comunistas habían sido los primeros en dar el paso.

Que la solución al enquistado problema hispano-mexicano pasara por la relación que España tuviera o dejara de tener con los países que se encontraban al otro lado de la vieja cortina de hierro no dejaba de sorprender. Sin embargo, y de nuevo, el fuerte temor a una reacción adversa de los sectores franquistas volvió a ponerse sobre la mesa, aunque en esta ocasión con un sutil giro semántico: “Es de suponerse que cualquier reacción procedente de los sectores de extrema derecha se manifestará contra la Unión Soviética, disminuyendo así el impacto que pudiera tener, en dichos sectores, la normalización de relaciones con México”. Con estas palabras, Tlatelolco recomendaba a su presidente estar mejor agazapados en espera de que pasara el temporal y, finalmente, entregarse al abrazo con el rey Juan Carlos sin hacer apenas ruido.

El recelo a los franquistas seguía estando presente, aunque las advertencias iban en esta ocasión en otra dirección: el temor ya no era por el impacto que estas reacciones pudieran tener en el gobierno español, sino porque México podría convertirse en el objeto mismo de las iras. Tal vez para entonces, los funcionarios de la cancillería mexicana conocían a ciencia cierta los ex-

presos deseos de su presidente López-Portillo de darse un exclusivo baño de multitudes en su viaje oficial a España, tal y como, a la postre, sucedería en su visita de octubre de 1977, una vez normalizadas las relaciones. Sin duda, las iras franquistas hubieran dañado la imagen presidencial y afeado los reportajes a color que se tenían previstos y que incluso saltaron a las páginas centrales de las revistas de papel *couché*.

De cualquier manera, el peso de la memoria habría de condicionar sobremanera la balanza de la decisión. La Unión Soviética, además de su condición de país comunista y de enemigo acérrimo para el franquismo, del que tanto rédito político e ideológico sacó el dictador en su afán de mantener siempre en guardia su cruzada contra los enemigos de su España, había sido, al igual que México, depositaria de buena parte del oro que las autoridades republicanas españolas se llevaron consigo al exilio.²³ Y, claro, durante aquellas cuatro décadas de dictadura *manu militari*, Franco no sólo encabezaría hasta la fecha de su muerte una permanente y calculada arenga propagandística contra el comunismo, sino que también reclamaría a los cuatro vientos, tanto a México como a la Unión Soviética, la devolución del oro, un patrimonio español que, para el palacio del Pardo, fue “explotado” por los “rojos” del exilio. Así, nada más terminar la Guerra Civil, el gobierno español exigiría a México “dignamente y como inexcusable defensa de sus intereses, la devolución del tesoro explotado por los rojos y que se hallaba en aquel país, sabiéndolo su Gobierno y amparado por éste”.²⁴

A este respecto, y por obvias razones de forma, no será aquí donde se aborde el espinoso asunto de la extracción del oro de España al término de la Guerra Civil ni mucho menos los pormenores que rodearon al episodio de aquel yate *Vita* que acabaría atracando en las costas de México. Para la ocasión, lo que sí interesa destacar es que, varias décadas después, el asunto del oro seguía estando muy presente y, por momentos, constituía un serio escollo para el

entendimiento previo entre España y México antes de dar el paso definitivo a la reconstrucción del vínculo diplomático.²⁵ A mediados de abril de 1976, en una columna del diario ABC se leía: “Ahora bien, si el gobierno de Méjico deja entender [...] que desaparecido Franco se ha sentado la condición necesaria para normalizar las relaciones con España, todavía, sin embargo, no permite entrever qué condiciones considera que son las suficientes. Tampoco España —que se sepa— ha precisado cuáles son las condiciones tuyas. Posiblemente sea pronto aún para saber, por ejemplo, si el tesoro del *Vita* pesa tanto contra las relaciones con Méjico como el oro español llevado a la URSS durante nuestra guerra lo hace para nuestras relaciones con Moscú”.²⁶

De cualquier modo, más allá de conjeturas y especulaciones, los vientos, también en este rubro, soplaban a favor de la presidencia mexicana y, en palabras de la Dirección General del Servicio Diplomático, “aparentemente no se consideraron, para llegar a la reanudación de relaciones de que se trata, las posibles reclamaciones que el gobierno español pudiera hacer al soviético sobre los depósitos de oro hechos por el gobierno de la República española en Moscú”.²⁷ Dadas así las cosas, todo parecía reducirse a una cuestión de pragmatismo, no exento de una apetecible flexibilidad: “Es de suponer que si en esta ocasión el gobierno español adoptó una posición flexible en relación con la reclamación del oro depositado en Moscú, en el caso de México tampoco se presentará reclamación alguna sobre los bienes que la República española envió a nuestro país en el transcurso de la Guerra Civil”.²⁸

En su informe, olvidaba la cancillería mexicana recordar que el único oro que realmente importaba en aquel momento era el negro, es decir, el petróleo. Para entonces, el gobierno mexicano conocía muy bien las intenciones del ejecutivo de Suárez de ampliar sus mercados de acopio de crudo y mitigar, en consecuencia, la tradicional dependencia del suministro proveniente de los países árabes. Como era de es-

perar, y así sucedió, desde el momento en que se normalizaron las relaciones diplomáticas, el tema central de las conversaciones, coincidiendo con los encuentros entre los altos mandatarios —México, en abril de 1977 y España, en octubre de ese mismo año— fue la compra de importantes cantidades de crudo por parte de España, una operación en la que estaba especialmente interesado México no sólo por los ingresos que representaría, sino por la necesidad de equilibrar la balanza comercial entre ambos países, hasta entonces favorable a los intereses españoles. Si en 1977, México vendía a España 2.400 barriles diarios, en 1982 la cifra ascendería a los 170.000 barriles. Como ya tuvimos ocasión de analizar en detalle, no hay duda de que aquéllas acabarían siendo unas relaciones pasadas por crudo.²⁹

Si España estaba dispuesta a normalizar sus relaciones con el mundo, aunque fuera el comunista, olvidando su tradicional hoja de reclamaciones, todo parecía indicar que el camino para México estaba más que despejado y libre de obstáculos: “Así, se tiene que el proceso tendiente a la normalización de relaciones diplomáticas entre México y España se encuentra cada día más despejado de problemas de tipo político y sólo subsiste, en consecuencia, la razón jurídica que, todavía hoy, asiste al gobierno de México para mantener relaciones diplomáticas con el régimen republicano”. De nuevo, la España del exilio en el centro del problema.

Paradójicamente, en los primeros compases de 1977, México se veía en la necesidad de enfrentar a uno de los enemigos contra el que Franco acorazó a su España: el exilio republicano. Dicho de otro modo, México se enfrentaba ante sí mismo y, mirándose al espejo, estaba obligado a resolver el que de repente se había convertido en un problema de múltiple arista, esto es, sus relaciones con el gobierno republicano español del exilio, el cual, y por si fuera poco, estaba asociado a la memoria de uno de los grandes notables de la Revolución Mexicana: el general Lázaro Cárdenas.³⁰

Paradojas del destino, también en este rubro, la suerte volvería a sonreír al presidente López-Portillo. En un verdadero acto de lealtad y hasta de gratitud, los representantes del exilio español no permanecerían impasibles a lo que estaba sucediendo ni en España ni en México ni en Moscú ni en el resto del mundo. Desde París, unas declaraciones hechas por Fernando Valera, presidente del Gobierno republicano en el exilio, el mismo día en que tenía lugar el restablecimiento de las relaciones hispano-soviéticas, venían a darle un verdadero balón de oxígeno al titular del ejecutivo mexicano.³¹ Comenzaban a escribirse los últimos renglones de la historia de uno de los más largos exilios del siglo XX. En ellas, Valera reconocería que México era uno de los pocos países que había mantenido “su fidelidad a los principios democráticos y a la doctrina del Derecho Internacional”, que por ello nunca quiso reconocer “a la administración franquista” y, en consecuencia, venía retrasando “su reconocimiento a la monarquía sucesora, hasta que haya un acto de soberanía nacional que justifique el cambio de política”.

En cuanto al Gobierno en el exilio, se anunciaba públicamente el siguiente juramento que, a la postre, se cumplió tal y como se prometió, ya que las instituciones republicanas quedaron oficialmente disueltas tras conocerse los resultados de la convocatoria electoral de junio del 77: “En el momento en que haya un acto que pueda parecer más o menos sincero, aceptable, de expresión de la soberanía nacional, considerará acabada su misión”. Dicho esto, la cancillería mexicana se reafirmaba en su “fórmula”, esto es, en su apuesta de que el México de López-Portillo debía esperar hasta después de las próximas elecciones generales para normalizar sus relaciones con España, una vez que el pueblo español hubiera hecho un ejercicio soberano y de las urnas saliera su nuevo presidente.³² De haberse producido este hecho, el reconocimiento por parte de México y del exilio español al proceso de democratización, que se venía produciendo en España tras la muerte

de Franco, hubiera sido a la par y, por si fuera poco, avalado por los mismos argumentos políticos y jurídicos.

Y la fórmula fue política: a modo de post-data

Pero, para entonces, las cartas estaban echadas y, más allá de los avales jurídicos que presentaba la madurada fórmula de la cancillería mexicana, el restablecimiento de las relaciones entre España y México acabaría siendo producto de una decisión política. En ninguno de estos informes secretos, que la Dirección General del Servicio Diplomático elaboró concienzudamente para su presidente López-Portillo, se hacía mención de la *conditio sine qua non* que España puso e impuso a México. Dicho de otro modo, su particular “noviazgo” con la España “territorial” no podía consumarse hasta que se diera por terminada su relación con la España republicana. Entre las “condiciones políticas” no se encontraban precisamente extrañas poligamias. Así fue escrito el guión y así se darían las cosas.

Tras el acto de cancelación de las relaciones entre los gobiernos de México y la República Española en el Exilio –18 de marzo del 77–, y después de un paréntesis de 10 días de no tener relaciones con ninguna de las “dos Españas”, el abrazo que se dieron los dos cancilleres en la capital francesa venía no sólo a normalizar las relaciones hispano-mexicanas, sino también a cerrar una de las grandes heridas, hasta entonces abierta, que había dejado aquella guerra de 1936 –dictadura franquista y exilio republicano, incluidos–. De cualquier modo, y más allá de la pertinencia de esta sanación, no conviene olvidar que el México de López-Portillo acabaría entregándose al abrazo con una España en transición democrática que, sin embargo, no se había dado todavía dos de sus grandes ritos legitimadores: sus primeras elecciones generales (15 de junio de 1977) y su nueva Carta Magna (6 de diciembre de 1978).³³

Por eso, no conviene olvidar que el presiden-

te Adolfo Suárez, a quien José López-Portillo recibiría en México en abril del 77, pocos días después del reencuentro diplomático, había sido nombrado como tal por el rey Juan Carlos, un monarca que asumió la jefatura del Estado español por decisión unipersonal del dictador Franco. Esto último fue, sin duda, el verdadero testamento político del Generalísimo. El restablecimiento de las relaciones hispano-mexicanas tuvo, por tanto, un particular déficit democrático, tal y como la Dirección General del Servicio Diplomático, desde sus advertencias al presidente mexicano, quiso evitar sin éxito alguno

NOTAS

- ¹ Eso fue suficiente para aventurar que las relaciones hispano-mexicanas tendrían lugar “dentro de pocos meses”, más aún tras el rumor difundido desde México por la agencia de noticias Efe de que el canciller Roel tenía previsto viajar a España en la primavera. *El País*, 9 de enero de 1977.
- ² El hecho de que, unos días después, el vicepresidente de la Cámara de Comercio mexicana y representante de México en España, Fausto Gutiérrez, declarase que, de recuperarse las relaciones diplomáticas plenas, “el volumen de intercambio comercial entre ambos países se triplicaría”, era, sin duda, un gran acicate para acelerar el paso. *El País*, 28 de enero de 1977.
- ³ Sobre la complicidad de los exiliados españoles con el PRI y el régimen presidencialista mexicano véase, a modo de ejemplo, Faber, Sebastiaan (2002): *Exile and cultural hegemony: spanish intellectuals in Mexico (1939-1975)*. Nashville, Vanderbilt University Press, pp. 211-217.
- ⁴ A este respecto, sugerimos la lectura de Sola Ayape, Carlos (2009): “Nación, nacionalismo y exaltación nacional en el México cardenista: la llegada de los exiliados españoles”, en Savarino, Franco y Pinet, Alejandro (coords.): *Movimientos sociales, Estado y religión en América Latina (siglos XIX y XX)*. México D. F., Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 177-200.
- ⁵ ABC, 30 de septiembre de 1975, p. 13. El propio Partido de Acción Nacional, principal fuerza opositora al PRI de Echeverría, tomó partido ante el caso para hacer público el siguiente mensaje: “En el caso de México, habrían bastado sólo dos hechos –Tlatelolco y Jueves de Corpus–, sobre los cuales jamás se hizo justicia, para merecer la suspensión de la ONU”. Acción Nacional se refería a los luctuosos hechos de la plaza de Tlatelolco y a lo que sucedió el 10 de junio de 1971, cuando una manifestación estudiantil fue agredida por grupos paramilitares que causaron 39 víctimas. Véase ABC, 1 de octubre de 1975, p. 10. Por estas razones, dicha formación política calificó de hipócrita la actitud de Echeverría, añadiendo que “su Gobierno no podía acusar a España de violación de los preceptos fundamentales de las Naciones Unidas mientras no hiciera acusaciones similares contra países como Cuba, la Unión Soviética, China, Alemania oriental, Perú, Brasil y Haití”. ABC, 3 de octubre de 1975, p. 7.
- ⁶ Sobre los pormenores de esta coyuntura histórica, véase nuestro capítulo, titulado “Luis Echeverría: el presidente saliente, el último presidente”, en Sola Ayape, Carlos (2008): *Entre fascistas y cuervos rojos: España y México (1934-1975)*. México, D. F., Editorial Porrúa-Tecnológico de Monterrey, pp. 146-194.
- ⁷ Archivo Histórico Genaro Estrada (A.H.G.E., en lo sucesivo). *Expediente III-5251-1 (segunda parte)*. Un informe, con un contenido similar, había sido remitido también por la cancillería mexicana al presidente López-Portillo el día 5 de ese mismo mes.
- ⁸ Con motivo de la muerte de Franco, la prensa mexicana presumió de la actitud ecuaníme que, sexenio tras sexenio, el Ejecutivo mexicano había mantenido con respecto al franquismo. Entre otros, y a modo de ejemplo, el periodista Luis Medina hacía alusión a “la culminación de una sólida actitud de política exterior fundada en nuestras mejores tradiciones y en el Derecho Internacional”. *Excélsior*, 27 de noviembre de 1975.
- ⁹ Cabe recordar que la cancelación, que no ruptura, de las relaciones entre México y el gobierno de la República Española en el Exilio tuvo lugar el 18 de marzo de 1977, día del aniversario de la nacionalización del petróleo, esto es, un tributo obligado que en el calendario anual de aquel presidencialismo se hacía a la figura del general Cárdenas. Por eso, no faltarían las protestas por semejante coincidencia. Unos días antes, el presidente López-Portillo había enviado a París a Rodolfo Echeverría, “en misión secreta y apresurada”, con el fin de traerse a José Maldonado, presidente de la República española, y a Fernando Valera, su primer ministro. Véase Marín, Carlos (1978): “Diplomacia improvisada: España como ejemplo”, en *Proceso*, n.º 62, 9 de enero.
- ¹⁰ De hecho, España normalizaría sus relaciones con Yugoslavia días después, el 27 de enero del 1977, con lo que la política exterior de Adolfo Suárez lograba asestar un duro golpe a la cada vez más alicaída causa de la República Española en el Exilio, habida cuenta de que este país socialista era, junto con México, uno de sus valedores en el escenario internacional.
- ¹¹ En dicho artículo se contemplaba lo siguiente: “Los miembros de la Sociedad se comprometen a mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial o la independencia política presente de todos los miembros de la sociedad”. El 11 de marzo de 1977, León García Soler, desde las páginas de *Excélsior*, recordaba las palabras que Venustiano Carranza dirigiera al Congreso de la Nación en 1918, donde dejaría sentada la doctrina internacional de México a partir de entonces: “Ningún país debe intervenir en ninguna forma y por ningún motivo en los asuntos interiores de otros. Todos deben someterse estrictamente y sin excepciones al principio universal de la no intervención”. *Excélsior*, 11 de marzo de 1977. El apoyo que el

- presidente Lázaro Cárdenas dispensaría a la República de Azña estaría justificado en dicho principio: apoyar al país amigo mediante la intervención, porque previamente ese país había sido objeto de una intervención extranjera.
- ¹² Recuérdese el discurso que pronunció el delegado mexicano Luis Quintanilla en la Conferencia de San Francisco aquel 19 de junio de 1945. En *México y la República Española. Antología de documentos, 1931-1977*. México, D. F., Centro Republicano Español en México, pp. 123 y 124.
- ¹³ Y, sin duda, ésta era una de las principales tesis que defendía el republicanismo español del exilio en aquellos meses. Un año después de la muerte de Franco, para el periódico *República Española*, órgano de ARDE (Asociación Democrática Republicana Española), la monarquía “como solución al problema de la sustitución del franquismo y sus secuelas no es más ni menos que la fórmula para salvar —en todo o en parte— a las oligarquías dominantes y a los privilegios e intereses bastardos y antisociales sostenidos durante cuarenta años a la sombra del franquismo”. Y este diagnóstico “no era tan distinto al que utilizaban las principales corrientes de la oposición antifranquista, políticas y sindicales, organizadas en el interior del país”. Véase Duarte, Ángel (2009): *El otoño de un ideal: el republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 354 y 355.
- ¹⁴ Recordemos que en la noche del 24 de enero de 1977 tuvo lugar en Madrid el asesinato, a manos de la extrema derecha española, de varios abogados laboristas, en lo que se conoció como la *matanza de Atocha*, sin duda, uno de los episodios de mayor tensión en aquella transición democrática.
- ¹⁵ En la misma línea, a mediados de marzo de ese año, Edmundo Hernández Vela, ex director del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, ponía sobre la mesa dos condiciones que España debía mostrar y demostrar para asegurar el acercamiento mexicano: “La legitimización popular del gobierno español y el respeto absoluto a los derechos humanos”. Dicho de otro modo, el pueblo español debía recuperar su condición de titular de la soberanía nacional y, convocado a urnas en un marco de libertad, elegir presidente. *Últimas Noticias de Excelsior*, 18 de marzo de 1977, p. 3.
- ¹⁶ A. H. G. E. *Expediente III-5251-1 (segunda parte)*.
- ¹⁷ Sorprende que la Dirección General del Servicio Diplomático se enterase de dicho acuerdo entre España y la URSS por el periódico mexicano *Últimas Noticias de Excelsior*, tal y como así se hace constar en el informe que remite al presidente de la República mexicana. Al día siguiente, 10 de febrero, desde la embajada de México en Moscú se remitía a Tlatelolco, y además con carácter de urgente, un télex en el que se reproducía íntegramente el “comunicado conjunto sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas entre España y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”. A.H.G.E. *Expediente III-5251-1 (segunda parte)*.
- ¹⁸ Recordemos que México y la Unión Soviética formaron la dupla de países que identificó el régimen franquista como sus enemigos naturales por no querer aceptar el régimen político impuesto en España por Francisco Franco al término de la Guerra Civil. Así, y en el marco de la Conferencia de San Francisco, donde los triunfadores de la segunda gran guerra vetarían a España su ingreso en la ONU, el diario ABC, entonces de acentuada tendencia franquista, escribiría el siguiente testimonio: “Cuando la victoria coronó los esfuerzos de nuestro Caudillo y sus ejércitos, todos los países se apresuraron a reconocer al nuevo Estado español y su régimen, que habían sabido yugular la anarquía del país, impidiendo que perdurara entre las naciones occidentales un tremendo foco de perturbación, de desorden y de crímenes. Todos los países, menos dos: Rusia [...] y Méjico”. ABC, 10 de enero de 1946, p. 9. Este entrecuillado es un claro ejemplo, entre otros muchos más que se podrían citar, de cómo la prensa española de entonces se ponía al servicio de la propaganda y la legitimidad del franquismo en su intento de degradar la imagen del adversario. Nótese de qué manera tan sutil ese México quedaba asociado con el comunismo soviético —enemigo de Occidente, poco después, en el contexto de la Guerra Fría—, así como con la perturbación, el desorden y el crimen.
- ¹⁹ “El impacto causado por el anuncio de modificaciones en la Ley de Asociación Política ha sido muy notable, y puede darse por seguro que prácticamente la totalidad de los partidos políticos españoles acudirán a legalizarse”, *El País*, 10 de febrero de 1977.
- ²⁰ “El restablecimiento de relaciones plenas con la Unión Soviética constituye no sólo un avance en el intento de ampliar el margen de maniobra, no excesivamente amplio, de la diplomacia española, y de ganar mercados potenciales en una fase crítica de nuestra balanza comercial, sino que supone también un acto simbólico importante que refrenda el olvido de viejas heridas iniciado desde hace meses por Gobierno y Oposición democrática”. *El País*, 11 de febrero de 1977.
- ²¹ En los primeros meses de 1977, España normalizaría sus relaciones con los países llamados comunistas: el 27 de enero, con Rumanía, Yugoslavia y Bulgaria; el 30 de enero, con Polonia; el 8 de febrero, con Hungría, Checoslovaquia y la URSS, y el 4 de abril, con la República Democrática Alemana.
- ²² El 11 de enero de 1977, de nuevo Fausto Gutiérrez escribía una nota desde Madrid al canciller Roel donde, entre otras cosas, resaltaba que “en el campo exterior, como sabes, España ha reanudado ya sus relaciones diplomáticas con Rusia y países socialistas. ¡Ojalá que pronto pueda reanudarse la tan esperada y deseada por todos normalización de las relaciones hispano-mexicanas!” AHGE *Expediente SPR-867-4*. Dadas así las cosas, era más que notorio que México comenzaba a quedar en evidencia.
- ²³ En el *Catecismo Patriótico Español* de 1939 se leían cosas como éstas: “España hubiera caído indefectiblemente en el bolchevismo, de no haberse producido la reacción salvadora del 18 de julio de 1936, pues a pesar de tener la gran mayoría del pueblo español en contra, la minoría marxista con todos sus cómplices y ayudadores, audaz y sin escrúpulos, había logrado adueñarse de todos los resortes del Poder, intentando esclavizar a España por el terror y la

- violencia”. Menéndez-Reigada, Albino G. (1939): *Catecismo patriótico español*. Salamanca, Establecimiento Tipográfico de Calatrava, p. 27.
- ²⁴ ABC, 10 de enero de 1946, p. 9.
- ²⁵ Como puntualizó Rosa María Pardo, la cuestión del “tesoro del *Vita*” y los bienes trasladados por las autoridades republicanas a México se convirtió en una permanente reclamación de Franco al gobierno mexicano en turno. Pardo Sanz, Rosa María (1995): *¡Con Franco hacia el Imperio! La política exterior española en América Latina, 1939-1945*. Madrid, UNED, p. 107.
- ²⁶ ABC, 16 de abril de 1976, p. 11.
- ²⁷ Asimismo, se le informaba al presidente López-Portillo que tampoco se había considerado, “al parecer, la posible reclamación soviética por los daños y perjuicios sufridos, especialmente en Leningrado, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, causados por los ‘voluntarios’ militares españoles integrantes de la ‘legión azul’, que luchó al lado de los ejércitos alemanes nazis”.
- ²⁸ Por si acaso, se decía también que dichos envíos, “según se sabe, fueron destinados a sufragar los gastos de los propios refugiados republicanos españoles tanto en Francia como en México”. Periódicos mexicanos, como *Últimas Noticias de Excelsior*, recogían en portada la noticia del establecimiento de relaciones diplomáticas entre el gobierno de la URSS y el “gobierno postfranquista”, acontecimiento que significaba “el fin del anticomunismo franquista”, habida cuenta de que el levantamiento militar de Franco en 1936 había sido denominado “como una cruzada contra el comunismo”. Por su parte, y no por casualidad, se decía que en el anuncio conjunto no se había mencionado “el asunto del oro”. *Últimas Noticias de Excelsior*, 9 de febrero de 1977, pp. 1 y 10.
- ²⁹ Sola Ayape, Carlos (2009): *El reencuentro de las águilas: España y México (1975-1978)*, México D. F., Editorial Porrúa-Tecnológico de Monterrey, pp. 177-185.
- ³⁰ El afán de presentar al presidente López-Portillo como un continuador de la obra de Cárdenas era evidente. Poco después del abrazo en París, el canciller Roel hacía estas declaraciones: “Ya establecimos relaciones con la España territorial, [...] estamos abiertos a todos países del mundo, [...] seguimos la línea cardenista que él estableció en algunos de sus informes al Congreso de la Unión y cuyo continuador es López-Portillo”. A.H.G.E. *Expedientes 5251-1 (segunda parte)* y *XI-195-1 (primera parte)*.
- ³¹ *Últimas Noticias de Excelsior*, 9 de febrero de 1977. En la misma línea discursiva, unos días después, Fernando Giral, presidente de la Asociación Democrática Republicana Española, pronunciaría estas palabras: “No queremos siquiera comentar las decisiones que tome México. Lo que haga está bien hecho”. *Últimas Noticias de Excelsior*, 18 de marzo de 1977, p. 3.
- ³² “En consecuencia, se tiene que las declaraciones hechas por el presidente Valera apoyan plenamente la tesis sostenida por México hasta la fecha y, al mismo tiempo, facilitan y justifican, total y lógicamente, la normalización de relaciones entre México y España, tan pronto como se produzcan las elecciones anunciadas por el gobierno español”.
- ³³ Por limitaciones formales, no hemos querido dar cuenta de la copiosa literatura que se hace eco de los temas que aquí se abordan. No obstante, y para la ocasión, nos permitimos hacer mención de nuestro libro titulado Sola Ayape, Carlos (2009): *El reencuentro de las águilas..., op. cit.*

LA MEMORIA ESCINDIDA. EL PASADO DEL NACIONALISMO BRETÓN, ENTRE LA REHABILITACIÓN Y EL REPUDIO

José Antonio Rubio Caballero (U. de Extremadura)

A lo largo de la última década ha tenido lugar en diversos medios académicos y periodísticos de Francia la revivificación de una serie de debates en torno al presente y al pasado del movimiento regionalista y nacionalista de Bretaña, y más concretamente en torno a su controvertida actuación durante la Segunda Guerra Mundial. Nacido en el siglo XIX con un cariz regionalista, el movimiento identitario bretón viró en tiempo de entreguerras (1919-1939) hacia el autonomismo e incluso hacia el independentismo, tomando prestados los tonos discursivos del fascismo en boga en la época. Tanto, que invasión Francia por los nazis los compromisos de dicho nacionalismo bretón con los ocupantes alemanes llegaron a ser flagrantes: las simpatías hacia el ideario nacionalsocialista y la esperanza de que el hundimiento francés generase una oportunidad de independencia para Bretaña explicarían dicha inclinación. A la Liberación le siguieron decenios de oprobio, de silencio y de olvido, marcados por el rencor y la sospecha hacia todo lo que fuera reivindicación bretonista, tan estigmatizada a causa de los compromisos contraídos en los primeros cuarenta. Pero desde finales de la década de 1990, las querellas en torno al colaboracionismo del movimiento bretón – que si bien nunca habían desaparecido del todo sí parecían sumergidas en el olvido– han resucitado y vuelto a la superficie por muy diver-

sos factores. El relativo reflote de fuerzas políticas regionalistas y nacionalistas en la Bretaña de hoy, un cierto *revival* identitario y folklórico que impregna sutilmente el país, la inevitable marea suscitada por los debates europeos sobre la descentralización y la regionalización política de los viejos Estados-nación, que incluso a Francia afecta, o la convicción «hoy elevada a categoría de dogma según la cual los deberes de memoria son el requisito para el progreso mismo de la moralidad colectiva»,¹ han desempolvado la vieja controversia. Un debate de indudable interés historiográfico, pero también de gran capacidad para generar tensiones y elevar las emociones: se trata de las identidades regionales y/o nacionales, por un lado, y de cuestiones relativas a la memoria histórica. La combinación de problemáticas identitarias con la disyuntiva entre la amnesia voluntaria, la rehabilitación o el repudio históricos, tienen en la cuestión bretona un más que evidente plasmación.

Del romanticismo al quintacolumnismo

Bretaña, la península noroccidental de Francia, ha efectuado una procelosa trayectoria histórica que desde hace dos siglos se encuentra fundida con la trayectoria histórica francesa. Tierra situada sobre los difusos límites que separan a la Europa latinizada de la Europa céltica, sus acusa-

das especificidades culturales (idiomáticas, económicas, institucionales...) constituyen los mimbres con que en el siglo XIX se urdió un movimiento de reivindicación identitaria que pervive hasta nuestros días, el *Emsav* («renacimiento» en bretón). Como todo fenómeno de su índole, el *Emsav* se configura como una reacción de profilaxis identitaria (destinada a preservar una identidad que considera en peligro de extinción y cuya desaparición entiende indeseable), y ha generado una serie de discursos políticos que fueron desde el regionalismo, primero, hasta el nacionalismo, más tarde. Contemplada con perspectiva temporal su trayectoria y evaluados *a posteriori* sus resultados, la operación emprendida por el *Emsav* desde su aparición hasta 1945 puede ser percibida como una lucha por la conquista de dos utopías: si la del primer *Emsav* (1845-1914) luchó por que Bretaña retornase a un pasado fatalmente extinto, la del segundo (1918-1945) propuso a Bretaña, con poco éxito, el salto hacia un futuro quimérico.

En efecto, los procesos de centralización política y de homogeneización cultural que emprende el Estado francés desde 1789 se demuestran altamente exitosos. Frente a ellos surge un *Emsav* regionalista principalmente nutrido por el clero y la aristocracia locales, que se vuelca en revalorizar la idea de Bretaña, una pequeña patria que, por su lengua, su historia, su carácter peculiar, no debe acabar confundida en un Estado francés unitario. Es la fase de despertar cultural que precede al nacionalismo sin Estado. Fundamentado en la literatura, la filología, la historiografía y respaldado por un catolicismo local marcadamente contrarrevolucionario, el bretonismo se ordena en torno a una nebulosa de cenáculos intelectuales, y su maniqueo discurso se nutre de un cúmulo de nostalgias confrontadas a un conjunto de rechazos: recelo antiliberal y nostalgias antiguorregimentales, prevenciones contra la industrialización y exaltación de los valores rurales, desconfianza hacia la lengua francesa y apología de la bretona, rechazo del centralismo jacobino y demanda

de la restauración de las franquicias bretonas vigentes antes de 1789.²

Pero Bretaña no es Cataluña o Euskadi, ni Francia es España. La aristocracia y clero decimonónicos se preocupan más de preservar una situación de preponderancia en su universo rural y poner diques frente a una revolución social que asociaban al republicanismo centralista francés, que de aventurarse en defender la instauración de un poder político bretón autónomo o independiente. El Estado, por su parte, completa laboriosa pero exitosamente su trabajo de construcción nacional y aparece ante las burguesías periféricas como vector de mercado, civilización y oportunidades, de manera que éstas en general se desentienden de reivindicaciones centrífugas; la burguesía bretona nunca se ve masivamente por los balbuceos del particularismo bretón, y el discurso del *Emsav*, a falta de mayores apoyos, acaba siendo el patrimonio casi exclusivo de sectores minoritarios, poco dinámicos y crecientemente encerrados en sí mismos. Por lo demás, la Primera Guerra Mundial (1914-1918) entraña la culminación del proceso de construcción nacional francés, y también un punto de inflexión en el movimiento bretón. Una nueva corriente nacionalista gana preponderancia, en detrimento del regionalismo tradicionalista. Es el segundo *Emsav*, que refresca propuestas, remoja proyectos, y que toma prestados ciertos rasgos del bretonismo tradicional para estirarlos y llevarlos hasta sus últimas consecuencias, mientras atenúa o margina otros.³ Es el nacional-populismo bretón de los años veinte y treinta, que, instalado en una visión esencialista de la patria, basa su credo en el rechazo de la Francia unitaria y en la reivindicación de la soberanía nacional bretona. Por lo demás, resabios nordistas y pancélticos, flirteos racistas, lenguajes revanchistas, el desprecio al liberalismo político y económico, la condena del marxismo y la defensa del corporativismo social, se van abriendo paso poco a poco. Al lado de esta línea ideológica del *Emsav* de la época, discurrieron los tímidos proyectos del regiona-

lismo tradicionalista y los planes federalistas de una izquierda bretonista que casi nació muerta.

Pero el segundo *Emsav* se estrelló contra un Estado francés que en ningún momento accedió a la más tímida de las demandas descentralizadoras, y también contra una sociedad bretona que en general dio la espalda al particularismo. El fracaso global de las tentativas del nacionalismo bretón para ejercer una influencia sustancial en la opinión de la población a la que apelaba es pues un hecho capital. La realidad demostró, incluso en coyunturas en las que las posibilidades de maniobra del movimiento se vieron multiplicadas (ocupación alemana, Régimen de Vichy), hasta qué punto la masa bretona era indiferente, cuando no hostil, al mensaje del *Emsav*. Y en contra de lo que la lógica hubiera hecho más aconsejable, el *Parti National Breton* acentuó el radicalismo de su discurso a medida que tomaba conciencia de su marginalidad: ignorado por la élite cercana al poder, por las clases medias que preferían confiar la defensa de sus intereses a las organizaciones políticas ya existentes, por una burguesía a menudo ajena al país o perfectamente afrancesada, por un campesinado sometido a unos poderes paternalistas que le mantenían en una situación de marginalidad política y alejado del universo referencial *emsaverien* (elitista y burgués),⁴ y por un bloque obrero mayoritariamente seducido por el marxismo que difícilmente sucumbiría ante un *Emsav* fascistizado. Movimiento desnortado, el *Emsav* fue también víctima de la fortaleza de su enemigo. La acción del Estado se hallaba muy desarrollada después de la Guerra del 14. La ausencia de sentimiento nacional bretón era un hecho, y la idea de que la región no podría bastarse a sí misma para vivir de manera autónoma estaba bien enraizada entre la población. La lealtad hacia Francia era fuerte, máxime cuando el *Emsav* había buscado articular un nacionalismo sin disponer de ninguna de las herramientas (escuela, prensa, servicio militar) gracias a las cuales su rival había ganado la partida.

Con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

avicinándose, los dos estrechos caminos de pervivencia que le quedaban al *Emsav* eran o bien la prudencia y la despolitización, o bien la radicalización y la huida hacia delante. El grueso del movimiento bretón opta por este segundo camino. Argumentos ideológicos –la fascinación de pertenecer a una civilización superior–, teológicos –la impregnación de un catolicismo nada impermeable al antisemitismo y dispuesto a emplear cualquier arma frente al comunismo–, históricos –el brillante ejemplo irlandés–, y psicológicos –la ambición de un eventual acceso al poder y a la gloria – pueden explicar esta toma de posición. Además, sobreestimando su capacidad para influir sobre la población y tratando de aprovechar el hundimiento de la Tercera República, los *emsaverien* o militantes bretones previeron obtener unos réditos políticos que jamás hubieran podido conquistar con una acción política común y sin contar con el concurso de acontecimientos extraordinarios. Táctica y convicción presidieron pues el acercamiento de los nacionalistas bretones a Alemania, actitud que por otra parte no fue exclusiva en ellos: nacionalistas alsacianos y flamencos principalmente, e incluso algún círculo de nacionalistas vascos o corsos, flirtearon con la idea del Orden Nuevo Europeo.⁵ Mientras que Francia vivió bajo la bota alemana el *Emsav* políticamente organizado y el grueso de organizaciones culturales que gravitaban en torno a él se mostraron favorables o conniventes con las ideologías totalitarias. De ahí sus apoyos expresos a la Alemania nazi o su colaboración más o menos abierta con el régimen de Pétain. La fascinación por las tesis nacionalsocialistas, el desprecio contra los fundamentos de la democracia o la aplicación del tradicional adagio de los *sinn feinners* irlandeses (*England's difficulty, Ireland's opportunity*), arrastraron al *Emsav* hacia la pendiente de un quintacolumnismo que a la larga sería mortífera, en lo físico y en lo simbólico.

Las ilusiones se revelaron en buena medida vanas, porque el invasor alemán no se comportó como los nacionalistas más esperanzados pre-

veían. El Reich prefirió apoyarse en un gobierno conservador colaboracionista más que en agrupaciones radicales o corrientes separatistas claramente desconectadas de las poblaciones a las que decían representar. Tales movimientos soberanistas sólo le fueron útiles a Alemania como fuerzas de ocupación supletorias y eventuales medios de presión sobre el gobierno vichysta. La creación de una Bretaña soberana o semindependiente sólo se mantuvo en la mente de algunos estrategas nazis⁶ empeñados en seguir soñando con el renacimiento de naciones mitológicas europeas.⁷ Sea como fuere, durante los cuatro años de guerra, el PNB, mascarón de proa del nacionalismo bretón, fue tolerado y en ocasiones flagrantemente apoyado por las autoridades ocupantes, que siempre vieron interés en mantenerlo vivo y activo. No obstante, si los bretones, aturridos por la magnitud del desastre, se separaron ostensiblemente del régimen democrático, no fue para arrojarse a los brazos del movimiento nacionalista bretón, sino más bien para cobijarse bajo la sombra de Pétain.⁸ Y en esa coyuntura el discreto regionalismo bretón de raíz decimonónica sí alcanzó a tener cierto eco en las instancias de Vichy e incluso en sectores de cierta burguesía bretona. La puesta en marcha de diversas iniciativas culturales (*Ar Brezhoneg er Skol*, «el bretón a la escuela») y la creación de una serie de instituciones consultivas como el *Institut Celtique de Bretagne* o del *Comité Consultatif de Bretagne* dan idea del cierto dinamismo que alcanzó la versión moderada del *Emsav* entre 1940 y 1944. Mientras, la rama dura perseveraba en su error, y algunos de sus elementos incluso abrían fuego contra la Resistencia francesa, en nombre de la quimérica nación bretona en la que ya sólo ellos creían: bajo el manto de un PNB tolerado por el ocupante se llegó a crear la *Bezen Cadoual* («escuadrón de combate»), luego rebautizado como *Bezen Perrot* en honor al sacerdote nacionalista asesinado en 1943 por la Resistencia francesa, Jean Marie Perrot).

Una incesante resaca

La historia da un vuelco en 1945. Algunas de las consecuencias de que el *Emsav* mantuviera posturas favorables a Berlín o a Vichy durante la Guerra fueron la depuración, el descrédito y el ostracismo. En este aspecto cabe hacer notar que si bien «la práctica totalidad del movimiento bretón políticamente organizado fue considerado objetivamente como colaboracionista»,⁹ estudios recientes han demostrado que si se desciende a las cifras y casos concretos, todo indica que la depuración golpeó menos en términos cuantitativos a las gentes allegadas al *Emsav* que a las adscritas a otros movimientos colaboracionistas.¹⁰ Pero querellas de cifras aparte, la Liberación trajo juicios formales y penas que oscilaron entre las declaraciones de «indignidad nacional» hasta los encarcelamientos e incluso las ejecuciones. Y trajo también una resaca de ajustes de cuentas y de fusilamientos sumarios que corrieron a cargo de la Resistencia. También hubo episodios de huidas, evasiones y exilios (algunos de los principales cabecillas del movimiento, como Olier Mordrel o Roparz Hemon), e incluso de absoluciones llevadas a efecto por las autoridades francesas mucho después de 1945. No es difícil trazar un paralelismo entre el caso de los «depurados» bretones y los regionalistas y nacionalistas colaboracionistas de otros rincones del mapa, que también sufrirían los rigores de las purgas, ya fueran espontáneas o legales. Nacionalistas flamencos (los «incívicos», según terminología habitual) en Bélgica y norte de Francia, o gentes más o menos significadas de los movimientos vasco, alsaciano y corso (Francia) o frisón (Países Bajos) quedaron en sus respectivos Estados incluídas en la variopinta y difícilmente delimitable masa de los colaboracionistas. Mientras que muchos *emsaverien* y nacionalistas de otros territorios sufrieron castigos no siempre regulares ni ajustados a derecho, otros se beneficiaban de ponderados discernimientos entre el compromiso activo con formaciones culpables o la tibia

cercanía ideológica a las mismas. Como afirma Judt, sobre este período de caos «muchos hombres eran injustamente señalados y castigados, aunque era mucho mayor el número de los que escapaban indemnes al castigo. Las irregularidades y paradojas procesales eran múltiples, y los motivos de los gobiernos, fiscales y jurados distaban de ser desinteresados, obedeciendo con frecuencia al propio interés, a la estrategia política o a las emociones. Se trataba de una solución imperfecta. Pero cuando evaluamos los procedimientos penales y la consiguiente catarsis pública que marcó la transición de la guerra a la paz en Europa, debemos tener siempre presente el drama que se acababa de vivir. En las circunstancias de 1945, resulta meritorio que el Estado de derecho pudiera siquiera restablecerse: después de todo, nunca hasta entonces un continente entero se había propuesto definir una nueva categoría de delitos a semejante escala ni llevar a los criminales ante algo parecido a la justicia».¹¹

La confusión y el etiquetado rápido, las urgencias, el reduccionismo y la inclinación seguramente apresurada a confundir a la parte con el todo se impusieron y generaron reacciones expeditivas contra estos movimientos regionalistas minoritarios. Sea como fuere, es ocioso decir que el movimiento bretón quedó diezmado física y moralmente, y que tanto el Estado francés como los principios políticos inspiradores de la República (la unidad nacional y la indivisibilidad territorial, entre otros) adquirieron tras la Guerra una legitimidad intocable, inédita hasta entonces.¹² Aparte de las condenas concretas y materiales, la colaboración le acreó al desarbolado *Emsav* otras consecuencias más duraderas e intangibles. La creación de una fatal aureola de etnicismo alrededor de toda reivindicación bretonista que posteriormente pudiera emerger, y la colocación de una losa de deshonor sobre toda iniciativa regionalista que osase asomar a la escena pública en los años subsiguientes a la guerra son hechos que están fuera de toda duda. Habrían de transcurrir dé-

cadadas para que se fuese olvidando la rima entre las palabras *breiz atao y collabo*.¹³

Llegaron los setenta, el anticolonialismo tercermundista y sus reflujos en occidente, que tuvo en los independentismos violentos sus manifestaciones más delirantes. En Bretaña, la *Armée Revolutionnaire de Bretagne* (ARB) se presentó sin mucho éxito como una versión armoricana de la ETA vasca. Tras ella o en torno a ella, una constelación de partidos que perviven hasta hoy. Por muy virulenta que puntualmente pueda haber sido la actuación de estos brotes radicales, las diversas corrientes del particularismo bretón alumbradas en los setenta no han amenazado seriamente la estabilidad territorial de la República Francesa. Ni el soberanismo, y ni mucho menos el secesionismo, han gozado de audiencias reseñables entre las poblaciones concernidas. En contrapartida, las reivindicaciones de autonomía cultural y administrativa de cierta contundencia que un renovado *Emsav* ha ido incrustando en su discurso sí han tenido una mejor acogida. El auge cultural e identitario de Bretaña, ilustrado por la popularidad de los *festou-noz* o el ascenso del interés por la lengua bretona y su literatura, generan entusiasmo en los ambientes regionalistas, cuyos resultados electorales sin embargo siguen siendo modestos. Pululan actualmente por el panorama de la política bretona la *Union Démocratique Bretonne* (izquierda), el *Parti Breton* (centro-derecha), *Emgann* (izquierda revolucionaria) y *Adsav* (extrema derecha), siendo sólo la primera de las citadas una formación capaz de acceder a algunas alcaldías o concejalías,¹⁴ aunque normalmente aliada a formaciones ecologistas o progresistas. Ciertamente, la combinación del sentimiento de fracaso político experimentado tras 1945 y la sin embargo persistente voluntad de seguir actuando de algún modo ha llevado a los militantes bretones a concentrar casi todos sus esfuerzos en cuestiones culturales. Y en ese terreno los progresos han sido notables, si se tiene en cuenta la naturaleza del Estado francés, si se piensa en la *a priori* escasa predisposición

que la propia población bretona tiene para escuchar la música del particularismo político, e incluso si se recuerda el estruendo, aún retumbante, de los errores cometidos por el *Emsav* anterior a 1945.

La memoria, arma de doble filo

Aún hoy la cuestión sigue generando marejadas en un país como Francia, donde las heridas de la Segunda Guerra Mundial nunca parecen cicatrizar de manera definitiva. *Un passé qui ne passe pas*,¹⁵ «un pasado que no pasa», es la sintética fórmula que ha hecho fortuna para definir los desasosiegos de una nación que nunca dejó totalmente de verse acechada por un pasado que en muchas de sus facetas dista de ser lustroso.¹⁶ Si el conocido sintagma citado es válido para Francia en su conjunto, también puede aplicarse al particular contexto de Bretaña y a las peculiares problemáticas que rodearon al *Emsav* desde los años treinta hasta 1945. Pues aunque se podría pensar que a las alturas del siglo XXI lo esencial del debate sobre los compromisos mantenidos por el movimiento bretón con las autoridades ocupantes durante la Guerra ya estaba zanjado, se ha asistido desde el final de los años noventa a una revivificación de las polémicas.

Determinados sectores intelectuales, políticos y civiles comienzan desde hace dos décadas a alertarse de lo que consideran una «peligrosa deriva identitaria de Bretaña», incompatible con el principio de igualdad republicana y atentatoria contra la naturaleza unitaria del Estado francés. Tras esa deriva se situaría la acción del nacionalismo bretón actual. Más aún, agazapado tras empresas editoriales, tras iniciativas culturales aparentemente inocuas, tras partidos políticos o instituciones locales y regionales de Bretaña, el nacionalismo bretón estaría hoy alentando un intolerable y subrepticio negacionismo sobre de la evolución fascista del antiguo *Emsav* y muy concretamente los compromisos que contrajo entre 1939 y 1945.

Pero por el otro lado, el entorno del movimiento bretón actual, y sobre todo sus sectores más politizados, perseveran en su operación de lo que consideran una necesaria «recuperación de la identidad bretona», desacreditan unas políticas que juzgan como centralistas, propias de una República insensible a las minorías culturales y a las identidades regionales, y se defienden de las acusaciones que son emitidas en su contra bien negando que los errores del *Emsav* pretérito existieran, o bien lustrando *a posteriori* los episodios menos honrosos de sus antecesores.

La querella cobra aspereza merced al «debate regional» surgido a raíz de la pretensión del nacionalismo bretón (más el corso, el occitano o el flamenco) de que el Estado francés firme la ratificación de la Carta Europea de las Lenguas Regionales.¹⁷ Además, una fracción nacionalista bretona regresa al activismo violento: el atentado mortal de Québert (Ile-et-Vilaine) de 2000 acaba por caldear el debate. En efecto, la acción atribuida a la ARB acaece el 19 de abril de 2000, cuando explota una bomba colocada en la citada localidad y provoca la muerte de una persona.

Usos políticos del pasado, reivindicaciones identitarias y confusionismo entre memoria e historia se combinan para generar un asunto que cuenta con todos los ingredientes para ser controvertido. Aún a riesgo de caer en el esquematismo, se puede sentar que las polémicas de memoria en torno a la actitud del *Emsav* en los años veinte, treinta y cuarenta han generado hoy dos visiones opuestas. Por un lado, una que condena en bloque al movimiento bretón histórico y que por ello desacredita al actual. Y otra que se esfuerza bien en negar las molestas evidencias del pretérito, o bien que matiza fuertemente determinados hechos y compromisos pasados para acabar distorsionando la realidad, en su intención de lustrar la imagen de una historia que difícilmente tiene arreglo. Y en medio de ambas tendencias, la mayor parte de la población, que se mueve entre la indiferencia, el desconocimiento y el deseo por pasar página y olvidar.

Algunas observaciones sobre las dos posturas enfrentadas merecen ser expuestas. Primeramente, cabe subrayar los reproches acaso excesivos que una parte de la historiografía ha lanzado contra las políticas llevadas por el Estado francés en tiempo de entreguerras en relación al nacionalismo bretón. Hay historiadores próximos al autonomismo bretón actual que, sin llegar a negar el fondo y la forma fascista del discurso del PNB y de sus terminales, inciden en demasía en las recurrentes negativas de la Tercera República a adoptar las reformas demandadas por movimientos regionalistas o nacionalistas.¹⁸ En ese argumento parecen basarse para explicar, y en cierto modo justificar, el colaboracionismo del *Emsav*. Según esta visión, el sordo frontón en que se convirtió el Estado francés habría acabado por obligar al nacionalismo bretón a recurrir a los métodos más expeditivos y ominosos. La argumentación se antoja excesivamente esquemática y poco sólida, y además fundada sobre una media verdad. Cabría que estos historiadores explicitaran sin ambages que las demandas que aquella Tercera República desoía eran los gritos de una minoría: una minoría que por otra parte era desconsiderada, cuando no repudiada, por la mayor parte de la propia población bretona. Imposible pues equiparar esa actitud del Estado francés hacia el nacionalismo bretón con la que, por ejemplo, y décadas más tarde, desarrollaría el Estado español franquista, que sí contribuyó decisivamente, por su cerrazón centralista, a alimentar las derivas más radicales de nacionalismos como el vasco, especialmente. En casos como el español, el centralismo y la falta de atención a las reivindicaciones nacionalistas vascas o catalanas sí explica al menos en parte la radicalización de éstas, pues tales movimientos sí estaban sólidamente sustentados por sectores amplios e influyentes de sus respectivos territorios. Caso en absoluto similar al de Bretaña.

Una segunda y doble observación de carácter más globalizador lleva a poner de relieve prácticas que a buen seguro son reprochables, y que se detectan hoy en día tanto entre los

opositores a toda expresión regionalista y nacionalista que ponga en entredicho la armadura centralizada de la Francia actual, como entre los paladines del movimiento bretón de hoy.

Recordar para repudiar

Con respecto a los sectores refugiados en la primera de las trincheras citadas, hay que subrayar el acaso desmedido celo que demuestran en su afán por desacreditar toda pretensión de descentralización política, cultural o lingüística en Francia. Sin entrar a valorar el grado de legitimidad, de solidez argumental o de oportunidad política que pueda poseer este discurso en la Francia de hoy, lo reprochable de su argumento seguramente sea el recurso a la memoria, el constante recordatorio de que movimientos como el bretón entroncan con un innegable pasado de racismo y de colaboracionismo.

Algunos ejemplos ilustran bien esta actitud. En 2000, el libro de Ronan Calvez titulado *La Radio en Langue Bretonne*¹⁹ demuestra los compromisos nazis de Roparz Hemon, figura clave del renacimiento cultural bretón de entreguerras de la cual el *Emsav* «progresista» de la generación post-sesentayocho sigue sin dejar de renegar. En el mismo año, el más antiguo colegio de la red *Diwan* (consorcio de escuelas asociativas privadas concertadas con el Estado francés que proporcionan toda la enseñanza primaria y secundaria en lengua bretona), que precisamente había sido bautizado como «Roparz Hemon» en 1988, era obligado a cambiar de nombre, a instancias de diversos colectivos republicanos y del propio *Conséil Général du Finistère*. Ya en 1998 el MRAP (*Mouvement contre le Racisme et pour l'Amitié des Peuples*) había organizado una campaña de protesta contra el homenaje que el *Institut Culturel de Bretagne* (ICB), bajo la forma de Congreso, había dedicado al controvertido Hemon. Dichas Jornadas, en efecto, omitieron los aspectos más oscuros de su trayectoria, y habían sido sufragadas con fondos públicos.²⁰

El citado ICB²¹ ha venido estando detrás de numerosas controversias a cuenta de la memoria del nacionalismo bretón. El diario *L'Express*²² se lamentaba en 2001 de que las políticas «secrarias y militantes» de la institución originaban desconcertantes paradojas en la mirada que proyectaba sobre el pasado de Bretaña. Por ejemplo, el hecho de que ignorando a toda la pléyade de resistentes con que la región contó durante la Segunda Guerra Mundial, el ICB tuviera que homenajear precisamente a un colaboracionista como Roparz Hemon. O el hecho de que obedeciendo a un impulso nacionalista, haya tratado de hacer de la ciudad de Rennes –lugar donde el bretón nunca fue hablado– el «cuartel general de una versión artificial y actualizada de la vieja lengua celta». Para el ensayista Eric Conan, el éxito de las asociaciones culturales bretonas da testimonio de una «identidad cultural regional fuerte y abierta», que contrasta con el estancamiento del movimiento político nacionalista, el cual, para paliar su arrinconamiento, se habría «apoderado del ICB, concibiéndolo como una herramienta destinada a captar subvenciones, a falta de seguidores».²³ La cascada de reproches continúa con el «sistema incestuoso» de amiguismo que vendría practicando el núcleo duro del nacionalismo bretón actual. No privándose del uso de los fondos del Estado francés que aborrece, el vicepresidente del ICB, Pierre Denis, habría empleado los fondos de éste para reeditar los textos que el periodista antisemita Youen Drezen fue publicando en el periódico proalemán *L'heure Bretonne* en los primeros cuarenta (aparte de organizar un homenaje en los días 17, 18 y 19 de septiembre de 1999);²⁴ en 1993, el ICB otorgó el premio Xavier de Langlais al antiguo miliciano Alan Heusaff, ex integrante del triunvirato cabecero de la *Bezen Perrot* (1943-1944).

La marea de polémicas que envuelven al nacionalismo bretón actual poniéndolo en relación con el del pasado da más de sí. El histórico *L'Humanité* opinaba que el «intenso combate emprendido en torno a la cultura y la lengua

bretonas es una ofensiva de la que participan nacionalistas, empresarios, neonazis y cargos públicos de la derecha, una batalla silenciada por los medios que se desarrolla debajo de la máscara del folklore, a golpe de inauguraciones, exposiciones, ediciones, y todo financiado con el dinero del contribuyente».²⁵ El semanario satírico *Le Canard enchaîné* titulaba un extenso artículo en abril de 2000: «Cuando la República subvenciona un diccionario bretón y antifrancés»²⁶ y afirmaba categóricamente que el diccionario en bretón *Geriadur brezhoneg* «rinda homenaje a antiguos nazis que siguen siendo referencias culturales para muchos nacionalistas bretones». Publicada por la editorial *An Here* –casa dirigida por el antiguo activista del *Front de Libération de Bretagne* Martial Ménard– la obra de marras contiene abundantes referencias de tipo político –cosa en principio difícil en un libro de carácter filológico– y muy específicamente alineadas con el discurso del nacionalismo bretón. Argumento por el que *Le Canard enchaîné* lo califica de «abecedario del nacionalismo bretón».²⁷ Obra de cincuenta personalidades de la cultura bretona, el diccionario está apadrinado por Pierre Denis, presidente del consejo científico del ICB, y redactado entre otros por el citado ex miliciano Alan Heusaff. Por lo demás, *Le Canard* recuerda que la obra está dedicada expresamente a la memoria del controvertido Roparz Hemon, y destapa que es el fruto de una inversión de 4,9 de los 5,3 millones de francos de los que disponía, en concepto de subvención pública, el ICB. Por si fuera poco, la revista divulgativa *Armor Magazine* publica en el mismo momento obituarios debidamente dulcorados de militantes bretones colaboracionistas que huyeron a Irlanda tras la Liberación. *Bretagne Info*, por su parte, ya se había encargado de publicar en su número 101 un artículo reivindicando a Hemon: «Roparz Hemon tiene el derecho a nuestro respeto y a nuestro reconocimiento. El MRAP desvaría».²⁸

En 2002 sale publicado un ensayo firmado por la filóloga bretona Françoise Morvan²⁹ que

alerta contra la «deriva identitaria que sufre Bretaña», trae a la memoria las aciagas complicaciones del *Emsav* con el ocupante en el pasado y, más aún, alerta contra lo que considera un intolerable confucionismo introducido por historiadores próximos al nacionalismo bretón, quienes se esfuerzan en reconocer la culpa de ciertos cabecillas descarriados y radicalizados para salvar al resto del movimiento: «¿Qué extraño viraje ha llevado a los nacionalistas a quemar ahora aquello que antes adoraban? O mejor dicho, ¿qué es lo que están quemando? La respuesta sale rápidamente al paso: puesto que los hechos ya no podían ser negados (...) la maniobra apresurada tenía la finalidad clara de tirar a la basura a los irrecuperables (Mordrel, Lainé, Debauvais), y rehabilitar a los ‘moderados’, como los hermanos Delaporte y otras buenas gentes». ³⁰ Según denuncia Morvan, el asunto además tiene un poco conocido trasfondo económico. Determinados grupos de presión empresariales y *think-tanks* como el *Institut de Locarn* no son ajenos ni al *revival* identitario regional ni al lavado facial del que se beneficia la memoria del nacionalismo: «Inaugurado por Yvon Bourges y el archiduque Otto de Habsburgo, bendecido por el abad Le Gall, el Institut de Locarn (...) ha conseguido unir a nacionalistas bretones, lobbies patronales regionalistas y partidarios de la nueva evangelización. Implícita pero violentamente antirrepublicanas, sus tesis reposan sobre una visión etno-diferencialista de la historia (...) Acabar con las leyes sociales, con la laicidad, con las barreras impuestas por los Estados-nación frente a la desregulación del mercado interior (...) eso persigue este organismo que reúne al ala ultraliberal de la patronal bretona». ³¹

La obra de Morvan constituye en cierto modo la culminación de un camino de denuncias públicas abierto por el colectivo *Gardons les yeux ouverts* («Mantengamos los ojos abiertos»). Un grupo de escritores y personalidades de la cultura bretona denuncia el «silencio imperante sobre las páginas negras del nacionalismo

bretón». Así lo recogía el diario *Le Monde*: «Defendemos un trabajo de memoria sobre las trayectorias de las grandes figuras del movimiento bretón con el régimen de Vichy y los nazis (...) Que la lengua y la cultura bretona deban ser legítimamente reconocidas es evidente, pero que para defender sus intereses todo valga, incluso el recurso a la retórica nacionalista más siniestra o la defensa de los militantes bretones más dudosos como ejemplos para la actualidad, es lo que no aceptamos». ³²

Recordar para rehabilitar

Pero ese fuego ha sido fuego cruzado. Desde el otro lado de la polémica también han partido argumentos. El más reciente, el libro de Jean Jacques Monnier, *Résistance et conscience bretonne*, ³³ en el que a través del repaso de unos doscientos perfiles de resistentes bretones de la Segunda Guerra Mundial se esfuerza en demostrar cómo hubo gentes más o menos dotadas de conciencia de su bretonidad y que sin embargo habrían tomado parte activa en el combate antinazi. Las críticas no se hacen esperar. La propia revista cultural bretona *Hopala* admite que la obra «genera una impresión de confusión, atribuyendo de manera un tanto apresurada la etiqueta de conciencia bretona a tal o cual figura de la Resistencia, y por la vía de la yuxtaposición de casos muy heterogéneos parece pretender crear la ilusión de una Bretaña totalmente bretona y totalmente resistente». ³⁴ Hechos que están bien lejos de la realidad. El *Groupe Information de Bretagne* promovido por la anteriormente citada Françoise Morvan, ataca duramente la obra a través de un documento titulado *La Résistance bafouée* («La Resistencia mancillada»), ³⁵ argumentando que la «conciencia bretona» de muchos de los resistentes citados en la obra de Monnier es etérea y nunca se concretó en una militancia política regionalista o nacionalista, y recordando además los compromisos pronazis o petainistas mantenidos por muchos de los personajes que en el libro en cuestión son pre-

sentados como resistentes. En la misma línea se expresa la *Association Nationale d'Anciens Combattants et Amis de la Resistance*: El hecho de que hubiera resistentes que se expresaran en bretón, su lengua maternal, no implica que se reclamasen de identidad nacional bretona, por lo cual el libro es «una impostura histórica y un insulto a la memoria, por asimilar a grandes figuras de la Resistencia al movimiento bretón». El autor, por su parte, argumenta a su favor que «el único postulado de la investigación fue el rechazo a admitir al nivel de los individuos una equivalencia *a priori* entre autonomismo y colaboración. Un autonomista de antes o de después de la Guerra no tuvo por qué ser un colaboracionista, cosa que hasta el mismo De Gaulle subrayó el 22 de julio de 1945 en Vannes: 'los autonomistas bretones serán castigados como traidores, pero si han sido autonomistas sin haber traicionado, eso es otra historia'». ³⁶

Frente a las acusaciones que llueven sobre el movimiento bretón pasado y presente, las líneas argumentales esgrimidas por los defensores del mismo recorren invariable e inevitablemente dos o tres puntos. Primero, que la colaboración fue un hecho puntual y minoritario; segundo, que es necesario separar entre la buena cosecha cultural realizada por los elementos más polémicos del pasado, y su lamentable borrachera nacionalista; y tercero, que el Estado francés no está sobrado de crédito para dar lecciones sobre Derechos Humanos cuando él mismo fue en el pasado una potencia colonial y cuando en el presente niega el reconocimiento de las minorías nacionales que viven en su suelo.

El sociólogo Ronan Le Coadic reflexiona en voz alta en su ensayo *Bretagne, le fruit défendu*, llamando la atención sobre el hecho de que las críticas que ponen en relación al movimiento bretón actual con sus antecedentes nazis suelen concentrarse justo en los períodos de cierto dinamismo cultural bretón. Ello lleva al autor —luego de haber reconocido que efectivamente el *Emsav* colaboró entre 1939 y 1945— a plantear una hipótesis: ¿no estarán tales críticas animadas

por la voluntad de deslegitimar las palabras de aquéllos pocos que osan romper determinados tabúes en Francia? ¿No serán aquéllas el fruto de una peligrosa amalgama consistente en arrojar la sombra del descrédito sobre toda una población? ¿No late bajo tales discursos un poso de arrogancia que considera a la particularidad bretona como un simple resquicio del pasado que antes o después ha de ser asimilado por el proceso de civilización francés? ¿Qué peso tienen en tales críticas la óptica de las mayorías, la ignorancia y el reduccionismo? ³⁷

Más tajantes que Le Coadic, otros intelectuales relacionados con el *Emsav* de hoy se esfuerzan en aislar lo positivo y lo negativo realizado por las generaciones pasadas del movimiento y, más aún, entresacar del infamante panorama general aquello que puede ser visto como constructivo o benéfico. Es cierto que el periódico *Breiz Atao* había preparado el camino para la colaboración, sostienen, y que sus páginas fueron precursoras del fascismo bretón, pero al mismo tiempo desarrolló argumentos, expuso hechos, y cifras, y planteó la cuestión bretona de una manera moderna, desmarcada del folklorismo decimonónico. La historiadora Mona Ozouf evoca la situación en que se vieron muchos de los conmlitones de su padre Yann Sohier, que por morir prematuramente en 1935 no se vio en la tesitura de tener que elegir compañeros de viaje durante la Guerra: «Algunos de sus amigos, militantes como él, se dejaron seducir [por el fascismo]. Las facilidades abiertas por la ocupación alemana a la práctica y la enseñanza del bretón les habían conducido a ceder a la posibilidad milagrosa, tanto tiempo anhelada, de crear en *Radio-Rennes* emisiones en bretón. ¿Qué hubiera hecho tu padre? Esta era la pregunta con que siempre me martilleó mi madre». ³⁸ El propio director del ICB, Bernard le Nail, justifica del mismo modo la actitud de algunos de los colaboracionistas más comprometidos: «no niego que Roparz Hemon haya sido antisemita y nazi, pero pudo verse contaminado por los discursos de su época». ³⁹ De modo que

el argumento proveniente de un sector de la academia y de la política bretona de hoy, los bretones, tanto tiempo desfavorecidos, ridiculizados, estereotipados y perseguidos por la vergüenza, merecerían una rehabilitación moral, aunque ello implicara el pago de una costosa factura, la de flirtear con el fascismo, cuando no la de sumergirse en sus lodazales. De ahí que la reparación moral de quienes emprendieron la tarea de la emancipación psicológica de Bretaña sea, a tenor de sus defensores, justa. ¿Fascistas? Quizá, pero dignificaron a Bretaña. ¿Antisemitas? En algunos casos, pero sacudieron al país de complejos.

Cerca de este argumento se sitúa el del lamento lanzado por algunos otros *emsaverien* de hoy, y que tiene que ver con la que a su juicio es una odiosa singularidad que toca particularmente a Bretaña. Afirman que cuando se proyectan miradas justicieras con respecto al pasado del movimiento regionalista y nacionalista no hay posibilidad de perdón, disculpa o matización. Hecho más grave aún si se tiene en cuenta que han sido muchos los olvidos terapéuticos de los que se han beneficiado muchas respetables personalidades e iconos de la cultura europea. Y ese santoral de intelectuales hoy encumbrados contiene a muchos miembros que colaboraron de una manera u otra en el ascenso del totalitarismo. Pero según Daniel Le Couédic, la «moralina ambiental que lo juzga todo desde lo alto otorgando castigo o recompensa en nombre de valores inmutables y trascendentes»⁴⁰ se estaría ensañando especialmente con los exponentes de algunos movimientos muy determinados, olvidando complicidades bien comprometedoras de otros. Ahí están Céline, Sartre, Cioran, Bergman o Bobbio, incluso Günter Grass, amparados por una justa disociación entre obra y trayectoria política, aquélla que no se efectúa en el caso de los intelectuales o ideólogos bretones de entreguerras.

En fin, un último argumento de los bretonistas de hoy es el que les lleva a concluir que tras las críticas que le son lanzadas al *Emsav* vigente

o pretérito viviría la malintencionada pretensión de desacreditar todo cuestionamiento de la estructura centralizada del Estado francés. La idea misma de una reivindicación bretona sólo sería pura manifestación de la barbarie, y toda acción de promoción de la identidad o de la lengua bretonas, un potencial peligro para la República, incluso para la democracia. Christian Vallé caricaturizando este recurso: «El nacionalismo bretón es visto como una falta moral. No se discute sobre el tema. Toda manifestación de identidad bretona, por muy inocente que sea, conduce al retorno de la bestia. No hay perdón posible para la manifestación de una identidad bretona».⁴¹ El *Appel de Carhaix*, documento firmado por partidos regionalistas y nacionalistas así como colectivos y personalidades cercanas al bretonismo, inciden en este punto luego de reclamar a Francia que ratifique la Carta europea de las lenguas regionales: «Sólo obtenemos por respuesta a nuestras reivindicaciones el desprecio y el insulto».⁴² Martial Ménard habla directamente de «maccartismo anti-breton, caza de brujas», desde el momento en que «todo individuo que defiende la lengua bretona deviene sospechoso ante los jacobinos integristas, y se le lanzan las palabras del repliegue identitario, cuando el asunto para nosotros consiste en respeto a las minorías y derecho a la diferencia».⁴³ Los paladines de esa cruzada serían, a juicio de los bretonistas, *lobbies* franceses apoyados por los medios periodísticos principalmente de París, progresistas o conservadores: «los defensores de la identidad bretona de todas las tendencias se ven atacados por un grupo de presión que usa los medios para lanzar sus venenosos ataques: *Charlie Hebdo*, *Télérama*, *Libération*, *Le Monde*, *Le Canard enchaîné*. Hasta *L'Humanité* se ha metido en esta coalición».⁴⁴

Recordar, ¿cómo y para qué?

La aceptación por parte del *Emsav* de la autoridad del ocupante e incluso la colaboración que mantuvo con él en los años cuarenta, ¿cons-

tituye la prueba de una nocividad intrínseca y atemporal? O por el contrario, ¿la deriva nazi o petainista del Emsav no fue el fruto de un momento de debilidad, que no puede estigmatizar injustamente a toda la posteridad? En otro orden de cosas, ¿sería factible el hacer admitir al Emsav de hoy cuál es su pasado, por muy acibarado que éste resulte, sin caer en la negación de la legitimidad de sus propuestas actuales y sin atribuirle la vergonzante etiqueta del filofascismo, por unas derivas acaecidas hace siete décadas? El equilibrio es delicado. Estamos ante el espinoso debate sobre la persistencia de las manchas del pretérito. ¿Hasta qué punto una generación merece cargar con el fardo ideológico de sus antecesoras? Es necesario ciertamente el ejercicio de memoria sobre las trayectorias de movimientos políticos para evitar equívocos, confusiones y rehabilitaciones odiosas, pero el peligro de esta práctica, mal utilizada, sería el de blandir arteramente la memoria contra un legítimo movimiento político actual, máxime cuando la principal formación política del mismo es portadora hoy de un discurso de centro-izquierda. ¿Podría llegar a convertirse esa memoria en una suerte de pecado original que inhabilita, décadas después, a todo tipo de iniciativas autonomistas, aunque éstas en absoluto flirtean con idea totalitaria alguna? ¿Hasta dónde debemos considerar que la sombra de un pretérito aciago puede alcanzar? Existe una delgada línea entre el ineludible recuerdo del pasado y el uso de éste como arma arrojada contra una generación actual que en su mayoría está desvinculada de lo cometido por la de sus padres o abuelos. Parece al menos lícito plantear estas cuestiones cuando se percibe una suspicacia particularmente viva cuando se juzga al nacionalismo bretón de hoy. Hecho que queda de manifiesto en el recuerdo insistente que se efectúa sobre los compromisos de los tiempos de la ocupación, y la asociación de los mismos a las reivindicaciones de dicho movimiento en la actualidad.

Ahora bien, muchas de las actuaciones que

en los últimos años viene desarrollando cierta *intelligentsia* afecta al movimiento bretón no genera las mejores condiciones como para que las críticas evocadas dejen de arreciar. El proceder a revisionismos y negacionismos sobre algo tan bien conocido como la actitud colaboracionista de la práctica totalidad del movimiento bretón organizado no contribuye en nada a serenar las polémicas. Más bien todo lo contrario, pues tal actitud favorece que etiquetas quizá excesivas, por generalizadoras, le sean adjudicadas. En concreto, hay que recordar que es la oleada de publicaciones y conmemoraciones (resumidas en páginas precedentes) encaminadas a salvar la imagen de figuras bien identificadas como colaboracionistas lo que ha impulsado la creación de plataformas recelosas de u opuestas al movimiento bretón de hoy, como *Gardons les yeux ouverts*, o la publicación de vehementes textos (*Le monde comme si*) que alertan contra el «delirio identitario de Bretaña» y que traen a la memoria las aciagas complicidades del Emsav con el ocupante. La cuestión cae por su propio peso: si el Emsav de hoy pretende que se pase página y que sus adversarios abandonen lo que entiende como un malévolo regodeo en el pasado, ¿no debería él mismo replantearse algunos de sus comportamientos, sobre todo los destinados a la difícil rehabilitación de figuras históricas cuya actuación sólo puede ser juzgada por la mirada actual como reprobable, o incluso como infame? Parece en cualquier caso que desde ambos lados de la controversia el juego simbólico de la memoria estuviese engendrando lo que se ha denominado «el efecto de sustitución o de restitución», esto es, «la confusión o simbiosis entre el presente y el pasado, o sustitución del uno por el otro».⁴⁵ Los mitos y contramitos que la memoria es capaz de producir surgen y se enfrentan con perfecto y simétrico antagonismo en las querellas sobre el pasado reciente de Bretaña.

El debate nos sitúa ante un curioso juego de sobreactuación por parte de los dos bandos: uno de ellos blanqueando un pasado que difícil-

mente se puede lustrar, y el otro ennegreciendo el presente con argumentos ciertamente sólidos y esclarecedores, pero que, de usarse tortíceramente, podrían convertirse en sencillos comodines con los que acusar en virtud de una ley de la culpabilidad congénita. En suma, se trata de una controversia sobre memorias resbaladizas, a veces dobles y enfrentadas, un debate sobre el pasado y sus sorprendentes meandros, sobre las paradojas y hasta las esquizofrenias que origina la fluctuante valoración del pretérito, que dan cuenta de lo lejos que está el día en que los rescoldos de la Segunda Guerra Mundial dejaron de humear y de nublar la atmósfera política francesa, y por extensión, europea.

NOTAS

- ¹ JULLIARD, Jacques, «L'avenir de l'histoire», *Le Nouvel Observateur (hors-série)*, n° 70 (octubre/2008), pp. 82-85.
- ² Citaremos algunos de los estudios más relevantes que han abordado este periodo preparatorio del movimiento bretón: TANGUY, Bernard, *Le renouveau des études bretonnes au XIX siècle*, Paris, 1977, Union Générale d'Éditions; LAGRÉE, Michel, *Religion et cultures en Bretagne (1850-1950)*, Paris, 1992, Fayard; GUIOMAR, Jean-Yves, *Le bretonisme: les historiens bretons au XIX siècle*, Rennes, 1987, Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne; TONNERRE, Noël-Yves (dir.), *Chroniqueurs et historiens de la Bretagne*, Rennes, 2002, PUR; LE STUM, Philippe, *Le néo-druidisme en Bretagne: origine, naissance et développement (1890-1914)*, Rennes, 1998, Ouest-France; LE BERRE, Yves, *La littérature de langue bretonne entre 1790 et 1918*, Morlaix, 1994, Ar Skol Vreiz. Algunas de las obras de los intelectuales protagonistas de aquel periodo son sumamente interesantes: LA BORDERIE, Arthur le Moine de; POCQUET, Barthélémy, *Histoire de Bretagne*, Mayenne, 1972, Floch; LA VILLEMARQUÉ, Théodore, *Barzaz Breiz. Chants populaires de la Bretagne*, Paris, 2001, Perrin.
- ³ El conjunto de obras de referencia sobre la cuestión del nacionalismo bretón, particularmente en las décadas de 1930 y 1940, puede dividirse en dos bloques. Uno que comprendería estudios académicos y otro cuyo interés reside en el valor testimonial de las informaciones aportadas, integrado por obras a medio camino entre el relato de hechos, las memorias personales y el ensayo político. Dentro del primer bloque figurarían: DÉNIEL, Alain, *Le mouvement breton (1919-1945)*, Paris, 1976, Maspero; FRÉLAUT, Bertrand, *Les nationalistes bretons de 1939 à 1945*, Brasparts, 1985, Beltan; HAMON, Kristian, *Les nationalistes bretons sous l'occupation*, Fouesnant, 2004, Embanner; BOUGEARD, Christian (dir.), *Bretagne et identités régionales pendant la Seconde Guerre Mondiale*, Brest, 2002, UBO; CADIOU, Georges, *L'hermine et la croix gammée. Le mouvement breton et la collaboration*, Paris, 2006, Apogée; NICOLAS, Michel, *Histoire du mouvement breton*, Paris, 1982, Syros; REECE, Jacques, *The Bretons against France*, Chapel Hill, 1977, North Carolina Press; FRÉVILLE, Henry, *Archives secrètes de Bretagne (1940-44)*, Paris, 1985, Ouest-France. Y dentro del segundo: MORDREL, Olier, *Breiz Atao. Histoire et actualité du nationalisme breton*, Paris, 1973, Moreau; LEBESQUE, Morvan, *Comment peut-on être breton? Essai sur la démocratie française*, Paris, 1970, Seuil; YUENOU, Anna, *France Debauvais de Breiz Atao et les siens*, Rennes, 1974, Yuenou; LE BOTERF, Hervé, *La Bretagne pendant la guerre*, Paris, 1983, France-Empire; CAERLÉON, Ronan, *Complots pour une République bretonne*, Paris, 1967, Table Ronde; FOUÉRÉ, Yann, *La Bretagne écartelée*, Paris, 1962, Nouvelles Éditions Latines; POISSON, Henry, *L'abbé Jean-Marie Perrot: fondateur du Bleun-Brug*, Paris, 1955, Pilon.
- ⁴ Además, el corporatismo conservador por el que ese campesinado se inclinaba «no hallaba ningún problema en compatibilizar el amor a la pequeña patria con la gran patria francesa». BENOUSSAN, Daniel, *Combats pour une Bretagne catholique et rurale*, Paris, Paris, Fayard, 2006, p. 531.
- ⁵ Muy similar a la del Emsav fue la trayectoria del nacionalismo flamenco, articulado principalmente en torno al *Vlaamsch Verbond van Frankrijk* de J.-M. Gantois adherido al III Reich (si bien su centro de operaciones siempre fue el Flandes belga o los Países Bajos, más que el norte francés); el nacionalismo corso también había contactado con otras minorías nacionales y alentado una suerte de rebelión antifrancesa, y alguno de sus sectores se decantó por el irredentismo fascista. El nacionalismo vasco de Francia, residual al lado de homólogo peninsular (que también mantuvo algún contacto esporádico con los nazis), se nucleó en torno a órganos clericales, cuyos patronos también mantuvieron inclinaciones colaboracionistas (especialmente E. Goyheneche, que acabaría siendo condenado por colaboración). El nacionalismo alsaciano se ordenó desde 1927 en torno al *Partido Autonomista de Alsacia-Lorena* y la *Jungmannschaft*, hermanados al Emsav, a revista *Peuples et frontières* dirigida por Yann Fouéré y al Comité Central de las Minorías Nacionales de Francia. Su actitud durante la Guerra no pudo ser sino la colaboración. Por su parte, los Congresos de las Nacionalidades celebrados entre 1925 y 1938 en Ginebra y en los que tomaron parte los citados nacionalismos, se convirtieron de facto –por su naturaleza y sus fines, por el contexto geopolítico internacional en que se desarrollaban– en un arma que Alemania manipuló a su favor: de ahí las reiteradas demandas de revisión de los acuerdos de Versalles, los manifiestos por la agrupación bajo el paraguas de una Gran Alemania de las diversas minorías germanófonas europeas, o el fomento de movimientos de las minorías nacionales de Francia. Cfr.: MEES, Ludger, *El profeta patriótico. José Antonio Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960)*, Irún, 2006, Alberdania; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel, *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, 1998, Síntesis; ARZALIER, François, *Les perdants. La dérive fasciste des mouvements autonomistes et indépendantistes au XX siècle*, Paris, 1990, La Découverte.

- ⁶ Por ejemplo, el jurista jefe de las SS Werner Best redacta un plan de entente germano-bretona titulado «Bretaña, piedra angular de la guardia atlántica de Alemania» y el celtólogo Leo Weisgerber dirige la Radio de Rennes entre 1941 y 1944. Cfr.: FRÉVILLE, Henry, *Archives secrètes de Bretagne*, Paris, Ouest-France, 1985.
- ⁷ BELSER, Christophe, *La collaboration en Loire-Inférieure (1940-44)*, La Crèche, Geste, 2005, p. 29. Con dicha propensión entroncaría también el delirante proyecto de Himmler y del líder valón Léon Dégrelle de “regermanizar” Borgoña, creando un Estado que resucitase la Lotaringia medieval abarcando desde la región borgoñona hasta Lorena y Valonia. Cfr. BURRIN, Philippe, *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, Paris, 1995, Éditions du Seuil, p. 368.
- ⁸ Sobre las dimensiones del colaboracionismo en Francia, destacamos: LAMBERT, Philippe; LE MAREC, Gérard, *Partis et mouvements de la collaboration*, Paris, 1994, Grancher; DOBRY, Michel (ed.), *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, Paris, 2003, Albain Michel.
- ⁹ NICOLAS, Michel, *Histoire de la revendication bretonne*, Kerangwenn, Coop Breizh, 2007, p. 98.
- ¹⁰ Luc Capdevila estima que en torno a un 15% de los militantes del PNB habrían sido sentados en un banquillo tras 1945, lo cual demostraría hasta qué punto se discernió entre “quienes pertenecían a la corriente separatista” y quienes eran sólo “militantes de base de sensibilidad regionalista” CAPDEVILA, Luc, «Le mouvement breton face à l'épuration», en BOUGEARD, Christian, *ob. cit.*, pp. 337-351.
- ¹¹ JUDT, Tony, *Postguerra*, Madrid, 2006, Taurus, p. 81.
- ¹² Hasta tal punto, que incluso en Estados siempre discutidos la inmediata posguerra acalló la voz de todo particularismo, como en Bélgica: «La represión y la depuración tras la guerra hicieron desaparecer casi completamente de la escena política al nacionalismo. (...) Se paralizaron durante años todas las iniciativas pro-flamenas. En 1944-45 era como si sólo existiera una nación belga, cuya población se repartía en dos grupos lingüísticos, pero que formaba una sola etnia con un solo sentimiento nacional. No obstante, eso era en gran parte una ilusión, y muy rápidamente se vio que la identidad étnica flamenca no había desaparecido y que el nacionalismo cultural poseía suficientes energías para sobrevivir a aquella época de catacumbas». VOS, Louis, «Nation belge et mouvement flamand», en DUMONT, Hugue (dir.), *Belgitude et crise de l'Etat belge*, Bruxelles, 1989, FUSL, pp. 203-220.
- ¹³ Breiz Atao fue el periódico del Emsav entre 1919 y 1938, pero el conjunto del bretonismo fue más conocido con ese apelativo que con las siempre cambiantes siglas de las formaciones políticas que se sucedieron.
- ¹⁴ Las tasas de votos recibidos por la UDB varían poco entre elecciones, ya sean municipales o legislativas: el porcentaje de respaldo electoral fluctúa entre el 4 y el 9%. Ningún alcalde de Bretaña es militante de la UDB. Sin embargo, el partido cuenta con un total de 78 concejales repartidos por el país desde los comicios municipales de 2008 (algunos en núcleos notables como Brest, Lorient o Guingamp) y con tres miembros en el Conseil Régional de Bretagne. Por su parte, los apoyos recabados por el PB no vienen superando el 4% del total de votantes. Cuenta con un alcalde y nueve concejales repartidos entre diversos ayuntamientos bretones.
- ¹⁵ CONAN, Eric y ROUSSO, Henry, *Vichy. Un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard, 1994. Y muchos conflictos memoriales aparentemente cerrados resurgen a la menor crisis: «El carácter inmediatamente político de la guerra de memorias entre dreyfusards y antidreyfusards, conoció una larga pausa durante el tiempo de la Gran Guerra, y sin embargo volvió de manera más viva aún que antes porque el antisemitismo conocía nuevas formas y más extremas que en su apogeo de 1898». DUCLERT, Vincent, «L'affaire Dreyfus: de l'affrontement des mémoires à la reconnaissance de l'histoire», en BLANCHARD, Pascal, *Les guerres de mémoires*, Paris, La découverte, pp. 71-82.
- ¹⁶ «Que los años de la Ocupación tienen en la memoria nacional una posición preeminente es una evidencia. Las tomas de postura operadas entre 1940 y 1944 han marcado duraderamente los espíritus, alimentando el debate político, suscitando polémicas históricas, alimentando, en fin, el imaginario de los franceses. Esta memoria, además, no se ha quedado fija, sino que ha evolucionado desde la Liberación a nuestros días...». WIEVIORKA, Olivier, «Francisque ou Croix de Lorraine: les années sombres entre histoire, mémoire et mythologie», en BLANCHARD, Pascal, *ob. cit.*, pp. 94-106.
- ¹⁷ Adoptada por los Estados miembros del Consejo de Europa en Estrasburgo el 5 de noviembre de 1992. Francia es uno de los pocos Estados miembros que no han ratificado el documento.
- ¹⁸ NICOLAS, Michel, *ob. cit.*, 2007, p. 72; FAVEREAU, Francis, *ob. cit.*, p. 117.
- ¹⁹ CALVEZ, Ronan, *La radio en langue bretonne*, Rennes, PUR, 2000.
- ²⁰ Otra de los *emsaverien* que han generado “dobles memorias” es la de Morvan Lebesque (1911-1970). De intelectual colaboracionista (*L'heure bretonne, Je suis partout*) en los cuarenta, a icono del bretonismo izquierdista post-68, escribiendo en el emblemático rotativo progresista *Le canard enchaîné*. Pero hoy, aparte de seguir siendo objeto de la obvia benevolencia de los autonomistas (Cfr. CHAR-TIER, Erwan, *Morvan Lebesque. Le masque et la plume d'un intellectuel en quête de Bretagne*, Kerangwenn, Coop Breizh, 2007) su figura también se ve rodeada de la fuerte sospecha de cierta izquierda, aquella que le llegó a disculpar en los setenta. Si el célebre grupo folklórico Tri Yann llegó a usar textos de Lebesque para uno de sus populares temas («La découverte ou l'ignorance»), en los últimos tiempos es precisamente uno de sus ex-componentes, Jean-Louis Jossic, devenido concejal de cultura de Nantes, quien ha promovido que la Agencia Cultural Bretona de esa misma ciudad deje de portar su nombre, en razón de las «dudas» que su trayectoria genera (BOTRYTIS, Théodore: «Amnésie internationale. Chaque un porte sa croix gommée», en *La lettre à Lulu*, n° 41, 2003).
- ²¹ El ICB fue fundado en 1982 y tiene por misión la difusión y promoción de la cultura bretona. Su principal fuente financiera son los aportes de fondos públicos provenientes del Conseil Régional de Bretagne y los Conseils Généraux de

- los diferentes departamentos bretones.
- ²² «Le coup de balai», *L'Express*, n° 2598, 19-4-2001.
- ²³ *Ibidem*.
- ²⁴ «Une croisade occulte», *L'humanité*, 12-11-1999
- ²⁵ *Ibidem*.
- ²⁶ *Le Canard enchaîné*, n° 4148, 26-IV-2000.
- ²⁷ Y a tenor de lo que se puede leer en ciertas entradas del diccionario, a *Le Canard* no le falta razón: para explicar el uso del verbo «ser» (p. 122) ejemplifica con una frase: «Bretaña no existirá plenamente hasta que el francés sea destruido en Bretaña». Para la palabra «liberación» (p. 282): «Comencemos el combate por la liberación de nuestro país». Adverbio «entre» (p. 384): «Hay que elegir entre Bretaña y Francia». Adjetivo «francés» (p. 434): «luchar contra los franceses».
- ²⁸ «On a le droit à notre respect et à notre reconnaissance. Le MRAP dérape!», *Bretagne-info*, n° 101, octubre de 1998.
- ²⁹ MORVAN, Françoise, *Le monde comme si, Paris: Actes sud, 2002*.
- ³⁰ MORVAN, Françoise, «Nationalisme breton et collaboration: falsification historique et mémoire sélective», *Bretagne-Ile-de-France*, 31, (XI-2001), pp. 8-9.
- ³¹ MORVAN, Françoise, *ob. cit.*, pp. 261-262.
- ³² *Le Monde*, n° 17156, 23-III-2000.
- ³³ MONNIER, Jean-Jacques, *Résistance et conscience bretonne*, Fouesnant, Embanner, 2007.
- ³⁴ DEMEURÉ, Christian, «Entre histoire et mémoire», *Hopala* n° 29 (julio-octubre/2008), pp. 29-31.
- ³⁵ http://www.communitarisme.net/grib/La-resistance-ba-fouee_a40.html
- ³⁶ MONNIER, Jean-Jacques, «Mémoire sensible: revisiter les années 1930» en LE COADIC, Ronan (dir.), *Bretons, indiens, kabyles. Des minorités nationales?*, Rennes, PUR, 2009, pp. 191-202.
- ³⁷ LE COADIC, Ronan, *Bretagne, le fruit défendu*, Rennes, PUR, 2002, p. 21.
- ³⁸ OZOUF, Mona, *Composition française. Retour sur une enfance bretonne*, Paris, Gallimard, 2009, pp. 39-40.
- ³⁹ *Le Monde*, n°17156, 23-III-2000.
- ⁴⁰ LE COUÉDIC, Daniel, «Les étranges destinées de Dézarrrois et Lebesque ou la complication de la guerre mise à nu par ses intellectuels, même», en BOUGEARD. Christian (dir.), *ob. cit.*, p. 204.
- ⁴¹ DEMEURÉ. Christian, «Entre histoire et mémoire», *Hopala* n° 29 (julio-octubre/2008), pp. 29-31.
- ⁴² <http://www.collectifbreton.eu/www/galv/qui-sommes-nous.asp>.
- ⁴³ Carta de Martial Ménard fechada el 2 de mayo de 2000 y publicada, entre otros sitios, en <http://www.legraindesable.com/html/desinfo2.htm>.
- ⁴⁴ Manifiesto del Sindicato CGT de Coop Breizh «Quand on veut tuer son chien, on l'accuse d'avoir la rage!», en *Breizh-Info*, 9-XI-2000.
- ⁴⁵ CUESTA, Josefina, *La Odisea de la Memoria*, Madrid, 2008, Alianza, p. 31.

LA IGLESIA, ¿ROMPIÓ CON EL FRANQUISMO?!

Manuel Ortiz Heras (U. de Castilla-La Mancha)

Aunque cueste trabajo identificarla hoy, hubo una Iglesia que resistió al franquismo. Algunos sacerdotes, después de ser sancionados por sus respectivos obispos, abandonaron el sacerdocio. Ambos, reprimidos y represores, formaban parte de la misma Iglesia entre la muerte de Franco y el asentamiento de la democracia. Este libro nos habla de aquellos católicos, aunque su intención fundamental es destacar el sacrificio de los que *rompieron* con la dictadura. Craso error no reconocer la importante contribución del catolicismo en la crisis del franquismo y en la posterior transición democrática, aunque su deriva posterior le haya conducido a defender posiciones ultraconservadoras de las que probablemente nunca se alejó. La omnipresencia de la institución en aquella España plantea, quizás, un insoluble problema si pretendemos separar el grano de la paja, es decir, los católicos colaboradores de los disidentes en un contexto de significativa secularización y modernización social que obligó a la Iglesia a un cambio de enormes dimensiones.

La colección donde se publica el libro está dirigida por José Andrés-Gallego, defensor de la trayectoria de la Iglesia a lo largo de la historia española. No podemos pasar por alto este detalle. Tampoco el hecho de que Feliciano Montero sea un experto en el tratamiento de la Acción Católica, asunto que en ocasiones en el libro se convierte en el eje fundamental, al proyectar su comportamiento al conjunto de la Iglesia en el segundo franquismo. Ambos aspectos forman parte de una notable voluntad de un sector de la historiografía por defender una visión alterna-

tiva a la dominante según la cual la Iglesia habría sido determinante en la Transición a partir de una nítida ruptura con el régimen franquista que se remontaría cada vez más atrás en el tiempo a medida que se publican nuevas investigaciones y que el proceso ha empezado a ser tratado, criticado o justificado. En su momento todo se vio con cierta sorpresa y exaltación. Durante la crisis de la dictadura, se habló de *desenganche* y de *anticlericalismo de derechas* espoleado por el sector *ultra* de la propia Iglesia, pero todo formó parte de un proceso autónomo y a la vez estructural de la sociedad europea que en aquella coyuntura adquirió un rango *superlativo*. Al mantenimiento de ciertos tópicos ha contribuido la escasa atracción que la historiografía española ha sentido por la temática y la falta de profundidad de algunos enfoques que se han quedado en visiones muy superficiales. La Iglesia católica española se caracteriza fundamentalmente por su *conservadurismo*, tanto en lo político como en lo moral. Su discurso ha sido esencialmente continuista y, por encima de todo, vela por el mantenimiento de sus estructuras y valores tradicionales. Bajo el lema de autonomía e independencia mutua en un ambiente de cooperación, la Iglesia, en los últimos años de la dictadura, mantuvo como objetivo principal la defensa de sus intereses y mantener su presencia en la sociedad en unas circunstancias políticas y sociales nuevas. Esa actitud era compatible con la sincera vocación democrática y reconciliadora en lo terrenal de un sector pequeño, minoritario, entre los católicos de base y la propia jerarquía, al final.

Medir o establecer la prioridad de sus estrategias de cara al momento del cambio político que se avecinaba en España seguirá siendo asunto de debate e investigación, al menos eso esperamos, y por eso me congratulo de publicaciones como la que aquí se glosa. La Iglesia del franquismo nunca se atrevió a romper relaciones con el Régimen, ni a renunciar en la práctica a ningún privilegio o a ser tratada en igualdad de condiciones con respecto a cualquier otra institución o asociación. Aspiró tras el Concilio a liberarse del patronazgo ejercido por el Estado cuyos costes ponían en evidencia a la institución ante Roma, ante una Europa en la que ya no cabían imposiciones ideológicas o condenatorias y donde la religión no era más que una opción más, y ante una feligresía crítica o en desbandada. Pero la Iglesia no mostraría una voluntad real para liquidar o rebajar la *hipoteca* que había contraído con el Régimen. Las circunstancias obligaban a asumir *cambios*, pero no *revoluciones*, la prudencia, más que nunca, se asumía como gran virtud.

Es de reconocer la honestidad y experiencia historiográfica del autor. Desde el primer momento deja claras sus intenciones, sin embargo, algunos detalles de la obra nos llevan a pensar en la necesidad de una reflexión sosegada del trabajo que nos evite reiteraciones y constantes idas y venidas sobre los mismos temas. En ese sentido, da la impresión de una entrega por capítulos que parte demasiadas veces de cero. En este punto no está de más comentar la dudosa pertinencia del título del libro. No se puede hablar de la Iglesia en singular por su heterogeneidad y su evolución a lo largo de tantos años, sin embargo, si nos dejamos llevar por lo que sería la tónica dominante, aquella no fue nunca, ni siquiera en el tiempo corto que se nos ofrece, disidente con el Régimen. Hubo una minoría muy significativa y, por momentos, ruidosa, alentada voluntaria o involuntariamente por el propio régimen a través de sus campañas mediáticas y fiscalizadoras, que rompió claramente con él y que constituye el objetivo predilecto de

estas páginas. El resto, en sintonía con los vientos de cambio que se respiraban en la sociedad de los setenta, vivió con mayoritaria distancia, cuando no desconocimiento, la transición eclesíástica que desempeñaría un importante papel en la política. Tampoco es acertado calificar de mera colaboración la actitud de la Iglesia antes de esa supuesta ruptura. Su compromiso con el bando rebelde en la guerra le llevó a participar activamente de la construcción del régimen resultante.

Goza de un amplio consenso historiográfico la tesis que admite desde la inmediata postguerra elementos de disenso entre los católicos con el régimen político naciente. Se trataría de la otra Iglesia, más pequeña pero indiscutible. Compatible con un estado general de connivencia con el poder, por ejemplo, podemos apreciar lo que se dio en llamar el “clero vasco”, es decir, aquella parte del clero de las diócesis vascas que no se adhirió a los movimientos totalitarios. Este “clero separatista” fue desde la inmediata posguerra motivo de constante preocupación para el Régimen y para la misma institución que vio agudizadas las disensiones entre una Iglesia vencedora y otra vencida. Sería a partir de mayo de 1960 cuando el problema se agudizaría a propósito de la entrada en escena de las reivindicaciones nacionalistas del pueblo vasco. Incluso podríamos recordar al minoritario pero muy significativo “clero disidente” que refutó la tesis de la *cruzada* y apostó por la reconciliación y la denuncia de los problemas sociales aunque con muy poco eco. Esto no hace sino enfatizar la necesidad de más y mejores estudios locales que demuestren los procesos de cambio y los conflictos internos dados en el seno de la Iglesia, en particular en el post-concilio, por los que aboga también nuestro autor, como buen conocedor de estos menesteres.

Los análisis de un historiador poco afectado por el anticlericalismo, como José Sánchez Jiménez, demuestran un compromiso con el Régimen que desató una verdadera obsesión por el control de la vida cotidiana. Ir más allá de

la colaboración supuso dotar al régimen de su principal base ideológica: el nacionalcatolicismo, ideología partidaria del autoritarismo y, por tanto, enemiga del liberalismo y la democracia, que dará como resultado un férreo control social y una justificación de la represión contra aquello que se considerara contrario al Estado “nacional”, como ha demostrado Conxita Mir.

Un aspecto del trabajo que merece la pena destacar es el referido a la cronología, 1956-1975. No parecen suficientemente fundadas ninguna de las dos claves temporales. La primera se supone que relacionada con los movimientos contestatarios de AC, en realidad es superada por el propio autor al remontarse años antes tratando de encontrar elementos evocadores de una supuesta disidencia en el seno de la Iglesia. La segunda, todavía mucho más discutible, parece estar relacionada con un supuesto final de la dictadura. Evidentemente, no se puede dar por finiquitado al régimen franquista por la muerte de su principal mentor y habría que continuar estudiando el compromiso de la Iglesia contestataria y su contribución a la Transición. En el fondo, como plantea William J. Callahan, subyace una pregunta importante: ¿Cuál fue el comportamiento de la Iglesia, hablamos de continuidad o de cambio? Su respuesta me parece muy acertada: “No existe una respuesta cabal a esta pregunta. Hay una fuerte evidencia de ambos durante el periodo 1960-1975. Pero si extendemos el periodo hasta, digamos, 1985 o 1995, hay elementos que sugieren que al final la continuidad prevaleció”. Así lo admite el propio Feliciano (p. 292).

No se trata de crear bandos historiográficos enfrentados que de forma recalcitrante se obsiten por destacar el colaboracionismo de la iglesia con la dictadura o su indiscutible disidencia final. Tampoco pretendo recordar el viejo anticlericalismo en estos tiempos de retorno a las concepciones más tradicionales del catolicismo en los que el Episcopado muestra una tenaz nostalgia por un tiempo pasado. En la Iglesia encontramos muchas sensibilidades y comporta-

mientos. Aunque en un principio apenas fueron una exigua minoría, con el paso de los años y, en particular, con el Concilio Vaticano II, fueron creciendo los católicos, sobre todo por la base, que disintieron cada vez más abiertamente con el poder dictatorial. En realidad, como aquí sobredimensiona el autor, los católicos fueron uno de los activos más destacados en la crisis final de la dictadura. Al final, ya a comienzos de la década de los 70, la propia Conferencia Episcopal, no sin problemas y con el inequívoco aliento de Roma, litigó con el poder y se hizo relevante el fenómeno del *desenganche*. Sin embargo, también en esa última etapa es indudable la permanencia de un sector muy importante y belicoso que mantuvo incólumes sus actitudes de adhesión a un régimen político que tanto le había dado. El Concilio y la crisis de la dictadura no sólo generaría *dos iglesias* sino varias: una primera conservadora, franquista y quizá pequeña; una segunda, numerosa, puede que mayoritaria en determinados ámbitos y circunstancias, conservadora pero *apolítica*, que como mucho apostaba por el Régimen por cuanto les aseguraba el *status quo*; y finalmente dos sectores renovadores, uno más moderado, reformista y comprometido socialmente, y otro radical y minoritario.

Si se pretendía que la Iglesia *oficial* española comenzase su andadura por la senda conciliar en pos de unas nuevas coordenadas en su relación con el Estado, y reconducir la delicada situación religiosa del país (calificada de *apostasía* por el pontífice) poco o nada podía esperarse de la mayoría conservadora que desde su creación dominaba la CEE. Con su primer presidente, Quiroga, proclamaría en 1967 que en España los derechos fundamentales de las personas gozaban de tan *buena salud* que no necesitaban de ningún juicio moral de la Iglesia, ni sobre eso ni sobre cuestiones políticas y temporales (*La Iglesia y el orden temporal a la luz del Concilio*). Poco habían cambiado las cosas desde que en 1962 proclamasen que la autoridad procede de Dios y por tanto *debe ser respetada y obedecida*

por los súbditos. Sus respetuosas y moderadas preocupaciones sociales y sindicales expresadas en *Principios cristianos relativos al sindicalismo* (1968) y la voluntarista y con escasa autocrítica *La Iglesia y los pobres* (1970), palidecen frente a lo sucedido con el apostolado seglar o el apoyo tácito de la CEE al estado de excepción de 1969.

La visión del autor, rastreador sobre todo de la disidencia, resulta discutible. Dado el catolicismo cultural mayoritario entre los españoles, siempre encontraremos actitudes de resistencia entre las bases del catolicismo que poder sumar en la cuenta de la Iglesia española. Sus argumentos deberían, por ejemplo, considerar estas frases de José Casanova para reproducir una imagen completa de lo que también fue la Iglesia con Franco: “Se unió al levantamiento militar con entusiasmo y santificó la sangrienta guerra civil como una cruzada religiosa de liberación. La violenta y desenfrenada persecución religiosa en muchas áreas de la zona republicana (obtuvo como respuesta) tolerar y santificar una represión todavía más violenta e indiscriminada en la zona nacional”.

Tratar de encontrar síntomas de un cierto despegue eclesial antiguo con respecto a la dictadura lleva a relacionar aspectos de la política franquista un tanto peregrinos con la supuesta presión o discrepancia en el seno del catolicismo español. Así, la *Ley de Convenios Colectivos*, coincidente con las reformas económicas de finales de los cincuenta, vendría como consecuencia de las “demandas eclesiales de la doctrina social católica” que, él mismo reconoce, era muy minoritaria por entonces. Lo que sí parece evidente es la apuesta de la Iglesia por el control de la organización sindical frente a las veleidades de la Falange/Movimiento y del propio Estado franquista que se remontan a la propia genética del poder franquista.

Otra estrategia de “buscar en el páramo” una disidencia católica nos la encontramos a propósito de la labor de la HOAC, a la que Montero atribuye una función excesiva a mi criterio en este constante ver la botella medio llena ya que

“cumplió efectivamente tareas de *suplencia*, propias de los sindicatos y partidos políticos en un sistema democrático, que tenderían a desaparecer a partir del final de los sesenta cuando empezaran a emerger clandestinamente los nuevos sindicatos” (p. 72). Se trata de movimientos que nunca encuentran un lugar “seguro” porque apenas son capaces de reconocerse desde la negación del otro, no son comunistas, más bien sus enemigos, y pretenden desmarcarse del sindicalismo oficial pero sin renunciar a su privilegios, buscando la imposible cuadratura del círculo, tras la ansiada justicia social formulada desde el reconocimiento expreso de la injusticia manifiesta de la dictadura.

Cabe preguntarse por la relevancia de los movimientos católicos de base en la formación de una determinada cultura política. El punto de partida consiste en admitir la permisividad con la que originalmente se desarrollaron los católicos en la larga singladura franquista. Haber ganado la guerra y formar parte de la coalición de sangre concedió a la Iglesia unos privilegios que en su momento servirían para provocar roces con el poder. Frente a la falta de libertades políticas y la censura, las únicas vías de formación ideológica, sindical o política serían las suyas, cosa que desde luego atrajo a muchos jóvenes españoles asfixiados por el peso de la dictadura.

En una Europa claramente en cambio, a comienzos de los sesenta, se estaría incubando, también en España, una “cultura política cristiana de izquierdas” que supondría, según el autor, una “ruptura de la tradicional identidad entre el catolicismo y las derechas”. Algo verdaderamente novedoso entre nosotros dado el tradicional comportamiento conservador o, incluso, reaccionario que adornó al catolicismo. Montero, en su intento por defender las corrientes antifranquistas de los cristianos de base, propugna también una lectura hacia dentro de los cambios sufridos en el segundo franquismo, ajenos, casi por completo, a la influencia exterior. Así, llega a restar importancia al “factor concilio” como

elemento promotor del cambio de actitud de un sector de la Iglesia. Sin embargo resulta un tanto contradictorio al afirmar poco después que “el distanciamiento suave y progresivo” de algunos sectores del clero y de los seglares a comienzos de los sesenta está “asociado a la renovación eclesial que impulsan las dos encíclicas de Juan XXIII, *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in Terris* (1963), y a las novedades que empiezan a llegar del concilio Vaticano II” (pp. 100-102).

Nos encontramos ante un esfuerzo ingente por destacar el papel de los movimientos especializados de la AC como activo fundamental del antifranquismo. No obstante, aquellos movimientos fueron tan minoritarios que para muchos pasaron inadvertidos. Sin embargo, como F. Montero reconoce, “el objetivo principal era encontrar una respuesta pastoral renovada a un proceso de descristianización, que era inicialmente descubierto mediante una encuesta sociológica” (p. 139). A la Iglesia le preocupaba sobre todo el alejamiento de la sociedad española de sus propuestas más que la crítica al comportamiento del régimen aunque se insistiera en que todo obedece a un “descubrimiento progresivo del compromiso temporal”, cosa que no aclara gran cosa al respecto, si bien lo relaciona implícitamente con la participación de la AC obrera en las huelgas de la primavera de 1962. Tenemos la visión desde dentro de la AC, apologética en su quehacer “frente al régimen”, nos faltaría conocer mejor, a partir de testimonios, la visión de aquellos que participaron de dichos movimientos pero que acabaron fuera de AC, desengañados por aquel “querer y no poder” o por, quien sabe, el “amagar pero no dar”. No se cuestiona qué pasa con los católicos disidentes que abandonan AC desde 1966/68 y definitivamente en 1972. Aquellos “fieles” no regresaron a la Iglesia, tal vez, porque no volverían a confiar en la institución y en su credibilidad democrática. Se aprovecharon de su estructura y la permisividad de que gozó pero terminarían extramuros de la organización. Parece que interesa sólo una parte del recorrido ideoló-

gico y militante de aquellas personas pero no “el completo” o, al menos, el desenlace: ¿cómo vieron aquellos católicos el comportamiento de la Iglesia, incluso de la CEE en su etapa de supuesto desenganche? El verdadero desenganche era la secularización. La sociedad civil española fue alejándose de la Iglesia, de sus ritos, de sus consignas y sus miedos. La nueva sociedad de los setenta se reconocía menos como católica, algo que había definido a la España franquista en gran medida. En contra de lo que pretendió Franco y la propia Iglesia, ahora sí, España “había dejado de ser católica”.

Sobre el Congreso de la Juventud de 1965 se afirma categóricamente que “la participación como eje de todas las peticiones de la Juventud y como método educativo eran valores de claro significado democrático, y por tanto subversivo, en aquel régimen político”. Habría que matizar qué se entendía por democrático entre aquellos jóvenes o si estaban dispuestos a enfrentarse al régimen para llevar a cabo su proyecto. Además, el Congreso, finalmente, no pudo celebrarse. Sin embargo, el autor no duda en concluir de forma desmesurada que “la difusión de una conciencia y unos valores democráticos en un contexto social, político, educativo y familiar donde primaban los valores autoritarios era crear bases sólidas para el “despegue” y la futura Transición democrática”. No obstante, Montero admite que “el proyecto del Congreso respondía lógicamente a objetivos eclesiales,” y que “todo esto no significa que detrás de los Movimientos y de la campaña de la JACE sobre la participación hubiera un objetivo político directo”, máxime si tenemos en cuenta “el carácter escasamente subversivo de las reivindicaciones finales”. Está todavía por demostrar la “función tribunicia” que la Iglesia española pudo jugar frente al autoritarismo franquista, como hicieron otras iglesias del mundo y que explicara en su día G. Hermet.

Nuestra experiencia con los movimientos sociales en la crisis del régimen inciden en que sólo cabían dos tipos de actividad política: la

oficial, dentro de las organizaciones del Movimiento, o la pseudoficial, al abrigo de los movimientos católicos de base. En este último caso, participó mucha gente que no tenía ni vocación religiosa ni siquiera un compromiso seglar con la iglesia, se trataba de aprovechar la coyuntura, el nuevo marco de oportunidades políticas, que le confería a la institución un margen de tolerancia único en aquella vigilada y disciplinada España. La percepción del régimen, en particular por la información acumulada en el Gabinete de Enlace, es absolutamente desproporcionada y sobredimensiona excesivamente las potenciales críticas de la Iglesia y sus movimientos de base. Dan a entender una irremediable acción de masas que en ningún momento se estuvo cerca de organizar. Esta insostenible impresión de las autoridades franquistas no debe llevar a calificar la disidencia eclesiástica en una proporción superlativa. No podemos obviar la parcialidad y escasa agudeza analítica, ya demostrada, de la fuente.

Es igualmente significativo lo ocurrido con los movimientos juveniles. Las posibilidades de acción que se inauguraron al abrigo del Concilio permitieron contactos con militancias políticas que pusieron en un serio riesgo los verdaderos y primordiales objetivos de las organizaciones católicas. Además de las sanciones y controles gubernamentales, la propia dirección de la JEC, por ejemplo, tuvo que mediar y precisar que “el Movimiento tiene como misión fundamentalmente la evangelización y educación del medio estudiantil” y que “como movimiento apostólico dependiente de la Jerarquía, no puede comprometerse ni aliarse con ninguna estructura temporal” (p. 161)

La naturaleza autoritaria del franquismo y su falta de libertades no confieren, inexorablemente, a los movimientos católicos el carácter de protagonistas de una función tribunicia o “garantes legales de organizaciones clandestinas”. En ese contexto cualquier pequeña discrepancia podía ser calificada de disidencia y siempre dará lugar a una “duda razonable” a favor del

papel contestatario de la Iglesia. La sociedad española estaba cambiando como recoge el informe FOESSA de 1969 al hablar de una supuesta descristianización del pueblo en lo que sería una primera manifestación de “una religión sin fe auténtica, cargada de supersticiones” y de “la instrumentalización de la Religión y de los sentimientos religiosos en manos de una clase social dominante y una porción cómplice del clero”.

Otro capítulo en el devenir de la disidencia eclesiástica lo representa la Democracia Cristiana consolidada potencialmente por los trabajos del Concilio. Aquella “oportunidad perdida” nos deja ver lo que definiría a la perfección a un sector más que notable de la disidencia católica a través de un político como Ruiz Jiménez que “representa el tránsito del colaboracionismo a la oposición antifranquista, *manteniendo siempre un respeto personal al dictador*” que “ayuda a entender el tránsito colectivo del mundo eclesial y católico de la legitimación a la deslegitimación del Régimen” (p. 176). Es cuando menos discutible explicar el fracaso del proyecto político de este personaje porque “la memoria histórica y la coyuntura internacional (lo) habían hecho anacrónicas”. La evolución política interna y las relaciones de poder impidieron, más bien, que Ruiz Jiménez tuviera mejores resultados en las generales de 1977, por no hablar de la negativa opinión de la Conferencia Episcopal a la existencia de una democracia cristiana y de su tácito apoyo a la UCD. Tampoco podemos despreciar elementos como las divisiones internas o “la falta de base social obrera y sindical, correspondiente a una tradicional escasa sensibilidad social del catolicismo español”. La importancia de Ruiz Jiménez y sus *Cuadernos para el Diálogo* no deben ser elevados a la quintaesencia del antifranquismo, por muy significativa que pudiera ser su contribución a un evidente cambio de posturas entre cierto sector, siempre reducido, de la intelectualidad hispana.

En el libro, una visión excesivamente micro del cambio social, apenas se le da importancia

a otros factores que coadyuvaron a las transformaciones del país, de tal manera que sólo la Iglesia se nos representa como agente del cambio. Sin embargo, a partir de los años cincuenta, el fracaso parcial de la socialización política entre los jóvenes, las alteraciones intraeclesiales y la aparición de la sociedad de consumo, que en un principio favoreció la pasividad política y la aceptación del régimen, se tradujeron en cambios que reflejaron el inmovilismo de la dictadura, estimularon la aparición de situaciones conflictivas y el aumento de las actitudes políticas de oposición.

F. Montero toma nota de hechos, ya suficientemente consensuados en la historiografía del antifranquismo, y los utiliza para describir el comportamiento de una parte, muy significativa sin duda, de los católicos como si se tratara de un todo absoluto. Nos referimos, en concreto, a la cronología entre 1966 –Referéndum de la Ley Orgánica– y 1973 –Documento *Iglesia y Comunidad política*–, marcada para constatar la materialización de un indudable desencuentro entre Iglesia y franquismo. Son muy discutibles y matizables sus consecuencias si tenemos en cuenta la intención del autor de dar, primero, una línea de continuidad a la actitud crítica de una parte de los movimientos de base y, segundo, de la jerarquía católica.

La pregunta resultante consiste en saber qué llevó a un sector mayoritario de la Conferencia Episcopal a abanderar una creciente ola de críticas contra el régimen consciente del “choque de trenes” que se iba a producir y de las imprevisibles consecuencias que se podían derivar, incluso para la propia Iglesia. Conocemos tres procesos interrelacionados que podrían servir para explicar, en parte, el cambio de orientación sufrido desde una estrategia centrada en el Estado a otra centrada en la sociedad: la transformación interna del catolicismo español; las estructurales del régimen; y las externas del catolicismo. Lo explicarían en parte porque creo que también se pueden tener en cuenta otras claves apuntadas en el informe FOESSA de 1969 cuando constata un claro *desenganche* por

los síntomas de desafección religiosa entre los obreros, los pobres y, sobre todo, los universitarios como cabezas de puente de un hipotético proceso de secularización de nuestro catolicismo que tendrían que ver con la poca estima de la práctica religiosa; falta de unidad religiosa; aumento del agnosticismo; e indiferencia a asociaciones apostólicas. Poco después, el FOESSA de 1975 afirmaba que España estaba pasando de un clima de cristiandad con reminiscencias paganas, a una actitud y contexto humano y social más “secularizado”. También contribuyeron al distanciamiento Estado/Iglesia la creciente preocupación por las cuestiones sociales asumidas por el sector más progresista del clero español que acabaría controlando la Iglesia postconciliar. Así, los derechos humanos, la objeción de conciencia, las situaciones laborales y los convenios colectivos, la pena de muerte o la amnistía ante el cambio político fueron algunas de las cuestiones que preocuparon y enfrentaron a los representantes de la Iglesia entre sí y contra el poder político.

De manera retórica, se pregunta Montero si la postura de Tarancón fue “oportunista o realista” al apostar por una cierta neutralidad entre las diferentes sensibilidades católicas. Este es otro de esos asuntos que admiten diversas interpretaciones. Sin embargo, a la Iglesia le interesaba estar en “todas partes”, es decir, contra y a favor del régimen y de la oposición, con los “Propagandistas integrados en la UCD” y con “la Izquierda demócrata-cristiana de Ruiz Jiménez”. La Iglesia conocía perfectamente, a través de sus pormenorizados estudios sociológicos y de algunas encuestas diocesanas, los cambios sociales experimentados por el país y era también consciente de la crisis de la dictadura y de su inevitable relevo por una suerte de sistema político más o menos democrático en el contexto internacional de la llamada “tercera ola”. Nunca marcó la hoja de ruta sino que se hizo visible en la extensa “mancha de aceite” que dibujó el desbordamiento del catolicismo frente al inmovilismo social y político propug-

nado por el bunker franquista. Por eso, en la medida que el voto católico rompió con las derechas en las primeras elecciones democráticas también se hablaría de una ruptura institucional que desde luego Tarancón nunca alentó, a pesar de la presencia de una nítida cultura política cristiana de izquierdas, que habría arrancado con la creación del *Felipe* (Frente de Liberación Popular). El cierre de filas de la CEE frente a los movimientos católicos de base unido a la escasa sensibilidad social del catolicismo hispánico dio lugar a una masiva salida de posibles militantes hacia opciones más creíbles aunque clandestinas, representadas, sobre todo, por partidos y sindicatos de izquierdas, por lo que, en efecto, los contactos entre cristianos y marxistas ahondaron la división en el catolicismo español, aunque también le aportó a la Iglesia una vitola democrática que difícilmente hubiera podido conquistar por otros medios y a la que desde luego nunca renunció, o más bien alardeó.

Puede resultar sorprendente que “la militancia cristiana tiende en general a radicalizarse y secularizarse después de 1968” (p. 202). Los católicos españoles de la mayor parte de regiones vivieron muy al margen de esa tendencia. No dejaron de ser más que un puñado de personas, aunque muy representativo y con gran capacidad de movilización, que no podemos confundir con la tendencia “general”. Asimismo, a la hora de describir las principales aportaciones del catolicismo en la Transición, llama la atención “el reconocimiento del pluralismo político en el seno del mundo católico” que en todo caso podría referirse a los militantes más politizados, es decir, a la exigua minoría que había optado por el compromiso en la acción social y del que quedaban excluidas las opciones marxistas, especialmente el comunismo, por parte de la jerarquía y también de muchos fieles.

Está por demostrar que existiera una “opinión política democrática, más o menos antifranquista, en un amplio sector del clero” (p. 264). Por ahora, parece probado lo contrario. No deja de ser llamativo el comportamiento

crítico de personas relacionadas con la Iglesia pero, como nos dicen Sartorius y Sabio, “cuando se formaron colas interminables para ver el cadáver de Franco, este clero contestatario era minoritario frente a los sacerdotes tradicionales... Todos estos sacerdotes nunca solicitaron formalmente la amnistía ni alzaron su voz ante las duras condenas por delitos políticos”. Sin embargo, en el libro sólo se encuentran aspectos del catolicismo español que entraron en conflicto con el Régimen, como Añoveros o la Izquierda Cristiana, sin comentar que se trataba de una minoría invisible en muchos pueblos y ciudades del país. Lo que le lleva, en resumen, a extender ese clima disidente incluso a “algunas asociaciones tradicionalmente piadosas o conservadoras (que) también adoptaban en esos últimos años del franquismo posiciones críticas o disidentes” (p. 267). Es decir, al final todo en la Iglesia española respiraba principios democráticos, libertades, antifranquismo y compromiso social. Nada más lejos de la realidad.

Lo que la Iglesia quería era muy complicado de conseguir, aunque a la postre no saliera mal parada. Como el propio autor reconoce, “ni el Vaticano ni la Jerarquía española estaban dispuestas a renunciar o perder posiciones y presencias influyentes en la sociedad española” (p. 272). En octubre de 1972, el obispo Romero de Lema sostenía que “no existe una actitud de la Jerarquía contra el Régimen” —porque “la Iglesia predica el respeto al poder constituido”. Es decir, democratización y libertad en tanto en cuanto se mantuvieran los privilegios ancestrales y se asegurase el importante ascendiente de la institución sobre los españoles. Para ello se aprovechó la debilidad del franquismo agónico y las negociaciones para la revisión de un concordato que a la Iglesia había dejado de interesar. Todo parece indicar que era difícil comprender por el franquismo el “divorcio” manifestado por aquella pero sí se era perfectamente consciente de la importancia del mismo, aunque no siempre las posturas estaban claras y en pocas

ocasiones el enfrentamiento fue totalmente abierto. En cualquier caso, tuvo siempre una gran trascendencia y fue aireado por una prensa muy afín al Régimen.

La Iglesia, especialmente en lo que a su cúpula se refiere, jugó un papel clave en la normalización política apostando por un discurso que implicaba la separación de la Iglesia y el Estado, la participación política y la coherencia partidista con sus postulados: “Como cristianos no estamos ligados a ningún partido político. Pero hemos de proceder con discernimiento cristiano para adherirnos a aquellos movimientos que mejor respondan a los postulados de verdad, de justicia, de amor y de respeto a Dios y a los Hombres nuestros hermanos... Pero tampoco podemos enrolarnos incondicionalmente en partidos o en movimientos que nos conducen a vivir fuera del dinamismo de nuestra fe”. La Iglesia católica en España vivió un proceso interno de transición que supuso un cambio de postura importante, sí, pero *siempre* dentro de la *moderación*. Si esa modificación adquirió la relevancia que le concedemos fue por la *especificidad* del caso español en el contexto europeo y por la crisis que el régimen político experimentaba en paralelo.

En la crisis del franquismo algunos obispos, independientemente de su talante aperturista o conservador, y más concretamente los titulares de las diócesis con mayores grados de conflictividad política y social, tuvieron que bregar con una parte de su clero que les reclamaba una toma de posición más clara, dura y rotunda con respecto al régimen. Para domeñarlos se vieron obligados a tomar decisiones en contra de su propia opinión. Que existió una cultura política de católicos comprometidos con la democracia, cuyo caldo de cultivo se traduciría en muchos casos de militancia apostólica a militancia sindical y política, nadie lo duda a estas alturas, pero conviene insistir que se trató sólo de *una parte* y nunca del *todo*. Debemos distinguir entre aquellos clérigos que simplemente y en el siempre resbaladizo terreno de la *denuncia profética*

se dedicaron a denunciar flagrantes situaciones de injusticia social, y otros, entre ellos muchos nacionalistas, que realmente apostaban por la caída del régimen y una reforma profunda de las estructuras eclesiales.

Defender que buena parte de la Iglesia hizo poco o nada cuando se presentó la oportunidad de erosionar al Régimen no significa en absoluto que despreciemos la importancia de las acciones de esa *minoría*. Fueron ellos, desde la ortodoxia o fuera de ella, los que con sus homilias, encierros o huelgas y la repercusión que causaron sobre la *mayoría silenciosa* colaborarían a allanar el camino hacia la democracia. Las actividades *subversivas* de ese 10,6% que configuraba la “*vanguardia extremista*” del clero español condicionarían la agenda de los preladados españoles empujándolos a realizar declaraciones conjuntas que pedían la reforma de las instituciones vigentes, si bien su influencia resultaría insuficiente para conseguir de las jerarquías una ruptura de las relaciones con un Estado que no sólo se negaba a asumir cualquiera de sus recomendaciones sino que se reafirmaba en soluciones represivas. No debemos sobredimensionar las experiencias vasca y catalana porque no representaron la realidad de la vida eclesial española en su conjunto. Tampoco podemos minimizar la importancia de la *Hermandad Sacerdotal* diluyéndola en el empuje de la renovación ya que aglutinaría a unos seis mil sacerdotes (de los cerca de 22.000). Contribuyó al *mayor cisma de la Iglesia española contemporánea*. A su relevancia numérica y mediática habría que unir algunos éxitos nada despreciables que conseguirían *debilitar los efectos de la Conjunta, los efectos de la renovación*.

La Iglesia española durante la crisis de la dictadura fue una institución enormemente dividida y atrapada en sus propias contradicciones internas que la sumirían en una absoluta impotencia para soltar el lastre político que la atenazaba. Fue una Iglesia timorata, demasiado preocupada por sí misma, y poco o nada pre-dispuesta a asumir ninguno de los riesgos que la sociedad y la política ponían sobre su mesa

más allá de declaraciones y documentos cargados de buenas voluntades, pero de los que parecen proscritas algunas consecuencias de la *democracia*. Esta tensión hizo derivar la posición de la Iglesia hacia posturas más conservadoras. En la crisis del franquismo fue más influyente el proceso de las bases que el protagonizado por una jerarquía anclada mayoritariamente en esas posiciones.

Se trató de una influencia más cualitativa que cuantitativa. Por eso, no se sostiene de manera empírica que “el Gobierno había ido percibiendo que ya no podía contar con la colaboración de los obispos para reprimir el catolicismo progresista y el clero contestatario” (p. 275). No deja de ser otra opinión exagerada calificar el documento *Iglesia y comunidad política* (1973) como “la deslegitimación del orden político vigente” (p. 286). No cabe interpretar como tal la postura oficial de la Iglesia y tampoco de sus bases. En su proceso de agotamiento final, tal vez el régimen percibió así el comportamiento eclesial dado la trayectoria que había venido manteniendo con el poder, reconocida su impotencia para combatir un frente contra el que disponía de escasos y poco eficaces recursos, pero nada más. Esa percepción distorsionada del poder no puede proyectarse, sin más, al conjunto de la Iglesia. La llegada de Tarancón a la CEE no venía precedida de la fijación como objetivo a corto plazo de una ruptura con Franco por más que se estuviese dando un “reacomodo de una nueva relación Iglesia-Estado”. El régimen tenía sus días contados. Muy diferente era la situación de la Iglesia española que, aunque se jugaba mucho en esa recolocación, no estaba abocada a su desaparición. Sin embargo, Montero insiste en la “doctrina del desenganche” y pretende confirmarla a partir de organizaciones minoritarias como *Justicia y Paz* o *Caritas* que según él “representan oficiosamente el “despegue” de la Jerarquía” (p. 300).

Una de las claves de la Transición es el cambio de protagonistas. Así como el ejército, por acción y omisión, estaba llamado a ocupar un pa-

pel relevante en aquellos años, la Iglesia, el otro gran baluarte del franquismo, había quemado gran parte de sus naves, de su enorme capital social, y no jugó tan determinante papel. Largos años de mucho más que colaboración y luchas intestinas al final del periodo habían pasado factura. Esto además del cambio social y los nuevos valores imperantes en la sociedad española tiene que ver con el indudable desprestigio que había sufrido y que desde dentro se venía combatiendo con resultados muy desiguales. A la luz de lo investigado, parece poco sostenible la conclusión de que en el momento de la muerte del dictador: “la Iglesia –en su mayoría– llegaba dispuesta a aceptar e impulsar una transición pacífica hacia un sistema de valores liberal-democráticos” (p. 337). Es aquí, sin explicitarlo desde el comienzo, donde se demuestra el planteamiento teleológico del libro que advertía: la aportación de la Iglesia a la Transición. El autor insiste en subrayar un tiempo corto, que al final resulta ser el gobierno Arias, para conseguir su objetivo pero todos los referentes citados en la publicación siguen resultando insuficientes para sostener su imposible tesis en estos momentos de revisión del proceso transicional en el que muchos se apuntan a recoger los trofeos.

¹ Comentario crítico de Feliciano Montero: *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2009.

EL “DESPEGUE” DE LA IGLESIA EN EL SEGUNDO FRANQUISMO

(contestación a la reseña crítica del Prof. Manuel Ortiz Heras)

Feliciano Montero (UAH)

Nota previa

La verdad es que yo esperaba una reseña crítica historiográfica y me encuentro con una valoración muy polémica, en un tono y estilo a veces algo panfletario, que, en buena medida, más que impugnar, creo que no comprende bien los argumentos y hechos que aduzco. No pensaba que mi libro fuera un panfleto al servicio de un objetivo político para reivindicar una alternativa política confesional. Y, si ha podido ser interpretado o utilizado así, lo lamento. Hablo de un tiempo concreto de la Iglesia y del catolicismo español no de la situación actual ni desde la perspectiva político-mediática del presente. Ahora, en mi respuesta a la crítica, no quisiera entrar en ese terreno, sino volver al tono propiamente historiográfico, argumentando algunas de las hipótesis del libro, y explicando algunas de las claves desde la perspectiva de la “historia del presente” que es en la que principalmente, pienso, debe ser situado.

La respuesta a la crítica me obliga a recordar y reiterar argumentos que, con los límites de la extensión del texto, yo creía que estaban suficientemente planteados en el libro. Como señalo en la introducción no pretendo que mi trabajo sea excesivamente novedoso y original, salvo en la interpretación del conjunto del proceso en sus distintos tiempos y niveles de expresión; y, como advierto en la conclusión no he presentado todas las expresiones y manifestaciones de ese proceso, y aún los presentados están necesitados de mayor investigación.

Asumo en todo caso los límites o posibles errores en la presentación de los argumentos en la medida en que hayan podido inducir a una cierta incomprensión de los mismos. Por ejemplo, mi estudio del proceso de “despegue” de una parte de la Iglesia, no pretende afirmar, como se critica, que ésa era la posición de toda la Iglesia, sino que la tendencia, en principio minoritaria, se fue haciendo crecientemente hegemónica.

Una enmienda a la totalidad: la disidencia de la Iglesia fue minoritaria y por tanto mucho menos relevante de lo que pretende demostrarse

La reseña crítica del prof. Ortiz Heras es una enmienda a la totalidad de las principales hipótesis, tesis y argumentos del libro. Pero se trata más bien de un rechazo apriorístico apenas argumentado, que, en algunos casos revela una cierta incomprensión de las cuestiones y argumentos planteados. Aunque se citan entre comillas bastantes afirmaciones entresacadas del texto, apenas se discuten realmente los argumentos del libro; simplemente se niegan.

Reiteradamente se niega la tesis y el argumento principal del libro: la existencia de un proceso de desencanche o de “despegue” (término que utilizo preferentemente en el libro) por parte de la Iglesia católica, en dos tiempos (aproximadamente la década 1956-66, y el quinquenio 1970-1975) y dos niveles sociales e institucionales (la Iglesia de base, principalmente la Acción Católica “especializada” y la Iglesia

institucional), tal como se plantea claramente desde el principio en la introducción.

En todo caso se afirma, criticando la relevancia del proceso, que el desenganche o el despegue fue protagonizado sólo por una minoría. Pues la Iglesia en su conjunto no puede ser más que conservadora. No protagonizó ninguna ruptura ni desenganche sustancial con el franquismo. Se alega fundamentalmente que las tesis del libro son una percepción muy sobredimensionada o exagerada de la realidad, fruto, se insinúa, de la complicidad del autor con la historia que escribe.

Trataré de responder brevemente a esa enmienda a la totalidad deteniéndome en algunas impugnaciones o reparos concretos. Al hacerlo me pregunto si acaso no me he explicado bien o suficientemente (es verdad que en aras de la brevedad en varios momentos no he desarrollado ampliamente los argumentos remitiendo a otros trabajos propios o ajenos bien conocidos donde se podía encontrar la explicación más completa), o si el autor de la reseña crítica ha leído con demasiados prejuicios los argumentos y hechos que se presentan; pues, al margen de interpretaciones, hay una serie de hechos que están, hace ya tiempo, suficientemente aceptados por la historiografía y numerosos autores de distinto signo.

El título y la cronología

El “despegue” tan continuamente presente en el índice y en el texto era inicialmente el título del libro. La editorial me convenció de que el título podía ser equívoco o poco apropiado pues, en contra de mi propia tesis, el término “despegue”, más que significar un proceso en el tiempo, parecía aludir a un momento puntual y explosivo. El título finalmente elegido, “De la colaboración a la disidencia”, no me pareció desajustado. Estoy de acuerdo con el profesor Ortiz Heras, y lo he escrito en otros lugares, que la posición de la Iglesia y del catolicismo es, más que colaboradora, cofundadora del Régi-

men, al mismo tiempo que éste nace en torno a 1937; y esa estrecha identificación y colaboración es una seña fundamental de la identidad del Régimen durante el primer franquismo. El tardío Concordato de 1953 vendría a sancionar esta situación. Javier Tusell, en uno de sus buenos libros, aún no superado, calificó la significativa presencia de Martín Artajo, Ruiz Giménez y otros Propagandistas de la ACNP en los Gobiernos de Franco de 1945 a 1957, como el tiempo del colaboracionismo católico.¹ Un proyecto, por cierto, según él argumenta, fracasado.

Pero mi ensayo no estudia el primer franquismo, se sitúa cronológicamente en el contexto del segundo franquismo, que desde una perspectiva política y cultural nace con la destitución de Ruiz Giménez y su equipo, y desde una perspectiva económica y social con el giro en política económica que significa el Plan de Estabilización de 1957-1959. No niega la etapa de estrecha identificación y connivencia durante el primer franquismo. Al contrario la tiene muy en cuenta precisamente para valorar mejor la profundidad del cambio. Pensé y cuidé mucho, como hacemos todos los historiadores, la cronología, las etapas, las divisorias. Me parece que las fechas elegidas son bien significativas y representativas, y creo haberlo justificado en la misma introducción: el punto de partida, el fracaso del colaboracionismo con el cese de Ruiz Giménez, casi coincidente con el cambio en política económica y el acceso al poder de otros católicos (tecnócratas), y el final de esta historia con la muerte de Franco. Pues el objeto del libro no es el estudio del papel de la Iglesia y de los católicos en la Transición, sino en la “pretransición”. Desde el balance que presenté en el número 15 de *Ayer* (1994), dedicado a la Transición, coordinado por el Prof. Manuel Redero, hasta el que publiqué en las actas del II Congreso de Historia del Presente,² he insistido en ponderar el tiempo de la “pretransición” para explicar la naturaleza y las características de la Transición. Suelo subrayar la mayor relevancia del papel y protagonismo de la Iglesia

en la pretransición, en comparación con la que ejerce durante el proceso mismo, y sobre todo a partir de la aprobación de la Constitución.

El concepto de Iglesia (“el despegue” desde abajo y desde arriba)

Quizá una primera cuestión en la que disentimos sea el concepto de Iglesia. En la Introducción, una de las primeras cosas que aclaro, pues es, por otra parte, eje principal del argumento del libro, es el concepto “Conciliar” de la Iglesia como “pueblo de Dios” tal como la define el Vaticano II. Por otra parte, en estrecha relación con el tema central del libro, planteo una tensión clara entre la Iglesia de “base” (sectores del clero y seglares) y la Iglesia jerárquica o institucional (obispos). Es posible que Ortiz Heras acepte esa concepción pero me parece que en su descalificación de la entidad y la dimensión de la disidencia subyace siempre una referencia explícita o implícita a la Iglesia institucional o Jerárquica, y por ello, entre otras cosas, tiende a relativizar y rebajar el alcance del proceso. Aparte de considerar, como veremos, minoritaria y escasamente relevante la posición de unos cuantos militantes que no representaban al conjunto del catolicismo español.

Sin embargo, no creo haber afirmado que esa Iglesia y catolicismo renovados, que hace la autocrítica del nacionalcatolicismo, representara la posición de toda la Iglesia española. Más bien la presento como una minoría, eso sí muy activa y relevante, que progresivamente va contagiando al conjunto. De modo que, al final del proceso, 1975, lo que era tendencia minoritaria, por ejemplo en la Conferencia Episcopal de 1965, se convierte en hegemónica en la presidida por Tarancón en 1975.

Según mi planteamiento, la autocrítica, y el desenganche respecto del Régimen, se produjo primero en las bases (años 1956-1966 principalmente), y finalmente (durante el quinquenio 1970-75) y tras una importante lucha o tensión interna, en el plano de la Jerarquía episcopal, la

Conferencia Episcopal liderada por Tarancón. Subrayo dos acontecimientos, representativos respectivamente de ambos “despegues”, la Asamblea de la Juventud de los Movimientos Juveniles “especializados” de Acción Católica en 1965, y la Asamblea Conjunta de obispos clérigos en septiembre de 1971. La relevancia que yo mismo y otros muchos autores e historiadores conceden a estos acontecimientos, especialmente al segundo, por más conocido, como signos del desenganche de la Iglesia respecto del Régimen es rebajada o negada sin más argumentos por el Prof. Ortiz Heras.

Respecto al significado de la *Asamblea de la Juventud* de mayo de 1965, concebida como final de una Campaña conjunta de los Movimientos especializados juveniles de AC para la promoción de la participación de la juventud en todas las instancias sociales, ya en el Congreso de la Oposición al Franquismo, organizado por la UNED en 1990³ subrayé su carácter subversivo de fondo. No porque indujera directamente a la militancia antifranquista sino porque educaba en valores de diálogo y participación, básicos en la configuración de una mentalidad democrática. Por supuesto, ésta como otras acciones educativas y propagandísticas, las hacían los Movimientos juveniles al amparo de una cobertura privilegiada (el Concordato), y eran muy conscientes de ello cuando hablaban de que eran tareas de “suplencia” (una forma de función tribunicia), que en un contexto democrático deberían ser organizadas y protagonizadas por el conjunto de la ciudadanía.

Además, de acuerdo con el propio esquema y lógica de los métodos educativos, las Campañas estaban destinadas a alcanzar la máxima difusión e implantación. Ortiz Heras en su crítica insiste constantemente, también en relación con la proyección o influencia social de estas actividades de los Movimientos juveniles de AC, en su carácter minoritario y, por tanto, poco representativo de lo que era la posición conservadora general del catolicismo español. Pero las estadísticas internas de la AC española en los años '60, la

referidas específicamente a la campaña de 1965, la tirada de los periódicos *Signo*, *Juventud Obrera* y *Boletín de la HOAC* ofrecen datos concretos que avalan la difusión cuantitativa de esa nueva mentalidad.⁴ La discusión sobre el alcance cuantitativo de ese catolicismo crítico sólo se puede resolver consultando y considerando unas fuentes bien accesibles; teniendo en cuenta además esta influencia progresiva en escala, desde el pequeño equipo de militantes hasta el conjunto de la masa pasando por el grupo de influencia más próximo al militante, tal como se plantea expresamente en las guías internas educativas. Ciertamente hay que distinguir entre los militantes más comprometidos que van a dar el salto a la actividad política o sindical clandestina, manteniendo o no su pertenencia a las organizaciones apostólicas, y el conjunto más amplio de lo que no dan ese salto a la clandestinidad, pero que se han formado en los valores de diálogo, tolerancia y participación, y los ejercen en las plataformas asociativas o vecinales, legales o semilegales. Me parece que tiene más trascendencia histórica ese cambio difuso de mentalidad que la actividad política o sindical antifranquista de algunos militantes. Desde luego toda esa proyección social e incluso política la tenían que ejercer de forma individual y anónima para no comprometer la naturaleza “apolítica” de la Acción Católica y de la propia Iglesia Jerárquica de la que dependían. Eso explica por ejemplo, como señala Rubén Vega, la inevitable invisibilidad de la implicación de la HOAC y la JOC en las huelgas de 1962.⁵ También se explica la declaración que la JEC tenía que hacer pública frente a las acusaciones de implicación directa en la lucha política y sindical del Movimiento estudiantil de 1964-65. Esa declaración no es signo, como aduce Ortiz Heras, de renuncia moderada y prudente al compromiso, sino expresión de la contradicción en la que frecuentemente se movían los militantes de AC entre su fidelidad a la naturaleza apolítica de la tarea de la Iglesia, de la que dependían jerárquicamente, y su vocación al “compromiso

temporal”, es decir, social y político. Una contradicción que llevaba a corto plazo a separar la práctica religiosa y apostólica de la actividad sindical y política.

Por su parte la Jerarquía, aparte de las presiones por parte de las autoridades del Régimen, compartía mayoritariamente, al menos hasta los últimos cinco años del mismo, sus valores, y, por tanto, no podía permitir el ataque directo a las instituciones. Ahí reside el significado político de la llamada crisis de la Acción Católica (conflicto disciplinar obispos-organizaciones seculares), y de las otras tensiones y divisiones políticas intraeclesiales de esa última década del franquismo a las que dedico una parte del libro.

Por todo ello, no creo que exagere o sobredimensione en mi estudio el significado y alcance de esa nueva educación crítica, para la militancia y el “compromiso temporal”, que se llevó a cabo en los Movimientos juveniles de AC de los años '60. Ni que sea excesiva la ponderación de su trascendencia política a corto y medio plazo. Algunos estudios, pocos todavía, han reconstruido los orígenes católicos de esos nuevos militantes y cuadros sindicales y políticos, primero clandestinos y luego legales, que lideraron en el plano provincial y local la transición y la consolidación de la democracia. La mayor parte de ellos secularizaron su militancia a finales de los '60, separando su actividad política y sindical de su práctica cristiana en comunidades de base. Otros perdieron la fe o se apartaron de la práctica cristiana. A dicha secularización, radicalización y diáspora de la militancia cristiana después de la crisis de 1966-68 hago alguna referencia en el capítulo sobre el trasvase de la democracia cristiana al cristiano marxismo, pero ciertamente debería haberla presentado más detenidamente en un capítulo paralelo a la evolución de la Jerarquía en el último quinquenio del Régimen. En cualquier caso, esa secularización de la militancia cristiana así como la secularización de los curas comprometidos no se puede atribuir sólo o principalmente a los desengaños por los conflictos con la Jerarquía,

sino que obedece a una dinámica interna ligada a una serie de cambios sociológicos.

En cuanto al significado político de la Asamblea Conjunta de 1971, yo no sé si Ortiz Heras ha consultado las ponencias y las conclusiones que editó la BAC en el mismo momento de su celebración.⁶ Especialmente la ponencia primera sobre el lugar del clero en la sociedad y la política es la expresión de esa revisión autocrítica del “nacionalcatolicismo” que en esos años habían elaborado Álvarez Bolado, González Ruiz, Aranguren (pues como hace tiempo recordó Alfonso Botti en su ensayo, el concepto y el término nacional-catolicismo fue acuñado por esos intelectuales católicos con su correspondiente carga autocrítica). La batalla intraeclesial y la tensión Iglesia-Estado que provocó esa Asamblea revela la trascendencia y relevancia de ese giro. La percepción alarmista del Gobierno, en éste como en otros casos, estaba justificada y ajustada a la realidad, no era artificial. Me sorprende que Ortiz Heras, que conoce esos informes del Gabinete de Enlace del Ministerio de Información y Turismo sobre la deriva progresista de la Iglesia, los considere exagerados. Por el contrario, estaban muy bien informados, y su carácter privado y muy discreto (destinados a una distribución muy selectiva) no formaba parte de ninguna campaña de propaganda o intoxicación, aunque, como revelan esos informes y planteo en el libro, trataron de impulsar la respuesta conservadora a esa nueva Iglesia. Por otra parte, parece bastante lógico que el Régimen se sintiera muy preocupado por la pérdida de su principal fuente de legitimación.

El factor Concilio y el contexto internacional

El eje argumental del ensayo es la evolución interna del catolicismo español, pero siempre teniendo en cuenta las influencias y el contexto internacional. No se puede entender la propia evolución de la AC española y de los Movimientos sin su inserción temprana en el movimiento internacional de apostolado seglar

y los congresos que se celebran en 1951, 1957 y 1967. La participación española respectiva en esos Congresos marca muy bien la evolución del conjunto de la AC. Comparto la tesis historiográfica de que esa dinámica de los congresos internacionales de apostolado seglar de 1951 y 1957 anticipó y preparó la nueva doctrina del Concilio sobre la relación Iglesia-mundo moderno (constitución *Gaudium et Spes*). Y por ello afirmo en el libro que, en la medida en que la AC española y los Movimientos especializados juveniles participaban en esa red internacional, sintonizaron plenamente desde el primer momento, mucho antes que otros sectores eclesiales, con el espíritu del Concilio, que, según su percepción, venía a confirmar sus propios planteamientos. De modo que a la hora de estudiar el impacto de Concilio en la Iglesia y la sociedad española (tema por investigar) hay que distinguir tiempos diversos y distintos planos. En general la mirada comparada del proceso español con otros países europeos revela en este tema, como en otros, un significativo desfase. La hora del cristianismo progresista o de izquierdas en España, así como la renovación conciliar de la Iglesia, llegó con un cierto retraso aunque arraigó profundamente prolongándose en el tiempo más que en otras latitudes.

La Iglesia y la pretransición

En el largo proceso de maduración de este ensayo, tras los trabajos sobre la disidencia de las bases católicas que había estudiado sobre todo, pero no sólo, en la actividad de los Movimientos de Acción Católica especializada (*La AC y el franquismo*, 2000), el conocimiento de la rica documentación del Gabinete de Enlace sobre la disidencia de la Iglesia en diversos planos y manifestaciones, me confirmó la relevancia y trascendencia de esa disidencia, completando el esquema temático y cronológico de este ensayo, cuyo esqueleto previamente escribí en distintos foros. Entre otros, en el dossier sobre “el despegue” de la Iglesia que coordiné en el núme-

ro 10 de esta revista, *Historia del Presente*, que ahora acoge nuestra polémica.⁷ En ese dossier escribieron algunos de los jóvenes historiadores que han escrito buenas tesis doctorales en los años '90.

Recordar historiográficamente, con los métodos e instrumentos del oficio, este proceso de “despegue” o desenganche, no se hace para reivindicar triunfalmente una contribución positiva y relevante de la Iglesia católica en ese momento de la historia española, sino porque, me parece, resulta un elemento explicativo esencial para entender adecuadamente el tardofranquismo y la Transición. Descalificar o rebajar por principio estos hechos, esa contribución, como se hace en la reseña, es, de otra forma, descalificar globalmente el papel de la Iglesia. Parece que en este terreno no salimos de una polémica política más que historiográfica que desgraciadamente envuelve demasiado los estudios históricos sobre el segundo franquismo y la Transición.

Pero el libro trata de la Iglesia y del catolicismo durante el segundo franquismo, y no propiamente de la Transición. Lo que ocurre, es que de acuerdo con el esquema clásico de Pérez Díaz en *El retorno a la sociedad civil*, distingo en la transición el proceso político propiamente dicho, entre noviembre de 1975, (o si se quiere julio de 1976) y diciembre de 1978 (o si se quiere, octubre de 1982); y en un sentido social más amplio, el proceso de cambios sociales y económicos que se operan en el segundo franquismo, y que en el caso de la Iglesia y del catolicismo me parecen de especial trascendencia. Por ello hace tiempo (en el dossier de la revista “Ayer” sobre La Transición)⁸ planteé los elementos que, a mi juicio, permitían hablar en la Iglesia de una “pretransición”; reiterando varias veces que la contribución más relevante de la Iglesia al proceso de Transición se produjo en este momento. Así es que no es ningún planteamiento teleológico sino que el argumento central de mi ensayo, el “despegue”, desde mi punto de vista, anticipa, contribuye, explica una parte fundamental de

proceso de Transición. Un proceso político que desde luego se inicia de forma incierta y bastante abierta a partir de la muerte de Franco. Ciertamente habría sido interesante seguir el estudio respectivo de las diversas militancias católicas y de la Jerarquía de la Iglesia en el tiempo corto de la Transición política, pero ello requeriría otro estudio detenido. En otros textos breves, especialmente en el capítulo del volumen de la *Historia de España de Menéndez Pidal*, coordinado por Javier Tusell, sobre la transición, he escrito sobre la evolución de la postura de la Iglesia en el conjunto del proceso, en el último cuarto del siglo XX.

“*El verdadero desenganche fue la secularización*”, afirma Ortiz Heras, más que la actividad de la nueva Iglesia. Más aún la supuesta renovación de la Iglesia era una mera respuesta oportunista a los retos pastorales que significaban los cambios sociológicos promovidos por la secularización, el abandono de las prácticas religiosas y la relajación de las costumbres y comportamientos morales. Lo que ocurre es que ese proceso de secularización fue asumido y valorado positivamente por los sectores católicos renovadores, partidarios de una “pastoral misionera” frente a una “pastoral de cristiandad”;⁹ e inspiró directamente, siguiendo modelos franceses y belgas, la pastoral social obrera, y la implantación de la *Revisión de Vida* como método educativo que promovía partir del reconocimiento de la realidad social, e impulsaba el compromiso “temporal” por la transformación de esa realidad. Esta lectura nueva de la secularización se plasmó luego en la doctrina del Concilio sobre “la autonomía de lo temporal”. Por tanto, en efecto, la respuesta a la secularización es un factor explicativo clave, que, en mi opinión, no rebaja o descalifica el valor (hacia adentro y hacia fuera) del conjunto de iniciativas educativas y sociales que impulsan siempre en una dirección “personalista” y democrática. Es una respuesta pastoral oportuna, no oportunista, que implica un cambio sincero y profundo de mentalidad, una nueva manera radicalmente distinta de con-

siderar la relación Iglesia-Estado-Sociedad. Y es lo que explica la línea general de la AC y de los Movimientos de AC especializada en los años '60 así como las tensiones que provocó con la Jerarquía y el Gobierno, y las crisis de identidad cristiana que experimentaron muchos militantes. Las trayectorias de esos militantes se pueden apreciar por ejemplo en la publicación sobre la Juventud Estudiante Católica (JEC) española que coordiné en 1997, en la que los dirigentes ofrecieron el testimonio analítico de esas situaciones contradictorias, fruto de lo que entonces se expresaba como “doble fidelidad” a la Iglesia y al ambiente social al que pertenecían.¹⁰ Como en el caso de la JOC y la HOAC, su militancia política era hasta cierto punto invisible. En los diversos estudios recientes sobre el movimiento estudiantil durante el franquismo apenas se recoge la presencia y el peso de los militantes de la JEC, que tenían que ejercer esa actividad sindical y política bajo su propia responsabilidad personal. Creo que Ortiz Heras no comprende bien esta realidad y opta por una descalificación o minusvaloración excesiva de esos militantes de la AC obrera, estudiantil, rural, que no se corresponde con la realidad de los hechos ni de sus testimonios.

Por otra parte, los informes *Foessa* sobre el cambio social en España, y en particular sobre el cambio sociorreligioso, que se citan en la reseña, estaban elaborados en buena medida por los mismos sociólogos católicos que alentaban el cambio pastoral y por ello reflejaban una crítica aguda a la superficialidad de la religiosidad española, consecuencia de la pastoral de cristiandad, para defender en su lugar una pastoral misionera.¹¹

La Asamblea Conjunta del clero y obispos de 1971 fue precedida, como era habitual entonces en la difundida sociología religiosa, de una amplia encuesta sociológica dirigida a todo el clero, iniciada en 1968. En el apartado correspondiente de esta encuesta es donde se constataba la tendencia política mayoritaria del clero español que al colega le parece exagerada.¹²

Algunas otras referencias puntuales de la crítica de Ortiz Heras revelan, me parece, una cierta incompreensión de los temas o una insuficiente argumentación por mi parte.

La disidencia que canalizan organizaciones de la Iglesia, especialmente dependientes de la Conferencia Episcopal, (por eso las califico como representantes oficiosas del despegue) *Cáritas* o *Justicia y Paz*, no se pueden calificar de minoritarias. Las Campañas de *Justicia y Paz* que culminaron con la demanda de Amnistía (1974) constituyeron una plataforma legal de una movilización antifranquista muy amplia. En cuanto a *Cáritas* es muy relevante que una organización de caridad y acción social asumiera entre sus objetivos la ayuda a las familias de los huelguistas y represaliados políticos. No es extraño que provocara la alarma y la denuncia de otros sectores eclesiales.

Aunque aún faltan por venir buenas investigaciones sobre la figura política de Ruiz-Giménez, a partir de la apertura de su archivo personal, parece difícil rebajar la importancia cultural y política, de signo antifranquista, de la revista *Cuadernos para el Diálogo* (ver el libro de Javier Muñoz Soro), como, por otro lado, la revista *Triunfo*. En cuanto al fracaso de la Democracia Cristiana como alternativa católica al final del franquismo, pienso que la razón más profunda es que la doctrina del Concilio sobre la autonomía de lo temporal y, por ende, la justificación del pluralismo político en el mundo católico, deslegitimó en su raíz la exclusividad o preferencia de esa alternativa demócrata-cristiana, abriendo camino a otras legitimidades políticas compatibles con el cristianismo como los partidos marxistas. En el seno mismo del movimiento “Cristianos por el socialismo”, en el final del franquismo y principios de la Transición, participaron cristianos miembros de distintos partidos marxistas. El mismo Movimiento de “Cristianos por el socialismo” (CPS) reclamó a la Jerarquía en vísperas de las primeras elecciones democráticas respecto a la opción marxista de algunos cristianos. Y, como bien se sabe, los estudios electorales

revelan el peso importante del voto católico en el abanico de opciones políticas. Es difícil negar la realidad de este pluralismo político de los ciudadanos cristianos, por otra parte reconocido e impulsado por la Jerarquía ciertamente con algunos reparos hacia las opciones marxistas.¹³

La negociación del Concordato. ¿Continuidad o ruptura?

Una de las mejores expresiones de la tensión Iglesia-Estado en la última década del Régimen, y también uno de los caminos para responder a la pregunta principal sobre el “despegue” es el proceso fracasado de revisión o negociación del Concordato que se trata de llevar a cabo en la última década del Régimen. El tema ha sido muy bien estudiado por Pablo Martín de Santa Olalla y Romina de Carli, además del estudio de Fernando de Meer sobre el embajador en la Santa Sede, Antonio Garrigues, principal agente del proyecto.¹⁴ En el libro aludo brevemente a este factor de la negociación porque permite plantear la complejidad de las relaciones Iglesia-Estado, encarnada en las distintas posiciones del papa Pablo VI, la Secretaría de Estado vaticana, la Nunciatura de Madrid, la Conferencia Episcopal española, y del otro lado, las posiciones diferentes del ministro de Exteriores (Castiella) y del de Justicia (Oriol), del embajador Garrigues y del subsecretario de Justicia, Alfredo López. Y todo ese proceso envuelto en las movilizaciones y presiones del mundo católico progresista. Lo que se deduce de los estudios es que la iniciativa de la negociación del Concordato no fue eclesial, sino gubernamental, precisamente como un intento de frenar el despegue y conservar la legitimidad. Y en el seno de la Iglesia fue la Conferencia Episcopal española la que frenó lo que pudo esa negociación para propiciar un nuevo modelo de relación basado en la libertad religiosa y la separación, que, por supuesto, no tenía que suponer pérdida de influencia pastoral en la nueva situación social y política. Valorar, como

hace el estudio de Romina di Carli, la posible continuidad entre los términos y contenidos de esa negociación frustrada y los Acuerdos Iglesia-Estado de 1979 es una cuestión bien interesante, pero escapaba temática y cronológicamente al argumento de mi libro. Por ello hice sólo una pequeña referencia a esta cuestión.

En la reseña se descalifica la relevancia del papel de Tarancón como orientador principal de una política religiosa para la transición política. Todos los estudios más documentados, como los citados arriba, así como los principales protagonistas de los acontecimientos, al margen de miradas hagiográficas, ponderan en cambio la perspicacia y eficacia de esa orientación y gestión. Que la Iglesia de Tarancón intentara y lograra en gran medida adaptar la Iglesia a la nueva situación no parece que pueda descalificarse sin más, salvo que se haga desde una posición política anticlerical, más que historiográfica.

¿Actuó Tarancón y los obispos, supuestamente conservadores, bajo la presión del clero progresista, en contra de sus propias convicciones, como se afirma en la reseña? Indudablemente como buenos pastores, y especialmente en el horizonte de las orientaciones “colegiales” propugnadas por el Vaticano II para el gobierno de la Iglesia, tenían que tener en cuenta las demandas, y hasta las presiones, y encauzar los conflictos. Pero, como analizo en la última parte del libro a partir de los informes del Gabinete de Enlace, las tensiones diocesanas fueron de signo y carácter diferente según la personalidad y mentalidad de cada obispo. No todos se sometieron precisamente a las tendencias renovadoras, sino que trataron de resistirlas o encauzarlas. Otros obispos se pusieron al frente de la renovación. Éste es también un buen tema de investigación pendiente.

La historia militante y la historia del presente

La crítica del profesor Ortiz Heras, desde el principio hasta el final, y de forma reiterada

es, como decía, una enmienda a la totalidad, en la que subyacen y a veces se hacen explícitas descalificaciones profesionales por las supuestas intenciones militantes que, según él, guían mi trabajo llevándome a sobredimensionar la entidad y relevancia de una disidencia que a su juicio, siempre es minoritaria y poco relevante, si se considera la posición de conjunto de la Iglesia (jerarquía) y de la sociedad católica. En los tiempos que corren, desgraciadamente, la historia se ha politizado demasiado, y efectivamente abunda la militancia historiográfica y falta bastante independencia crítica y autocrítica en el tratamiento de los temas. Puedo haber incurrido en ese error, pero, muy consciente del riesgo, en este libro y en tantos trabajos anteriores, que están en la base de este ensayo, he procurado evitarlo, presentando un cuadro complejo, aunque sé que incompleto, de la evolución de la Iglesia y del catolicismo español durante el segundo franquismo. Una evolución marcada ciertamente, según la interpretación que guía el principal argumento del libro, por un proceso de distanciamiento o desencanche respecto del Régimen de Franco. Un proceso que yo preferí calificar como un “despegue” en dos fases y en dos niveles, en primer lugar desde abajo (ciertos sectores del clero y del laicado católico en la década 1956-1966), y posteriormente desde arriba (la Jerarquía de la Iglesia) especialmente en el último quinquenio del Régimen.

Ciertamente en la confirmación de mis propias hipótesis desempeñó un papel central la lectura del seguimiento gubernamental del proceso de “despegue” que recopiló el Gabinete de Enlace en numerosos informes, que consulté en el AGA en 1997. Esa fuente primaria, extraordinariamente fiable, más allá de cualquier error, exceso o desenfoco interpretativo, confirmaba ampliamente, desde el otro lado, el alcance de esa disidencia.

La tesis y argumento principal del libro que yo mismo había presentado antes en distintos artículos y, sobre todo, en mi estudio sobre la Acción Católica, en su conjunto, en los años

sesenta (eso explica la relevancia que este tema adquiere en el conjunto del libro), no es completamente nueva, sino que ya había sido planteada clara y brillantemente por otros estudiosos, desde dentro y desde fuera de la Iglesia, teólogos, sociólogos y politólogos, a los que me refiero expresamente en la Introducción. A los que habría que añadir las tesis recientes de estudiosos más jóvenes que tuve la suerte de conocer y valorar antes de su publicación como libro.

En fin, la supuesta tesis militante que defiendo, según la crítica de Ortiz Heras, está básicamente planteada en el libro de G. Hermet, *Los católicos en la España franquista* (por supuesto que Hermet aplica su modelo sobre las funciones tribunicia y paraparlamentaria de la Iglesia en regímenes no democráticos, al caso español; lo plantea y explica expresamente en un capítulo del volumen Iº de su libro (la edición del CIS). Pero esa misma interpretación sobre la evolución de la Iglesia en el segundo franquismo es la que explican el sociólogo Víctor Pérez Díaz (en uno de los capítulos de su libro “El retorno de la sociedad civil”), o también José Casanova en su capítulo sobre el caso español dentro del libro *Religiones Públicas*.¹⁵

Y además de los historiadores, los protagonistas agentes políticos de aquella época, y a la cabeza de ellos el secretario general del PCE, Santiago Carrillo, ha reconocido en diversas ocasiones esa contribución o aportación de la Iglesia y del taranconismo al proceso de transición.

Pero la historia del presente no es necesariamente historia militante

Yo pensaba que lo que escribía en el libro era bastante conocido y aceptado historiográficamente, de forma consensuada por unos y otros, y que no sería impugnado de forma tan radical. Y que, de todas formas, aun reconociendo no excesiva originalidad, podía ser útil a un público amplio, desde los jóvenes estudiantes tan alejados y desconocedores del tiempo del

franquismo como a las generaciones mayores, de alguna manera protagonistas de esta historia, que podían verse reconocidos o injustamente tratados, o en todo caso interpelados a “jugar” con sus recuerdos. Y, por supuesto, también pensaba en que pudiera ser útil, como síntesis, a los colegas historiadores, quizá poco dedicados al estudio de este tema. Por esto, me ha sorprendido mucho la reacción que subyace en la crítica del Prof. Ortiz Heras. Una crítica que me parece aún más militante que mi supuesta militancia historiográfica.

Quizá es un reflejo de la politización de nuestra historiografía contemporánea, demasiado subordinada o dependiente de la batalla política y mediática actual por condenar y demonizar el franquismo, la Iglesia y todos los obstáculos del Antiguo Régimen, como si estuviéramos todavía en vísperas del 14 de abril de 1931.

Ciertamente en el momento actual tenemos problemas políticos graves (el deterioro creciente de los valores, la cultura y las instituciones democráticas) además de la crisis económica. Pero con frecuencia los problemas reales se manipulan y deforman con ayuda de la historia. Como historiadores deberíamos tomar distancia crítica para no contribuir más al deterioro de la convivencia democrática y sus bases de respeto, tolerancia, diálogo, ecuanimidad.

De todas formas, quizá la cuestión de la supuesta o real militancia de mi ensayo se pueda resolver recordando la naturaleza, las ventajas y los costes de la historia del tiempo presente. Entendiendo por *historia del tiempo presente*, la elaborada y escrita por historiadores, que, sin dejar de serlo, son a la vez conocedores o protagonistas, del tiempo y de los procesos que analizan, mi estudio sobre la evolución de la Iglesia en el segundo franquismo es un libro de historia del presente. En efecto, como cualquier historiador del presente (en el sentido arriba indicado) mi estudio se aprovecha del conocimiento y la comprensión personal o muy cercana de muchos de los hechos que analizo. Juego con esa ventaja impagable, que no da el

mejor de los documentos, para comprender desde dentro los hechos, los comportamientos. Tengo la limitación y el riesgo de implicarme en el análisis, de no tomar suficientemente distancia crítica, incluso de no dar al lector suficientes explicaciones de claves o factores que doy por supuestas. Es por tanto una historia “implicada”. Para bien y para mal, desde un enfoque historiográfico purista, el historiador del tiempo presente siempre “toma partido” por más esfuerzo que haga por ampliar al máximo sus fuentes, sus enfoques y perspectivas. Pero todo eso no significa que haga una historia militante. Personalmente he procurado tomar las máximas precauciones para contrastar críticamente las diversas visiones, interpretaciones y enfoques. Poner de relieve las contradicciones y dejar abiertas cuestiones que necesitan más investigación además del acceso a fuentes (pues las fuentes de la Jerarquía vaticana y de la española, por ejemplo, están todavía fuera del alcance del investigador).

Toda historia es provisional, ya lo sabemos, y la historia del tiempo presente mucho más; pero, por otra parte, es legítima y absolutamente necesaria, entre otras cosas como punto de partida o incluso fuente para los historiadores más jóvenes. En este sentido la historia del tiempo presente, creo, desempeña un papel de mediador intergeneracional que permitirá a los historiadores más jóvenes estudiar los diversos temas. Algo de esto me ha parecido experimentar cuando he acompañado algunas tesis doctorales de jóvenes historiadores como Enrique Berzal y Laura Serrano, de la Universidad de Valladolid, o Pablo Martín de Santa Olalla de la Autónoma de Madrid. En suma, la historia del tiempo presente no es necesariamente militante, en el peor sentido de la palabra, y tiene algunas ventajas para el autor y para el lector, siempre que la atenta lectura crítica esté dispuesta a intentar comprender, sin prejuicios, lo que trata de explicarse, antes de plantear los interrogantes y las discrepancias pertinentes.

Septiembre 2010

NOTAS

- ¹ Javier Tusell, *Franco y los católicos*, Madrid, Alianza, 1984.
- ² F. Montero, "La Iglesia y el catolicismo en el final del franquismo, 1960-1975" en A. Herrerín y A. Mateos (coords.), *La España del presente: de la dictadura a la democracia*, pp. 237-250, Madrid, Asociación de Historiadores del Presente, 2006.
- ³ F. Montero, "Los movimientos juveniles de Acción Católica una plataforma de oposición al franquismo": en J. Tusell, A. Alted, y A. Mateos (coords.) "La oposición al régimen de Franco", Uned, Madrid, 1990, t. II, pp. 191-20. Una versión más reciente de este argumento en Montero, F. "Los Movimientos juveniles de Acción Católica. De la militancia apostólica al compromiso político" en Hurtado, Castells, Margenat, (eds), *De la dictadura a la democracia*, pp. 263-294: 2005, Desclée.
- ⁴ Remito a la nota 55 de la pág. 151 del libro en la que se aportan datos cuantitativos muy relevantes, me parece, sobre la difusión de la Campaña de 1965. En el anexo estadístico que publiqué en el libro *La AC y el franquismo*, 2000, hay datos concretos sobre el número de militantes de los movimientos juveniles en 1960-1965.
- ⁵ Me extraña especialmente la referencia despectiva que hace Ortiz Heras a la contribución de la HOAC en la reconstrucción del nuevo movimiento obrero, y muy especialmente de la primera Comisiones Obreras.
- ⁶ Secretariado Nacional del Clero. Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes. Madrid, BAC, 1971.
- ⁷ *Historia del Presente*, n.º10, dossier presentado brevemente por el coordinador F. Montero en el que escriben E. Berzal, Pablo Martín Santa Olalla, Mónica Moreno y Francisco Martínez Hoyos.
- ⁸ F. Montero, "La Iglesia y la Transición", *Ayer*, 15, 1994, en el dossier coordinado por M. Redero, sobre la Transición.
- ⁹ Vid. Fernando Urbina, *Mundo moderno y fe cristiana*, 2 vols, Ed. Popular, 1993. Varios artículos se refieren al paso de la pastoral de cristiandad a la pastoral misionera, y, en ese contexto, de la AC general a la "especializada". Este autor ha sido la fuente principal de mis propios trabajos.
- ¹⁰ F. Montero (coord.), *Juventud Estudiante Católica, 1947-1957*, Madrid, 1998.
- ¹¹ Es un tema apenas investigado y publicado. Entre los representantes de esa sociología religiosa con fines pastorales, influida por la francesa, destaca Rogelio Duocastella.
- ¹² Los resultados de la Encuesta, publicados en Asamblea Conjunta, *op. cit.* Apéndice, pp. 644-714.
- ¹³ Una pequeña digresión al paso. Se puede aducir que, "de facto", la Jerarquía apoyó tácitamente a la UCD en detrimento de una posible Democracia Cristiana, pero lo cierto es que la presencia o influencia de esa tendencia, primero en la UCD y sobre todo en el actual PP se ha ido diluyendo hasta convertirse en residual. Quizá ahora ciertos sectores de la Jerarquía lamentan la ausencia de un partido confesional.
- ¹⁴ Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA, *La Iglesia que se enfrentó a Franco. Pablo VI, la Conferencia Episcopal y el Concordato de 1953*, Dilex, 2005; Romina de CARLI, *El derecho a la libertad religiosa en la transición democrática de España (1963-1978)*, Madrid, 2009, CEPC; Fernando de Meer, *Antonio Garrigues, embajador ante Pablo VI. Un hombre de concordia en la tormenta (1964-1972)*, Pamplona, 2007, Aranzadi.
- ¹⁵ G. Hermet, *Los católicos en la España franquista*, vol. I, pp. 393-412. V. Pérez Díaz, "Iglesia y religión en la España contemporánea" en *El retorno de la sociedad civil*, I. E. Económicos, 1987; José Casanova, *Religiones públicas en el mundo moderno*, PPC, 2000, cap. 3 "España: de una Iglesia de Estado a la separación", pp. 108-132.

JULIO DE LA CUEVA y FELICIANO MONTERO (eds.)**Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República****Universidad de Alcalá, 2009, Madrid, 468 pp.****ISBN: 978-84-8138-848-0**

Como otros muchos, ya en 2006 John G. Gray en *The Guardian* levantaba acta del retorno de la religión (si alguna vez había desaparecido, claro) como axioma para comprender el mundo que nos rodea. De hecho, vuelve de igual modo como objeto de estudio tanto sociológico como histórico. Para el caso historiográfico español tal aserto cobra la fuerza de la inevitabilidad. Demasiado tiempo constreñido entre la sublimación o la crítica, el hecho religioso vuelve a posicionarse como una pieza necesaria del engranaje de nuestra trayectoria histórica. De nuestra identidad, de hecho.

Tal necesidad interpretativa se torna a menudo en desafío ante la complejidad de la cuestión. En el presente estudio un conjunto de expertos de primer orden de diversas universidades aceptan el reto. Grupo de investigadores éste, coordinados por Julio de la Cueva y Feliciano Montero, cuya mayor ambición es abrir puertas a nuevas vías de reflexión, ajenas ahora ya a maniqueísmos y prejuicios que lamentablemente se resisten a desaparecer. La cuestión religiosa durante la Segunda República se presenta, así, en términos de conflicto y confrontación. De acuerdo la totalidad del catolicismo en los años republicanos sobre la necesidad de actuar frente a «la apostasía de las masas» denunciada por el Canónigo Arboleya, la estrategia a seguir no parecía tan clara. Las vías posibilistas e integristas fueron recorridas por los diferentes grupos católicos con suertes diversas. Surge con ello la duda: ¿Se trata de profundizar en este estudio en esa “Tercera España” ya apuntada, entre otros, por Paul Preston o Hilary Rager? No según los editores. Ni mucho menos: Se trata

de constatar el hecho de que los actores del período no se encuadraban de ninguna manera en bloques monolíticos e inflexibles. Tal es el punto de partida.

Del primer ensayo se encarga uno de los editores, Julio de la Cueva (Universidad de Castilla-La Mancha). Concienciadas todas las corrientes republicanas (todas las “culturas políticas republicanas”) sobre la necesidad de la separación Iglesia-Estado, no lo estaban tanto a la hora de concretar los pormenores de tal separación, según el autor. Ante un problema (la cuestión religiosa) que efectivamente existía, y De la Cueva hace especial hincapié en ello, las decisiones adoptadas no habrían sido, sin embargo, las más beneficiosas si lo que se pretendía era cimentar un régimen de consenso. No sólo radicalizó las posturas católicas y clericales sino que dividió incluso a los propios republicanos.

Manuel Álvarez Tardío (Universidad Rey Juan Carlos), a su vez, vuelve sobre su revisión de la política secularizadora de la República. Las medidas finalmente acordadas por la Segunda República en materia religiosa ambicionaban mucho más que una reforma jurídico-institucional que separara a la Iglesia del Estado. Parafraseando al socialista Rodolfo Llopis, el nuevo gobierno no habría logrado su objetivo “hasta que la revolución no se haga en las conciencias”, en una máxima programática compartida por socialistas y buena parte del centro-izquierda republicano. Álvarez Tardío, con ello, traza una historia de la mutua incompreensión entre las izquierdas y las derechas ante la aprobación del célebre artículo 26 de la Constitución. Distan-ciados más, si cabe, por la Ley de Defensa de la República, la revisión constitucional sería la bandera pronto izada por el conservadurismo. Una dinámica feroz de réplica/contrarréplica a pretendidas agresiones arrastrarían a las derechas y las izquierdas a una radicalidad cada vez mayor. Una dialéctica que cada una de ellas vive como de agresión y legítima respuesta.

Nigel Townson (Universidad Complutense de Madrid) se centra sobre el segundo bienio re-

publicano para concluir, en línea con las últimas investigaciones al respecto, un panorama donde el centro, lejos de ser un “títere” de las derechas en busca de la destrucción de los avances del primer periodo republicano, asumió o reformó las medidas existentes tratando de lograr un equilibrio que permitiera sumar efectivamente a la derecha posibilista en el nuevo régimen sin que ello significara una salida del mismo de las izquierdas.

España se sitúa en Europa gracias a la reflexión de Pedro Carlos González Cuevas (UNED), que concluye tras una brillante síntesis la incompatibilidad de los fascismos emergentes con el sustrato de las tradiciones políticas íberas. Un segundo anclaje de nuestra nación al entorno es el que realiza Cristóbal Robles Muñoz (CSIC), ahora para el caso de las relaciones con la Santa Sede a través de las actuaciones del nuncio y los obispos íberos, con especial atención al caso del primado Segura.

En la segunda parte, titulada “Reacciones y adaptaciones católicas”, Feliciano Montero (Universidad de Alcalá) bucea en la evolución que significa la “nueva Acción Católica” conducida por Ángel Herrera y la ACNP bajo la protección del nuncio Tedeschini y del arzobispo Vidal i Barraquer, frente a la “vieja Acción Católica” dirigida por el cardenal Segura. La novedad de la misma, a pesar de su breve vida, queda al descubierto tras un balance que no elude referir tensiones, errores y críticas. Complementa este acercamiento a la Acción Católica el estudio que José-Leonardo Ruiz Sánchez (Universidad de Sevilla) dedica al caso hispalense.

Las cuitas internas en el seno de la derecha confesional quedan de relieve en sendos ensayos referentes. Reivindica el primer estudio la necesidad de una nueva aproximación a la CEDA que incluya las últimas novedades historiográficas. Se adentra en el mismo Vicent Comes Iglesia (Florida Universitaria) en las divisiones del “heterogéneo conglomerado” de la confederación de derechas, que si bien vislumbradas por Alcalá Zamora, quedaron relegadas al olvido no sólo

por los contemporáneos sino por muchos de sus estudiosos. Dichas tensiones se materializaron en discontinuidades en su estrategia política a la vez que en un marcado dinamismo en su interrelación con las restantes fuerzas políticas.

Completa la visión panorámica del conjunto político católico el ensayo de Antonio Manuel Moral Roncal (Universidad de Alcalá), que transita por las vicisitudes del tradicionalismo en los años republicanos. Sobre sus miembros, y ante la tajante falta de apoyo de la jerarquía no duda en etiquetarlos como “cruzados sin mitras”. El fracaso de la vía posibilista dará finalmente fuerza a la opción por la violencia siempre mantenida por carlistas y monárquicos alfonsinos de cara al futuro golpe de Estado.

Dentro de este mismo bloque, pero con perspectivas renovadoras, aparecen dos ensayos a destacar. A partir de documentación del Instituto Luigi Sturzo de Roma, Alfonso Botti (Università di Modena e Reggio Emilia) retoma la figura de este intelectual cristiano, esta vez para trazar sus contactos con católicos posibilistas en el periodo republicano. Vuelve sobre la importancia determinante para el italiano, ya señalada por Anne Morelli, de Ángel Ossorio y Gallardo, a la vez que reivindica por otro lado la de Alfredo Mendizábal. Marisa Tezanos Gandarillas, a su vez, recupera su innovadora investigación sobre el clero republicano en el presente estudio igualmente. Toma como punto de partida la negación del mundo católico español como un bloque monolítico e inerte para exigirnos ir un paso más allá y comprender que las tensiones internas de éste también se reprodujeron dentro de la clerecía. Estructurado, de este modo, el colectivo entre clero republicano, accidentalista/posibilista; tradicionalista/integrista; y aquellos “de derechas” no identificados.

Un último epígrafe (titulado “ámbitos de confrontación”) apuesta por acercar la lente de observación a ámbitos más reducidos, uno profesional (el educativo) y otro regional. Se trata de una apuesta igualmente teórica, sin embargo, que persigue ver la adecuación de los grandes

marcos interpretativos globales a la realidad social de los grupos humanos del momento. Así, se completa el cuadro de conjunto con estos estudios sectoriales, que apoyan desde el detalle los planteamientos de sus predecesores. La escuela como escenario de confrontación durante los años republicanos es analizada por tres expertos en la cuestión: María del Mar del Pozo Andrés, Borja Hontañón González (ambos de la Universidad de Alcalá) y Maitane Ostolaza Esnal (Université de Paris IV-Sorbonne). Alfredo Verdoy (Universidad Pontificia de Comillas) aborda la ley de confesiones y congregaciones religiosas y los conflictos que entrañó. Y finalmente, dos estudios trasladan el marco de análisis al ámbito local: Ángel Luis López Villaverde (Universidad de Castilla-La Mancha) desde una perspectiva poliédrica que abarca varios ámbitos geográficos, y Fernando del Rey Reguillo (Universidad Complutense de Madrid) concentrándose propiamente en el caso castellano manchego.

Concluye de este modo el diseño de un *puzzle* multidimensional y extremadamente complejo, pero que una vez encajado traza una visión ajustada de la complicada realidad del hecho religioso en el periodo republicano. Un estudio imprescindible para conocer la realidad de la fe católica en el siglo XX que nos permite deshacernos, por fin, del lastre de los maniqueísmos, que siempre acababan dejándonos un poso de insatisfacción.

Luisa Marco Sola

GABRIELA CANO

Se llamaba Elena Arizmendi

México, Tusquets, 2010, 272 pp.

ISBN 978-6074211-54-2

Las celebraciones históricas estimulan nuevas investigaciones que algunas veces se traducen en interpretaciones y revisiones de la Historia. El Bicentenario de la Independencia de México (2010) no ha sido excepción y la producción de

narrativas históricas está siendo excepcional, en algunos casos, sin mucha novedad, y en otros, hemos podido disfrutar de miradas históricas que hasta ahora eran marginales o invisibles. Gabriela Cano, profesora investigadora del Colegio de México, ha publicado una extraordinaria biografía de Elena Arizmendi que nos traslada a un momento de gran importancia para la historia de México, también conmemorada en estos momentos: la Revolución de 1910.

¿Quién era Elena Arizmendi? Nacida en 1884 en una familia oaxaqueña liberal y bien establecida, Elena fue fundadora de la Cruz Blanca Neutral e intensamente vinculada al movimiento maderista (1911) durante la Revolución Mexicana. Además de ser un personaje público que participó en varias esferas sociales y políticas del México revolucionario, Elena Arizmendi mantuvo una larga relación amorosa con José Vasconcelos, uno de los más prominentes intelectuales del México de principios de siglo, rector de la Universidad Nacional, ministro de Educación y autor, entre otros libros, de *La Raza Cósmica* (1923), libro que junto a *Forjando Patria* (1916) de Manuel Gamio, marcaron las pautas del pensamiento antropológico-social de las primeras décadas del siglo XX, no sólo en México sino en otras regiones de América Latina. En la memoria histórica mexicana, Elena Arizmendi ha estado asociada con Adriana, figura mítico-literaria que aparece en *El Ulises Criollo*, primer volumen de las memorias de José Vasconcelos. En esta obra, casi obligatoria para cualquier escolar mexicano, Vasconcelos narra su relación extramatrimonial con una mujer llamada Adriana, a la que primero describe como la mujer de sus sueños, “bailarina, bohemia y escandalosamente bella”, pero a la que luego atribuye gran maldad y ciertos tintes de “femme fatal” por haberlo abandonado. Frente a esta imagen simple y parcial que podíamos tener de Arizmendi, la biografía escrita por Cano nos ofrece una fascinante y compleja imagen de esta mujer pionera en varios ámbitos.

La Elena Arizmendi que conocemos en las páginas del libro de Gabriela Cano, es una enfermera que hizo uso de su profesión para luchar por la justicia social en un momento de grandes transformaciones sociales en México. Esta faceta profesional de Elena, nos ofrece unas pinceladas de un tema que ha estado presente en otros trabajos de Gabriela Cano: entender cómo algunas mujeres mexicanas de inicios del siglo XX entraron en ciertas profesiones consideradas femeninas (maestras y enfermeras) para poder participar activamente en la esfera política siendo actrices de transformaciones sociales de gran relevancia. Por otro lado, en el libro de Cano nos aparece la Elena Arizmendi activista en el periodo de la llamada primera ola del feminismo. Su trayectoria personal en el movimiento feminista, nos recuerda las enturbadas relaciones entre mujeres activistas norteamericanas y mexicanas en un contexto de intenso debate entre feminismos, nacionalismos e internacionalismos que se puso de manifiesto en el Congreso Panamericano de Mujeres celebrado en Baltimore (EE UU) en 1922 y que ha acompañado el feminismo hasta la actualidad. Finalmente, el libro nos permite conocer la apasionante relación sentimental que mantuvo Arizmendi con Vasconcelos, incomprensible seguramente si sólo se lee la autobiografía del egocéntrico intelectual mexicano. La Elena que Cano descubre es una mujer con la voluntad y el deseo de construir un espacio sentimental quizá demasiado moderno para el México de inicios del siglo XX.

Gabriela Cano ha logrado escribir una biografía histórica de una extraordinaria mujer, de tal forma que aparte de lo fascinante de sus hechos vitales, nos despierta el interés sobre una serie de temas de gran trascendencia para la historia social, política y cultural de México: el rol de instituciones supuestamente neutrales como la Cruz Roja en un contexto de dictadura política y conflicto armado; la consolidación de un movimiento feminista mexicano con perspectivas muy semejantes a los de otros feminismos fuera

de México; o la diversidad de posicionamientos políticos en el seno del alzamiento revolucionario. Finalmente, la relación sentimental entre Arizmendi y Vasconcelos también nos invita a reflexionar sobre cómo se estructuraba la noción de intimidad, más allá de la institución del matrimonio, en la vida burguesa mexicana.

El libro está dividido en once capítulos y sigue cronológicamente la biografía de Elena Arizmendi, narrando la relación con su familia más próxima, especialmente sus hermanos, el impacto de la muerte de su madre, su ida a San Antonio (Texas) como estudiante, el regreso a México para participar en la Revolución como enfermera, la relación con Vasconcelos en la Ciudad de México, primero, y, después, en Nueva York y Londres. Tras la ruptura con Vasconcelos, Elena se instala en Nueva York donde intenta “forjarse una habitación propia”, y encuentra cobijo intelectual y político en la comunidad hispana de Manhattan. En esos años Elena escribe prolíficamente en la prensa hispana y feminista, al igual que una novela autobiográfica. En 1938 Arizmendi regresó a México donde permaneció los últimos diez años de su vida, participando críticamente en la vida política del país.

Con gran rigor histórico que se pone de manifiesto en la revisión de archivos (cartas, publicaciones periódicas, libros y manuscritos), material secundario, así como entrevistas y conversaciones con familiares de Arizmendi, Gabriela Cano, además de llenar de carne y hueso un personaje borroso que aparecía como Ariadna en la pluma de Vasconcelos, ha conseguido adentrarnos en la sociedad urbana mexicana de las primeras décadas del siglo XX. En trabajos anteriores, Cano trató la entrada de las mujeres en profesiones consideradas femeninas y recuperó las historias de personajes que fueron transgresores con su identidad de género durante la Revolución (Amelio Robles). Quien ha seguido la trayectoria de la historiadora Gabriela Cano, reconocerá que en Elena Arizmendi ha logrado un objetivo que desde la historia de las mujeres se ha planteando como posible y nece-

sario: unificar la biografía con la historia social para dar cuenta de las experiencias subjetivas y colectivas del ser mujer en distintos periodos históricos y diversas culturas y sociedades.

Apen Ruiz Martínez

MONTSERRAT DUCH (ed.)

La II República Espanyola. Perspectives interdisciplinàries en el seu 75è aniversari
Tarragona, Publicacions URV, 2007, 304 pp.
ISBN 978-8484241-01-0

Hace tres años (2007), Publicacions URV publicó diversas ponencias que se presentaron a las Jornadas Interdisciplinarias conmemorativas de la Segunda República española, celebradas en la Universidad Rovira i Virgili (URV) del 4 al 6 de abril de 2006. Había coordinado las Jornadas la profesora Montserrat Duch, y las había presidido, como decana de la Facultad de Letras, la profesora Mercè Jordà.

Aquella fue una reunión importante, que contó con la asistencia y colaboración de un amplio elenco de profesores, que hicieron aportaciones sólidas a un tema que, dada su importancia, presenta siempre aspectos a referir. Pero aquellas Jornadas no sólo respondían a la celebración del 75 aniversario de la proclamación de la Segunda República: también conmemoraron el 25 aniversario del Coloquio Internacional que, sobre la República, había organizado la Facultad de Letras de Tarragona (1981). Como recuerda la profesora Jordà en el prólogo del libro, «fue una suerte espléndida que personas que vivieron la República aceptasen participar en la mesa redonda, que resultó viva, apasionada, un recuerdo vivo y directo de las diferentes posiciones, de las diferentes maneras de entender y de actuar, que se produjeron durante la II República».

Respecto a las Jornadas, referir que contaron con una exposición, materializada por Sergi Guash, Lorena Álvarez y Marcel Sirisi (el cartel y el tríptico había sido diseñado por el doctor Albert Macaya), y también con un amplio apoyo

institucional (Rectorado, Facultad de Letras), extensivo a la publicación de este libro (Memorial Democrático de la Generalitat de Cataluña y Servicio de Publicaciones de la URV). Y, como he dicho ya, acogieron a un amplio conjunto de especialistas, cuyas aportaciones, por desgracia, no han podido ser recogidas en su totalidad. Así, faltan en la obra las colaboraciones, importantes, del doctor Agustí Segarra, de la URV; de la doctora Conxita Mir, de la Universidad de Lleida, y del doctor Julián Casanova, de la Universidad de Zaragoza.

De los doce trabajos recogidos en el libro, uno pertenece al ámbito de la geografía/política; otro, al de la antropología/psiquiatría; un tercero, al de la historia del arte; otro, al de la literatura; otro más, al de la biografía, y los siete restantes, al de la historia contemporánea. A continuación, pasamos a referirlos.

En primer lugar (pp. 19-49), Josep Oliveras i Samitier, profesor de Geografía de la URV, hace un cuidado análisis de «La organización política territorial de la Segunda República española». A continuación (pp. 51-84), Josep M. Comelles, profesor de antropología (URV), incide en «Catalanismo, salud mental y vanguardia. La política de salud mental en Cataluña (1883-1938)», un tema en el que, como él mismo refiere en el libro, trabaja desde 1978. Después (pp. 85-106), Antonio Salcedo Miliani, profesor de Historia del Arte (URV), refiere, con esfuerzo de síntesis, un aspecto de gran amplitud («El arte en Cataluña en tiempos de la Segunda República»). Por su parte (pp. 107-119), Manuel Fuentes Vázquez, profesor de Literatura Española (URV), trabaja desde una perspectiva monográfica, y lo hace sobre la figura del poeta Luis Cernuda («Luis Cernuda: una idea de España»), defensor de la República «sin ningún tipo de fisuras» y víctima de la guerra fratricida («supondrá la destrucción de su proyecto vital y poético»).

Entremos, a continuación, en los análisis relativos al período contemporáneo. Primeramente (pp. 121-144), M. Antònia Ferrer Bosch (URV), profesora que fue miembro de la Co-

misión Organizadora del coloquio de 1981 y de su exposición, analiza la avanzada política agraria republicana («Consideraciones sobre la Reforma agraria de la Segunda República»), sin dejar de lado los antecedentes reformistas ilustrados y decimonónicos. A continuación (pp. 145-154), Joan Maria Thomàs, profesor de Historia Contemporánea (URV), se centra, con el rigor que caracteriza su dilatada obra, en «Los enemigos de la República», esto es, alfonsinos, carlistas y falangistas, y también en las actitudes de los sectores dominantes de la sociedad española de entonces. Seguidamente (pp. 155-174), el trabajo de Josep M. Roig i Rosich, profesor de Historia Contemporánea (URV), «Segunda República: Reforma del Estado y Estatuto de Autonomía de Cataluña», sintetiza la génesis de la autonomía catalana republicana y analiza las muchas dificultades a las que tuvo que hacer frente. Y Gabriel Cardona, profesor de Historia Contemporánea (UB), se centra, una vez más, en el aspecto del que es maestro indiscutible, el ejército, en el trabajo «El problema militar de la Segunda República» (pp. 175-192).

Entre las páginas 193 y 213, Salomó Marquès, profesor de Teoría e Historia de la Educación (Universidad de Girona), reflexiona sobre la enseñanza republicana y sus transmisores, los maestros y profesores, en «Las políticas reformadoras. Las políticas educativas (1931-1939). La obra educativa de la República de los profesores». Seguidamente (pp. 215-236), Montserrat Palau (URV), trata, en «Autoras catalanas en la Segunda República», del arduo trabajo de mujeres del relieve de Rosa Maria Arquimbau, Aurora Bertrana, Llucietà Canyà, Anna Murià o Maria Teresa Vernet. A continuación (pp. 237-268), Josep Sánchez Cervelló, profesor de Historia Contemporánea (URV), se centra en un aspecto poco cómodo a la hora de analizar la evolución del hecho republicano, el de los «Enfrentamientos políticos y militares en el bando republicano durante la Guerra Civil», y, como nos tiene acostumbrados ya, lo hace con el magisterio propio de un especialista de amplitud

de registros. Finalmente (pp. 269-297), Montserrat Duch Plana, profesora también de Historia Contemporánea (URV) y, como ya he señalado, coordinadora de las Jornadas, analiza uno de los aspectos más dolorosos en torno al recuerdo de la República: el del olvido al que ha sido sometida por parte del poder nacido de la mano de la Constitución de 1978. «En torno a los usos públicos de la Historia: ¿(Des)memoria republicana en la Cataluña actual?» refiere, a partir del contraste con la “memoria” republicana, la “amnesia” en la Cataluña de hoy en todo lo referente a la República (en los toponímicos y en muchos otros aspectos), e investiga sus causas.

La II República espanyola. Perspectives interdisciplinàries en el seu 75è aniversari es, además de testimonio escrito de un importante acontecer académico de Tarragona y del conjunto de Cataluña y de España, una obra necesaria a la hora de evaluar, en su justa medida, cuanto significó nuestra Segunda República.

Xavier Moreno

DULCE FREIRE, EDUARDA ROVISCO e INÉS FONSECA (coords.)

Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memorias e patrimónios
Edições Nelson de Matos, Lisboa, 2009, 322 pp.
ISBN 978-98-98236-10-4

El volumen colectivo coordinado por Dulce Freire, Eduarda Rovisco e Inés Fonseca ofrece coordenadas de interpretación sobre el fenómeno del contrabando que han sido deducidas tanto a partir de numerosos trabajos de campo de ámbito local o comarcal como de arduos esfuerzos de contextualización y teorización del mismo. Esto, en sí mismo, ya supone un avance, pues hasta hace dos décadas el contrabando era una temática del dominio exclusivo de la literatura por falta de datos empíricos. Sin duda este trabajo demuestra el avance de la investigación de Ciencias Sociales y Humanidades en aras de la ruptura de dicho monopolio, si bien

se ha tenido el buen hacer de incluir un magnífico estudio en el que se trata de reconstruir la imagen del contrabandista a partir de representaciones literarias (se trata del trabajo de José Neves, pp. 289-322). La obra consta de 10 capítulos cuya autoría corresponde en su totalidad a docentes e investigadores de universidades lusas y españolas y que podrían perfectamente agruparse alrededor de dos grandes pilares. Por un lado, el estudio histórico del contrabando y su incidencia en la economía y modos de vida de las comunidades fronterizas, y, por otro, el de la memoria, los discursos y los procesos de patrimonialización (léase específicamente turistificación) del contrabando surgidos a raíz de su desaparición. En el primero de esos ejes, historiadores y antropólogos realizan un trabajo parejo, no así en el segundo, donde los análisis antropológicos (y lusos) tienen un claro protagonismo.

La mayoría de las contribuciones que aparecen en este libro son obra de autores que han consagrado buena parte de su trayectoria investigadora al estudio de la frontera (Paula Godinho, Dulce Simões, Eusébio Medina, Eduarda Rovisco, Luís Cunha o José María Valcuende) y, en consecuencia, han encontrado en la práctica del contrabando de las comunidades fronterizas uno de los rasgos de esa identidad específica que tratan de aprehender. Se trata, por tanto, de acercamientos a la temática a modo de ejercicios conclusivos y sistematizadores, lo que confiere a la miscelánea la condición de un excelente estado de la cuestión. Otra característica que da valía a la publicación, además de la apuntada y del esfuerzo interdisciplinar realizado por los autores de los textos que conforman el libro, está en permitir al lector tener una amplísima panorámica de la práctica del contrabando en el tiempo y en el espacio. Los diferentes trabajos consiguen identificar, establecer tipologías y analizar las prácticas, naturaleza y estructuras del comercio ilegal entre las comunidades rurales de ambos lados de la frontera luso-española desde su inicio en la Edad Media (una mirada de

longue durée sobre el contrabando tradicional que permite específicamente la contribución de Eusebio Medina, pp. 131-163) hasta su disolución ligada a la desaparición de las fronteras a partir de la entrada de Portugal y España en la Unión Europea. Bien es verdad que en su conjunto es el último siglo el período que merece más atención, y, especialmente analizado resulta el lapsus temporal en el que se produjo la guerra civil española y el primer franquismo (véanse los trabajos de la autoría de Daniel Lanero, Antonio Míguez y Ángel Rodríguez Gallardo, pp. 57-88, el de Dulce Simões, pp. 165-196 y el de Inés Fonseca y Dulce Freire, pp. 219-254), lo cual es más que razonable teniendo en cuenta la especificidad que marca el contexto político en las prácticas de contrabando (intensificación, mayor persecución, opositores al régimen como «mercancía» a trasladar, procesos de politización de las comunidades rayanas por el contacto con dichos opositores, etc.). Pero, como se ha mencionado, el contenido del libro, además, posibilita hacerlo a lo largo de toda la frontera, de norte a sur, del Miño al Guadiana, visualizando las diferencias y vicisitudes que imponían al contrabando las diferencias geográficas de la divisoria entre ambos países peninsulares, de forma de propiedad y de cultura local (con barreras naturales con más o menos dificultad para su franqueamiento, disposición y transformación de las vías y medios de transporte, mudanzas en los productos de contrabando, en el género de los protagonistas del mismo o en el establecimiento o no de cuadrillas) e incluso a nivel microterritorial (en este sentido, véase el trabajo de José María Valcuende del Río y Rafael Cáceres, pp. 197-218).

Nos encontramos ante un trabajo en el que no sólo se discuten tesis tradicionales sobre la práctica del contrabando sino que también se revisan sus diferentes significados en función de las coyunturas políticas y económicas de ambos países contribuyendo al debate sobre los heterogéneos discursos de protagonistas (tanto contrabandistas como fuerzas de orden

público que lo obstaculizaban y el conjunto de las comunidades que lo amparan). El conjunto de las contribuciones subrayan que la «necesidad» es el fundamento que preside todo el entramado teórico y discursivo sobre el que se legitima el contrabando entre sus protagonistas y las comunidades rayanas a modo de una actividad económica más, elevándolo así a la categoría de derecho «legítimo» frente a la imposición de una legislación estatal (dialéctica centro-periferia) que lo convierte en ilegal y lo sanciona a través de vigilancia, multas y hasta prisión (visiones contrapuestas que evidencia el trabajo de Paula Godinho, pp. 29-56). El debate sobre los significados de los discursos en torno al contrabando ha abierto, a su vez, una línea de trabajo sobre la resemantización, esto es, la pérdida de significado original de la actividad frente a la creación de una nueva interpretación, en línea con la generación de proyectos de patrimonialización (línea de investigación muy visible en las aportaciones de Luís Silva, pp. 255-288 y Luís Cunha, pp. 289-308). De cara a proyectar una nueva identidad de las comunidades de frontera que pueda atraer al turista o al aventurero, el contrabandista cada vez está más difuso en los discursos (y por tanto en la memoria) como persona que ante una necesidad perentoria de dinero o con la clara intención de mejorar el nivel de vida familiar se arriesga a llevar a cabo un comercio ilícito. Este referente se desdibuja frente a una nueva imagen repleta de connotaciones heroicas que supone reconocer las habilidades sociales del contrabandista dentro de la comunidad (era necesario ser listo, avisado, saber engañar a los guardias, tejer una tupida red social de apoyo y silencio sobre su actividad, etc.). Y aún más, el discurso, en una innegable vuelta de tuerca, la figura del contrabandista se reinventa en el ámbito político y se iguala a la de un «opositor» al régimen dictatorial en tanto que protagonista de acciones (comercio ilegal o incluso soporte para el paso de la frontera de opositores que buscaban una salida de cara al exilio) que incumplían las leyes vigentes.

Así pues, el avance en las investigaciones sobre el contrabando de los historiadores y antropólogos que participan de esta obra colectiva se revela no sólo en la búsqueda y ampliación del elenco de fuentes y razonamientos teóricos que permitan integrar dicha actividad en los diferentes contextos políticos y económicos en los que subsistió, sino que se evidencia en el análisis sistemático de las representaciones sociales de tiempos y espacios en los que el contrabando no es más que memoria en busca de actualización y, consustancialmente, de deformación.

Ana Cabana Iglesia

CARLOS GIL ANDRÉS

Piedralén. Historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil

Marcial Pons, Madrid, 2010, 408 pp.

ISBN 978-8492820-19-1

La trayectoria previa de Carlos Gil Andrés debería hacer difícil que nos sorprenda, pero cada nuevo título que publica lo consigue. Este historiador riojano dista ya de ser un autor desconocido entre sus colegas contemporaneístas. No es exagerado calificarle como uno de los grandes historiadores sociales de su generación, y resulta un inmejorable exponente de la excelente historia que se puede escribir extra muros de la Universidad, en su caso desde la brega de la enseñanza secundaria. Su producción escrita le avala. Sus primeros dos libros dedicados a la protesta popular en *La Rioja entre el fin-de-siècle y 1936*, y en particular *Echarse a la calle* (2000), suponen dos modélicos estudios desde el enfoque de una sólida historia social “desde abajo”. Con *La República en la plaza*, proporcionó una ejemplar indagación sobre un acontecimiento como los sucesos de Arnedo en 1932. Lejos del frente (2006) nos sorprendió por su hondura, tanto en la forma como en el fondo, y es sin duda uno de los mejores libros sobre la Guerra Civil española aparecidos en la pasada década. No siendo en principio un especialista en esa

guerra y sus violencias, gratas sorpresas son algunos de los artículos fundamentales que ha dedicado a ello en revistas como *Historia y política* o *Ayer*. Y cambiando la lente de aumento local por el telescopio de ámbito estatal, vuelve a asombrar por los excelentes resultados con que ha lidiado, junto a Julián Casanova, con todo un miura como era una *Historia de España en el siglo XX* (2009).

Con este *Piedralén*, vuelve a hacerlo. En cierto modo, no debería resultar extraño, porque el libro es el fruto maduro, y de alguna manera resultado natural de su trayectoria previa; muestra a un historiador social en estado puro en lo mejor de su carrera, y se construye con todas las mimbres que Carlos Gil había ido urdiendo en sus obras previas: interés por la historia “desde abajo”, notable conocimiento de las fuentes primarias, sobresaliente reflexión y maestría narrativa. Pero, aun así, llama de nuevo la atención, porque todo eso lo teje ahora con un ejercicio sugerente, innovador, y desde luego muy personal. Sugerente, innovador y personal, porque no es un texto histórico al uso; representa una apuesta que parece y se presenta como sencilla, pero que no lo es y que en realidad concentra en una sola narración varias miradas y retos diferentes.

Piedralén es, por un lado, lo que indica el subtítulo: la “historia de un campesino. De Cuba a la Guerra Civil”. Tirando sin prisa pero sin pausa del hilo de un episodio muy concreto, la deserción de dos riojanos para no ir a la Guerra de Cuba, Gil Andrés reconstruye la historia de uno de ellos; sigue y persigue las huellas —documentales, hemerográficas, orales— dejadas en su paso por la vida por un hombre como cualquier otro; escribe la crónica de un agricultor del interior peninsular, de alguien que, de otro modo, nunca habría salido del anonimato. Ese es uno de los grandes activos y atractivos del texto, porque resulta un buen contrapunto cuando los historiadores ofrecemos tantos libros, pero por lo general tan poco atrayentes para el público no especializado, y cuando no faltan diagnósticos

sobre la ausencia del sujeto de nuestra historiografía —por ejemplo la abrumadora dedicada a la Guerra Civil.

Pero no se trata de una mera biografía, en este caso la de un simple y anónimo peatón de la Historia, ni mucho menos de un reducido ejercicio de historia localista. Ese personaje, sus peripecias y su familia son una excusa para hablar de un tiempo y un lugar. Seguir su estela sirve para presentar de otro modo, “desde abajo”, una época y unos acontecimientos como la Guerra de Cuba, la larga crisis de la Restauración, la República, la Guerra Civil y el Franquismo. El autor participa de la idea de Pío Baroja respecto de que las vidas vulgares, contadas con rigor y detalle, pueden “dar el carácter de la época” tanto como las de los hombres extraordinarios. Y en ese sentido, utiliza esta historia particular para tratar de colarse por la puerta de atrás en el mundo rural de la España de la primera mitad del siglo pasado y describirlo a partir de aquello a lo que no atienden los historiadores de la “gran” política.

Ahora bien, podría decirse que tampoco pretende ser sólo eso. Al usar ese caso de estudio, el autor aspira a algo más aparte de aportar un cuadro más o menos completo del universo cotidiano en el que vivió el protagonista, y proyectar así una imagen que pueda ser representativa del conjunto de la sociedad entre finales del siglo XIX y mediados del XX. Trata, además, de adentrarse y bucear en las costuras íntimas de esa sociedad. Busca que la experiencia personal que tuvo ese campesino riojano no sólo añada más detalles y trazos al lienzo histórico de esa época, sino que aporte nuevos ángulos y nuevas luces a cuestiones fundamentales del mismo. Muchas páginas antes de que el autor reconozca su deuda con ellos, el lector tiene ya claro que el libro tiene entre sus fuentes de inspiración a autores como Carlo Ginzburg, Le Roy Ladurie o Giovanni Levi. No parece así excesivo afirmar que este *Piedralén* podría definirse en buena medida como un ejercicio de microhistoria que se sitúa en la reconocible pero compleja estela

de esos ilustres precedentes. Desde luego, no es fácil alcanzar el listón que los mismos dejaron, y tampoco falta algún precedente entre nosotros, como el *Diario de un burgués* (2006) que firmaron Anacleto Pons y Justo Serna. Pero, como en esa tradición, todo empieza aquí con el descubrimiento de un caso anónimo, pero relevante, a partir de un documento interesante —en este caso un expediente judicial por deserción—. Como en esos títulos clásicos, se instala la cámara en los ojos del protagonista, se le trata de dar voz. Al igual que en ellos, hay cabida para una mirada antropológica que describe un mundo pasado que se ha perdido, aunque no queda en una foto fija que pierda de vista la perspectiva diacrónica. Y como en ellos, la atención se dirige en última instancia hacia las claves de bóveda de ese tiempo y esa sociedad. En realidad, el libro acaba siendo el trazo conjugado en singular de una de las grandes preguntas pendientes de la historiografía contemporánea española: el porqué de los comportamientos políticos y socialmente conservadores del interior peninsular; las raíces sociales y culturales de la reacción conservadora en esa España rural habitada fundamentalmente por “propietarios pobres” y muy pobres que, desde una óptica economicista, no tendrían por qué estar defendiendo un orden social del que eran menos beneficiarios que sufridores.

No es eso lo que preveía el autor al iniciar sus pasos. Como honestamente reconoce, lo que al comienzo parecía ser la “historia de un campesino” que se rebela contra el Estado al bajarse del tren que lo llevaba al alistamiento, llega a ser algo muy diferente: la historia de un labrador que en los años treinta está alineado con el proyecto más conservador de sociedad. Si este historiador ha dedicado tan excelentes páginas a combatir el tópico del campesino apático y desmovilizado, tampoco pierde de vista que no todo era protesta, sino también consenso y sumisión. Y ese reconocimiento del propio Carlos Gil nos conduce a lo otro que también es su libro: esta especie de biografía de un

campesino, o labrador, tiene también no poco de autobiografía del propio autor. Narrado en primera persona del singular, *Piedralén* nos lleva a través de la investigación misma del autor, con sus hallazgos, incertidumbres e hipótesis. También antes de que el autor use la expresión, el lector adivina que su obra es, como las novelas en marcha, un libro de historia en marcha. Si autores de ficción como Javier Cercas y Martínez de Pisón lo han hecho, ¿por qué no habría de intentarlo, saltando desde su barrera, un historiador? Viajamos con el protagonista a la Cuba de 1898, pero lo hacemos también con el investigador a archivos polvorientos y zaguanes donde le esperan testimonios orales. Porque viaje es el libro: un recorrido por la trayectoria, reflexiones, intereses, preguntas y respuestas de un historiador que no se esconde, sino que muestra, desnudo pero discreto, sus pasos y dudas, sus búsquedas y conjeturas, sus sorpresas y desazones, sus hallazgos y la falta de los mismos. No es mero exhibicionismo o recurso narrativo, sino que tras ello hay toda una reflexión sobre el papel del historiador en la transmisión de la historia, en cómo llegar a los lectores, y en la propia producción del relato histórico. Aunque solo fuera por eso, aunque la historia no cautivara al lector ni su narración tuviera tan bella factura, lo anterior haría ya de este libro una lectura bienvenida.

Los historiadores solemos ser pésimos oráculos cuando profetizamos sobre el curso futuro no sólo de la historia, sino incluso de la historiografía. Por eso, tal vez me equivoque al afirmar que es probable que el resultado de este espléndido libro anime en las próximas fechas apuestas por formatos semejantes. La tentación será poderosa, porque desde ahora ya no contamos únicamente con ejemplos de tanto lustre como los de los grandes microhistoriadores; tenemos también, y ha funcionado muy bien, uno mucho más cercano, aplicado a la España del primer siglo XX y firmado por un joven historiador riojano que es profesor de enseñanzas medias. Bienvenidos sean esos ejercicios;

no sólo pueden abrir nuevos campos y miradas de estudio, sino asimismo nuevos segmentos de lectores. Pero se impone un aviso para navegantes. Aunque en la forma de este libro parezca un ejercicio sencillo, está muy lejos de serlo. El manual de instrucciones es complejo y el éxito no está ni mucho menos asegurado. Resulta una apuesta arriesgada y, al salirse de las sendas más desbrozadas en nuestro gremio, existe el considerable peligro de perder el camino y no llegar a ninguna parte. Arribar a buen puerto y, como aquí se hace, trazar una nueva ruta, exige contar con un buen caso de estudio, pues no todos lo son. Y requiere una buena brújula y llevar las alforjas bien nutridas de conocimiento de las fuentes, lecturas, imaginación y reflexión, que es justamente lo que, aunque de modo discreto y sin aspavientos, exhibe este modesto pero hermoso libro, esta pequeña gran historia.

José Luis Ledesma

ABDÓN MATEOS (ed.),

¡Ay de los vencidos! El exilio y los países de acogida,

Editoria Eneida, Madrid 2009, 292 pp., ISBN: 978-84-92491-15-5.

DOLORES PLA (coord.),

Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina

SEGOB- Instituto Nacional de Migración. Centro de Estudios Migratorios/Instituto Nacional de Antropología e Historia/DGE Ediciones, México D.F. 2007, 643 pp., ISBN: 978-968-5011-95-2

La temática del exilio republicano no pierde interés historiográfico, a pesar del considerable número de trabajos sobre el particular que se han venido elaborando desde hace años. Buena prueba de ello es la publicación de las dos obras colectivas, *Pan, trabajo y hogar* y *¡Ay de los vencidos!*, dirigidas por Dolores Pla y Abdón Mateos respectivamente. Ambos estudios reúnen las colaboraciones de expertos en la materia

que, en su mayoría, llevan décadas trabajando en la investigación sobre el exilio, centrando su mirada en un país o en una zona geográfica y, en algunos casos, en aspectos muy concretos de la problemática vinculada a la emigración política, como la dimensión intelectual y su aportación en términos económicos o profesionales en los distintos países de asentamiento.

Sin embargo, a pesar de las similitudes de los libros que presentamos aquí, escritos con una corta diferencia en el tiempo –*Pan, trabajo y hogar* se editó en 2007, mientras que *¡Ay de los vencidos!* lleva fecha de publicación de 2009–, y a pesar de que el planteamiento de ambos es en algunos aspectos similar, existen algunas diferencias importantes entre ambos que dotan de una personalidad propia a cada una de las dos investigaciones colectivas. Por lo que respecta a la temática, el libro de Dolores Pla se circunscribe, como su subtítulo indica, al exilio en América Latina, mientras que el dirigido por Abdón Mateos se ocupa de un espectro de dispersión más amplio con dos capítulos sobre Francia, capítulos sobre el exilio en el Norte de África y la Unión Soviética y cinco capítulos sobre otros tantos países americanos, receptores de refugiados españoles. Y así, mientras *Pan, trabajo y hogar* pretende acercarse a una perspectiva global de la situación que vivió el exilio político español en cada uno de los países que analiza, *¡Ay de los vencidos!* no intenta abarcar en cada estudio una visión generalista de la cuestión, sino que centra su interés en aspectos parciales, generalmente relacionados con las políticas que los Estados asumieron respecto a la llegada de refugiados, las relaciones entre las propias instituciones republicanas españolas y la actitud de las sociedades receptoras. Dolores Pla, por el contrario, tiene una vocación más globalizadora en el análisis y para contemplar esta línea demandó a los autores la cobertura de una serie de aspectos básicos. Casi todos son puntos tradicionalmente abordados por las investigaciones, como la actitud de los gobiernos y las sociedades receptoras ante la Guerra

Civil y el exilio, aspectos cuantitativos y datos sobre el itinerario de los exilios, características de la sociedad de acogida y de los grupos de españoles que ya residían en el país, fórmulas de inserción en la vida pública —con especial interés por los organismos e instituciones creados—, actividades políticas, integración económica y social, aportaciones destacadas al país receptor y aspectos más intangibles sobre las identidades nacionales que adoptaron los refugiados en sus destinos.

Con estas diferencias de objetivos y partiendo en ambos casos de profundos estudios del estado de la cuestión —global y focalizado en cada uno de los países—, el libro de Dolores Pla tiene un formato más descriptivo, en el que prima el repaso a las situaciones políticas y sociales de los países de acogida, estimulado además por el profundo conocimiento de los autores que, en su mayoría, son autores americanos. En cambio, los autores que dirige Abdón Mateos son mayoritariamente historiadores españoles, menos interesados por la descripción de la situación política y social previa en los países receptores que por el impacto que en ella produjo la llegada de los refugiados.

Por lo que respecta a las fuentes, es de señalar la inclusión en ambos libros de fuentes novedosas, con algunas incorporaciones importantes de testimonios orales, fundamentalmente en el libro de Dolores Pla y en el capítulo que Inmaculada Colomina dedica a la Unión Soviética en *¡Ay de los vencidos!* El estudio del exilio español en México es analizado por los dos directores en sus respectivos libros. Dolores Pla hace un repaso a la realidad global del exilio mexicano en todos sus ámbitos, con aportaciones en el terreno de la adaptación social e identitaria de los llegados a México, para lo cual utiliza con profusión el recurso a las fuentes orales, en un buen trabajo de recopilación de testimonios. Por su parte, el capítulo de Abdón Mateos enfoca su análisis en la dimensión del apoyo mexicano a la República española, desde los tiempos de la Guerra Civil hasta el Gobierno

de Ávila Camacho. Aunque se interesa también por la vertiente humana de esta ayuda, el autor analiza minuciosamente su componente económico, coincidiendo con Dolores Pla en la idea de que los mexicanos fueron refugiados privilegiados porque pudieron beneficiarse de los mecanismos de ayuda republicanos en una proporción tres veces superior a la del resto de los exiliados. Según Mateos, aunque no fue posible una contribución republicana española masiva al sueño desarrollista, como hubiera sido deseable, las aportaciones a la cultura mexicana fueron decisivas y coadyuvaron a la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional.

Encarnación Lemus se ocupa del exilio republicano español en Chile en ambos libros y, siguiendo la tónica general de los mismos, hace un repaso más amplio en *Pan, trabajo y hogar*, con un estudio de los condicionantes que influyen en la política del Estado chileno ante la Guerra Civil y el exilio, un análisis del perfil sociológico y profesional de los emigrantes políticos en Chile, deteniéndose en lo que quizá es el aspecto más novedoso: la forma en que la adaptación o integración de los exiliados influyó en la política interna chilena. En el libro de Abdón Mateos, la aportación fundamental reside en el análisis de la relación entre España y Chile en tres momentos cruciales para este último país: 1938, 1952 y 1973.

Juan José Martín Frechilla, por su parte, también se ocupa del exilio en Venezuela en los dos textos, centrando su atención en el libro de Abdón Mateos en el período 1936-1945, donde analiza las motivaciones de una acogida escasa y limitada a determinados grupos —entre los que destaca con especial profundidad el de vascos y médicos. En *Pan, trabajo y hogar*, el período de análisis se sitúa entre 1936 y 1951 y vierte en el texto una importantísima aportación documental de fuentes primarias, en la que continúa vinculando el exilio al análisis de la política chilena, ocupándose también de aspectos no materiales, como el concepto de arraigo y desarraigo.

El capítulo dedicado a Argentina en el libro de Dolores Pla sufrió modificaciones respecto a la planificación inicial por el fallecimiento de Dora Schwarzstein, encargada de realizarlo. Por ese motivo, la coordinadora decidió incluir dos artículos previos de la fallecida centrados en la misma temática. El primero de ellos es esencialmente un desarrollo del papel que desempeñó *Crítica* en la presión a favor del auxilio a los refugiados, mientras que en el segundo aborda aspectos relacionados con el problema identitario y de mentalidades. En *¡Ay de los Vencidos!*, Lidia Bocanegra hace un repaso a las circunstancias que provocaron que Argentina no fuera receptiva al exilio republicano ni gubernamental ni legislativamente. Según la autora, la actuación de los partidos de izquierdas no consiguió modificar esta actitud ni tampoco los órganos de prensa, lo que explica la escasa presencia de refugiados.

Colombia ha sido tratada por María Eugenia Martínez Gorroño en *Pan, Trabajo y hogar*. Incorpora un estudio cuantitativo, con una importante aportación de nombres, que demuestra que en Colombia se dio un exilio muy reducido pero con alto impacto por la elevada formación de sus componentes que aportaron energía a la vida científica, académica y profesional, dinamizando también con sus numerosas instituciones españolas la vida cultural colombiana. Muy influenciado por los vaivenes políticos del país, el exilio deja de tener importancia, según la autora, en torno a 1949-50 con la llegada de los liberales al poder. José Ángel Hernández García, en el libro de Mateos, incide también en esta alta cualificación técnica del escaso exilio colombiano y enfoca su atención en algunas personalidades como Luis de Zulueta y José Prat, tratando específicamente el caso de vascos y catalanes, entre los que analiza nuevamente las figuras individuales.

Una aportación de Consuelo Naranjo Orovio sobre el caso de Puerto Rico, muy centrada en el exilio intelectual y sin aportaciones sobre cuestiones numéricas, sociológicas, políticas o

institucionales, y un capítulo sobre la República Dominicana, a cargo de Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, que liga el desarrollo de la política migratoria y de la vida de los exiliados a las necesidades de política exterior del gobierno del dictador Trujillo, completan el libro coordinado por Dolores Pla.

Por su parte, dos artículos de Francesc Vilanova y Javier Cervera contemplan en *¡Ay de los vencidos!* algunas particularidades del caso francés. El primero desarrolla esencialmente dos aspectos: la acogida francesa a los refugiados españoles en el contexto de la gran crisis política de la III República y la visión que el Estado y la sociedad tuvieron de este fenómeno en España y en Francia. Para ello, Vilanova hace una excelente recopilación de textos hemerográficos y un estudio de la prensa muy interesante. Javier Cervera, por su parte, lleva a cabo un enfoque más amplio donde refleja la realidad del exilio en Francia en 1940 —quiénes eran los refugiados, dónde residían, a qué se dedicaban—, las políticas que les fueron aplicadas dependiendo de la propia situación interna, la actividad política de los refugiados y la relación del exilio y la sociedad francesa, muy condicionada por la crisis de esta última y, por tanto, por una evolución general favorable debida a la participación de grupos de españoles en la liberación de Francia.

Dos trabajos, de Juan Bautista Vilar sobre el exilio en el Norte de África, y de Inmaculada Colomina, sobre los españoles en la URSS, completan el estudio coordinado por Abdón Mateos. El primero de ellos es un artículo muy descriptivo en el que se narran episodios como la masacre del puerto de Alicante o las peripecias de los pasajeros del *Stanbrook*. Aunque el estudio no incorpora fuentes novedosas, es una buena síntesis que recopila uno de los exilios menos documentados bibliográficamente. El trabajo de Inmaculada Colomina abarca el periodo 1939-1941. En él no se analiza la acogida por parte de la sociedad ni el Estado soviético, sino que se centra en qué grupos conformaron el exilio en la URSS, a qué se dedicaron, qué visión adquirie-

ron del país, ocupándose especialmente de las personas que trabajaron en las Casas de Niños, sin tratar apenas la emigración de dirigentes políticos ni la de los obreros industriales. Lo más destacable respecto a las fuentes es la escasa disponibilidad bibliográfica sobre la materia que Inmaculada Colomina ha compensado con el estudio documental en el territorio de acogida y con un fortísimo peso de los testimonios orales.

Manuela Aroca Mohedano

ANTONIO CAZORLA

Fear and progress. Ordinary lives in Franco's Spain, 1939-1975

Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, 304 pp
ISBN 978-1-4051-3315-9

Hace ya casi dos décadas, el hispanista Alfonso Botti, cerraba su magistral *Cielo y Dinero* con la provocadora conclusión de que el franquismo había supuesto una vía alternativa, española, de culminación del proceso de modernización. Botti argumentaba que las clases privilegiadas, amplios sectores del clero católico y de la burocracia lograron gracias a su establecimiento asegurar las ganancias derivadas del liberalismo económico, evitando tener que incurrir en los costes derivados del liberalismo político durante la era de las masas. Cazorla-Sánchez, en este soberbio librito, le da la vuelta a ese argumento. Basándose en estadísticas, entrevistas y literatura especializada de reciente producción nacional e internacional, el autor onubense demuestra que si se produjo una innegable modernización socioeconómica durante el franquismo fue a pesar del Régimen, y no gracias a él.

El libro está organizado en cinco secciones ordenadas cronológicamente (la política del miedo, los costes de la dictadura, la emigración, una sociedad cambiante y los caminos hacia la ciudadanía). En cada una de ellas Cazorla desgana argumentos y testimonios que muestran con claridad los rasgos más sobresalientes de la reconstrucción social y económica de un país

devastado por una guerra civil. A diferencia de otros casos europeos, en España la tarea cayó en manos de los que más hicieron por destruir lo anterior: el general Francisco Franco y sus aliados.

El empeño en instalar y consolidar la autarquía se coronó en un fracaso estrepitoso que hizo, entre otras cosas, que el consumo de proteínas medio de los españoles no volviera a alcanzar los niveles de 1936 hasta veinte años después (p. 73). Entretanto, el español de a pie residente en zonas rurales seguía trabajando un promedio de 14 horas diarias y con una dieta basada en pan, legumbres, patatas y aceite. Los huevos, la leche, la fruta, y mucho más la carne o el pescado, eran excepcionales en la mesa del pobre. A la miseria le dio la mano el miedo. Tras las duras lecciones represivas que siguieron a la entrada en Madrid de los rebeldes en 1939, un pánico cerval a hablar en público, a recordar, a participar en decisiones colectivas, se apoderó de los derrotados. Jerarquía, disciplina, podredumbre moral, desempleo estructural y hambre, mucha hambre. Los años del hambre ha sido la definición popular de la década posterior a la victoria insurgente. En este sentido, hubiera sido de agradecer que Cazorla hubiera incluido en su estudio mayores referencias a los hallazgos de las obras de autores como Pere Ysàs, Miguel Ángel del Arco o Javier Tébar Hurtado, para evaluar las interpretaciones historiográficas autóctonas que ha recibido esa década de oprobio. El debate vino estimulado por la traducción del libro de Michael Richards, *Un Tiempo de Silencio* (Crítica, 2006), y aun ocupa un lugar preeminente en los estudios del franquismo, como Antonio Cazorla bien conoce. Con todo, sus principales premisas están incorporadas en la obra, puesto que el autor ha participado activamente en dichos debates.

Ante un panorama de hambre y represión, la única solución viable para muchos fue dejar el pueblo. Para ir a Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia; o, a partir de la década de 1960, a Francia, Suiza o Alemania. Para ir a trabajar, a buscarse la

vida, porque donde vivían poco había que rascar o que llevarse a la boca. La recepción que tuvieron estas hordas desesperadas distó mucho de ser ideal. Ya fuera en las capitales del país, donde tuvieron que amontonarse en poblados chabolistas dejados de la mano de las autoridades franquistas; o en ciudades europeas, donde se enfrentaron a las penalidades de una emigración administrada por compañías privadas, como tan lúcidamente mostrara Marta Arribas en su documental *El tren de la memoria*, el caso es que esos luchadores nacidos en la década de los 40 se vieron forzados a convertirse en auténticos supervivientes. Unos supervivientes que, como muestra Cazorla-Sánchez con datos y testimonios locales, se enfrentaron a nuevas realidades en las que se vieron forzados a ser muy creativos para salir del paso ante la pasividad de las instituciones públicas. Los españoles forzados a dejar el campo tuvieron que invertir imaginación y esfuerzo a raudales para conseguir agua corriente en sus casas o alumbrado público en sus calles, además de para cumplir el sacrosanto deber de sacar adelante a la familia. Y al conseguirlo, alteraron profundamente la sociedad que les acogía. De paso, con los escasos ahorrillos que fueron juntando, contribuyeron notablemente a transformar aquellas comunidades que no tenían sitio para ellos. Lenguas y lenguajes distintos, modas y costumbres diferentes, ritmos dispares y espacios desconocidos que se fueron alterando y cambiaron definitivamente la fisonomía del país.

Emigración, industrialización y urbanización aceleradas constituyeron el llamado «milagro español» y sentaron las bases del desarrollismo como política de Estado. El régimen autoritario promovió desde arriba la acumulación de capital en manos de sus aliados sociológicos e ideológicos, a costa del sudor y la salud de un creciente número de españoles deseosos de mejorar su fortuna. Explotación, riesgos laborales y carísimos logros familiares e individuales apuntalaron el franquismo en su fase final, bajo la ficticia esperanza de una prosperidad genera-

lizada. Ésta es otra de las valiosas aportaciones que se debe destacar del libro, la de cuestionar las versiones edulcoradas de un desarrollismo que era incapaz de generar y distribuir riqueza en todo el país, que se apoyó en el éxodo rural y que acentuó más aún las diferencias de clase. El aparato represivo e informativo del Régimen bien se encargó de que dichas «limitaciones» no derivaran en un 68 español.

Ahora bien, el Régimen no pudo atajar la traición de los privilegiados. Estudiantes universitarios con mala conciencia y eclesiásticos posconciliares comenzaron a jalear la insumisión a las lógicas de reproducción del sistema heredado. Junto con los obreros conscientes, que desde 1953 habían arriesgado vidas y empleos defendiendo sus derechos laborales, estudiantes, vecinos y católicos de base se abrían paso por esas sendas de la ciudadanía que tan hábilmente traza este libro. Huelgas, movilizaciones y oposición encubierta dirigidas por sindicatos, asociaciones y agrupaciones que fueron minando las bases del Régimen sin llegar a desmantelarlo completamente. Aunque hubo carreras y palos con los grises para los menos afortunados; mitos y leyendas para los más, el cambio se veía más cerca a medida que la salud del dictador se deterioraba. Y en este punto, el sorprendente colofón del libro, que se hace más político en su último capítulo de lo que los capítulos anteriores hacían presagiar. Y quizás de lo que convenía.

Pero a la postre, un buen final que refleja a la perfección la validez del *dictum* del maestro G. M. Trevelyan en su legendaria *Social History of England*, donde decía que los historiadores sociales, a diferencia de los políticos, no cuentan con marcos cronológicos prefijados, puesto que las sociedades no cambian tan visiblemente como los ocupantes de los tronos. Un final, por lo tanto, digno de este soberbio libro de historia social escrito por un historiador político y social que conoce como pocos las complejidades del primer franquismo, y que ya había dado muestra de ello en sus *Políticas de la Victoria* y en el resto de su obra. Un trabajo, en suma, que

se viene a insertar en la tantas veces reclamada, como pocas veces practicada, «historia desde abajo» de un franquismo cuyas múltiples facetas se empiezan a conocer mejor.

Gregorio Alonso

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008

Alianza, Madrid, 2009, 447 pp.

ISBN 978-8420684-96-3

Los estudiantes como sujeto histórico han conseguido en la última década un estatus historiográfico que se les negaba en los años ochenta, cuando se hacía una lectura de su papel como un fenómeno pasajero, muy ligado a la crítica contracultural de los 68, utopía aparentemente anegada por el *yuppismo* de los ochenta elevado a la categoría de icono de los triunfadores, junto a un neoliberalismo que traía nuevos bríos a un modelo de estado de bienestar considerado entonces como periclitado.

Avanzados los años noventa, y desde luego ya en este siglo, la historiografía ha recuperado los viejos textos de Lipset y de los sociólogos anglosajones de los sesenta, cuando analizaban la movilización estudiantil, seguramente no ajenos al concepto de cultura política que al principio de esa década se había formulado también en el ámbito académico anglosajón. Los análisis sociológicos siempre lúcidos y seminales de Bourdieu han tenido igualmente un nuevo protagonismo en los últimos años. Todo ello ha acabado proyectando una nueva luz sobre el 68 como elemento no ya episódico de una rareza coyuntural, sino como un elemento que adelantaba una transformación en los usos sociales, sexuales, culturales y políticos que ha hecho posible la sociedad actual en muchos de sus referentes. Obras de Kurlanski, de Fink, Gassert y Junker y de tantos otros en todo el mundo tienden a ver la relevancia del estallido

del 68 a la hora de explicar los cambios que luego acaecieron, fueran en Praga, en México, en Tokio, París o Madrid.

Ha sucedido algo parecido en España, donde en los últimos tiempos han aparecido trabajos relevantes (Valdevira, Hernández Sandoica, Baldó, Álvarez Cobelas, nuestro autor y quien esto escribe, entre otros) poniendo en valor el papel de la movilización estudiantil en el desgaste de la dictadura franquista. Existe una labor continuada en algunas universidades, como la de Valencia, la Carlos III, con su Instituto Antonio de Nebrija, y en Madrid y Barcelona. En el caso de Valencia, tesis doctorales leídas en los últimos años, como las de Sergio Rodríguez Tejada sobre el movimiento estudiantil antifranquista, o la de Germán Perales sobre los estudiantes valencianos del XIX e inicios del siglo XX o la reciente de Aleix Purcet en la Universidad Autónoma de Barcelona sobre el movimiento juvenil y estudiantil –fascista y antifascista– en la Segunda República, muestran lo actual de esta indagación historiográfica y el protagonismo que esta temática tiene en los jóvenes investigadores.

Además de los estudiantes, el análisis mismo de las Universidades también ha tenido un papel creciente en este proceso, aunque hayan sido los estudiantes quienes han tenido el mayor protagonismo como objeto en la mayor parte de los casos más que la evolución de la propia institución. Pero se ha acumulado bastante investigación sobre las Universidades españolas en los últimos veinte años, especialmente en lo que se refiere a la Universidad franquista, desde la depuración inicial a la evolución ulterior.

Desde luego, un análisis adecuado del papel de los estudiantes requiere de proyección y capacidad para ver su evolución a lo largo de toda la contemporaneidad o, al menos, del siglo XX, y no limitarse a un periodo concreto, pues se corre el riesgo de convertir la anécdota en categoría. Así también lo ha entendido el autor de este trabajo, que empieza refiriéndose a los *Wandervogel*, a las fraternidades alemanas y a la

relevancia de una juventud que empieza a aparecer como agente social con la llegada de la sociedad de masas y especialmente con el imaginario nazi-fascista, y también, en menor medida, con la imagen comunista del joven revolucionario. Con ese punto de partida, Eduardo González Calleja, profesor en la Universidad Carlos III, que viene trabajando —entre otras cuestiones— desde hace un tiempo el tema del movimiento estudiantil, asume el reto de proporcionarnos una revisión amplia en el tiempo y contenida en el espacio del papel del movimiento estudiantil en buena parte de la España contemporánea. Además, en el primer capítulo, busca de manera ambiciosa establecer tipologías de éste, y explicar su etiología desde las interpretaciones sociológicas de los fenómenos de acción colectiva y atendiendo a la importancia de la interacción cultural-política a la hora de definir el espacio público contemporáneo.

González Calleja ya realizó una tipología de las movilizaciones estudiantiles adaptando modelos anglosajones al caso español en un estudio publicado en *Ayer* en 2005, en donde se perfila de forma muy resumida lo que será este libro. El autor, interesado en la tensión entre el orden público indisolublemente asociado al poder y la revuelta contra éste que genera violencia política, que ha estudiado en distintos momentos de la historia de España, encuentra en la movilización estudiantil el marco perfecto para proyectar sus preocupaciones historiográficas. Y esas preocupaciones nos dibujan un libro que es un excelente acopio de información y, en menor medida, análisis del papel político de los estudiantes desde la “noche de San Daniel” hasta nuestros días, aunque claramente lo que le interesa al autor por el volumen de páginas que le dedica en proporción al periodo es el segundo franquismo y, en menor medida, el movimiento estudiantil de la época de la dictadura primorriverista y final de la monarquía alfoncina. La formidable información que atesora este trabajo está tomada de fuente secundarias que el autor maneja con detalle, pero también de

forma muy notable de fuentes primarias, especialmente para algunos periodos, con utilización de archivos públicos y privados, nacionales y extranjeros poco trabajados hasta ahora, lo que supone que recoge una información dispersa en distintos aportes no siempre fáciles de localizar.

Todo ese acopio obtiene coherencia con la introducción que contextualiza el tema, establece tipologías y propone líneas de interpretación que recogen también el estado de la cuestión del tema. Es la movilización y las estrategias del movimiento estudiantil lo que interesa al autor, pero no tanto, o al menos pasa a ser un tema menor, las propias raíces, características, evolución y aporte de los grupos estudiantiles y de las metas políticas y sociales que persiguen. El lector que desee conocer la organización de la FUE y la cosmovisión de sus miembros de los años veinte y treinta, el SEU falangista antes y durante el franquismo, o los orígenes y evolución mental de la oposición estudiantil anti-franquista necesitará consultar otros volúmenes, aunque se contengan aquí los datos fundamentales de lo que son los aspectos de movilización y agitación estudiantil. Es decir, se busca más indagar sobre los términos de confrontación con el poder constituido y la relación con esas instancias de poder que lo que es una auténtica historia de las organizaciones y estructuración mental de la juventud universitaria de la España contemporánea.

Y es que la historia del movimiento juvenil y estudiantil es algo más allá de esa mera lucha de poder, aunque sea su aspecto más definitivo y que más llama la atención. Pero la obra se convierte en un trabajo de referencia sobre el tema, no sólo por la información, sino también porque tiene en cuenta el alcance de un proceso que evidencia cambios sociales y culturales y logra caracterizar bien los periodos en los que se centra.

Especial interés se pone en el periodo de lucha estudiantil por la democracia, en donde se describe con detalle el proceso, los nombres,

la evolución de grupos y personas y se intenta dar además una visión no centrada en Madrid, lo que no siempre ocurre en estos trabajos. Quizá es más difícil de evaluar el auténtico impacto de estos años en la construcción de la democracia, debate sobre el que no se entra ni en este capítulo ni en el siguiente, que trata sobre la protesta estudiantil tras la muerte de Franco y hasta la actualidad, y que es básicamente descriptivo, siendo una de las grandes cuestiones pendientes de abordar por parte de los historiadores tras haberlo hecho, en cierta medida, los sociólogos.

Además de éste, hay otros problemas que quedan abiertos o pendientes de debate, como la especificidad del movimiento estudiantil español respecto a otros casos. Y en las conclusiones se presentan problemas como la débil coordinación del movimiento estudiantil con las organizaciones políticas como algo singular del caso español, que yo creo que es común a la mayor parte de países con un movimiento estudiantil activo en algún momento de su historia. La movilización de los estudiantes se sitúa con comodidad en el ámbito de los marginalidad política y sus estrategias difícilmente soportan una relación de connivencia con grupos políticos estables, organizados y con apoyo electoral, porque cuestionan el *establishment*, sea cual sea éste. Otra cuestión es que la agitación estudiantil alumbra alternativas o acelere rupturas internas, como sucedió con la socialdemocracia alemana de los años sesenta.

Pero son debates sobre los que habrá que volver una y otra vez. Y para hacerlo, seguro que este *Rebelión en las aulas* será una referencia clásica que permita ampliar el conocimiento sobre los rasgos específicos de la movilización de los estudiantes, y a la vez analizar y debatir los fundamentos sociales, culturales y políticos de la democracia y las libertades en la España contemporánea.

Miguel Ángel Ruiz Carnicer

ELÍAS DÍAZ

De la Institución a la Constitución. Política y cultura en la España del siglo XX
Trotta, Madrid 2009, 263 pp.,
ISBN 978-84-9879-051-1

Continúa el profesor de Filosofía del Derecho, Elías Díaz, en este nuevo libro de título eufónico, el trabajo de profundización en el análisis y de reflexión sobre algunos de los asuntos que más le han interesado y ocupado a lo largo de muchos años de investigación y magisterio. Lo que el autor presenta en esta nueva entrega es el proceso de adopción del proyecto ilustrado en España, con fases de asimilación y desarrollo y fases de rechazo y persecución a manos de las fuerzas retrógradas. En cada una de aquéllas son reconocidas y estudiadas contribuciones generacionales o individuales, insertas en su circunstancia histórica, con la que el autor consigue trazar mejor la línea discontinua —«quebrada» dice— de un proceso que llega hasta la recuperación de la democracia y la Constitución de 1978 y que, sin embargo, no se detiene en ese año, no debe detenerse, sino que continúa, treinta años después, en el propósito de desarrollar en su plenitud el texto constitucional en la España de los tiempos de la globalización.

En el origen el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza, su criatura primero, y la madre, después, de todos los proyectos de renovación intelectual que buscaban poner la cultura española en hora con la europea. Estudioso de estas corrientes y tradiciones desde hace muchos años, Díaz aborda el nacimiento del krausismo español con Sanz del Río y sus continuadores, Giner de los Ríos y Azcárate, hasta llegar a lo que llamaríamos el pensamiento socialista ilustrado, con Besteiro y Fernando de los Ríos como representantes egregios, contando con la presencia, en todas las etapas intermedias de ese largo tiempo histórico, de los nombres más importantes de la ciencia y el pensamiento españoles desde finales del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, recogida con detalle por

el autor, en éste como en estudios anteriores suyos. De estas fuentes, como productos de la razón pura y de la razón práctica, han brotado los valores y principios que deberían conformar la sociedad española, la libertad y tolerancia como constitutivos de una sociedad plural, el reformismo económico y social y la educación en esos principios de los individuos-ciudadanos.

La dictadura franquista que se impone por cuarenta años a partir de la guerra «incivil», en denominación que el autor toma en préstamo de Unamuno, no es sólo la instauración de un régimen represivo implacable por medios ajenos al Estado de derecho con quienes se le oponen, no es sólo la entrega del poder y los resortes de la economía a las clases poseedoras poderosas; es también la entrega de los recursos intelectuales, públicos y privados, a pensadores —es un decir—, a instituciones impregnadas de un catolicismo de cruzada, cuyo objetivo principal es destruir el legado institucionista por todo tipo de medios, empezando por la falsificación y la denigración más abyectas, en un contexto de dominación omnimoda que cercena cualquier derecho de réplica o rectificación. Elías Díaz ilustra esta página negra del antipensamiento español con las obras y los textos de algunos de los prohombres del franquismo, protagonistas del siniestro proyecto nacional-católico, la «destrucción de la razón» en sus palabras.

En esta larga noche, interminable a veces, que era el franquismo en sus dos primeras décadas sobre todo, van emergiendo con luz propia intelectuales que, por vías diferentes y desde presupuestos igualmente distintos, empiezan el camino del alejamiento del orbe ideológico del franquismo y confluyen en la oposición moderada a la dictadura. Joaquín Ruiz-Giménez, Enrique Tierno Galván y José Luís López Aranguren son los «maestros» a los que Elías Díaz rinde en primer lugar homenaje agradecido —negando de facto la supuesta ausencia de maestros en el panorama cultural y universitario de la España de los años cincuenta— y destaca después su diferente contribución, sea a la crítica del

régimen imperante, sea a la difusión de nuevas ideas políticas, recuperación en buena parte del pensamiento institucionista, que servirán de punto de partida para la construcción futura de un sistema democrático.

El profesor Díaz analiza, distingue y matiza las aportaciones singulares de sus maestros, sobre las que ya ha reflexionado y escrito en ocasiones anteriores [*Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*] y *Los viejos maestros*, en especial). Lo interesante es la visión personal, el ángulo desde el que el estudioso destaca e interpreta lo específico de cada obra, de cada proyecto intelectual y político. De su estudio se desprende una suerte de ideario filosófico-jurídico-político que el autor hace suyo y propone como programa básico para la construcción de una sociedad democrática: tolerancia y diálogo en Ruiz-Giménez, libertad, ética y utopía en Aranguren, y laicismo y socialismo democrático en Tierno, en el marco por todos compartido del Estado de Derecho.

Esta historia de heterodoxos conscientes y voluntarios que se mueven en y contra el franquismo, junto a un número creciente y plural de discípulos y compañeros de viaje, llega a tiempo para ver realizado lo sustancial de su proyecto en el proceso de transición a la democracia y en la Constitución de 1978 que le da cima. Con ello, la labor del intelectual no se ha acabado ni el proceso de construcción de la democracia debe darse por concluido. En los capítulos finales de su libro, el autor presenta la propuesta más original y creativa para el desarrollo de estas tareas inacabadas.

Es deber del intelectual de hoy profundizar en la aplicación del nunca finalizado proyecto ilustrado. Ello le exige actuar como conciencia crítica de la sociedad, sometiendo valores y criterios al principio de la duda metódica, con el diálogo y la búsqueda de mediación como métodos, pero con la obligación final de optar y explicar —sigue Díaz a Bobbio, otro de sus maestros— el porqué de la elección de un determinado proyecto, considerado el más conveniente

y adecuado al ideal de construcción de una sociedad gobernada según los principios —es la propuesta de Díaz— del socialismo democrático, ambos términos sustanciales e insustituibles. El intelectual de hoy debe ser crítico frente a los planteamientos fundamentalistas, nunca contrastados democráticamente, y frente a los valores de la llamada revolución conservadora, más bien reacción, encabezada por los llamados «neocons» y sus epígonos los «teocons».

Desde la España constitucional y en el mundo global de hoy, la actividad del intelectual sigue siendo imprescindible. En primer lugar, para desarrollar las potencialidades de un texto constitucional que no es sagrado ni inamovible. En segundo lugar, para actuar en el espacio global donde poderes fuertes y ajenos a la democracia y sus procedimientos amenazan, y a veces ejecutan, sus designios en beneficio exclusivo de minorías económicas, sociales, religiosas o mediáticas.

En la Constitución del 78 hay principios que invitan a una constante ampliación de los derechos individuales y sociales, otros que defienden la participación más efectiva de los ciudadanos —«doble participación» la llama el autor— y otros, en fin, que apuntan a un horizonte económico-social más igualitario, utópico en última instancia, al que no hay por qué renunciar. Los intelectuales de hoy deben impulsar la profundización en esas vías constitucionales abiertas en favor de todos sus conciudadanos. El Estado democrático, intervencionista y con capacidad de regulación no mermada, es un instrumento adecuado que hará posible, con la intervención libre de los ciudadanos, la prosecución nunca interrumpida en la búsqueda de la implantación de los objetivos constitucionales prescritos.

Este libro ha sido galardonado recientemente con el Premio Internacional de Ensayo Caballero Bonald 2010, concedido por la fundación que lleva el nombre del poeta y novelista José Manuel Caballero Bonald. En nombre del jurado, el profesor José Carlos Mainer ha destacado que el libro premiado hace suya «la interpretación y

defensa de la tradición progresista que vertebró la historia intelectual española contemporánea» y ha entendido que la propia trayectoria del autor se inscribe «armoniosamente» en esa tradición.

Con instrumentos intelectuales diferentes a los de Elías Díaz, la atención puesta de modo preferente en el estudio del desarrollo histórico-político español más próximo, pero con la común búsqueda de una razón democrática para España, se presenta la última obra Raúl Morodo *Siete semblanzas políticas: republicanos, falangistas, monárquicos* (Barcelona, Planeta, 2010). A mitad de camino entre el ensayo político y la historia de una cierta oposición al franquismo (dejamos al margen las semblanzas republicanas), Morodo —de trayectoria intelectual y política tan cercana a la de Elías Díaz— repasa el peculiar itinerario vital y político de cuatro destacados personajes —Antonio Tovar, Pedro Laín, Dionisio Ridruejo y Joaquín Satrustegui. El punto de arranque de la actividad política de los cuatro está en el corazón ideológico del bando sublevado en la Guerra Civil —el fascismo falangista o el conservadurismo monárquico—, evoluciona después con altibajos desde los años cincuenta hasta alejarse de aquél y culmina con el rechazo y la oposición clara a la establecida y consolidada dictadura franquista, desde posiciones políticas de centro o izquierda moderada. Esta última etapa, una contribución destacada al proceso de reconstrucción democrática en España, debe ser conocida y reconocida, como lo hace el autor, estudioso y actor coprotagonista muchas veces de las actividades desarrolladas en los largos y dilatados años de conspiración y activismo (cartas colectivas, protestas, escritos, entrevistas... salpicadas de detenciones, confinamientos y multas), analizados ahora en este ensayo de tintes memorialísticos que lo hacen más atractivo y veraz.

Felipe Nieto

AUTORES

Xavier Domènech Sampere

xavier@drac.com

Profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro del Centro de Estudios de las Épocas Franquista y Democrática (CEFID). Sus estudios han versado sobre la relación entre movimientos sociales y cambio político, los mecanismos de la construcción de la memoria y las políticas memoriales y los bombardeos durante la Guerra Civil. Es autor de varios libros entre los que cabe destacar *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell (1966 – 1976)* (2002), *Temps d'interseccions. Una història de la Joventut Comunista de Catalunya* (2008), *Clase obrera, antifranquismo y cambio político* (2008) i *Quan plovien bombes* (2009).

Ivan Bordetas Jiménez

ivan.bordetas@campus.uab.es

Licenciado en Historia por la Universitat Autònoma de Barcelona, ha finalizado los créditos de docencia del programa de doctorado Història Comparada Social, Política i Cultural de la UAB y actualmente está elaborando la tesis doctoral. Dirigido por los profesores Martí Marín y Pere Ysàs, se orienta al estudio del movimiento vecinal en España durante el tardofranquismo y la transición. Actualmente es becario predoctoral del programa de Formació d'Investigadors (FI) de la Generalitat de Catalunya y miembro del Grup de Recerca sobre l'Època Franquista (GREF), del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID-UAB) y de Praxis, Associació de Joves Investigadors en Història i Ciències Socials.

Raquel Varela

Raquel_cardeira_varela@yahoo.co.uk

Investigadora del Instituto de História Contemporânea de la Universidade Nova de Lisboa. Doctora en Historia Política e Institucional por el ISCTE -Instituto Universitário de Lisboa, con una investigación sobre la Historia del Partido Comunista Portugués en la Revolución de los Claveles, 1974-1975. Es autora de *D. Pedro IV* (Planeta DeAgostini, 2006) y coordinadora de *O Fim das Ditaduras Ibéricas (1974-1978)*, (Centro de Estudios Andaluces / Edições Pluma, en imprenta). Actualmente trabaja sobre la historia global del trabajo con un proyecto sobre historia de los obreros de la construcción y reparación naval en Portugal, España y Brasil (1960-1990), en el marco del IHC, Lisboa y del Instituto Internacional de Historia Social (Ámsterdam). Es miembro del comité científico de la Conferencia Internacional de Historia del Movimiento Obrero y de los Movimientos Sociales (ITH, Austria), una red que integra más de 100 asociaciones de historia social del trabajo.

Roberto Ceamanos Llorens

robercea@unizar.es

Premio nacional de licenciatura y doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza y la de Bourgogne con premio extraordinario. Ha realizado su tesis sobre historiografía francesa (*Militancia y Universidad. La construcción de la historia obrera en Francia*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social-UNED, 2005). Es autor de diferentes publicaciones sobre esta materia y sobre historia contemporánea española. En la actualidad es investigador del Programa "Ramón y Cajal" (Ministerio de Ciencia e Innovación) en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.

Carlos Sola Ayape

csolaayape@hotmail.com

José Antonio Rubio Caballero

jrubiocaballero@yahoo.es

Doctor en Historia por la Universidad de Extremadura, donde actualmente es profesor; su tesis y sus publicaciones abordan sobre todo las problemáticas relativas a las minorías nacionales en España, los discursos políticos de éstas, y los procesos de construcción nacional contemporáneos (por ejemplo: «Pyromane ou pompier? L'état espagnol face aux nationalismes», en Le Coadic, R., *Bretons, indiens, kabyles. Des minorités nationales?*, PUR, Rennes, 2008, pp. 91-108; «La patrie violence guidant le peuple. Regrets, repentirs et rédemption dans le discours de l'ETA», en Rolland, M., *De l'âge d'or aux regrets*, Houdiard, Paris, 2009, pp.424-436; o «La visión de España a través del discurso nacionalista durante la Transición», *Norba* n° 19, 2008, pp. 231-258). Su investigación posdoctoral en la Université de Nantes (Francia) entre 2007 y 2009 versó sobre el movimiento nacionalista de Bretaña y ha quedado plasmada en la monografía «La patria imperfecta. Idearios regionalistas y nacionalistas en Bretaña, 1789-1945».

Emanuele Treglia.

Es doctorando en historia política contemporánea por la LUISS (Roma). Sus líneas de investigación se centran en la historia del antifranquismo y del pensamiento libertario. Ha publicado, entre otras cosas: «Alla ricerca della rivoluzione dalle fabbriche. La politica sindacale della ORT tra franchismo e transizione (1970-1977)», en *Spagna Contemporanea* (n. 38); «Las huelgas de mayo de 1962 a la luz de la prensa política italiana», en *Historia del Presente* (n. 14); «Anarquía como autodeterminación. Introducción al federalismo político-económico de Proudhon», en *Germinal* (n. 7). Con la Editorial Eneida publicará próximamente *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*.

Claudia Cabrero Blanco

claudiacabreroblanco@hotmail.com

Es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Oviedo. Sus líneas de investigación giran en torno a la historia de género, la historia oral y la historia social, con especial atención a la dictadura franquista y, sobre todo, al papel de las mujeres en la resistencia al régimen. Combina su participación en distintos proyectos de investigación con su actividad docente en la Universidad de Oviedo. Ha publicado el libro *Mujeres contra el franquismo. Asturias, 1937-1952. Vida cotidiana, represión y resistencia* (2006), así como diversos artículos y colaboraciones en obras colectivas entre los que se pueden destacar “Espacios femeninos de lucha: rebeldías cotidianas y otras formas de resistencia de las mujeres durante el primer franquismo (Asturias, 1937-1952)” (*Historia del Presente*, 2004); “El PCE y las mujeres. La actitud del Partido respecto a la militancia femenina durante el primer franquismo” (FIM; 2007); “Asturias. Las mujeres y las huelgas” (Catarata, 2007); “Militancia, resistencia y solidaridad. Las mujeres comunistas y la lucha clandestina durante el Primer Franquismo” (FIM; Atrapasueños, 2009); “Pasionaria, between myth and resistance” (Spiral of Time / Spirale der Zeit, 2010) o “Fuentes para el estudio de la abogacía antifranquista” (GPS, 2010), en colaboración con C. Gordon e I. Díaz. Es miembro del Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias, del Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Oviedo, de la Asociación Española de Investigación en Historia de las Mujeres, del Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense de Madrid, de la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres, de la Asociación de Historiadores del Presente y de la Asociación de Historia Contemporánea.

RESÚMENES Y ABSTRACTS

MOVIMIENTO VECINAL Y CAMBIO POLÍTICO. ORÍGENES. EN LA PROTOHISTORIA DEL MOVIMIENTO VECINAL DURANTE EL FRANQUISMO

(Recepción: 27.11.2010; Revisión: 9.12.2010; Aceptación: 12.12.2010; Publicación: 31.12.2010)

En este texto se abordan diversas aproximaciones a los orígenes del movimiento vecinal bajo el franquismo tomando como centro del análisis las redes sociales establecidas en los nuevos suburbios entre sus pobladores. Así, frente a la idea de un movimiento surgido de la interacción entre una realidad urbana deficitaria y las nuevas posibilidades que ofrece el marco legal franquista a partir de 1964, aquí se defiende la centralidad del proceso de generación de identidades compartidas en los nuevos barrios, de un tejido social propio que construyó los barrios y la aparición de nuevos sujetos de la protesta en el espacio vivencial, como activadores de un movimiento que utilizaba las herramientas legales a su disposición de formas diversas.

Palabras clave: **Franquismo, antifranquismo, movimiento vecinal, redes sociales, identidades.**

This text deals with various approaches to the origins of the urban social movement under Franco, focusing its analysis on the social networks established between the inhabitants of the new suburbs. Thus the text, challenging the image of a movement that would have emerged from the interaction between the urban deficits and the new possibilities offered by the Francoist legal framework from 1964 on, defends instead the centrality of: the generation of shared identities in the new neighborhoods; an autonomous social fabric that built the neighborhoods; and the emergence of new subjects that staged the protest in the residential space. All these elements are presented as activators of a movement that used in various ways the legal tools at its disposal.

Keywords: **Francoism, antifrancoism, urban social movement, social networks, identities.**

EL MOVIMIENTO VECINAL EN EL TRÁNSITO DE LA RESISTENCIA A LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS.

(Recepción: 27. 11. 2010; Revisión: 10. 12. 2010; Aceptación: 12. 12. 2010; Publicación: 31. 12. 2010).

Este artículo pretende trazar las principales líneas interpretativas sobre el movimiento vecinal en la España del tardofranquismo y el cambio político, centrandó el análisis en la estructuración y desarrollo de este movimiento social en las grandes áreas metropolitanas del país. Para ello, se planteará su análisis en tres grandes tiempos que condensan las principales características del mismo: un primer tiempo donde se sitúan sus orígenes en el caótico y especulativo modelo de desarrollo urbano, un segundo en el que el movimiento vecinal desarrolla su repertorio de acciones colectivas y acaba configurándose como uno de los principales espacios de participación política y un tercer periodo caracterizado por la crisis que supuso el paso del protagonismo del antifranquismo social al político a partir de 1977.

Palabras clave: **Movimiento vecinal, franquismo, Transición, clase obrera, urbanismo, antifranquismo**

This article seeks to trace the main lines of interpretation of the neighborhood movement in late francoist Spain, focusing the analysis on structuring and development of this social movement in the great metropolitan areas of the country. As a result, we will consider this analysis in three times that condense its main features: a first time where its origins lie in the chaotic and speculative urban development model, a second in which the neighborhood movement develops its repertoire of collective actions and becomes one of the main areas of political participation, and a third period marked by the crisis caused by the decrease of the prominence of social antifrancoism in front of political antifrancoism.

Keywords: **neighborhood movement - francoism - transition - working class - urbanism - antifrancoism.**

¿CONFLICTO O COHESIÓN SOCIAL? APUNTES SOBRE HISTORIA Y MEMORIA DE LA REVOLUCIÓN.

(Recepción: 30.7.2010; Revisión: 11.10.2010; Aceptación: 8.11.2010; Publicación: 31.12.2010).

Este ensayo busca hacer una reflexión al rededor de la memoria presente da Revolución de los Claveles (1974-1975). Más que un artículo que estudia exhaustivamente todas las dimensiones de dicha cuestión, hacemos una reflexión al rededor de tres elementos que nos parecen esenciales, pero que no agotan el tema. En primer lugar el papel de las teorías de la transitología formuladas por la ciencia política sobre la historia de la revolución y del régimen democrático, porque nos parece que hacer una historia teleológica invita a construir una narrativa de la revolución anacrónica, que parte de la democracia liberal como supuesto valor clave de hoy, trasportando el mismo raciocinio para la disputa social que tuvo lugar en Portugal en el bienio 1974-1975. En segundo lugar, pensamos de nuevo el papel de las revoluciones anticoloniales africanas, no sólo como factor que precipitó la caída del régimen de Salazar sino como parte intrínseca de ese proceso. Finalmente, terminamos acogiendo un retorno metodológico a la historia social para que la historia de la revolución resista mejor a las presiones políticas de hoy.

Palabras clave: **Revolución de los claveles, Memoria, Guerras anticoloniales, Transición a la democracia.**

This essay is about the contemporary memory of the Carnation Revolution in Portugal (1974-1975). More than a research article which thoroughly explores all dimensions of this question, we intend to make a reflection on three elements that seem crucial in this debate. In first place, we look at the role played by the theories of political science (namely the «transition to democracy» theory), in the history of revolution and the democratic regime that ensued. We consider that these theories contribute to build an anachronistic narrative of the revolution where liberal democracy is assumed as a key value in the social dispute that took place in Portugal in 1974-1975. Then we look back at the role of anti-colonial revolutions in Africa, not only as a factor that led to the fall of the Salazar regime, but as an intrinsic part of the revolutionary process. Finally, we endorse a methodological return to social history as a factor that could help the history of the revolution to resist today's political pressures.

Keywords: **Carnation revolution, Memory, Anti-colonial wars, transitions to democracy.**

LA HISTORIOGRAFÍA FRANCESA SOBRE EL PCF. CONTROVERSIAS CIENTÍFICAS Y POLÉMICAS (1964-2010)

(Recepción: 16.5.2010; Revisión: 25.7.2010; Aceptación: 2.9.2010; Publicación: 31.12.2010).

Pese a su desconexión con los intereses de la sociedad actual, el PCF ocupa un lugar preferente en la memoria colectiva de los franceses por la relevancia e influencia de la que disfrutó en un pasado aún reciente. Este artículo muestra los principales hitos de la historiografía francesa sobre el PCF, desde sus orígenes militantes hasta el surgimiento y desarrollo de una historiografía científica, incidiendo en el actual debate por imponer una concreta memoria del comunismo francés que, como la Guerra de Argelia y Mayo del 68, es invocado e interpretado en el presente para servir a unos concretos intereses sociales y políticos.

Palabras clave: **Francia, Historiografía, Partido Comunista Francés, memoria.**

Although it no longer has an influence on current society, the French Communist Party has a favoured place in the collective memory of the French because of the relevance and influence it did have in the not-too-distant past. This article shows the principal milestones in the French historiography on the PCF, from its militant origins to the appearance and development of a scientific historiography, resulting in the current debate over imposing a specific memory of French communism which, like the Algerian War and May 68, is now being invoked and interpreted in order to serve certain social and political interests.

Keywords: **France, Historiography, French Communist Party, memory.**

LA BÚSQUEDA DE LA FÓRMULA Y EL OPORTUNISMO POLÍTICO DEL PRESIDENTE JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO EN LA REANUDACIÓN DE LAS RELACIONES HISPANO-MEXICANAS (MARZO DE 1977)

(Recepción: 23. 3. 2010; Revisión: 14. 5. 2010; Aceptación: 18. 10. 2010; Publicación: 31. 12. 2010).

La muerte de Francisco Franco no supuso, como era de esperar, el inmediato restablecimiento de las relaciones entre España y México. Contra pronóstico, la recuperación del pulso diplomático tuvo lugar a fines de marzo de 1977, precisamente un año y medio después del deceso del dictador y de la inmediata proclamación del príncipe Juan Carlos como nuevo rey de España. Ante esta peculiar coyuntura histórica, el presente artículo pone al descubierto la compleja problemática que condicionó el acercamiento entre estos dos países y cómo el presidente mexicano José López-Portillo encontró una fórmula política, con el beneplácito del gobierno de Adolfo Suárez, ajena a la cláusula democrática que México había impuesto a España como *conditio sine qua non* para normalizar las relaciones.

Palabras clave: **Cláusula democrática, Dictadura de Francisco Franco, Reanudación de las relaciones entre España y México, Régimen presidencialista mexicano, Sexenio del presidente mexicano José López-Portillo, Transición democrática española.**

The death of Francisco Franco was not as expected, the immediate re-establishment of relations between Spain and Mexico. Against the odds, diplomatic pulse recovery took place at the end of March, 1977, precisely a year and a half after the death of dictator and the immediate Prince Juan Carlos as new King Spain proclamation. Before this peculiar historical juncture, this article reveals the complex problems that conditioned the rapprochement between the two countries and how the Mexican President José López-Portillo found a political formula, welcomed by Government Adolfo Suárez, alien to the democracy clause Mexico had imposed Spain as *conditio sine qua non* to normalize relations.

Keywords: **Democratic clause, Francisco Franco's dictatorship, Resumption of relations between Spain and Mexico, Mexican presidential regime, The Mexican President José López-Portillo sexenio, Spanish democratic transition.**

LA MEMORIA ESCINDIDA. EL PASADO DEL NACIONALISMO BRETÓN, ENTRE LA REHABILITACIÓN Y EL REPUDIO

(Recepción: 22. 6. 2010; Revisión: 9. 5. 2010; Aceptación: 18. 10. 2010; Publicación: 31. 12. 2010).

A lo largo de la última década se ha vivido en Francia una serie de debates en torno al presente y al pasado del movimiento regionalista y nacionalista de Bretaña, y más concretamente en torno a su controvertida actuación durante la Segunda Guerra Mundial. Inclinado por ideología (simpatías por el modelo fascista de sociedad) y por estrategia (la confianza en que el derrumbe de la República francesa abriese las puertas a la independencia bretona), el movimiento nacionalista de Bretaña adquirió desde 1939 evidentes compromisos con las causas de Hitler o de Pétain. Tras años de silencio y estigmatización, la relativa revivificación del movimiento bretón ha desencadenado una enconada controversia a cuenta de los compromisos colaboracionistas mantenidos por aquél décadas atrás, con acusaciones cruzadas y con dos prácticas memoriales contrapuestas: la redención de figuras del pasado del nacionalismo cuyos compromisos colaboracionistas son minimizados o excusados, o el repudio de la totalidad del pasado del nacionalismo bretón como estrategia para impedir su actual blanqueo de imagen y su relativa rehabilitación política.

Palabras clave: **Memoria-Francia-Bretaña-Regionalismo-Nacionalismo.**

Throughout last decade France has been involved in debates dealing with the present and past of the

regionalist and nationalist movement in Brittany, and to be more concrete, dealing with their controversial action during the Second World War. Inclined by ideology (sympathy for the fascist model of society) and strategy (the confidence that the collapse of the French Republic would open the door to the Breton independence), the Breton nationalist movement acquired clear commitments to the causes of Hitler or Petain since 1939. After years of silence and stigma, the relative revival of the Breton movement has unleashed a storm of controversy on account of the cooperative commitments held by the movement decades ago, with mutual accusations with two ancient and opposed practices: the redemption of past figures of nationalism collaborators whose commitments are minimized or excused, or repudiation of the whole past of Breton nationalism as a strategy to prevent the current facelift and its relative political rehabilitation.

Keywords: **Memory- France- Brittany- Regionalism- Nationalism.**

Manuel Ortiz Heras: LA IGLESIA ¿ROMPIÓ CON EL FRANQUISMO?

Feliciano Montero: EL “DESPEGUE” DE LA IGLESIA

GÉNERO, ANTIFRANQUISMO Y CIUDADANÍA. MUJERES Y MOVIMIENTO VECINAL EN LA ASTURIAS DEL DESARROLLISMO Y EL TARDOFRANQUISMO

En los años del Desarrollismo y muy especialmente a partir de la Ley de Asociaciones de 1964, los barrios obreros se convirtieron en un espacio privilegiado para la acción colectiva femenina. Centrando la atención en el caso asturiano, el presente trabajo tiene como objetivo analizar las formas de intervención de las mujeres en el movimiento vecinal, la evolución de sus movilizaciones y su papel en el desarrollo de las asociaciones de vecinos. Así, se podrá analizar de qué manera la actuación en el vecindario fortaleció el compromiso social y político de un número cada vez mayor de mujeres así como valorar hasta qué punto el desarrollo del asociacionismo ayudó a resolver la problemática relación entre identidad de género y ciudadanía.

Palabras clave: **Movimiento vecinal, Asociacionismo, Antifranquismo, Género, Ciudadanía, Feminismo,**

Gender, antifrancoism and citizenship. Women and neighbor movements in the “Desarrollismo” and late Francoism in Asturias.

Through the period of economic growth known as “Desarrollismo” and specially from 1964’s Associations Law, working class neighborhoods became an extremely suitable space for female collective action. Focused on the circumstances of the region of Asturias this article deals with the analysis of women’s role in neighbor’s movements and associations and studies the different stages of their mobilizations. This way it could be possible to show how neighborhood activism favoured social and political engagement of an increasingly number of women but also to value how this kind of activism helped to solve the complex relationships between gender identity and citizenship.

Keywords: **Neighbor movement, Civil associations movement Antifrancoism, Gender , Citizenship, Feminism, Female departments**

PRIMAVERA DE PRAGA, EUROCOMUNISMO, LEGITIMACIÓN DEMOCRÁTICA

El presente artículo analiza la actitud del PCE hacia la Primavera de Praga, y su reacción ante la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. Se verá en especial modo cómo la crítica de la actuación de la Unión Soviética realizada en aquella ocasión, se insertó en una determinada trayectoria política dirigida a la legitimación del partido en España. De hecho, desde 1956 la política interna y la exterior del PCE habían empezado a seguir caminos divergentes. Los acontecimientos de Praga, por lo tanto, pusieron al PCE ante la elección inmediata entre las exigencias dictadas por su estrategia nacional y las obligaciones impuestas por la disciplina del movimiento comunista internacional.

This article examines the attitude of the PCE to the Prague Spring, and his reaction to the invasion of Czechoslovakia by Warsaw Pact troops. Will be especially critical as how the performance of the Soviet Union made on that occasion, was inserted into a particular political course aimed at legitimizing the party in Spain. In fact, since 1956 the external and internal policy of the PCE had begun to follow divergent paths. The events in Prague, therefore, put the PCE to the immediate choice between the requirements dictated by its national strategy and the obligations imposed by the discipline of the international communist movemen

V CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIADORES DEL PRESENTE, UNAM Y UNED, MADRID

CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA «LA ÉPOCA SOCIALISTA, 1982-1996»

28 NOVIEMBRE-1 DICIEMBRE DE 2011

En el año 2012 se conmemora el treinta aniversario de la llegada del Partido Socialista Obrero Español al Gobierno. A finales de 1982, las tareas propias de la transición a la democracia habían concluido, y se habían despejado las principales incertidumbres que pesaban sobre el régimen político. La abrumadora victoria electoral socialista abría una nueva etapa en la que los retos principales se centraban en consolidar y desarrollar la democracia. El nuevo presidente del Gobierno, Felipe González, se marcó como objetivos modernizar el capital físico y el capital humano, fortalecer la democracia, hacer frente a la crisis económica, y llevar a cabo la «definitiva desaparición de la barrera del aislamiento de la política internacional».

Entre 1982 y 1996 hubo grandes dosis de esperanza, indudables avances en la modernización social, económica y en la inserción internacional de España. Pero también hubo otros momentos de frustración colectiva y de comportamientos alejados de la ética. La mayor dificultad con la que se enfrentan los historiadores a la hora de analizar este período es precisamente saber ponderar adecuadamente los hechos, para obtener una imagen de esta etapa histórica que responda de manera rigurosa a lo realmente sucedido.

La Asociación de Historiadores del Presente y los Departamentos de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid y de la Universidad Nacional de Educación a Distancia han decidido organizar un Congreso que sirva de instrumento para el análisis y el debate entre historiadores sobre dichos años, con el fin de poder realizar una obra clave de referencia.

Contamos para ello con la presencia de los más destacados especialistas y de los protagonistas de estos años. Queremos hacer una invitación a toda la comunidad académica para que participe en el citado Congreso con sus aportaciones, a través de comunicaciones y de su presencia en las sesiones del mismo. Durante el próximo mes de septiembre concretaremos las vías de participación.

Para cualquier información contactar con Álvaro Soto Carmona (alvaro.soto@uam.es) y Abdón Mateos López (amateos@geo.uned.es).

LISTA DE EVALUADORES 2009

Gonzalo Álvarez Chillida (U. Complutense)	Ludger Mees (U. del País Vasco)
José Álvarez Junco (U. Complutense)	Carme Molinero (U.A.B.)
Celso Almunia Fernández (U. de Valladolid)	Feliciano Montero (U. de Alcalá, Madrid)
Birgit Aschmann (U. de Kiel, RFA)	Francisco Morente Valero (U.A.B.)
Grzegorz Bak (U. Complutense)	Florentino Portero (UNED)
Ángela Cenarro (U. de Zaragoza)	Manuel Redero (U. de Salamanca)
Francisco Cobo Romero (U. de Granada)	Alberto Reig Tapia (U. Rovira i Virgili)
Rafael Cruz (U. Complutense)	Javier Rodríguez González (U. de León)
Andrés de Blas (UNED)	José Luís Rodríguez Jiménez (Universidad Rey Juan Carlos, Madrid)
Pilar Domínguez Prats (U. de Las Palmas)	Carmen Rosa García (U. de Almería)
Ángel Duarte Montserrat (U. de Girona)	Ismael Saz (Universidad de Valencia)
Ángeles Egido (UNED) 2	Agustín Sánchez Andrés (U. de Michoacán, Morelia, México)
Jacobo García Álvarez (U. Carlos III de Madrid)	Glicerio Sánchez Recio (U. de Alicante)
Hugo García (U. Complutense)	Isidro Sepúlveda (UNED)
Ramón García Piñeiro (Profesor de Enseñanza Secundaria, Asturias(U. de Oviedo)	Nicolás Sesma Ladrín (Fundación Giner de los Ríos-Institución Libre de Enseñanza)
Julio Gil Pecharromán (UNED)	Pere Ysàs (U.A.B.)
Jesús de Juana (U. de Vigo)	Rubén Vega (U. de Oviedo)
Encarna Lemus (U. de Huelva)	Francisco Veiga (U.A.B.)
José M.ª Marín Arce (UNED)	
José Luís Martín Ramos (U.A.B.)	

SUSCRIPCIONES

Editorial Eneida y la Asociación de Historiadores del Presente coeditan la revista semestral *Historia del Presente*. Los precios de suscripción (cuota de la Asociación), incluido IVA, son:

Suscripción anual individual en España: 35 euros

Suscripción anual en el extranjero: 45 euros

Número suelto: 15 euros

La correspondencia relativa a la Asociación de Historiadores del Presente debe dirigirse a:

UNED, Historia Contemporánea/CIHDE

Senda del Rey 7 * 28040 Madrid

www.historiadelpresente.blogspot.com

historiadelpresente@yahoo.es

cihde.uned@gmail.com

NORMAS DE REDACCIÓN

Los textos enviados a *Historia del Presente* serán originales e inéditos, y deberán atenerse a las siguientes normas de redacción. Corresponderá al equipo editorial decidir sobre su publicación, en un plazo máximo de seis meses, a la vista de los informes expedidos por dos evaluadores externos y del interés del artículo. Se enviarán por correo electrónico a la dirección historiadelpresente@yahoo.es o por correo postal a la Asociación Historiadores del Presente, UNED, C/ Senda del Rey, 7, 28040 Madrid, España.

Los textos irán acompañados del nombre, dirección, teléfono, correo electrónico y centro donde desarrolle su actividad el autor; así como de un breve currículo, de seis palabras-clave y de un resumen (*abstract*) de unas diez líneas (máximo cien palabras), en lengua española e inglesa. Estarán escritos o traducidos al castellano, y todos los resúmenes serán introducidos en la página de la revista en internet.

Deberá constar la sección a la que van destinados y, en su caso, ajustarse a las normas previstas para cada una de ellas: «Expediente» (dossier monográfico), «Teoría» (reflexiones teóricas y metodológicas), «El pasado del presente» (cuestiones de actualidad), «Historiografía» (reseñas historiográficas), «Crónica» (información sobre congresos, conferencias, etc.) y «Lectura» (recensiones de libros).

Los artículos ocuparán un máximo de 20 páginas DIN-A4 a doble espacio, en letra Times New Roman, tamaño 12 puntos para el cuerpo de texto y 10 para las notas (8.000 palabras o 50.000 caracteres con espacios, notas, cuadros e índices incluidos). La primera línea de cada párrafo iniciará con una sangría de un centímetro. Para las recensiones de la sección «Lectura» se aconseja una extensión de 2 páginas (5.000 caracteres) y en ningún caso superarán las 3 páginas (máximo 8.000 caracteres).

Las palabras caracterizadas por algún motivo dentro del texto irán con comillas altas dobles (« »), en *cursiva* las escritas en otro idioma, los títulos de libros, periódicos, revistas, películas, congresos o los nombres de empresas comerciales (*Renfe*). Los guiones de texto serán medios (– –), reservándose los cortos sólo para las fechas o palabras compuestas (1936-1939), sin utilizar en ningún caso los largos o bajos.

Las citas textuales dentro del texto irán con comillas altas («»). Sólo cuando superen las tres líneas irán en cuerpo distinto del texto, en letra tamaño 10, donde las citas internas se harán con comillas altas simples (‘ ’), las omisiones o las explicaciones externas entre corchetes con tres puntos [...] o texto [sic]. Los cuadros y gráficos deben presentarse numerados y en buenas condiciones de reproducción en blanco/negro.

Se ruega no incluir espacios previos o sucesivos suplementarios en ningún caso; no abusar de las numeraciones en los distintos apartados dentro del texto; poner los números volados o índices de remisión (¹) después de los signos de puntuación, así como seguir estrictamente las siguientes indicaciones para los notas a pie de página (sólo en las secciones «Teoría» e «Historiografía» es posible el sistema americano):

- APELLIDOS, Nombre entero del autor, *Título de la obra*, Lugar de impresión, Editorial, año, página/s de referencia (p./pp.); APELLIDOS, Nombre entero del autor, «Título del artículo», *Título de la revista*, número (mes/año), páginas del artículo (pp.) / *Título del periódico* (fecha: I-IV-2001);
- APELLIDOS, Nombre entero del autor, «Título del artículo», en APELLIDOS y Nombre del autor/es (comp./ed./coord./y otros), *Título de la obra*, Lugar de impresión, Editorial, año, páginas del artículo (pp.);
- APELLIDOS, Nombre entero del autor (si existe), *Título del documento* (si existe), fecha; Archivo o Centro de investigación, Fondo o nombre de la colección, caja o localización, expediente.

Las remisiones sucesivas a obras ya citadas se harán con los APELLIDOS, Nombre completo del autor, ob. cit. (en redonda), p./pp., cuando se trate de la única obra del autor; o *Título abreviado...*, cit., p./pp. si hay más obras del mismo autor citadas en el artículo. Para las referencias consecutivas, *Ib.*, p.–, o bien, *Ibidem* (en cursiva).